

UNA LÍNEA TORCIDA

DE LA HISTORIA CULTURAL A LA
HISTORIA DE LA SOCIEDAD

Geoff Eley

Traducción de Ferran Archilés Cardona

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico,
electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.*

Titulo original: *A Crooked Line. From Cultural History
to the History of Society*

Primera edición: The University of Michigan Press, 2005

© The University of Michigan, 2005

© Geoff Eley, 2005

© De esta edición: Publicacions de la Universitat de València, 2008

© De la traducción: Ferran Archilés Cardona, 2008

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Diseño de la maqueta: Inmaculada Mesa

Ilustración de la cubierta: «Complicated Route», de Ruth Rosengarten

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-370-6614-1

Depósito legal: V. 2.989 - 2008

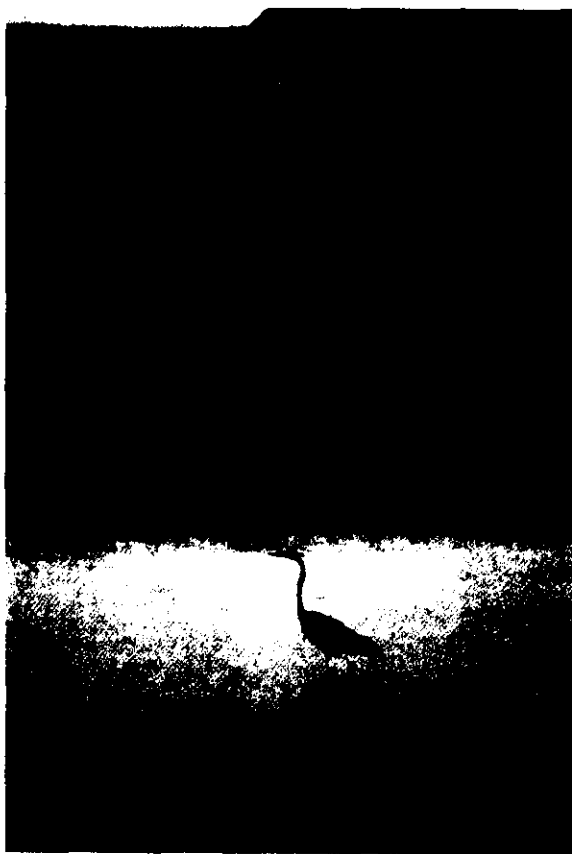
Fotocomposición, maquetación e impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

www.graficas-soler.com

*Cuando hay obstáculos,
la distancia más corta entre
dos puntos es una línea torcida.*

Bertolt Brecht

Para Tim



ÍNDICE

Nota del traductor	13
Prefacio	15
Agradecimientos	21
I. CONVIRTIÉNDOME EN HISTORIADOR: UN PREFACIO PERSONAL	25
II. OPTIMISMO	41
III. DESILUSIÓN	107
IV. REFLEXIÓN	177
V. DESAFÍO: HISTORIA EN TIEMPO PRESENTE	271
Índice	301

NOTA DEL TRADUCTOR

El presente trabajo de Geoff Eley está construido en gran medida sobre la base de los debates acacidos en el mundo intelectual, y específicamente historiográfico, desarrollados en lengua inglesa desde los años sesenta hasta el presente (además de incorporar otros contextos historiográficos como el francés y alemán). No siempre ha sido fácil establecer una equivalencia de todo ello en la traducción al castellano. Lamentablemente, muchos de los aspectos (sobre todo en los debates de la historia cultural más reciente) se han incorporado raramente al debate intelectual español. La presente traducción propone una aproximación a problemas y conceptos sin duda susceptible de ser mejorada y con el deseo de que genere una «traducción», esto es una incorporación, al horizonte intelectual hispano.

Asimismo hay que señalar que Geoff Eley ha realizado en esta obra de evidente trasfondo biográfico una reflexión historiográfica bastante inusual, con un esfuerzo de *écriture* muy destacado, mediante una prosa repleta de imágenes y giros expresivos, al cual, en la medida de lo posible, hemos intentado ser fieles.

Todas las traducciones de textos citados (si no se indica lo contrario) son responsabilidad del traductor. En el texto, hemos mantenido los títulos originales de las obras escritas en lengua inglesa (o traducidas al inglés) de los que no hay versión en castellano, mientras que, para facilitar la identificación, hemos traducido al castellano los títulos de las obras de las que sí hay traducción. En las notas al pie se indican (la primera vez que ha sido citado) los datos de cada traducción.

PREFACIO

Como un joven que buscaba cambiar el mundo, viviendo en un tiempo lleno de entusiasmos y convulsiones, yo quería convertirme en historiador porque la historia realmente importaba; era necesaria para influir. Nunca creí que las conexiones entre historia y política fueran fáciles o sencillas, ya fuera en su más amplio sentido o simplemente como guía para el comportamiento personal. Algunas homilias sobre los usos de la historia invitaban, ciertamente, a la mayor simplicidad, acuñando un repertorio de citas cuya repetición machacona las convertía en aún más superficiales; así la de Orwell: «Quien controla el pasado, controla el futuro: quien controla el presente, controla el pasado», o la de Santayana: «Quienes no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo».¹ Aprender de la historia era más complejo que todo esto, menos transparente, menos dócil, menos reducible a un conjunto de protocolos fijados o prescripciones.

Pero cómo es el pasado exactamente recordado (y olvidado), cómo se convierte en imágenes fascinantes e historias coherentes, cómo se organiza en explicaciones fiables, cómo es arrastrado y apaleado hasta convertirse en razones para actuar, cómo es celebrado y desmentido, suprimido e imaginado; todo ello tiene enormes consecuencias sobre cómo puede ser conformado el futuro. Todas las formas con las que el pasado es moldeado como historias, consciente e inconscientemente, son cruciales respecto de cómo el presente puede ser captado. Por lo que respecta a propósitos políticos, la historia está permanentemente en juego. Sigo creyendo que la historia importa en este sentido. A la hora de negociar con las pro-

¹ Estas citas gemelas provienen respectivamente de George Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, Londres, Secker and Warburg, 1949 (hay traducción española, 1984, Barcelona, Destino, 1974), y George Santayana, *The Life of Reason*, Nueva York, Charles Scribner, 1905 (hay traducción española, *La vida de la razón o Fases del progreso humano*, Madrid, Tecnos, 2005). He tomado estas versiones de Anthony Jay (ed.), *The Oxford Dictionary of Political Quotations*, 2.^a ed., Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 276, 314.

mesas y posibilidades, y con los escollos y decepciones de la desordenada presencia del pasado en el difícil paisaje de nuestras vidas sociales y políticas, el historiador profesional —esto es alguien educado en las características de la disciplina, vinculado estrechamente a sus prácticas, capacitado a través de su fundamentación epistemológica— tiene un rol esencial que desempeñar.

Aunque este libro se inspira en lo biográfico, hace uso de la voz personal sólo con moderación y de manera estratégica. Los lectores que esperen un recuento detallado de mis propios compromisos políticos o actitudes quedarán, seguramente, defraudados. He tratado de evitar incurrir en el tipo de autorreferencialidad que desploma el peso de cuatro décadas de historiografía sobre la experiencia del historiador, trazando el mapa de sus movimientos en referencia a un «yo» manifiestamente personal, y reduciendo el objeto expícito de indagación a las sensibilidades —y dilemas— implícitos del indagador. Mi libro es mucho menos que autobiográfico en este sentido. Si trata de relacionar grandes debates históricos, cambios políticos y procesos sociales con las prácticas de las inteligencias individuales que los afrontaron, no presupone ninguna lógica dada de antemano en esta conexión. Es más, aunque lo político, lo histórico y lo personal triangulan las tres corrientes de lo que quiero decir, su relación denota presiones contradictorias tanto como de confluencia o colisión. Es precisamente a estos momentos de tensión crítica —que implican a las brechas entre los procesos sociales y las experiencias subjetivas, o entre la política y el mundo académico— que este libro lanza sus preguntas: ¿qué es la historia?, ¿por qué la practicamos?

Las motivaciones principales para escribir este libro son dos. La primera es hacer el inventario; la segunda es explorar la relación de la disciplina de la historia con la política. Con respecto a la primera, lo que sigue no es ni un repertorio de las actuales corrientes y tipos de historia ni una guía para la buena práctica de la misma. No es tampoco una obra de teoría, a la manera de otro género contemporáneo bastante familiar, en el cual los que abogan por «nuevas formas de contar el pasado», quienes celebran los placeres de lo experimental y la transgresión, se enfrentan a los campeones de lo ya transitado y comprobado mientras sitúan los carros en círculo «en defensa de la historia».² Como debería quedar claro, personalmente estoy mucho más predispuesto hacia la primera de estas posturas que hacia la segunda. Pero a la hora de ofrecer mi propia versión

² La primera frase citada se toma de la descripción de la sobrecubierta de Alun Munslow y Robert A. Rosenstone (eds.), *Experiments in Rethinking History*, Nueva York, Routledge, 2004; la segunda del título de Richard J. Evans, *In Defense of History*, Londres, Granta, 1997.

sobre los debates contemporáneos de los historiadores sobre su disciplina, he escogido un enfoque bastante diferente. Usando mi propia experiencia como punto de partida, y haciendo alusión a ella a lo largo del libro, he tratado de presentar los desacuerdos entre los historiadores sociales y culturales de la segunda mitad del siglo veinte como un viaje a través de unas políticas del saber definidas por ciertas cuestiones primarias y duraderas: base y superestructura, ser y conciencia, estructura y agencia,* vida material y subjetividad, lo «social» y lo «cultural». Al hacerlo así, he intentado ver las genealogías de las formas de conocimiento del historiador en una conversación continua entre las principales formas de la indagación historiográfica y la sucesión de las coyunturas políticas que lo rodeaban.

Es aquí donde he escogido la voz personal de cara a poner el énfasis precisamente en lo colectivo más que en la naturaleza individualizada de como todo esto sucede. Desde mi punto de vista, nuestra habilidad para trabajar con las preguntas y los problemas más difíciles — los respectivos desafíos de la historia social y cultural, en lo que afecta a este libro — casi siempre conlleva un esfuerzo colectivo y de colaboración que, demasiado a menudo, queda sin reconocimiento. Al transitar por nuevos caminos, al explorar nuevas direcciones y al asumir nuevas teorías, métodos e ideas, tenemos más éxito si lo hacemos mediante el diálogo, la cooperación y encontrando los puntos de conexión más allá de nuestros intereses académicos más inmediatos; ya sea hacia otros campos, otras disciplinas o hacia los más amplios contextos de la política y la esfera pública. En lo que sigue trataré de tender cables hacia atrás y hacia delante, de varias formas, entre mis propias experiencias como historiador y estos contextos más amplios. Uno de estos contextos más formativos fue el proporcionado por el 68 británico; otro, por el particular ambiente institucional de la Universidad de Michigan en los años ochenta y en los noventa.

Al contar mi propia historia soy consciente de asumir un riesgo. La perspectiva es necesariamente parcial y subjetiva. Como he puesto mucho esmero en reconocer en cada ocasión, hay obvias especificidades en el punto de mira — de generación, nacionalidad, geografía, género, sexualidad, ciudadanía, afiliaciones políticas y así en adelante — además de mis tipos preferidos de historia y teoría, que estructuran y predisponen mi discusión. Mi presencia manifiesta en el texto queda subsumida durante períodos bastante largos, para resurgir ante discusiones centrales, habi-

* A lo largo del texto traducimos el término inglés *agency* por agencia. Se trata de un término acuñado en la historia social y que hace referencia a la capacidad de generar acción colectiva consciente por parte de los sujetos (N. T.).

tualmente en momentos de transición. Incrustadas en mi exposición hay también ciertas discusiones sobre circuitos de intercambio intelectual británico-estadounidenses y británico-germánicos que, sin duda, podrían haberse convertido por sí mismos en objeto de un libro. En última instancia he intentado ser explícito y consciente sobre el lugar desde el cual estoy tratando de hablar en cada momento. Ciertamente, he intentado proporcionar el tipo de narrativa historiográfica detallada para nuestro propio presente que nadie más ha ofrecido todavía. En este sentido, las parcialidades del punto de vista pierden importancia: es la forma de la narración lo que importa. Al perseguir mis huellas como un joven (y después no tan joven) historiador desplazándose a través de la política contemporánea y los estudios históricos, he tratado de mostrar lo necesariamente prolongado y arduo que es desarrollar ideas viables. Para aquellos que estén en el estado inicial de convertirse en historiadores, quiero mostrarles cómo el proceso dura toda una vida. Y sobre todo: que aprendemos a través del diálogo con los demás.

Ciertamente quiero que estas reflexiones jueguen un papel a la hora de conformar nuestra comprensión de lo que los historiadores hacen, así como me gustaría que iluminaran las historias político-intelectuales que nos han traído hasta donde estamos ahora. Pero veo mi libro tratando de establecer, de abrir, una conversación más que aspirando a cerrar nada. A este respecto, la característica más importante de las pasadas cuatro décadas en historiografía ha sido, de manera destacada, el inmenso cambio tectónico desde la historia social hacia la historia cultural que constituye el tema central de este libro. Mis perspectivas como historiador se han inspirado en ambos movimientos de la disciplina. Por otra parte, a pesar de las desestabilizaciones y desencantos que acompañaron el *impasse* de la historia social, experimenté el así llamado giro lingüístico o el giro cultural de los años ochenta como un enriquecimiento vital de posibilidades. Pero al mismo tiempo siempre me han impresionado mucho los obstáculos para construir una posibilidad de conversación entre las diferencias resultantes. El primer propósito de mi libro, en consecuencia, es tratar de distanciarme de la situación generada por la «nueva historia cultural» y considerar lo que ésta puede no estar logrando de manera tan efectiva. Sin desmentir en manera alguna los procedimientos de crítica y las labores de la teoría, o las formas de análisis cultural que han posibilitado, quiero explorar cómo y en qué formas puede ser recuperado el momento previo de la historia social. ¿Qué se ha ganado y qué se ha perdido al apartarse de los más destacados compromisos de la historia social? ¿Qué permanece aún hoy de valioso en estas inspiraciones anteriores para el conocimiento crítico y la disputa?

Como ya he dicho, mis reflexiones sobre esta cuestión serán manifiestamente parciales en muchas formas, limitadas tanto por mi propio saber y pericia —la de un contemporaneista europeo formado en Gran Bretaña, que trabaja principalmente sobre Alemania y que vive en los Estados Unidos— y por los tipos de historia sobre los cuales estoy interesado en escribir. Pero he intentado, tanto como me ha sido posible, echar una red muy amplia, educarme a mí mismo en las preocupaciones de otros campos y áreas de la disciplina, y reflexionar conscientemente sobre las parcialidades de mi punto de vista. Yendo más al grano, me gustaría que mi manera de trazar este mapa del territorio —las formas de una historiografía políticamente comprometida durante las pasadas cuatro décadas— resonara no sólo entre aquellos que comparten mis más inmediatos campos de conocimiento, sino que hablara de manera comparada o análoga a las experiencias de otros que trabajan en otros ámbitos.

Mi segunda motivación deriva de la política. En lo que sigue, mi interés no reside en la historiografía entendida en un sentido pandisciplinario, de gran cantidad de contenido o sin límites precisos, sino que se concentra en un corpus de trabajo mucho más delimitado. Estoy interesado en aquellos historiadores que desde los años sesenta intentaron vincular su práctica académica de la disciplina con una política comprometida con el cambio social y cultural a gran escala. Utilizando mi propio paso por estos años como reticente pero decidido contrapunto, y concentrándome en tres destacados o emblemáticos autores —Edward Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman— para ejemplificar y condensar el argumento, he intentado capturar las maneras como la política y la escritura de la historia están constantemente conformándose la una a la otra. La política —ya sea en las dimensiones más grandes, institucionales o macrodiscursivas o en lo micropolítico, personal y cotidiano— puede influir profundamente en las formas de la historia que somos capaces de pensar y hacer. Historia y política fluyen la una en la otra permanentemente. Por ello mi libro trata de las políticas del saber asociadas a la historia social y cultural en las formas más amplias y diversas.

Como trato de destacar, ésta no es una relación simple, en términos de uno frente a uno; inscrito en mi narración hay un poderoso subtexto generacional centrado en los significados políticos y éticos de 1968. Aunque Edward Thompson era mucho más mayor y participaba de una sensibilidad política muy diferente, su obra y su presencia ejercieron una extraordinaria influencia en la generación de historiadores que estaban madurando hacia los sesenta y setenta. Tim Mason, sin duda, estaba entre estos últimos, aunque era lo suficientemente mayor como para marcar una cierta distancia. La biografía de Carolyn Steedman está completamente con-

formada en los parámetros que estoy describiendo, y esta es desde luego mi propia formación también. De nuevo, esta coyuntura política no conllevaba ningún conjunto particular de puntos de vista o identificaciones, y sería un trabajo muy arduo tratar de asimilar la heterodoxia y original independencia mental de Steedman a forma alguna de versión simple de una narrativa generacional. El argumento que defiende tiene más que ver con un cierto tipo de relación entre los historiadores y la esfera pública.

Mientras hablo de esta relación, sin embargo, trato de recordar continuamente una doble dificultad: que los historiadores y los trabajos que producen no son más constantes, estables o transparentes que las prácticas de la esfera pública y las pasiones y antagonismos que subyacen incluso en las teorías racionalistas de su constitución. Este libro no sólo no intenta rehuir esta doble dificultad; hace todo lo posible por provocarla. Al intentar iluminar las tensiones proliferantes sobre cómo nos aproximamos al pasado, es igualmente consciente de las demandas de reconocimiento inherentes entre ellas. Sólo mediante la comprensión de estas tensiones conseguirá la historia —y las categorías gemelas de lo cultural y lo social— estar completamente disponible para la política.

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro nació el 18 de noviembre de 2002, cuando impartí mi lección inaugural como Sylvia Thrupp Collegiate Professor de Historia Comparada en la Universidad de Michigan.* A la hora de ponerle nombre a la cátedra (la costumbre en Michigan es pedir a los catedráticos que escojan el nombre que prefieran para honrar a alguien que hubiera estado vinculado a la Universidad) quise hacer una doble declaración. Primero, además de ser una pionera en la historia social medieval, Sylvia Thrupp fue una de las más destacadas instigadoras de la apertura de los historiadores hacia el análisis interdisciplinar y comparativo. La revista que fundó en Chicago en 1958 y que se trajo a Michigan tres años después, *Comparative Studies in Society and History*, fomentó una desafiante y nada habitual reciprocidad entre el pensamiento histórico y formas diversas de la ciencia social. Un eclecticismo nada forzado, con una manifiesta voluntad por pensar comparativamente a través de las disciplinas, a través de los diversos campos y períodos, era el sello distintivo de la tarea editorial de Sylvia Thrupp y acabó por describir la actitud general del Departamento de Historia de Michigan. Su energía y agudeza de juicio convirtieron la revista en lo que todavía sigue siendo, esto es, el primer escaparate para la producción académica interdisciplinar de orientación histórica, a lo largo de las ciencias sociales. Segundo, Sylvia Thrupp llegó a Michigan para ocupar la primera cátedra Alice Freeman Palmer Professor of History, una cátedra originalmente dotada para una historiadora destacada en el período anterior a la discriminación positiva, cuando la presencia de mujeres en la profesión era todavía muy escasa. Aunque ella se había retirado cuando yo llegué a Ann Arbor en 1979, fui lo bastante afortunado como para conocerla a

* *Collegiate Professor* es un tipo de cátedra existente en las universidades de los Estados Unidos, que designa a profesores a tiempo completo encargados fundamentalmente de actividades docentes (N. T.).

través de *Comparative Studies*, y me siento orgulloso de tener mi nombre asociado al suyo.¹

Inmediatamente después de dar mi conferencia, Phil Pochoda, director de University of Michigan Press, me instó a considerar convertir mis reflexiones en un libro, y estoy enormemente agradecido por este ánimo inicial y por su apoyo posterior. También he sido muy afortunado de tener a Jim Reische como editor en University of Michigan Press. Escribí el libro entre octubre del año 2003 y abril del 2004 durante un permiso de un año, que fue posible gracias a una Guggenheim Fellowship y al apoyo de la Universidad de Michigan. Pete Soppelsa se mostró como una ayuda incalculable en la etapa final de preparación del manuscrito.

Todavía más cruciales han sido las diversas comunidades intelectuales con las que he estado vinculado a lo largo de los años. El lugar de honor lo ocupa la Universidad de Michigan, tanto mis colegas como mis estudiantes del Departamento de Historia y la más amplia cultura interdisciplinar fomentada de manera tan absolutamente única por esta Universidad, cuyo crisol es, en muchos aspectos, el «Programa para el estudio comparado de las transformaciones sociales» (CSST) que empezó en 1987. Quiero también agradecer a mis colegas en historia de Alemania así como a mi más amplia comunidad interdisciplinar de estudios germánicos, que una vez más incluye a un destacado grupo de colegas y estudiantes en la propia Michigan así como una red esencial de amigos a cada lado del Atlántico (y del mar del Norte). Mi fuente final de amistad, solidaridad e inspiración en este sentido colectivo es la que resulta absolutamente crucial para el marco de argumentos en que se desarrolla este libro, esto es, aquellos que comparten mi credo de actividad académica y trabajo intelectual comprometido, aquellos que escriben las historias de las que más he aprendido (sean o no miembros de la profesión histórica) y quienes creen que la historia puede y debe continuar suponiendo una diferencia.

En estos tres amplios sentidos, es tanto lo que debo que resulta odioso nombrar sólo un pequeño número de personas. Pero para este libro en concreto me gustaría agradecer las deudas intelectuales que van tanto

¹ Sylvia Thrupp (1903-1997) nació en Inglaterra pero emigró a la Columbia Británica con su familia cuando tenía cinco años. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Londres en 1931, volviendo a Canadá en 1935 donde dio clases primero en la Universidad de Columbia Británica (1935-1944) y luego en la Universidad de Toronto (1945). Desde 1945 a 1961 dio clases en la Universidad de Chicago. Junto a numerosos artículos sobre los gremios y demografía histórica, publicó dos libros muy importantes, *The Worshipful Company of Bakers of London*, Londres, Galleon Press, 1933, y *The Merchant Class of Medieval London, 1300-1500*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1989 (orig. pub. en 1948). Una recopilación de sus ensayos se publicó como Raymond Grew y Nicholas H. Steneck (eds.), *Society and History: Essays by Sylvia L. Thrupp*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1977.

desde los intercambios más recientes hasta las conversaciones que se extienden a lo largo de muchos años. Agradezco a Lauren Berlant, David Blackburn, Monica Burguera, Antoinette Burton, Kathleen Canning, Jane Caplan, Dipesh Chakrabarty, Vinayak Chaturvedi, Becky Conekun, David Crew, Nick Dirks, Jessica Dubow, Atina Grossmann, Julia Hell, Youngsun Hong, Kati Israel, Jennifer Jenkins, Robin Kelley, Mike Kennedy, Marjorie Levinson, Alf Lüdtke, Terry McDonald, Kristin McGuire, Bob Moeller, Gina Morantz-Sanchez, Frank Mort, Dirk Moses, Rudolf Mrazek, Keith Nield, Sherry Ortner, Kathy Pence, Moishe Postone, Alice Ritscherle, Sonya Rose, Bill Rosenberg, Adelheid von Saldern, Bill Schwarz, Bill Sewell, Peggy Somers, Scott Spector, Carolyn Steedman, George Steinmetz, Uli Strasser, Ron Suny, Dennis Sweeney y Susan Thorne. Cada uno de estos extraordinarios intelectuales-académicos (algunos de ellos historiadores de profesión, otros no) me han proporcionado una indispensable ayuda y guía, ya sea a través de su influencia sobre mí a lo largo de los años o con su consejo específico.

Diversas personas leyeron el manuscrito en su totalidad, incluyendo los dos críticos anónimos para University of Michigan Press, cuyas lecturas fueron de enorme ayuda y discernimiento. El manuscrito terminado fue leído por Gina Morantz-Sanchez y Frank Mort, que fueron los mejores lectores. Me sugirieron muchas mejoras específicas, pero por encima de todo, me ayudaron a creer en la utilidad del proyecto. Si Frank mantuvo mi mirada centrada en Gran Bretaña, Gina me ayudó a mantenerme en los Estados Unidos. Por último, Jessica Dubow leyó el libro cuando lo estaba escribiendo y se mostró como el interlocutor ideal. No procediendo ni de Gran Bretaña, ni de Alemania ni de los Estados Unidos (sino de Sudáfrica); no siendo la historia su disciplina, pero con un espectro de conocimientos históricos muy diferente del mío; no una «sesentayochista», sino de una generación mucho más joven: en cada aspecto ha aportado diferencias de perspectiva que han afilado la claridad de lo que yo quería decir. Agradezco a cada uno de estos lectores la generosidad de su respuesta al espíritu y propósitos de este libro.

Debería ya haber quedado muy claro que mi libro ofrece algo más que comentario historiográfico. La cadencia de su organización —yendo del optimismo y a través de la desilusión hasta la reflexión y finalmente el desafío— delata la naturaleza del juego. También aspira a la política. Sobre todo, presenta un estado de convicción personal. Hace un llamamiento a mis colegas historiadores, tanto dentro como fuera de la profesión. Practica las virtudes clásicas del historiador, desde luego. Afíanzate en la investigación de archivo más imaginativa, meticulosa y exhaustiva, mediante todas las formas expansivas e inesperadas que las últimas cuatro

décadas han puesto a tu disposición. Abraza el oficio y las epistemologías del historiador. Pero nunca te quedes satisfecho sólo con esto. Procura ser muy consciente de tus presuposiciones. Haz el duro trabajo de abstracción. Dialoga con disciplinas vecinas. Mantente sensible a los significados de la política. La historia no es nada si no está cosida a una pedagogía, a una ética política y a una creencia en el futuro. De lo contrario, como dijo en cierta ocasión Stuart Hall al final de una reflexión sobre el significado de la cultura popular, para ser completamente honesto, «me importa un bledo».²

² Stuart Hall, «Notes on Deconstructing "the Popular"», en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, p. 239 (hay traducción española, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984).

I. CONVIRTIÉNDOSE EN HISTORIADOR

Un prefacio personal

Cuando estaba decidiendo convertirme en historiador, la interdisciplinariedad aún estaba lejos de rondar por los pasillos de los departamentos de historia. Y ello aún estaba más lejos de suceder en Gran Bretaña que en los Estados Unidos. Ingresé en el Balliol College, en Oxford, en octubre de 1967 ávido por acceder a todo un universo nuevo del saber, dispuesto ante las puertas de la erudición académica y el aprendizaje. Para mi desilusión, el primer período de clases me reportó tan sólo a Gibbon y Macaulay, a Tocqueville, Burckhardt y, por último, pero no menos importante, a Beda el Venerable. De entre esta pedagogía oxoniense crónicamente poco imaginativa, que buscaba sofocar el ardor intelectual de la juventud con una ducha fría de saber anticuado, la peor experiencia fue tener que arar en la *Ecclesiastical History of the English People*, la obra del siglo octavo escrita por Beda. El inveterado arcaísmo de este requerimiento exigía fe. Mientras proseguía mi camino a través de la inacabable crónica de la cristianización de Inglaterra, cuya relevancia para la educación histórica a finales del siglo xx se me escapaba, me consolé con las hazañas de maleante de la némesis de Beda, el rey Penda de Mercia, a quien siempre imaginé en su paso arrasador a través del paisaje monástico como un feroz y barbado vengador de dimensiones verdaderamente «pythonescas»,* defendiendo heroicamente el último reducto en Inglaterra de vigoroso paganismo.

El estudio de la historia en Oxford otra cosa no sería pero sistemático, sí. En nuestro segundo período lectivo, mis compañeros y yo iniciamos una larga odisea a través de la totalidad de la historia británica, empezando por el túmulo funerario de Sutton Hoo. Cinco semestres más tarde, nos encontrábamos sanos y salvos ante el estallido de la Segunda Guerra

* El autor hace referencia al grupo de humor británico Monty Python y sus sátiras de la historia de Inglaterra (N. T.).

Mundial. Mirando hacia atrás, me acuerdo de qué poco de mi entusiasmo por la historia procedía de estos estudios tan formalizados de licenciatura. La Escuela de Historia Moderna* de Oxford parecía organizada precisamente con el objetivo de limitar el pensamiento imaginativo, manteniendo nuestras percepciones encadenadas a los códigos más conservadores de la disciplina. Después de todo, a finales de los sesenta muchos estudiantes se sentían impulsados por un intenso y a menudo apasionado sentido de la relevancia de la historia para el presente. La percibíamos no sólo como una ayuda para el pensamiento político efectivo, sino como una herramienta para afilar una conciencia social crítica así como para construir nuestro propio camino hacia una ética política viable. Sin embargo los guardianes disciplinarios de Oxford mantenían tales planteamientos adustamente al margen. El tiempo que pasé allí lo viví dentro de una paradoja. Cualquier entusiasmo en llegar a ser un historiador creció en los intersticios, fuera de horarios, en todo caso más allá de la Escuela de Historia Moderna. El aprendizaje efectivo se produjo a pesar, mucho más que a causa de, el contenido del currículo. Sus custodios habían cerrado deliberadamente los ojos a los cambios ocurridos en el exterior.¹

Estas rememoraciones pueden llevarse un poco más lejos. Cuando llegué a Oxford estaba aún terriblemente verde y mal preparado. En algún momento en mi temprana adolescencia, se abrió una librería en Burton-on-Trent, a cinco millas de donde crecí. Byrkley Books nunca ganó nin-

* En la tradición académica anglosajona bajo el calificativo de Historia Moderna se engloba también parte de lo que en el mundo académico español se considera historia contemporánea (N. T.).

¹ Por tomar un pequeño, pero revelador, ejemplo del final de mi programa de licenciatura de Oxford, en el verano de 1970, mis finales de historia consistieron en ocho exámenes de tres horas que cubrían la totalidad de mis estudios durante los tres años anteriores, incluyendo un período elegido de la historia europea. Al distribuir las preguntas sobre cada lado de la Primera Guerra Mundial, los examinadores de «Europa, 1856-1939» lograron hacer terminar la primera parte del examen en 1914 y abrir la segunda en 1918, de ese modo suprimían convenientemente la Revolución Rusa. Sin embargo no he podido ser el único estudiante entre 1967 y 1970 que ha dedicado gran parte de sus estudios a la comprensión de la crisis del zarismo y la toma de poder bolchevique. En general, el currículum de historia de Oxford de aquellos años siguió siendo un desportillado y derrumbado monumento a la más polvorienta y limitada falta de imaginación, contra la que los esfuerzos del History Reform Group de estudiantes, que data de 1961, no tuvo el menor impacto. El logro como estudiante del que estoy más orgulloso fue el haber sido denunciado al consejo de la facultad por el *Regius Professor* Hugh Trevor-Roper (alias lord Dacre) en 1970 por editar varias veces la revista del History Reform Group, *The Oxford Historian*. Para la formación del grupo, véase Tim Mason, «What of History?», *The New University*, n.º 8 (diciembre 1961), pp. 13-14. El motivo del artículo de Mason fue una reseña del *What Is History?* de E.H. Carr (un punto de referencia clave para mi generación de historiadores). Véase la útil introducción de Richard J. Evans a la nueva edición, en Edward Hallett Carr, *What Is History?*, Houndmills, Palgrave, 2001, pp. IX-XLVI (hay traducción española del texto de Carr sin la nueva introducción, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 2003).

gún premio por la riqueza de su inventario, pero disponía de una extensa muestra de libros de las editoriales Penguin y Pelican, que me permitieron un cierto acceso lleno de avidez al canon intelectual occidental, el análisis social contemporáneo, y la literatura de ficción seria. Cualesquiera que fueran sus otras virtudes, la Biblioteca Pública Swadlincote tenía bien poco que ofrecer en este sentido, y mis padres no disponían ni de ingresos ni de medios de los que proveerme en casa. En mis visitas ocasionales a la librería de Burton, me dedicaba a consumir vorazmente sus mercancías, ensanchando mis horizontes de manera muy indiscriminada, picando de aquí y allá. Mis primeros intereses en historia son ahora un motivo de embarazo. Leí variaciones sobre la pomposa y sentimentalizada historia nacionalista de la que nos proveían los patriotas conservadores durante las dos primeras décadas de la posguerra británica, de la cual el grandioso documental en varios episodios de televisión que conmemoraba el liderazgo de guerra de Churchill, *The Valiant Years*, era el epítome.² Solamente podía contar como antídoto con la reseña semanal de A.J.P. Taylor en *The Observer*, junto con sus diversas charlas en televisión.³ Con estas bases, me convertí a mí mismo en un autodidacta un tanto conservador pero moderadamente eficaz.

En la escuela secundaria para chicos de Ashby-de-la-Zouch no tuve ninguno de esos formativos encuentros que provocan un despertar de la mente, tan a menudo registrados en las memorias de los intelectuales. Un profesor de historia me animó en mi temprano interés por los castillos medievales. Otro profesor posterior estaba más en sintonía con el mundo universitario, y me abrió la primera ventana hacia la historia académica seria. En mi último año en la escuela, me hizo conocer la revista *Past and Present*, y me asedió con un conjunto de controversias historiográficas, que incluían las que giraban alrededor de la obra de Elton *Tudor Revolution in Government*, la de Taylor *Origins of the Second World War* y las de

² Winston Churchill, *The Second World War*, 6 vols., Londres, Cassell, 1948-1954; Arthur Bryant, *The Years of Endurance, 1793-1892*, Nueva York, Harper, 1942 y *The Years of Victory, 1802-1812*, Nueva York, Harper, 1945. Para el documental de Churchill, véase *Winston Churchill: The Valiant Years*, Jack Le Vien, BBC, 1961.

³ Véase A.J.P. Taylor, *Politics in War Time and other Essays*, Londres, Hamish Hamilton, 1964, y *From Napoleon to Lenin: Historical Essays*, Nueva York, Harper and Row, 1966. Entre los libros de Taylor que formaron mi primera introducción sustancial a la historia de Alemania se incluyen *The Course of German History: A Survey of the Development of Germany since 1815*, Londres, Methuen, 1961 (orig. pub. en 1946), *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, Clarendon Press, 1954, *Bismarck, the Man and the Statesman*, Londres, Hamish Hamilton, 1955, y *The Origins of the Second World War*, Londres, Hamish Hamilton, 1961.

la crisis general del siglo XVII.⁴ También me hizo traducir un texto de Max Weber sobre la revolución de los precios en el siglo XVI, lo que me ayudó a mejorar mi alemán, así como mi conocimiento de la historia del pensamiento social. En cierto sentido un académico frustrado, abandonado en las estancadas aguas de provincias, mi profesor se mantenía al día de los debates históricos. Ahora me doy cuenta de que debió ser un contemporáneo de Eric Hobsbawm y Raymond Williams en Cambridge antes de la guerra, aunque ciertamente sin compartir sus planteamientos políticos.

No fui el único historiador novato que llegó a Balliol infradotado de capital cultural. No obstante, era complicado experimentar las disparidades. Muchos de mis contemporáneos simplemente parecían saber más, haber leído más libros del estilo de los adecuados, haber viajado más, hablar más lenguas con mayor facilidad, disponer de referencias en la punta de los dedos y, en general, estar seguros de cuál era el lugar al que pertenecían. La preparación no siempre se correspondía con ventajas de clase. Apenas la mitad del grupo procedía de escuelas privadas, y la mitad de escuelas públicas. De los dos más desconcertantemente informados de entre mis doce compañeros, el primero procedía de una escuela privada muy elitista, hablaba varios idiomas de manera fluida y estaba ya trabajando sobre la Revolución Mexicana (cuya existencia en la historia era la primera vez que oía). El otro, de una *comprehensive school** en Merseyside llegó a nuestra primera sesión de orientación con una copia de la obra de Fernand Braudel *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, cinco años antes de que apareciera la traducción inglesa.⁵

⁴ El debate sobre el libro de Geoffrey R. Elton, *The Tudor Revolution in Government: Administrative Changes in the Reign of Henry VIII*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953, y el volumen editado por él *The Tudor Constitution: Documents and Commentary*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960, fue publicado por G.L. Harriss y Penry Williams, en «A Revolution in Tudor History?», *Past and Present*, n.º 25 (julio 1963), pp. 3-58, seguido de J.P. Cooper (n.º 26 [noviembre 1963], pp. 110-112), G.R. Elton (n.º 29 [diciembre 1964], pp. 26-49), Harriss y Williams (n.º 31 [julio 1965], pp. 87-96), y Elton (n.º 32 [diciembre 1965], pp. 103-109). La crítica de *Origins...* de A.J.P. Taylor apareció en Timothy W. Mason, «Some Origins of the Second World War», *Past and Present*, n.º 29 (diciembre 1964), pp. 67-87, con respuesta de Taylor en «War Origins Again» (n.º 30 [abril 1965], pp. 110-113). Los artículos sobre la crisis general del siglo XVII fueron recopilados en Trevor H. Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660: Essays from Past and Present*, Londres, Routledge, 1965.

* Centro de enseñanza secundaria británico para alumnos de cualquier nivel (N. T.).

⁵ Véase Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 2.ª ed., 2 vols., París, Colin, 1966, traducido como *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols., Londres, Collins, 1972-1973 (hay traducción española del original francés, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1953).

Medido con este rasero, yo era definitivamente un alumno que partía con retraso.

Vuelvo a estos antecedentes, algunas veces dolorosos, para señalar un argumento general. Nos convertimos en historiadores a través de caminos muy diferentes. En mi propio caso, nada en mi familia ni en mi educación escolar me empujó en esta dirección un tanto particular. Mis primeros años no contienen ni grandes experiencias ni conjunto alguno de afiliaciones que dirigieran mi curiosidad, no había traumas o tragedias alojados en la memoria colectiva o en el pasado familiar. En la escuela secundaria, mi relación con la historia se desplegó por la vía del pragmatismo y una serie de elementos accidentales —era algo en lo que resultó que yo era bueno— con una lógica que no podía controlar por mí mismo de una manera especial. El currículo oficial, ya fuera en la escuela secundaria o en la universidad, nunca captó mi imaginación. Lo que marcó la diferencia fue la presión de los acontecimientos en el mundo político más amplio. Para muchos de los miembros de mi generación, la relación con la historia prendió a partir de las dramáticas y entusiastas demandas de la época, debido a la intrusión de sus urgencias éticas y políticas. En este sentido el carácter «ordinario» de mi vida y de la de otros de clase obrera y de clase media baja, se convirtió en extraordinario debido a las oportunidades educacionales que se pusieron a nuestra disposición y los acontecimientos políticos a gran escala que súbitamente y de forma inesperada sobrevinieron. Y, desde luego, es toda la subsiguiente adquisición de conocimientos —de teoría, de política y de historia— que ahora me dan, en palabras de Valerie Walkerdine, «la manera de mirar desde el ventajoso punto de vista del presente a las fantásticas costas del pasado».⁶

Espoleado por el deseo de comprender, más que por el de ser un estudiante que obtiene un título, fui propulsado a ser un historiador por los efectos de 1968. Como ahora podemos ver, todo un conjunto de historiografías bastante diversas estaban ya al acecho, ansiosas por emboscar las

⁶ Valerie Walkerdine, «Dreams from an Ordinary Childhood», en Liz Heron (ed.), *Truth, Dare or Promise: Girls Growing Up in the Fifties*, Londres, Virago, 1985, p. 77. Walkerdine capta la disyunción perfectamente (p. 64): «No tuve una aventura a los catorce años, ni me afilié al Partido Comunista a los dieciséis, ni me marché a pintar a París, ni viví en un *ashram* en la India. Abundaban las fantasías infantiles de escapar, de ser rica y famosa, pero en los círculos en los que yo me movía sólo había dos formas de volver la fantasía en el sueño-hecho-realidad de la vida burguesa, y esos eran casarme o encontrar mi camino. Esto último es lo que, en aquel primer momento de los años cincuenta, se abría ante mí. Porque aquel momento de la expansión educativa de posguerra alimentó mis insignificantes e inocentes sueños mientras crecía, hasta ser la personificación de la niña de clase obrera trabajadora, conservadora y respetable». Le estoy agradecido a Frank Mort por haberme recordado este ensayo. Para la declaración clásica de este tipo, véase también Raymond Williams, «Culture Is Ordinary», en *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*, Londres, Verso, 1989, pp. 3-18.

complacencias de la escena historiográfica británica. Cómo sucedió esto exactamente resulta ser, en sí misma, una fascinante cuestión de historia intelectual. Pero para aquellos de nosotros que éramos estudiantes en aquel momento, la ruptura hacia nuevas formas de historia –incluso más, hacia una nueva visión de lo que la práctica de la historia podía significar– debía muy poco a lo que estaba sucediendo en nuestras aulas. Para mi trabajo en historia del pensamiento político, podía haber caminado trabajosamente a través de Aristóteles, Hobbes y Rousseau (aunque realmente no era así, porque mis lecturas para esta parte de mis exámenes finales las hice exclusivamente a última hora), pero mi mente estaba en Marx. El lugar donde se encontraban la mayor parte de mis lecturas y pensamiento desarrolló una relación muy contingente con lo que mi graduación requería. Sobre la importancia de las constituciones y las arbitrariedades de un poder incomprensible, aprendí tanto en mis encuentros con las autoridades universitarias y del *college* como estudiando la Reform Act de 1832 o incluso la revolución de febrero de 1917. Los trabajos que me inspiraban llegaron a mis manos solo en contadas ocasiones procedentes de los profesores que me habían asignado. Llegaron mucho más a menudo a través de lo que estaba sucediendo fuera del mundo académico.

Aún recuerdo la primera vez que oí hablar de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Edward Thompson.⁷ Charlando conmigo enfrente de Balliol, en el lado opuesto a la Paperback Shop, que acababa de recibir los nuevos títulos de Penguin (en aquellos días un momento mensual de emoción), Paul Slack, por entonces un *junior research fellow** ponderó la adquisición de la edición en la editorial Pelican del libro de Thompson (lo cual, a los precios de la libra de 1968 implicaba una seria decisión presupuestaria).⁸ Ello sólo fue ya razón para tomar nota. Publica-

⁷ Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1963; ed. de bolsillo, Harmondsworth, Penguin, 1968 (hay traducción española, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989).

* Posición académica en las universidades británicas que designa a un investigador posdoctoral, que puede desempeñar alguna tarea docente (N. T.).

⁸ Paul Slack es ahora catedrático de Historia Social Moderna en Oxford y el director del Linacre College. Vino a jugar un papel clave en la revista *Past and Present* (de la que se habla de manera destacada en el capítulo II), incorporándose a su consejo editorial en 1978 y ejerciendo de director desde 1986 a 1994; en 2000, se convirtió en el presidente del consejo. Véase Paul Slack, *The Impact of Plague in Tudor and Stuart England*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985; *Poverty and Policy in Tudor and Stuart England*, Londres, Longman, 1988; *From Reformation to Improvement: Public Welfare in Early Modern England*, Oxford, Clarendon Press, 1999. Véase también Paul Slack (ed.), *Rebellion, Popular Protest, and the Social Order in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; Terence Ranger y Paul Slack (eds.), *Epidemics and Ideas: Essays on the Historical Perception of Pestilence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992; Peter Burke, Brian Harrison y Paul Slack (eds.), *Civil Histories: Essays Presented to Sir Keith Thomas*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

do cinco años antes, *La formación* fue desdeñosamente minusvalorada por la corriente mayoritaria de historiadores de la Revolución Industrial, como aprendí en 1968 en el nuevo posfacio de Thompson, donde contestaba a sus críticos. Avergonzado por mi ignorancia —no tenía sino una muy vaga comprensión del trasfondo político e historiográfico de todo aquello— me dediqué a llenar mis vacíos. En el otoño de 1968, era el propietario de una copia de la edición en tapa dura de la editorial Gollancz, y dediqué una gran parte del invierno a leerla. Justo cuando mi desilusión con la historia en Oxford tocaba fondo, este libro renovó mis esperanzas.

En cierto sentido, el presente libro traza el viaje de una persona a través del paisaje cambiante de los estudios históricos durante las décadas subsiguientes. Me doy cuenta de que para algunos lectores tal relato en primera persona puede parecer como si fuera autobombo, poseyendo, en el mejor de los casos, algún valor como curiosidad menor para unos pocos estudiantes próximos, colegas y amigos. Pero mi propósito real va bastante más allá. Lo que me interesa es registrar el impacto de algunos rasgos vitales de la historia intelectual contemporánea en el pensamiento y la práctica de los historiadores. Por lo que a mí respecta, una forma de historia informada por la teoría y comprometida políticamente es el legado más duradero de mi tiempo en Oxford. Desde luego, **creo firmemente que la historia tiene que alcanzar los más altos estándares posibles en los términos académicos convencionales, basados en las más creativas y solventes investigaciones empíricas y la más exhaustiva investigación archivística. (Pero la historia también tiene que ser relevante.)** Tratar de equilibrar este ideal nunca ha sido fácil. **Aproximarse políticamente a la historia puede conducir a un moralismo equivocado, a un desalentador didacticismo y una inútil simplificación. Pero la utilidad de la historia no puede separarse de una crítica de su pedagogía.** Una gran ambición en el sentido de esta apreciación crítica ha permitido algunos de los mejores logros de los historiadores a lo largo de las cuatro pasadas décadas.

La relación de la historia con la política no es algo simple. La historia es **mucho más que un instrumento o un espejo.** Pero los debates académicos entre los historiadores son inseparables de la política en el más amplio sentido de la palabra: todo el conjunto del parcialmente visible bagaje filosófico, sociocultural y estrictamente político que los historiadores llevan consigo en el debate académico; el sentido polémico más amplio que implica la toma de posiciones en las instituciones y en la esfera pública; y los temas políticos y controversias más generales que acompañan a sus intereses. Todos estos factores han ayudado a conformar el propósito de la historia a lo largo de las pasadas tres décadas. Para aquellos situados en la izquierda, acudirán con facilidad a la mente las nuevas

formas de historia inspiradas por el feminismo, así como los desafíos paralelos que supone la creciente centralidad de los asuntos raciales para la vida pública presente. Muchos más ejemplos pueden multiplicarse con facilidad.⁹ Los debates entre historiadores han estado, en cada caso, netamente vinculados a desarrollos más generales en la esfera pública, algunas veces como una respuesta directa, pero, con la misma frecuencia, a través de una influencia indirecta o como préstamos parciales, ya sea de los procesos políticos mismos o mediante discusiones relacionadas con otras disciplinas académicas. Los cambios resultantes no pueden aislarse de los dilemas éticos y prácticos a los que hacen frente sobre el terreno los historiadores, ya sea en las decisiones de qué y cómo enseñar, los conflictos sobre contrataciones y los escenarios de la política académica, el manejo de las relaciones con los colegas y en la cotidianidad de la vida departamental.

La importancia de este mundo público para los cambiantes propósitos de los historiadores no puede ser discutida. Los historiadores hoy piensan, enseñan y escriben en un ambiente profundamente diferente de aquel al cual accedí en los años sesenta. Se les exige que respondan no sólo a las diversas transformaciones internas de la disciplina, incluyendo los destacables cambios en la sociología de la profesión, sino también a la presión constante de los acontecimientos en las arenas sociales y políticas generales. Estos contextos más amplios han englobado apasionados debates sobre teoría y métodos a lo largo y ancho de las disciplinas académicas, así como conflictos de larga duración sobre los propósitos de la educación superior.

Contar mi versión particular de esta historia, en cuidadoso contrapunto con las historias intelectuales generales que, al menos en parte, la mía refleja, puede tener alguna modesta utilidad como complemento de otras. Mi esperanza es que al trazar todo un conjunto de encuentros entre las tareas de la escritura de la historia y el clima político que las envuelve pueda hacer que otros reconozcan en ellas sus propias consideraciones análogas, lo mismo si coinciden conmigo como si no. De esta manera,

⁹ Desde luego, esta observación no se aplica sólo a los historiadores de la izquierda. Desde los años setenta, conservadores de muchos tipos, incluyendo no pocos liberales, han empleado una enorme cantidad de tiempo y energía oponiéndose, desestimando y lamentándose de la llegada de la historia de las mujeres (a menudo, de la llegada de las mujeres mismas) a la disciplina. Mi ejemplo favorito es de un antiguo colega de la Universidad de Michigan, un profesor titular relativamente joven y no especialmente conservador, que quiso destacar su marcha del departamento a principios de los años noventa con una carta al decano en la que este profesor atacaba su anterior morada por volverse un departamento de historia del género y de estudios culturales.

usando mi experiencia en tratar de explorar la compleja relación de ida y vuelta entre la historia y la política —entre tratar de ser un buen historiador y tratar de actuar políticamente de manera ética y eficaz— podré ser capaz de añadir algo a las más familiares narrativas de nuestra época.

Mientras voy lidiando con el significado de los extraordinarios cambios en la disciplina de la historia durante mi vida adulta, a menudo me sorprende ante la ordenada lógica e implícita tendencia imparable hacia el progreso que tantas de las consideraciones existentes tienden a desplegar. Esta es una caracterización del análisis historiográfico que se da tal vez más en Estados Unidos que en Gran Bretaña, y, en gran medida, de los análisis retrospectivos publicados desde los años sesenta.¹⁰ Los métodos mejoran, las fuentes archivísticas se amplían, proliferan las de sub-áreas, malas interpretaciones son lanzadas a la basura mientras van madurando mejores interpretaciones. La comprensión de los historiadores sólo mejora. Se proponen innovaciones, rugen las disputas, las rupturas se consolidan, los cambios se institucionalizan, y nuevos avances comienzan. Incorregibles defensores de viejas ortodoxias caen en el olvido; nuevas prioridades en la enseñanza, en la investigación y en la publicación ocupan su sitio; un elevado plan de sofisticación continúa. Desde luego estoy exagerando esta progresión a propósito. Pero lo cierto es que al mostrar sus credenciales a lo largo de los años setenta y ochenta, las diversas escuelas de historiadores sociales producen algún tipo de narrativa de este estilo. A partir de ahí los «nuevos historiadores culturales» hablan con una narrativa distinta.

Este efecto «progresivista» adopta diversas formas específicas. Para aquellos de nosotros que apoyamos la demanda de Joan Scott en favor de la historia del género en el transcurso de los años ochenta, por ejemplo, el género pasó gradualmente de ser «una categoría útil para la historia» a ser necesaria, cuyos beneficios prometían una forma superior de conocimiento.¹¹ Lo mismo podría decirse de otros reconocimientos asociados, desde la creciente presencia de lo étnico y la raza o los nuevos trabajos sobre sexualidades hasta el general refrendo respecto del construccionismo cul-

¹⁰ Al hacer este razonamiento, soy muy consciente de mi propio hibridismo social y cultural, que se mueve de acá para allá entre un conjunto de duraderas filiaciones anglobritánicas o europeas y aquellas influencias y exigencias mucho más específicas de los Estados Unidos.

¹¹ Véase Joan Wallach Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», en *American Historical Review*, n.º 91 (1986), pp. 1053-1075, reimpreso en *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, pp. 28-50 (hay traducción española, «El género, una categoría útil para el análisis histórico» en J.S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990).

tural y sus omnipresentes lenguajes analíticos. Pero al abogar por tales avances, en concreto a través de las formas más confrontadas de disputa pública habitualmente involucradas, hay ciertos riesgos siempre implicados.

En el transcurso de ganar las disputas propias y, de ese modo, poder establecer influencias sobre la asignación de recursos, es fácil que un cierto grado de pluralismo resulte perjudicado. Desafortunadamente, las tentaciones de purismo se inmiscuyen de manera persistente en el debate historiográfico contemporáneo. Algunas veces de manera menos perceptible, pero a menudo como una forma de agresión completa y explícita, los exponentes de cualquier nuevo conjunto de perspectivas equiparan con demasiada rapidez la aceptación de sus puntos de vista con un alto grado de aceptación de sofisticación intelectual. Pero tanto si nos mantenemos firmes sobre el terreno clásico de las ahora tan cuestionables grandes narrativas de la «nación», «ciencia», «emancipación» o «clase» como si preferimos a las emergentes «identidad» y «diferencia», podemos seguramente reconocer hasta qué punto una perspectiva epistemológica cualquiera opera de manera preventiva contra los demás con demasiada facilidad.

Estas lógicas basadas en abogar en favor de algo y en la tentación de disponer de la certeza, fortalecidas por el compromiso y la ética de la convicción, nos alcanzan a todos. En diversas ocasiones, he sido tan culpable de estos hábitos y tendencias como cualquier otro, saboreando el radicalismo de las controversias y agudizando las diferencias más relevantes hasta su mayor filo polémico. Al mismo tiempo, siempre he tratado de dejar libre algún espacio para el distanciamiento crítico. Permanecer en sintonía con la esfera pública política, en oposición al aislamiento propio de la arena académica e intelectual, ciertamente ayuda a este respecto. El escarmiento que se deriva de tantas decepciones sucesivas y de reveses inesperados en el mundo de la política hace más fácil aceptar lo transitorio de los cambios en la vida intelectual. Además, convertirse en historiador durante el último tercio del siglo xx ha requerido aprender a vivir en condiciones de un flujo prácticamente continuo. A propósito de lo más esencial de las diversas disputas teóricas libradas de manera sucesiva por los historiadores, personalmente siempre he necesitado una pausa para la reflexión. He sido muy consciente de la dificultad —de los ámbitos de desacuerdo permanente y de lo efímero de la ultimísima mejora— para querer recorrer todo el camino. Además, a menudo me parece que es precisamente dentro de lo que queda de estas ambivalencias donde pueden escribirse las formas de historia más creativas.

Por otra parte, el impulso para tal creatividad procede de manera invariable de fuera de la disciplina. A este respecto, se origina, además, fuera del ámbito académico. Las fronteras entre las áreas precintadas de la historia profesional y los ámbitos más amplios del público son mucho más porosas de lo que muchos historiadores académicos quisieran permitir. Una vez admitida esta porosidad, podemos relativizar nuestra comprensión de la influencia del historiador profesional. Si, por ejemplo, nos preguntamos de dónde obtiene una sociedad su sentido del pasado, sólo un delirio de grandeza podría inducir a los historiadores a reclamar un gran papel en ello. Para mucha gente, el conocimiento del pasado raramente procede de sus guardianes profesionales, y entonces habitualmente cambia en numerosas ocasiones. Incluso aquellos de nosotros directamente encuadrados en la profesión ocupamos mucho de nuestro tiempo respondiendo con urgencia a preguntas que llegan desde todas partes, desde más allá de la seguridad del archivo, de la biblioteca o del seminario de discusión.

Una vez que sondeamos la procedencia de nuestras motivaciones con honestidad, como he tratado de hacer al inicio de esta argumentación, la fuerza de estas observaciones se impone. Particularmente si examinamos las fuentes de nuestro entusiasmo y la red de elementos entrelazados de nuestra temprana curiosidad –la mezcla idiosincrática de deliberaciones, deseo, influencias externas y pura casualidad que nos impulsó por primera vez a convertirnos en historiadores–, lo ingenuo y poco académico de nuestro sentido del pasado debería quedar extremadamente claro. Sería absurdo sugerir que la educación histórica en su sentido más didáctico o formalizado nunca juega un papel, aunque en buena medida la enseñanza por parte de los profesores funciona tanto o más para disuadir y alejar que para influir e inspirar. En medio del torbellino más amplio conformado por nuestras imágenes y presunciones sobre el pasado, es la presencia en tránsito de todo lo demás lo que hace de esta cuestión de la procedencia de nuestras motivaciones algo tan difícil de ordenar.¹²

¹² Muchas reflexiones autobiográficas de los historiadores podrían ser citadas para ilustrar aquí mi argumento. Memorias recientes de Eric Hobsbawm (*Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Nueva York, Pantheon, 2002, hay traducción española, *Años interesantes: una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2003) y Sheila Rowbotham (*Promise of a Dream: Remembering the Sixties*, Londres, Allen Lane, 2000) son especialmente relevantes para los contextos descritos en este libro. La entrevista es, de la misma manera, una forma contemporánea reveladora en extremo: véase, por ejemplo, Henry Abelove et al. (eds.), *Visions of History: Interviews with E.P. Thompson, Eric Hobsbawm, Sheila Rowbotham, Linda Gordon, Natalie Zemon Davis, William Appleman Williams, Staughton Lynd, David Montgomery, Herbert Gutman, Vincent Harding, John Womack, C.L.R. James, Moshe Lewin*, Nueva York, Pantheon, 1984. Véase también las habituales «Historical Passions» publicadas en *History Workshop Journal*, especialmente Cora

En las páginas siguientes voy a trazar algunos de los cambios más decisivos que han tenido lugar en los estudios históricos en las últimas cuatro décadas. No es necesario decir que ésta no es una narración exhaustiva. Un gran número de controversias centrales y debates que fijaron las agendas de discusión así como formas enteras de hacer historia han quedado fuera. No todos mis amigos o colegas podrán reconocerse o a sus intereses en la narrativa que voy a trazar. Pero, para bien o para mal, esta narrativa describe algunas de las direcciones principales del radicalismo, entusiasmo intelectual e innovaciones teóricas y metodológicas entre 1960 y el presente. La historia que quiero contar se abre, al principio de este periodo, con el drástico nuevo auge de la historia social, lo cual a su vez estaba íntimamente conectado con los acontecimientos políticos contemporáneos. Como ya he insinuado antes, esta convergencia de los desarrollos políticos e historiográficos coincidió también con mi propia mayoría de edad intelectual y política.

Cuando llegué al Balliol College, en Oxford, el paisaje historiográfico estaba ya —aunque me di muy poca cuenta de ello— en proceso de experimentar una dramática apertura. Es imposible ser demasiado enfático sobre el punto hasta el que el **impacto de la historia social** resultaría ser inspirador y verdaderamente estimulante. **En el mundo de habla inglesa, este impacto tuvo tres fuentes principales. La primera fue la influencia, largamente gestada, del grupo que llegaría a ser conocido como el de los Historiadores Marxistas Británicos, junto con más amplias coaliciones de historiadores de la economía, historiadores del mundo del trabajo, e historiadores sociales que ellos ayudaron a conformar. Después llegó el impacto más inmediato de las ciencias sociales que empezó a finales de los cincuenta a desafiar el pensamiento y la práctica de muchos historiadores. Por último, la inspiración ofrecida por la escuela francesa de los *Annales*, cuyas obras clave fueron traducidas de manera sistemática a lo largo de los años setenta. A través de las tres vías, la historia social aspiró, mediante una gran ambición y grandeza de miras, a ocuparse de las grandes cuestiones de cómo y por qué las sociedades cambian o no.**

Desde luego, hay muy diversas razones para querer estudiar historia. Después de todo, los placeres de la historia son multifacéticos. Entre ellos se incluyen los placeres del descubrimiento y del coleccionismo, de la

Kaplan, «Witchcraft: A Child's Story», n.º 41 (primavera 1996), pp. 254-260; Denise Riley, «Reflections in the Archive?», n.º 44 (otoño 1997), pp. 238-242; Joan Thirsk, «Nature versus Nurture», n.º 47 (primavera 1999), pp. 273-277. Véanse, sobre todo, las elocuentes y emotivas reflexiones de Carlo Ginzburg en «Witches and Shamans», *New Left Review*, n.º 200 (julio-agosto 1993), pp. 75-85.

exhaustividad y los pasatiempos, de lo exótico y poco habitual, de la casualidad, y por último, pero no menos importante, la sensación de dominio. La historia es también el lugar de la diferencia; en el sentido laxo del término, ofrece contextos para la reconstrucción. La historia es el lugar al que vamos para convertir nuestras ideas y suposiciones en algo menos familiar; es nuestro laboratorio para cuestionar el carácter suficiente de las aparentemente coherentes y unificadas explicaciones del mundo y donde la unidad siempre seductora del discurso social y político contemporáneo puede ser denunciada, desautorizada y alterada.

Pero para mí, ni los placeres ni el carácter crítico de la historia pueden estar completos sin tomar en serio una comprensión más amplia, sin la posibilidad de convertir el mundo en algo que sea posible conocer en un sentido más global y significativo. Parte de esta condición es asimismo convertir el mundo en algo que pueda ser objeto de cambios, no necesariamente como base para cambiarlo en realidad (en este momento esto parece ser esperar demasiado) pero, al menos, para mostrar cómo esta posibilidad de cambio podría pensarse o imaginarse. En este sentido, la historia trata del reconocimiento crítico de los elementos fijados que nos son dados de antemano, de explorar cómo pueden ocurrir las aperturas y cierres del saber, trata de examinar las categorías mediante las cuales comprendemos nuestra relación con el mundo, de incomodar nuestras suposiciones más familiares y permitirnos ver que aquello que parece cerrado no es algo que tenga que darse por cerrado necesariamente. Puede situar en el foco de atención horizontes posibles de caminos diferentes. Según la entiendo yo, la historia puede convertirse ya sea como forma de inspiración o ya sea pragmáticamente en una manera de prefigurar el futuro.

En relación con esta gran ambición, ha habido dos oleadas masivas de innovación desde los años sesenta, cada una de las cuales extrajo su impulso a partir de estimulantes y polémicas discusiones interdisciplinarias. La primera de ellas, que se extiende desde los años sesenta a los ochenta, implicó el descubrimiento de la historia social. La segunda ola, cuya cresta se alcanzó en los años noventa, produjo la «Nueva historia cultural». Ambos movimientos compartieron una relación de proximidad con los debates políticos de sus momentos respectivos. Ambas asumieron el deseo de formas de inclusión democráticas, mediante las cuales historias ocultas y suprimidas pudieran ser objeto de reconocimiento y grupos sin poder pudieran acceder a la profesión. Aunque sus énfasis diferían —los nuevos historiadores sociales acentuaban la vida material, la clase y la sociedad, mientras sus sucesores culturalistas reorientaron el centro de atención en el significado y las formas de percepción y comprensión que

la gente construye y despliega—, cada oleada trajo consigo un ensanchamiento de la agenda legítima del historiador. A lo largo de treinta años, y debido a estos dos movimientos, las prácticas, los temas de que ocuparse y la composición de la profesión han experimentado un cambio drástico hacia el pluralismo.

Pero el paso que condujo de la historia social a la historia cultural no fue una progresión sencilla. También conllevó algunas pérdidas. Se alcanzó a través de disputas amargamente combatidas sobre objetivos, teorías y métodos. Por ejemplo, al abrazar el escepticismo contemporáneo sobre las grandes narrativas y al sustituir las macrohistorias del capitalismo, de la construcción del Estado, de la revolución y de las transformaciones a gran escala, por fórmulas microhistóricas de diversos tipos, muchos historiadores también señalaron su retirada respecto del ambicioso análisis y explicación social que tanto sirvió de inspiración en los años setenta. En 1971, el muy destacado historiador marxista británico Eric Hobsbawm publicó un ensayo tremendamente influyente titulado «De la historia social a la historia de la sociedad», en el cual argumentaba que el aspecto clave de las nuevas aproximaciones no era tanto el reconocimiento de sujetos o grupos previamente «ocultos» o marginados (aunque esto, sin duda, era importante) sino las oportunidades que ello creaba para escribir la historia de la sociedad como un todo.¹³ Esto significaba en parte un compromiso con planteamientos generales y con la teoría, con tratar de mantener la totalidad del cuadro a la vista y, en parte, una aproximación analítica concreta animada por el objetivo de comprender todos los problemas, hasta cierto punto, en su contexto social. Desde luego en 1971 —y ciertamente para Hobsbawm— esto tendía a implicar que las causas y explicaciones sociales y económicas eran lo primordial.

Uno de mis argumentos centrales es que no tenemos que restaurar la primacía de la explicación social ni un modelo materialista de determinación, o insistir en la soberanía causal de la vida económica y material, a la hora de tomar en serio las tareas del significado de lo social o del análisis social. Ahora que gran parte del calor y el ruido alrededor de la nueva historia cultural ha empezado a amortiguarse, es hora de reiterar la importancia de la historia social en el sentido principal por el cual se pronunciaba Hobsbawm en su ensayo de 1971, esto es, que necesitamos mantener siempre relacionados nuestros temas de estudio específicos con el cuadro

¹³ Eric J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, n.º 100 (1971), pp. 20-45. (Traducción española «De la historia social a la historia de la sociedad» en *Historia Social*, n.º 10, 1991.)

más general de la sociedad en su conjunto tanto si somos historiadores sociales, como si somos historiadores de la política, historiadores culturales o de cualquier otro tipo. De ahí los términos del título de este libro, que también trata de reclamar la importancia de las aproximaciones marxistas de cara a este objetivo. Sostengo que podemos mantener todos los logros de la nueva historia cultural sin tener que abandonar todo lo que hemos aprendido de los historiadores sociales. Da la casualidad de que yo no fui adiestrado personalmente ni como un historiador social ni como un historiador cultural, pero esto nunca me ha impedido aprender cómo llegar a ser ambos tipos de historiador; utilizar una aproximación u otra es más un asunto derivado del punto de vista teórico y analítico que de las credenciales de identidad profesional que uno adopte.

Quiero hacer una advertencia: la temporalidad de estos movimientos –los cambios sucesivos hacia la historia social y la historia cultural– de ninguna manera debe entenderse como cortes claramente definidos, tal y como podría implicar el escenario para la discusión que he trazado. La ola de creciente popularidad de la nueva historia cultural que se dio de mediados de los años ochenta a mediados de los noventa raramente evitó que muchos historiadores sociales hicieran su trabajo, y muchos de los que abrazaron versiones del «giro cultural» continuaron practicando igualmente lo que habían aprendido con anterioridad. La velocidad de las diversas transiciones hizo casi inevitable que las diferentes perspectivas se entremezclaran. En tan sólo unos años, por ejemplo, mi entusiasmo ante el descubrimiento del marxismo y de otras tradiciones de la historia social de finales de los años sesenta e inicios de los setenta fue seguido por los nuevos desafíos del feminismo y similares. A finales de los setenta, el omitido materialismo que había servido de anclaje para el predominio de la historia social estaba ya tambaleándose, y durante los años ochenta e inicios de los noventa, se desmoronó gradualmente. Los historiadores sociales fueron marginados fuera del codiciado centro de la disciplina por los «nuevos historiadores culturales» y por los que abogaban por el llamado giro lingüístico. Sin embargo, hacia el cambio del nuevo siglo, existían ya señales de que estos recién establecidos culturalismos estaban empezando a ser sometidos ellos también a revisión.

Los capítulos II, III y IV de este libro detallan diversos aspectos de los cambios en el pensamiento histórico a lo largo de los últimos cuarenta años avanzando desde lo que yo llamo (sólo con un poco de ironía) la utopía de la historia social, a través de la discusión de sus límites y desencantos, hasta las renovadas posibilidades que ha abierto el llamado giro cultural. Cada uno de estos tres capítulos se cierra con un ejemplo tomado de áreas diferentes de la historiografía, con la intención tanto de ilus-

trar las principales trayectorias de la escritura progresista de la historia, como de aprehender mi propia travesía intelectual. Sin discutir su trabajo exhaustivamente ni de manera completa y acabada, mi propósito es usar cada uno de estos tres extraordinarios historiadores –Edward Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman– para plantear una discusión sobre las fuerzas y debilidades de la historia social y cultural. Sus trabajos nos proveen de instantáneas de los mejores logros de un tipo de historia ambicioso y políticamente comprometido a lo largo del periodo que estoy examinando: *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Edward Thompson, publicada en 1963, permanece como uno de los más genuinamente grandes libros de la gran oleada de la historia social; los estudios pioneros de Tim Mason sobre el nazismo durante los años setenta llevaron las ambiciones explicativas de la historia social hasta los límites últimos de su potencial; *Landscape for a Good Woman* de Carolyn Steedman, publicado en 1987, representa el mejor extremo de la emergente nueva historia cultural. Este libro se cierra en el capítulo 5 con algunas reflexiones sobre las circunstancias a las que hacen frente los historiadores en el presente.

II. OPTIMISMO

PENSANDO COMO UN MARXISTA

Para mí, convertirme en historiador estaba inexorablemente ligado a quedar expuesto a la influencia del marxismo. Al principio, fue un encuentro en extremo complicado y poco sistemático. Sospecho que es frecuente que para muchos de mi generación, una temprana familiaridad con la teoría marxista llegara sólo por azar; no a través de la lectura de los propios Marx y Engels, menos aún por cierta educación sistemática o socialización política, sino a través de varios tipos de traducciones de segunda mano o indirectas. Aquello supuso, en parte, los omnipresentes lenguajes políticos que circulaban entre el movimiento estudiantil de finales de los años sesenta; en parte, la floreciente bibliografía izquierdista del mismo periodo y, especialmente, la práctica en primera persona de mi propia actividad política. Al contrario que algunos de mis amigos, no tenía una conexión previa con las ideas marxistas por familia, por afiliación al partido o por alguna temprana epifanía intelectual. Como muchos hijos de 1968, al principio aprendí actuando. Adquirí mi marxismo sobre la marcha, recopilando la teoría a la carrera.

Mi más continuo conocimiento de la teoría marxista se produjo de una manera más bien poco teórica, a través de los escritos de la agrupación ahora llamada los Historiadores Marxistas Británicos —por ejemplo, *Rebeldes primitivos* y *Trabajadores* de Eric Hobsbawm, los innovadores estudios sobre protesta popular en *The Crowd in the French Revolution* y *The Crowd in History* de George Rudé, y (como ya mencioné en el capítulo I) *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Edward Thompson.¹ Quizás el trabajo más sugerente que apareció a este respecto siendo

¹ Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Manchester, Manchester University Press, 1959 (hay traducción española, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974) y *Labouring Men: Studies in*

yo estudiante fue *Capitán Swing* de Hobsbawm y Rudé, que reconstruía los levantamientos de los trabajadores agrícolas de 1830 a través de una combinación de excavación empírica, cuantificación, empatía y análisis materialista crítico sobre el desarrollo del capitalismo británico.² Mi elección de *college* no fue irrelevante a este conocimiento, ya que Balliol no era sólo el centro activo de la izquierda estudiantil en Oxford, sino que era también el *college* de Christopher Hill, uno de los más eminentes historiadores marxistas británicos. Sin modelar directamente la cultura intelectual de los estudiantes de historia de Balliol, la presencia de Hill daba una especie de legitimidad y estímulo para el tipo de historia que, poco a poco, me di cuenta que quería hacer.³

Para la New Left británica, sin embargo, esta historiografía marxista británica apenas parecía tener notoriedad.⁴ El terreno principal del radicalismo estudiantil en Oxford no era la historia sino la filosofía, la política y la economía, que ocupaban el lugar que la sociología tenía en instituciones menos arcaicas. El nuevo marxismo emergente floreció en la teoría social y política, en la antropología, en la filosofía y la estética, en la literatura y en el cine, en psiquiatría y en trabajo social; parecía que en cualquier sitio excepto en los pasillos y seminarios de los departamentos de historia. Los manuales emblemáticos para el estudiantado radical publicados por las editoriales de masas Penguin y Fontana entre 1969 y 1972 —*Student Power* (1969), *Counter Course* (1972) e *Ideology in Social Science* (1972)— trataban manifiestamente la historia como el pariente pobre.⁵

2

the History of Labour, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964 (hay traducción española, *Trabajadores: Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979); George Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1959 y *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York, Wiley, 1964 (hay traducción española, *La multitud en la historia: Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1971); Edward Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1963.

² Eric Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, Londres, Lawrence and Wishart, 1968 (hay traducción española, *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1978).

³ Véase Geoff Eley, «John Edward Christopher Hill (1912-2003)», *History Workshop Journal*, n.º 56 (otoño 2003), pp. 287-294.

⁴ En sentido estricto, ésta fue una «segunda Nueva Izquierda» de Gran Bretaña, identificada generacionalmente con el grupo en torno a Perry Anderson, quien asumió el control de la *New Left Review* a principios de los años sesenta. La «primera Nueva Izquierda» fue un realineamiento anterior de mediados de los años cincuenta, a través de la cual una nueva generación de izquierdistas estudiantes (que incluía a Stuart Hall, Charles Taylor, Gabriel Pearson, Raphael Samuel y otros) convergió con una cohorte más mayor de marxistas que habían dejado el Partido Comunista en 1956-1957, entre quienes estaban Thompson, Hill y algunos otros historiadores. Véase Michael Kenny, *The First British New Left: British Intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence and Wishart, 1995.

⁵ Alexander Cockburn y Robin Blackburn (eds.), *Student Power: Problems, Diagnosis, Action*, Harmondsworth, Penguin, 1969; Trevor Paterman (ed.), *Counter Course: A Handbook*

La crítica de referencia de la historiografía establecida por Gareth Stedman Jones, «The Pathology of British History» (reimpreso más tarde como «Historia: la miseria del empirismo» en *Ideology in Social Science*) dejaba poco espacio a las contribuciones de la antigua generación de marxistas, cuya interpretación teórica parecía demasiado pasada de moda. El *locus classicus* para tal desdén fue la brillante crítica de las formaciones intelectuales inglesas en «Components of the National Culture» de Perry Anderson, publicada originariamente en el verano de 1968. Al no encontrar una base autóctona para una teoría social viable sobre el modelo europeo continental, Anderson vio la historia como uno de los puntos primordiales de ese déficit. Los historiadores marxistas británicos no se mencionaban.⁶

Mi atención al marxismo durante finales de los años sesenta fue, en principio, tan sólo una creencia en la eficacia de «factores sociales y económicos». Si me hubieran presionado, habría invocado una serie de axiomas para explicar lo que pensaba que esto significaba; por ejemplo, los efectos determinantes de las fuerzas materiales sobre los límites y posibilidades de la acción humana o la conexión de las posibilidades de cambio político con lo que ocurría en la estructura social y los movimientos subyacentes de la economía. Si el objetivo era el análisis de sociedades en su totalidad y sus formas de desarrollo o una comprensión de aquello que las hacía funcionar, entrar en crisis y, ocasionalmente, descomponerse, esta sólida concepción de la soberanía de la economía y sus relaciones de clases asociadas parecía un muy buen lugar para empezar. Por estas razones, el famoso prefacio de 1859 de Marx en *Contribución a la crítica de la economía política* fue la piedra de toque: «El modo de producción de vida material condiciona el proceso general de vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia». Igualmente conocida es la afirmación de Friedrich Engels: «Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante en última instancia en historia es la producción y reproducción de la vida real».⁷

in *Course Criticism*, Harmondsworth, Penguin, 1972; Robin Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, Londres, Fontana, 1972 (hay traducción española, *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977).

⁶ Gareth Stedman Jones, «The Pathology of English History», *New Left Review*, n.º 46 (noviembre-diciembre 1967), pp. 29-43, reimpreso como «History: The Poverty of Empiricism», en Blackburn, *Ideology in Social Science*, pp. 96-115; Perry Anderson, «Components of the National Culture», en Cockburn y Blackburn, *Student Power*, pp. 214-284, originalmente publicado en la *New Left Review*, n.º 50 (julio-agosto 1968), pp. 3-57.

⁷ La primera cita es de Karl Marx, *Early Writings*, edición de Lucio Coletti, Harmondsworth, Penguin, 1975, p. 425; la segunda es de Friedrich Engels a Joseph Bloch, 21-22 septiembre 1890, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Correspondence*, Moscú, Progress Publishers, 1965, p. 417.

Por supuesto, escribir historia como un marxista suponía mucho más que esto. En el esquema marxista global de las cosas, la sociedad humana avanzaba desde etapas inferiores de desarrollo a otras más elevadas, demostrando siempre una mayor complejidad en las formas de organización de la vida económica y en la consecución de transiciones clave —entre el feudalismo y el capitalismo y, de ahí, al socialismo— a través de la convulsión de una revolución social. Además, el principal motor de cambio era el conflicto de clase. Bajo el capitalismo, los marxistas veían ese conflicto como necesario y sistémico, un rasgo permanente e irreducible de la vida social, que derivaba de los antagonismos inevitables de los intereses de clase mutuamente incompatibles y colectivamente organizados centrados en la producción. En una sociedad capitalista, la relación social central se definía por el salario, haciendo de la clase obrera la agrupación social más numerosa y la agencia indispensable para cualquier movimiento que buscara un cambio social progresivo. La movilización colectiva de los trabajadores transmitía al sistema político las presiones que creaban las oportunidades para la reforma e, incluso, en las crisis más extremas, para la revolución.

En las circunstancias de finales de los años sesenta, para un joven historiador izquierdista frustrado ante la aversión a la teoría del planteamiento de «escarbar en los hechos» que sostenía gran parte de la disciplina académica, el enfoque marxista parecía muy atractivo. Vigorizado por la política del momento —no sólo por el extraordinario fermento de ideas alrededor de las explosiones de 1968, sino también por la considerable ola de militancia obrera que recorrería Europa en los años siguientes— me entusiasmé con un grueso de teoría capaz de ubicar estos acontecimientos en un mapa histórico más amplio. El halo objetivista del marxismo —su reivindicación de ser una ciencia de la sociedad— también fue atrayente. Es más, durante los años sesenta, la propia tradición marxista se había convertido en la escena de apasionantes debates, críticas e innovaciones. Ya fuera en términos internacionales, de partido o teóricos, el marxismo se fue diversificando y renovando a sí mismo. La reducción dogmática tras las estériles y escolásticas ortodoxias de la era estalinista llegaba a su fin. Para cualquiera que tratara de configurar una interpretación general de cómo las sociedades se mantenían o cambiaban, ofrecía una convincente combinación de puntos de vista: una teoría del desarrollo social que permitía la periodización de la historia, un modelo de determinaciones sociales que salían de la vida material, y una teoría del cambio social basada en las luchas de clase y sus efectos.⁸

⁸ Recuerdo muy bien la primera vez que me declaré abiertamente marxista durante mis

A posteriori, ahora puedo reconocer el segundo de estos rasgos —el materialismo como fundamentación— como especialmente llamativo. Los marxistas reservaron tradicionalmente una prioridad de primer grado —ontológica, epistemológica, analítica— para la estructura económica subyacente de la sociedad al condicionar todo lo demás, incluyendo las posibles formas de la política y la ley, del desarrollo institucional y de la conciencia y la creencia sociales. La expresión más común para esta determinante relación fue el lenguaje arquitectónico de «base y superestructura», en el que la metáfora espacial de niveles ascendentes y consecutivos implicaba también el punto final en la cadena lógica de razonamiento. Esta metáfora podía ser entendida de manera muy flexible, dejando espacio para mucho desnivel y autonomía, incluyendo la efectividad específica de la superestructura y su acción recíproca sobre la base, especialmente para los propósitos de cualquier análisis político, ideológico o estético pormenorizado. Pero, en definitiva, dichos análisis todavía rendían cuentas a las determinaciones sociales «en última instancia» que emanaban de la economía y de la estructura social.

En medio de todos los otros entusiasmos y desafíos que experimenté mientras aprendía a pensar como un marxista, esta expresión metafórica fue la clave recurrente. Sin embargo ahí había una paradoja fascinante. El compromiso materialista básico del marxismo con la primacía de las determinaciones sociales conformó tanto mi punto de partida intelectual más sólido —definido por una certeza casi inamovible— como el lugar donde las discusiones más creativas entre los marxistas podían entonces encontrarse. Dentro de los hasta ahora mundos cerrados de la teoría marxista, los años sesenta abrieron, de hecho, una época de heterodoxia rampante, cuando prácticamente todos los pensadores marxistas más influyentes empezaron a lidiar justo con las cuestiones de ideología, conciencia y subjetividad a las que la tradición se había aproximado antes de una manera demasiado reduccionista, a través de un interés basado en el análisis que giraba en torno a la clase. Esto era cierto tanto si los teóricos interesados estaban dentro de los partidos comunistas mismos o en los extremos de los diferentes partidos socialistas, como si se movían en el submundo intelectual de las florecientes sectas y grupúsculos o filiaciones carentes por completo de organización. En otras palabras, incluso cuando el poder de la capacidad analítica del materialismo marxista empezaba a fijar mi interpreta-

años en la universidad. En el último año, para un curso seminario especializado titulado «Industrialism and the Growth of Governmental Power in the United States, 1865-1917», presenté un extenso ensayo en el cual aplicaba un análisis explícitamente marxista al populismo. Para alguien recién llegado a la teoría marxista, esto parecía demasiado.

ción de la política, los más sugerentes debates entre marxistas no parecían pensar más que en las dificultades de hacer funcionar ese materialismo clásico de base y superestructura.⁹

En otras palabras, las ideas marxistas por fin salían del aislamiento autorreferencial de la Guerra Fría, un proceso enormemente asistido por la gran expansión de la educación superior en los años sesenta y el *boom* asociado en el mundo editorial izquierdista. Los movimientos estudiantiles y las movilizaciones políticas más amplias de aquel momento ejercieron el papel lógico de ayudar a que esto pasara, pero otros dos tipos de impulsos pueden mencionarse. Uno venía de la traducción cada vez más sistemática de la teoría continental europea, tanto clásica como contemporánea, que alentaba una nueva internacionalización de la aislada y parroquial cultura intelectual británica. Por primera vez, no sólo el canon marxista sino también los escritos de Max Weber, Émile Durkheim y otros teóricos sociales clásicos llegaban a ser mucho más fáciles de conseguir en el mundo anglosajón, no sólo a través de traducciones y ediciones baratas producidas masivamente, sino, lo que es más importante, a través de comentarios críticos y de la integración en los planes de estudio de bachillerato y de las universidades. Asimismo, hubo de pronto un mayor acceso a una amplia gama de filosofía, teoría estética, sociología y teoría política contemporáneas procedente de Alemania, Francia, Italia y de la Europa del Este.¹⁰

Igualmente importante para mí fue un tipo de disidencia cultural de

⁹ Debería admitirse también que el entusiasmo generado por la cultura y la historiografía marxistas en ese momento se encontraba asimismo en los miembros de una comunidad relativamente cerrada. Relativamente, existía poco diálogo con las tradiciones establecidas de los trabajos de historia, excepto a través de una dura crítica negativa.

¹⁰ La difusión de la teoría europea en lengua inglesa tuvo una historia intelectual complicada, cuyos detalles no se pueden puntualizar aquí. Algunas influencias emigraron hacia el oeste desde círculos disidentes en Europa del Este, como el grupo de filósofos *Praxis* en Yugoslavia, Georg Lukács en Hungría, Leszek Kolakowski y otros en Polonia, Karel Kosík en Checoslovaquia, y nuevos sociólogos marxistas en Hungría y Polonia. Otros se extendieron hacia el exterior desde Italia y Francia, donde los grandes partidos comunistas habían garantizado espacios relativamente protegidos para el pensamiento marxista dentro de las universidades y en la más amplia esfera pública. En aquellos países sin un partido comunista importante, el marxismo también obtuvo algunos espacios universitarios, como en Alemania occidental con la influencia de la escuela de Frankfurt o Ernst Bloch en Tubinga. En gran parte de la Europa continental, en contraste con Gran Bretaña, la centralidad del comunismo en las luchas de resistencia antifascista de los años cuarenta había creado un espacio duradero para las ideas marxistas dentro de la cultura intelectual nacional, a pesar de la constricción debida a la Guerra Fría. Esto puede verse en Francia a través de la influencia de escritores como Jean-Paul Sartre y revistas como *Les Temps Modernes* y *Arguments* o en el prestigio mayor del estructuralismo. El trotskismo pudo ser también una fuente de vitalidad, en el caso de redes intelectuales más pequeñas, como el grupo francés *Socialisme ou Barbarie*, que pudieron girar en torno a Cornelius Castoriadis y Claude Lefort.

gran alcance que se extendía a través de amplias zonas de la vida intelectual y las artes británicas, incluyendo el cine, la música popular, la literatura, la poesía, el teatro y la televisión. La versión directamente politizada de esta historia está justamente asociada con una corriente del auge de la New Left británica a finales de los años cincuenta. Su atención sobre aspectos de cultura juvenil, sobre las consecuencias de la prosperidad de posguerra y sobre los términos cambiantes de la autoidentificación social se tradujo, en los años setenta, en la invención del nuevo campo interdisciplinar de los estudios culturales. En este sentido, el radicalismo intelectual izquierdista que rodeó a 1968 se alimentó tanto de la rebeldía transgresiva incluida en la cultura popular como de la teoría francesa, alemana e italiana accesibles desde hacía tan poco. La confluencia resultante fue «una mezcla de alta cultura intelectual francesa y baja cultura popular americana», en la que esta última era «personificada por el cine de Hollywood, preferentemente en películas de clase B, también por supuesto, en la música popular americana –jazz y en especial, rock ‘n’ roll–». ¹¹ El experimentalismo llevado al límite por parte de las series de televisión, la sátira, la programación de arte y de crónica social durante los años sesenta era otra parte de esta historia. Las obras de David Mercer, Harold Pinter, Ken Loach y Dennis Potter expusieron y denunciaron las heridas y las injusticias de clase mucho antes de que yo hubiese leído una sola palabra de Marx. ¹²

Ambos movimientos de cambio –los escritos teóricos a menudo esotéricos de los marxistas europeos continentales y la crítica cultural de la New Left británica– convergieron en problemas de ideología. Los marxismos más antiguos de los años de entreguerras fueron reinterpretados o recién descubiertos desde este punto de vista –por ejemplo, en los escritos de George Lukács, Karl Korsch, la escuela de Frankfurt, Walter Benjamin y Antonio Gramsci– mientras otros escritores contemporáneos como Jean-Paul Sartre, Lucien Goldman y Louis Althusser eran ahora ampliamente traducidos y tratados. En el proceso, como Perry Anderson expuso en su anatomía de este distintivo «marxismo occidental», el acento cambiaba de la economía política a la filosofía, la cultura y la estética, permi-

¹¹ Laura Mulvey, citada en Jonathan Green, *Days in the Life: Voices from the English Underground, 1961-1971*, Londres, Heineman Minerva, 1988, p. 11.

¹² Para una breve visión general, véase Robert Hewison, *Too Much: Art and Society in the Sixties, 1960-1975*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. 25-34. Véase también John R. Cook, *Dennis Potter: A Life on Screen*, Manchester, Manchester University Press, 1995, pp. 23-61; Peter Stead, *Dennis Potter*, Bridgend, Seren Books, 1993, pp. 44-73; Stuart Laing, «Banging in Some Reality: The Original “Z Cars”», en John Corner (ed.), *Popular Television in Britain: Studies in Cultural History*, Londres, BFI Publishing, 1991, pp. 125-144.

tiendo así un compromiso mucho más amplio que antes con cuestiones de subjetividad (o «consciencia», como prefería el lenguaje del momento).¹³ Una poderosa corriente de humanismo socialista, inspirada por las lecturas de los primeros escritos filosóficos de Marx de los años cuarenta del siglo XIX que enfatizaban los conceptos de «libertad» y «alienación», reforzaron más esta tendencia. De manera implacable, fuertes desacuerdos sobre estas lecturas –especialmente acerca de la así llamada ruptura epistemológica que podía o no haber separado al «joven» del «viejo» Marx– pronto dividirían a los marxistas occidentales en bandos hostiles entre sí. Pero durante un tiempo, la coincidencia fue mucho mayor que esta división inminente.¹⁴

Estas discusiones extremadamente abstractas de la libertad y la alienación dentro de la teoría marxista ayudaron a autorizar esfuerzos más prácticos para cimentar maneras concretas de comprensión de la política en las complejidades de la experiencia personal y de la vida diaria. Es aquí donde los varios «culturalismos» de la primera New Left británica tuvieron sus efectos importantes. Algunas de las urgencias políticas impulsoras fueron más fácilmente asimilables a los esquemas marxistas establecidos; por ejemplo, las críticas dobles del comunismo y la democracia social surgidas de los años cincuenta, el análisis de nuevas formas de prosperidad capitalista y economía de consumo, o la búsqueda de un internacionalismo antinuclear más allá de los bandos gemelos de la Guerra Fría.¹⁵ Pero esa defensa fue también motivada por un conjunto de pre-

¹³ Véase Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, Verso, 1976 (hay traducción española, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979).

¹⁴ La idea de una «ruptura epistemológica» que separe el pensamiento maduro de Marx contenido en *El capital* respecto de las críticas filosóficas de juventud de principios de la década de 1840 fue propuesta por el filósofo marxista francés Louis Althusser en sus dos trabajos de 1965, *Pour Marx* y *Lire Le capital*, cuya traducción reestructuró profundamente la discusión marxista británica a lo largo de la siguiente década. Véase Louis Althusser, *For Marx*, Londres, Allen Lane, 1969 (hay traducción española, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1966); Louis Althusser y Étienne Balibar, *Reading Capital*, Londres, New Left Books, 1970 (hay traducción española, *Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969). Gregory Elliott proporciona una explicación detallada en *Althusser: The Detour of Theory*, Londres, Verso, 1987, pp. 115-185. El carácter prealthusseriano del momento puede evaluarse desde Erich Fromm (ed.), *Socialist Humanism: An International Symposium*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1965 (hay traducción española, *Humanismo socialista*, Buenos Aires, Paidós, 1966), que divide sus treinta y cinco contribuciones en cinco subsecciones: «Humanismo», «Hombre», «Libertad», «Alienación» y «Práctica». La obra de István Mészáros, *Marx's Theory of Alienation*, Londres, Merlin Press, 1970, continúa siendo el trabajo clásico de este tipo.

¹⁵ Para los esfuerzos de la New Left británica por encontrar un «tercer espacio» desde el que pudieran criticarse las tradiciones existentes del comunismo ortodoxo y la democracia social reformista, véase Geoff Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 335-336, 353-356 (hay traducción española, *Un mundo que ganar: Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona,

ocupaciones que resistieron las formas dadas del análisis basado en la clase. Como Stuart Hall ha explicado, tales discusiones estaban poniendo en duda los límites mismos de la política.

Sacamos a flote cuestiones de vida personal, de la forma de vida de la gente, de cultura, que no eran consideradas temas de la política de la izquierda. Queríamos hablar sobre las contradicciones de este nuevo tipo de sociedad capitalista en la que la gente no tenía un lenguaje para expresar sus problemas privados, no comprendía que estos problemas reflejaban cuestiones políticas y sociales que podían generalizarse.¹⁶

Una figura que, de manera excepcional, unió ambos grupos de preocupaciones, la renovación filosófica del pensamiento marxista con una crítica cultural de la vida en el capitalismo tardío, fue Raymond Williams.

Especialista en teatro moderno, dedicado a la disciplina de Inglés, Williams fue más conocido por sus trabajos generales *Cultura y sociedad, 1780-1950* y la obra que lo complementa, *La larga revolución*, publicados en 1958 y 1961. En estos libros, desarrolló un relato, manifiestamente «de oposición», del impacto de la revolución industrial en la sociedad británica, utilizando una historia de la idea de cultura. Mostró con gran sutileza cómo los miedos de las élites para la defensa de los valores civilizados contra las consecuencias vulgarizadoras del industrialismo y la democracia siempre habían sido cuestionados por concepciones de cultura más generosas que la presentaban como una facultad de todo el mundo. Combinando rigurosas lecturas de los escritores ingleses y analistas sociales canónicos con historias sociales de la educación, del público lector, de la prensa y de otras instituciones culturales, que abrían nuevos caminos, proponía una interpretación amplificada y más extensa de cultura. Esto englobaba no sólo los valores formales de la sociedad y los logros artísticos más elevados («lo mejor que se ha pensado y dicho») sino también las formas comunes generalizadas de su «modo de vida en conjunto» y las «estructuras de sentimiento» asociadas.¹⁷

Crítica, 2003); Stuart Hall, «The “First” New Left: Life and Times», en Robin Archer *et al.* (eds.), *Out of Apathy: Voices of the New Left Thirty Years On*, Londres, Verso, 1989, pp. 11-38; Michael Kenny, *The First New Left: British Intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence and Wishart, 1995; Lin Chun, *The British New Left*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1993, pp. 1-64.

¹⁶ Stuart Hall, citado en Ronald Fraser *et al.*, 1968: *A Student Generation in Revolt*, Nueva York, Pantheon, 1988, p. 30.

¹⁷ Véase Raymond Williams, *Cultura and Society, 1780-1950*, Londres, Hogarth Press, 1958 (hay traducción española, *Cultura y sociedad, 1780-1950*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001) y *The Long Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1961 (hay traducción española, *La*

Williams se movía como un anfibio entre los dominios de la alta teoría y la cultura popular. Por lo que a mí respecta, a finales de los años sesenta, personificó todo lo que me servía de estímulo para convertirme en historiador, pero ello no tenía absolutamente nada que ver con la influencia de historiadores profesionales o con las reglas y prácticas oficiales de la historia como una disciplina ya constituida.¹⁸ Vale la pena decir algo más exhaustivo sobre este lugar que Raymond Williams se hizo más allá de los límites convencionales de la vida académica (es decir, fuera de los modelos institucionales dados de la organización disciplinaria de conocimiento en las universidades), porque el tipo de interdisciplinariedad —o, quizás mejor dicho, de «a-disciplinariedad»— que él representaba era otro ingrediente clave de la coyuntura intelectual que estoy intentando describir para finales de los años sesenta y principios de los años setenta.

En el caso de Williams, esto incluía una dimensión biográfica que también encontré atrayente. Siendo hijo de un ferroviario sindicalista en las fronteras del Gales del sur, sobresalió entre las generaciones de estudiantes marxistas de la década de los treinta por su pedigrí de clase obrera. Pasó directamente de la universidad al ejército durante la Segunda Guerra Mundial; luego, después de reanudar y completar sus estudios, fue derecho a la educación para adultos, donde estuvo dando clases desde 1946 a 1961. Su viaje a través de la educación secundaria y la Universidad de Cambridge como «becario» prefiguró una de las principales narrativas socioculturales que definían las promesas de prosperidad en la Gran Bretaña de la posguerra, las cuales unían los orígenes provinciales de la clase obrera a los destinos de la clase media profesional en una oferta de asimilación y movilidad social ascendente. Para Williams, negociar este «país fronterizo» (por usar el título de su primera novela) se hizo todavía

larga revolución, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003). Las mejores introducciones a Williams son las obras de Raymond Williams, *Politics and Letters: Interviews with the New Left Review*, Londres, New Left Books, 1979, y de John Higgins, *Raymond Williams: Literature, Marxism, and Cultural Materialism*, Londres, Routledge, 1999. Williams desarrolló su idea de cultura como «un modo total de vida» inicialmente en *Culture and Society*, p. 16. Para las «estructuras de sentimiento», véase Higgins, *Raymond Williams*, pp. 37-42, que provenía del libro que Williams publicó con Michael Orron en 1954, *Preface to Film*, Londres, Film Drama Limited. La frase «lo mejor que has pensado y dicho» se acuñó en 1869 por Matthew Arnold en *Culture and Anarchy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963, p. 6. Véase Williams, *Culture and Society*, pp. 120-136, y Lesley Johnson, *The Cultural Critics: From Matthew Arnold to Raymond Williams*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979, pp. 2-4, 27-34.

¹⁸ Por supuesto fui inspirado por algunos historiadores individuales (incluyendo varios de mis profesores directos), pero el mayor impulso —en términos de teoría, interpretación general y ejemplos de mejor práctica intelectual— debió muy poco a la cultura oficial de la disciplina o de la profesión, donde esos intereses eran, por el contrario, objeto de ridiculización o desaprobación. En gran parte, mis fuentes de inspiración vinieron completamente del exterior.

más complejo debido a los dualismos adicionales de Gales frente a Inglaterra y el *establishment* de Oxbridge* frente a la educación para adultos. Era parte de la última generación de intelectuales varones de izquierdas en Gran Bretaña antes de la casi total profesionalización de la enseñanza superior iniciada por la gran expansión de la universidad en los años sesenta. Al igual que contemporáneos historiadores como Edward Thompson, Thomas Hodgkin, Henry Collins, Royden Harrison y J. F. C. Harrison, que ayudaron a dar forma a la emergencia de la historia social (y la mayoría de ellos fueron comunistas en algún momento entre la década de los treinta y la de los cincuenta), Williams ocupó la primera mitad de su carrera en la educación para adultos, al margen del verdadero mundo académico, sólo ocupando su primer puesto universitario, en Cambridge, en 1961.¹⁹

Durante los primeros años de su trayectoria, Williams desarrolló una compleja y titubeante relación con el marxismo. Se había formado políticamente en tres coyunturas sucesivas: la primera, el periodo del Frente Popular y la campaña antifascista cerrado por las crisis internacionales de 1947-1948; la siguiente, los años de la Guerra Fría que para Williams fueron un tiempo de aislamiento político y de distancia de los contextos reconocidos del marxismo; y por último, el apogeo de la primera New Left que se extendía desde la crisis del comunismo en 1953-1957, la debacle de Suez de 1956 y el auge de la campaña para el desarme nuclear a finales de los años cincuenta hasta la explosión del movimiento estudiantil alrededor de 1968. Con la aparición de *Cultura y sociedad* y *La larga revolución* que hicieron de él un reconocido abanderado de la New Left, Williams hacía suyo un lugar singular en la vida intelectual británica: se trataba ahora de un académico con todas las credenciales, que

Interés
comunistas
político

* Oxbridge es como se suele denominar al conjunto de las universidades de Oxford y Cambridge como foco de privilegiado y exclusivo poder académico y social (N. T.).

¹⁹ Véase especialmente John McIlroy y Sallie Westwood (eds.), *Border Country: Raymond Williams in Adult Education*, Leicester, National Institute of Adult Continuing Education, 1993; Stephen Woodhams, *History in the Making: Raymond Williams, and Radical Intellectuals 1936-1956*, Londres, Merlin Press, 2001; las dos primeras novelas de Williams, *Border Country*, Londres, Chatto and Windus, 1960, y *Second Generation*, Londres, Chatto and Windus, 1964. Esta trayectoria desde la temprana marginalidad y exclusión al prestigio posterior fue reproducida a lo largo de los años setenta y ochenta por la primera generación de feministas británicas, quienes inventaron y después ayudaron a institucionalizar la historia de las mujeres. Antes de los años noventa (si acaso), la mayoría de las promotoras –por ejemplo, Sheila Rowbotham, Sally Alexander, Ann Davin y Catherine Hall– no recibieron oferta u otro tipo de reconocimiento dentro de la historia como disciplina. Véase Carolyn Steedman, «The Price of Experience: Women and the Making of the English Working Class», *Radical History Review*, n.º 59 (primavera 1994), pp. 110-111; Terry Lovell (ed.), *British Feminist Thought: A Reader*, Oxford, Blackwell, 1990, pp. 21-27.

hablaba desde los espacios institucionales centrales de la cultura dominante (incluyendo la Universidad de Cambridge, el *Arts Council* y la *British Broadcasting Corporation*), sin embargo era un «socialista no asimilado» en una «cultura infinitamente asimilativa», independiente a la vez de los partidos socialistas existentes, ya fuera el Partido Laborista o el Partido Comunista. Esto implicó una postura angular e incómoda. En palabras de Edward Thompson, ello requería «colocarse a uno mismo en una escuela de incomodidad... [convirtiendo] la propia sensibilidad en algo huesudo; todo rodillas y codos de susceptibilidad y rechazo».²⁰

La doble naturaleza de la figura intelectual de Williams fue crucial para el sentido que mi generación tenía de nuestras propias posibilidades. Por una parte, en una continua crítica que estaba presente en el centro de *Cultura y sociedad*, Williams desafió la legitimidad de la afianzada descripción que la cultura dominante hacía de sí misma —en la línea de Matthew Arnold, T. S. Eliot y F. R. Leavis— como «la gran tradición». Frente a ese discurso «oficial» de valor cultural, que privilegiaba la vocación de una minoría austera y asediada de altruistas que preservaban los auténticos bienes de la vida contra los efectos corruptores y destructivos de la sociedad «comercial» o «de masas», Williams contrarrestó con una concepción democrática de las actividades comunes de la sociedad, de «lo normal» de la cultura en ese sentido. Pero por otra parte, Williams rechazó las formas disponibles de una alternativa marxista a lo largo de los años cincuenta, deformadas como estaban por las consecuencias del estalinismo y de la Guerra Fría. Rechazó tanto la cultura política de «manipulación y centralismo» que había llegado a asociar con el «estilo de trabajo» del Partido Comunista y con las pautas economicistas del pensamiento característico del marxismo ortodoxo.

En cuanto a Marx, se aceptaba el énfasis en la historia, en el cambio, en la inevitablemente íntima relación entre clase y cultura, pero la forma en la que esto se percibía era, a otro nivel, inaceptable. En esta posición existía una polarización y abstracción de la vida económica por una parte y de la cultura por otra, que no parecía equivaler a la experiencia social de la cultura como otros la habían vivido y como uno estaba intentando vivirla.²¹

A pesar de esta ambivalencia, a lo largo de los años sesenta, Williams entabló una conversación continua con todo el abanico de marxismos teó-

²⁰ Edward P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978, p. 183 (hay traducción española parcial, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981).

²¹ Raymond Williams, citado en Michael Green, «Raymond Williams and Cultural Studies», en *Working Papers in Cultural Studies*, n.º 6 (otoño 1974), p. 34.

ricos europeos y produjo en el proceso un conjunto variado y original de escritos sobre la relación entre la historia social y las formas culturales, cuyo punto de vista denominó «materialismo cultural». Su ensayo «Base y superestructura en la teoría cultural marxista», escrito en 1973, cuyo argumento acabó integrado en el libro *Marxismo y literatura*, de 1977, fue especialmente influyente.²² Rompiendo con decisión con lecturas deterministas y funcionalistas anteriores de la relación de la cultura con la economía y sus intereses sociales, Williams desarrolló un argumento sobre la propia materialidad de la cultura. Más que ver la cultura como separada de la vida material, atada al mismo tiempo por determinaciones sociales pero moviéndose sobre ellas, señaló las verdaderas formas prácticas y concretas en las que la cultura se había alojado siempre dentro de las relaciones sociales y de las formas de práctica material.

Con «materialismo cultural», Williams se refería no sólo a las condiciones sociales e institucionales precisas y a las relaciones a través de las cuales los significados culturales eran producidos, sino a la presencia constitutiva de procesos culturales para todas las otras prácticas de una sociedad, incluyendo no sólo la política y las interacciones sociales sino también las complejas operaciones de la economía. En ese sentido, según Williams, la metáfora arquitectónica de base y superestructura, con su imagería de la separación clara y física de niveles además de sus implicaciones de prioridad lógica, era claramente fuente de malentendidos. Por más que pudiera ser necesario separar los significados culturales de sus contextos sociales para los efectos de la abstracción, éstos sólo pueden encontrarse estando juntos, fusionados e insertados en lo que Williams denominó «específicos e insolubles procesos reales».²³ Lenguaje, significados y significación debían ser vistos como «elementos insolubles del proceso material social mismo, implicados todo el tiempo tanto en la producción como en la reproducción». En ese caso, la relación de la cultura con otros elementos —trabajo, transacciones de mercado, intereses sociales, actividades prácticas, etc.— está ya siempre implícita. Dicha relación sólo puede teorizarse, por medio de «la compleja idea de determinación», como el ejercicio de presiones y el establecimiento de límites, en procesos que discurren activamente en ambas direcciones.²⁴

²² Raymond Williams, «Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory», en *New Left Review*, n.º 82 (noviembre-diciembre 1973), pp. 3-16; *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977 (hay traducción española, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980).

²³ Williams, *Marxism and Literature*, op. cit., p. 82.

²⁴ Williams, *Marxism and Literature*, op. cit., pp. 99 y 82.

En este punto el argumento me toma un poco la delantera: el reconocimiento provisional que hacía del marxismo a finales de los años sesenta difícilmente revelaba algún indicio de los problemas que Raymond Williams estaba intentando atacar. Sin embargo, mirando atrás, estoy fascinado por lo rápido que parecía haberse movido el clima de conciencia respecto de todo ello. Un hito clave, tanto para mí como para los debates más amplios, fue la publicación en la primavera de 1971 de las primeras traducciones importantes de *Los cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, que dieron un impulso vital al proyecto de Williams de abrir el marxismo a formas más complejas de análisis cultural (para «culturizarlo», podríamos decir).²⁵ Esto ocurría mientras me encontraba en el primer curso de posgrado en la Universidad de Sussex, cuando leía seriamente a Marx y a Engels, descubría a los marxistas occidentales como es debido y estaba suscrito a la *New Left Review*.

En otras palabras, en el momento en el que yo adquiría una perspectiva marxista clásica, los debates marxistas más importantes ya estaban escapando de las viejas interpretaciones fundadas en la metáfora de base y superestructura. Elijo a Raymond Williams para ejemplificar esta huida, en parte porque trataba el problema a través de un grueso de trabajo histórico original y creativo, en parte porque convergía de manera importante con las grandes obras de los historiadores marxistas británicos mencionados anteriormente. Como los seguidores y los críticos favorables de tal grupo pudieron apreciar, el subyacente credo materialista no había supuesto un impedimento para producir historias sociales y culturales de gran sutileza. En particular, el trabajo de Christopher Hill giraba en torno a las complejidades de las relaciones entre el conflicto político, la devoción popular y el orden social durante la revolución inglesa del siglo XVII, centrándose en la discusión teológica, la historia de la literatura y los programas rivales de espiritualidad más que en sociologías del interés de clase *per se*, moviéndose, mientras, más allá incluso de las amarras de cualquier sencilla «interpretación social».²⁶ No fue una casualidad que Hill hubiera reseñado una temprana selección de los escritos de Gramsci, publicada en 1957 como *El príncipe moderno*, o que Eric Hobsbawm fue-

²⁵ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith, Londres, Lawrence and Wishart, 1971 (hay traducción española completa de los *Cuadernos de la cárcel* en seis tomos por Era-Universidad de Puebla, 2003, y traducciones parciales previas).

²⁶ La referencia es a la obra de Alfred Cobban, *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1964 (hay traducción española, *La interpretación social de la Revolución francesa*, Madrid, Narcea, 1971). La crítica de Cobban pronto se convirtió en un indicador general para la hostilidad anti-marxista entre los historiadores.

ra un temprano comentarista de habla inglesa del pensamiento de Gramsci. Durante muchos años, la principal guía en inglés para la idea de «hegemonía» de Gramsci fue otro historiador marxista británico, Gwyn Williams, que había publicado un artículo muy citado sobre la materia en 1960.²⁷

El interés en los escritos heterodoxos de Gramsci resultó ser el catalizador oculto para mucha de la emergente historia social a principios de los años setenta. Estaba claramente detrás de la contribución de Robbie Gray titulada «Historia» en el volumen *Counter Course*, por ejemplo, incluso si esa influencia se daba principalmente más allá de las páginas que realmente se habían escrito.²⁸ Tomando como modelo práctico a los historiadores marxistas más veteranos, mientras aprendíamos de los nuevos debates, mi propia generación de historiadores izquierdistas nos enfrentamos inicialmente a la teoría de una manera ecléctica y encajada. Pero pocas veces escapábamos a los recordatorios que emanaban de la teoría; estaban en el aire que respirábamos. Puedo pensar en otros dos ejemplos más. El primero, un volumen que encontré por casualidad en Blackwell's una tarde de 1969, llamado *Towards a New Past*, editado por Barton Bernstein. Incluía el ensayo «Marxian Interpretations of the Slave South», de Eugene Genovese, cuyos escritos sobre la historia de la esclavitud había empezado a leer en la *New York Review of Books* más o menos en la misma época. Su petición de «una ruptura con el determinismo *naïve*, la interpretación económica y la glorificación insípida de las clases más bajas», en el nombre de una interpretación más compleja de cultura e ideología, fue quizás mi primer encuentro serio con las ideas de Gramsci, un interés con el que pude continuar después a través de otro de los ensayos de Genovese, «On Antonio Gramsci», publicado en 1967.²⁹ El segun-

²⁷ Véase Christopher Hill, reseña de *The Modern Prince and Other Writings*, de Antonio Gramsci, ed. Louis Marks, *New Reasoner*, n.º 4 (primavera 1958), pp. 107-130; Eric Hobsbawm, «The Great Gramsci», en *New York Review of Books*, n.º 4 (abril 1974), pp. 39-44; y «Gramsci and Political Theory», en *Marxism Today*, n.º 31 (julio 1977), pp. 205-213; Gwyn A. Williams, «The Concept of "Egemonia" in the Thought of Antonio Gramsci, Some Notes in Interpretation», en *Journal of the History of Ideas*, n.º 21 (1960), pp. 586-599.

²⁸ Robbie Gray, «History», en Pateman, *Counter Course*, op. cit., pp. 280-293. Véase también la posterior monografía de Gray *The Labour Aristocracy in Victorian Edinburgh*, Oxford, Clarendon Press, 1976.

²⁹ Véase Eugene D. Genovese, «Marxian Interpretations of the Slave South», en Barton J. Bernstein (ed.), *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History*, Nueva York, Pantheon, 1968, pp. 90-125; «On Antonio Gramsci», en *Studies on the Left*, n.º 7 (marzo-abril 1967), pp. 83-108. Ambos se reimprimieron en la colección de Genovese *In Red and Black: Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*, Londres, Allen Lane, 1971, pp. 315-353, 391-422. En *In Red and Black* fue uno de los pocos libros (como *La formación* de Edward P. Thompson y *Trabajadores* de Hobsbawm) que compré con tapa dura en aquel momento. La cita está tomada de *In Red and Black*, p. 348.

do ejemplo era una crítica de la historiografía radical en los Estados Unidos, publicado por Aileen Kraditor en *Past and Present*; esto suponía un punto de vista similar al de Gramsci.³⁰

Si Raymond Williams anticipó muchas de estas novedades teóricas, también ofreció lo que, en aquel momento, era un ejemplo poco común de práctica interdisciplinaria. En su capacidad para hacerlo fue en gran parte autodidacta ya que faltaron, durante la mayor parte de los años cincuenta, los contextos de colaboración —tanto académicos como políticos— que podrían haber proporcionado apoyos colectivos o institucionales. Cualquier historiador del momento interesado en dar a sus estudios una mayor amplitud teórica o contextual se enfrentó al mismo problema. La situación cambiaría un poco a mediados de los años sesenta, cuando algunas de las nuevas universidades incluyeron la interdisciplinaria en sus proyectos pedagógicos y curriculares.³¹ Por lo demás, los historiadores que buscaron contactos con sociólogos, pedagogos y especialistas de la literatura estuvieron, por lo general, solos. La mayor parte de los historiadores, donde no se mostró abiertamente hostil, no vio con buenos ojos tales aspiraciones.³² Para aquellos de nosotros que, a finales de los años sesenta, intentábamos ser conscientes de cómo abordábamos nuestro trabajo, ya fuera interrogando, perfeccionando nuestras particulares herra-

³⁰ Véase Aileen S. Kraditor, «American Radical Historians on their Heritage», en *Past and Present*, n.º 56 (agosto 1972), pp. 136-153. Curiosamente, tanto Genovese como Kraditor terminaron con el tiempo sus carreras renegando totalmente del marxismo y de la izquierda.

³¹ Una de estas nuevas universidades, Sussex, generó una gran agitación intelectual en la segunda mitad de los años sesenta y fue mi segunda opción tras Oxford cuando solicité mi ingreso en la universidad en 1966. En otoño de 1970, después de licenciarme en Oxford, entré en el programa de posgrado de Sussex, cuya atmósfera interdisciplinaria parecía un tonificante sople de aire fresco.

³² Para un momento destacado de tal hostilidad, véase Maurice Cowling, «Mr. Raymond Williams», en *Cambridge Review*, n.º 27 (mayo 1961), pp. 546-551 (el primer artículo), que denuncia el puesto de Raymond Williams en la Facultad de Inglés de Cambridge. El autor era un historiador de derechas de treinta y cinco años, un candidato parlamentario conservador frustrado y en otros tiempos periodista, que se había trasladado hacia poco a Peterhouse desde el nuevo *college* de Williams, Jesus. Cowling atacó con desprecio a Williams acusándolo de ser el líder de todo «el grupo de radicales ingleses, estalinistas caducos, socialistas académicos y trotskistas intelectuales» quienes, «con otros provenientes de juntas de otras facultades, los centros comunitarios y algunas universidades del norte», estaban politizando y degradando la vida cultural nacional. Cowling concluía diciendo que «no debería imaginarse que la función del especialista inglés es dedicarse a la crítica social». Cowling surgió a lo largo de los años setenta como un tipo de *éminence grise* del conservadurismo intelectual thatcherista, ayudando a fundar el Salisbury Group en 1977 y dirigiendo el emblemático volumen *Conservative Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978. Entre sus muchas publicaciones, véase el singular, pero erudito, *Religion and Public Doctrine in Modern England*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1980-2001. Véase también Maurice Cowling, «Raymond Williams in Retrospect», en *New Criterion*, n.º 8 (febrero 1990).

mientas conceptuales o inventando un marco teórico general, la mejor ayuda vino siempre de fuera.

Durante mis años de estudiante en Oxford, tenía totalmente claro que la historia era insuficiente por sí misma, que necesitaba «teoría», y que otras disciplinas habían de ser reclutadas para este propósito. En el contexto del momento (cuando las reivindicaciones de la importancia social y política de la historia se invocaban irresistiblemente en términos materialistas), esto significaba recurrir principalmente a la sociología y a la ciencia política, de manera menos frecuente a la antropología pero, de cualquier modo, al repertorio general de la ciencia social crítica. Había algo de cualidad «católica» en este compromiso. Por ejemplo, entre mis compañeros universitarios de Filología, Políticas y Economía, Claude Lévi-Strauss y otros estructuralistas franceses suscitaban mucho interés; y la presencia de Steven Lukes en Balliol garantizaba que tales tradiciones de pensamiento descendientes de Durkheim se tomaran sumamente en serio.³³ Pero no había dudas sobre las tendencias fundamentales: virar a la teoría significaba, por encima de todo, virar hacia la gran fuente de interdiscipliniedad (o, más exactamente, la gran incitación hacia el conocimiento interdisciplinario o, quizás, pandisciplinario), esto es, el marxismo.

TRES FUENTES PARA LA HISTORIA SOCIAL

En 1971 Eric Hobsbawm terminó un famoso ensayo sobre el estado de la disciplina diciendo que era «un buen momento para ser un historiador social».³⁴ Ése era, por supuesto, mi propio sentimiento cuando emprendí el trabajo de licenciatura en octubre de 1970. La magnitud de la actividad en desarrollo era impresionante —con el lanzamiento de nuevas publicaciones, la fundación de encuentros permanentes y de sociedades subdisciplinarias, el rediseño de los currículos, el establecimiento de cátedras especiales e incluso la puesta en marcha de un aún mayor número de tesis. Sin duda alguna, la historia social había existido con anterioridad. Pero la ambición era mayor en estos momentos. **Llamarse historiador social en Gran Bretaña ya no suponía un interés automático por los sindi-**

³³ Véase Steven Lukes, *Émile Durkheim, His Life and Work: A Historical and Critical Study*, Nueva York, Harper and Row, 1972 (hay traducción española, *Émile Durkheim: su vida y su obra*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1984).

³⁴ Eric J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», en *Daedalus*, n.º 100 (1971), p. 43.

catos o por las leyes de la pobreza, o ya no significaba que uno se marginaba al colocarse en las recónditas vías muertas de los departamentos de historia económica o sería excluido de las calles principales de la profesión. A pesar de los persistentes convencionalismos de las publicaciones de gran formato para un público intelectual medio y de un continuado género de historia popular, el término «historia social» ya no implicaba necesariamente la evocación vistosa y nostálgica de «modales y moralidad», como los directores del *Times Literary Supplement* aún querían ver. Durante la siguiente década, de hecho, la historia social dejaría rápidamente atrás el estatus subalterno anterior en la profesión histórica misma. En efecto, pocas áreas de la disciplina no serían reivindicadas por las sucesivas generaciones de historiadores sociales.³⁵

El rasgo más interesante de la historia social que emergía en los años setenta, señalado en el título de un ensayo de Hobsbawm («De la historia social a la historia de la sociedad»), fue su nuevo potencial generalizador o totalizante. En el pasado, el término «historia social» podría haber implicado fácilmente cierta indiferencia hacia las instituciones políticas de la sociedad, la administración de gobierno o el carácter del Estado. Su atención particular hacia lo «social» como una subespecialidad de la disciplina no había implicado ninguna obligación necesaria para generalizar sobre la sociedad en su totalidad. Hasta hacía poco, la categoría de historiador social había implicado algo especializado y restringido, incluso algo propio de un anticuario. De este modo, se convirtió en una especie de novedad original cuando algunos historiadores sociales empezaron a reivindicar las posibilidades totalizantes como la virtud específica de su campo. Empezaron a declarar un interés en prácticas particulares (como el sindicalismo o la beneficencia) menos por ellos mismos que por su relación con el carácter de la formación social en general. Hablaban cada vez más de «estructuras» y «relaciones sociales». Intentaban ahora situar todas las facetas de la existencia humana en los ahora engrandecidos contextos materialistas de sus determinaciones sociales. Como mantenía el primer editorial de la nueva publicación *Social History*, querían «estar tan interesados en cuestiones de cultura y conciencia como en cuestiones de estructura social y condiciones materiales de la vida».³⁶ Pero había pocas dudas sobre dónde comenzaban las principales líneas de explicación.

³⁵ La rapidez con la que se aceptó la historia social puede exagerarse fácilmente. Como experimenté, dejó poca huella en Oxford en los años sesenta y principios de los setenta. En 1971, un estudio general totalmente competente sobre los estudios históricos, *The Nature of History* de Arthur Marwick, Londres, Macmillan, evitó dar a la historia social cualquier trato específico.

³⁶ *Social History*, n.º 1 (1976), p. 3.

Como sugerí en el capítulo I, fueron tres las influencias importantes en el desarrollo de la historia social en el mundo de habla inglesa: los Historiadores Marxistas Británicos, la escuela de *Annales* en Francia y la ciencia social estadounidense y británica posterior a 1945. Las tres convergían en un modelo materialista de causalidad que también podía denominarse «estructuralista». Sus términos implicaban un concepto maestro de «sociedad» basado en la soberanía de la explicación social, en el que las líneas de determinación se movían predominantemente hacia arriba y hacia fuera desde la economía y sus relaciones sociales a todo lo demás. Las tres aproximaciones creían de una manera ferviente en la fertilización interdisciplinaria. Desde luego, cada una fue engendrada por un tipo de política.

Los Historiadores Marxistas Británicos

Para mí, la más destacada de estas influencias fue la primera. Contemplados desde un punto de vista elevado dentro de los mismos años sesenta, los marxistas británicos no fueron en absoluto un grupo ni tan cohesionado ni tan reconociblemente separado como el siguiente comentario podría insinuar. Como individuos, estaban conectados desde posiciones de centralidad con varias redes más extensas cuya puesta en funcionamiento había solidificado poco a poco las bases para la aparición de la historia social; por encima de todo, en torno a la publicación *Past and Present* y en la *Society for the Study of Labour History* –Sociedad para el Estudio de la Historia del Trabajo– (aparecidas en 1952 y 1960, respectivamente), pero también en el desarrollo de nuevas especialidades (como el Urban History Group –Grupo para el Estudio de la Historia Urbana–, formado en 1963), la fundación de los departamentos separados de historia económica y social en varias universidades, las conexiones de la ciencia social progresiva que se ensayaban en la London School of Economics, etc. Además, otras personas sin la misma filiación marxista –en particular, Asa Briggs– eran igualmente importantes para los orígenes de la historia social en los años cincuenta.³⁷ Sin embargo, haciendo uso de la

³⁷ Antes de irse a la nueva Universidad de Sussex en 1961, Asa Briggs (nacido en 1921) estudió en Leeds, que fue también la base del historiador de la revolución industrial Arthur J. Taylor y del marxista Edward Thompson. Briggs, al principio, trabajó el Birmingham de principios del siglo XIX y dirigió dos volúmenes de investigación local rompedores, *Chartist Studies*, Londres, Macmillan, 1959, y (con John Saville) *Essays in Labour History*, Londres, Macmillan, 1960. Éste fue un volumen conmemorativo para G.D.H. Cole, uno de los promotores de la

perspectiva compartida que adquirieron del Communist Party Historians' Group (Grupo de Historiadores del Partido Comunista) entre 1946 y su disolución en 1956-1957, los marxistas ejercieron una influencia definitiva y desproporcionada sobre las formas que la historia social adquirió en el transcurso de su aparición.

Entre otros, en el Grupo de Historiadores figuraban Christopher Hill (1910-2003), George Rudé (1910-1993), Victor Kiernan (nacido en 1913), Rodney Hilton (1916-2002), John Saville (nacido en 1916), Eric Hobsbawm (nacido en 1917), Dorothy Thompson (nacida en 1923), Edward Thompson (1924-1993), Royden Harrison (1927-2002) y el mucho más joven Raphael Samuel (1938-1996).³⁸ Pocos enseñaron en el centro de la vida universitaria británica, Oxbridge o Londres. Algunos no eran historiadores en sus disciplinas: por ejemplo, un libro del economista de más edad de Cambridge Maurice Dobb (1900-1976), *Studies in the Development of Capitalism* (1946), había enfocado gran parte de los debates iniciales del grupo. Otros miembros del grupo ocuparon puestos en la enseñanza para adultos: Rudé y Thompson, por ejemplo, alcanzaron plazas académicas estables sólo en los años sesenta, y Rudé tuvo que trasladarse hasta Australia para ello. El principal impulso del grupo venía de la política, de un poderoso sentido de la pedagogía de la historia y de una identificación más general con los valores democráticos y la historia popular. Una mentora principal fue la intelectual comunista no académica, periodista y especialista en Marx, Dona Torr (1883-1957), a quien el grupo rindió tributo con un volumen ahora clásico llamado *Democracy and the Labour Movement*, publicado en 1954.³⁹

historia del trabajo, volviendo a los años de entreguerras. Véase también Adrian Wilson, «A Critical Portrait of Social History», en Adrian Wilson (ed.), *Rethinking Social History: English Society, 1570-1920, and Its Interpretation*, Manchester, Manchester University Press, 1993, pp. 1-24; Miles Taylor, «The Beginnings of Modern British Social History?», en *History Workshop Journal*, n.º 43 (primavera 1997), pp. 155-176.

³⁸ En lo que sigue, mi deseo de mantener citas bibliográficas de proporciones razonables no puede reflejar la importancia específica de los muchos individuos que he omitido. Para Christopher Hill, véase mi ensayo obituario citado en la nota 3, junto con Penelope J. Corfield, «We Are All One in the Eyes of the Lord», Christopher Hill and the Historical Meanings of Radical Religion», en *History Workshop Journal*, n.º 58 (otoño 2004), pp. 111-127. Para Rodney Hilton, véase Peter Cross, «R.H. Hilton», *Past and Present*, n.º 176 (agosto 2002), pp. 7-10. Para Dorothy Thompson, véase su *Outsiders: Class, Gender, and Nation*, Londres, Verso, 1993, y «The Personal and the Political», en *New Left Review*, n.º 200 (julio-agosto 1993), pp. 87-100.

³⁹ Véase Eric Hobsbawm, «The Historians' Group of the Communist Party», en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A.L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1979, pp. 21-47; Bill Schwarz, «The People» in History: The Communist Party Historians' Group, 1946-1956», en Richard Johnson et al. (eds.), *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*, Londres, Hutchinson, 1982, pp. 44-95; Dennis Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain: History, the New Left, and the Origins of Cultural Stu-*

Algunos de estos especialistas desplegaron un extraordinario abanico de intereses internacionales. Esto es algo bien conocido en Eric Hobsbawm. Sus intereses abarcaban la historia obrera británica, los movimientos populares europeos, el campesinado latinoamericano y el jazz, mientras alcanzaban también al estudio del nacionalismo, de las transformaciones sucesivas del capitalismo como sistema global, de la relación de los intelectuales con los movimientos populares, de la historia del marxismo y otros grandes temas. Llegó a ser más conocido, quizás, por su serie de historias generales sin precedentes, que cubrían la época moderna desde finales del siglo XVIII hasta el presente en cuatro magníficos volúmenes.⁴⁰ Entre sus camaradas, Victor Kiernan fue también un verdadero erudito, y publicó extensamente sobre aspectos del imperialismo, la formación del primer estado moderno y la historia del duelo aristocrático, y también sobre las relaciones entre Gran Bretaña y China y sobre la revolución española de 1854, ~~con una impresionante y extensa bibliografía de ensayos sobre un abanico de temas extraordinario~~.⁴¹ George

dies, Durham, Duke University Press, 1997, pp. 10-44; David Parker, «The Communist Party and Its Historians, 1946-1989», en *Socialist History*, n.º 12 (1997), pp. 33-58; Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians: An Introductory Analysis*, Oxford, Polity Press, 1984 (hay traducción española, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989). Para Dona Torr, véase su *Tom Mann and His Times*, Londres, Lawrence and Wishart, 1954; David Renton, «Opening the Books: the Personal Papers of Dona Torr», en *History Workshop Journal*, n.º 52 (otoño 2001), pp. 236-245.

⁴⁰ Véanse los siguientes trabajos de Hobsbawm, *Trabajadores; Rebeldes primitivos; Capitán Swing* (con George Rudé); *Bandits*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969 (hay traducción española, *Bandidos*, Barcelona, Ariel, 1976); «Peasant Land Occupations», en *Past and Present*, n.º 62 (febrero 1974), pp. 120-152; *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 (hay traducción española, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991); *The Age of Revolution, 1789-1848*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1962 (hay traducción española, *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1997); *The Age of Capital, 1848-1875*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1975 (hay traducción española, *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Labor, 1998); *The Age of Empire, 1872-1914*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987 (hay traducción española, *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Labor, 1989); *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1992*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1994 (hay traducción española, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995).

⁴¹ Los trabajos de Kiernan incluyen *British Diplomacy in China, 1880 to 1885*, Cambridge, Cambridge University Press, 1939; *The Revolution of 1854 in Spanish History*, Oxford, Clarendon Press, 1966 (hay traducción española, *La revolución de 1854 en España*, Madrid, Aguilar, 1970); *The Lords of Human Kind: European Attitudes towards the Outside World in the Imperial Age*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969; *Marxism and Imperialism: Studies*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974; *America, the New Imperialism: From White Settlement to World Hegemony*, Londres, Zed Press, 1978; *State and Society in Europe, 1550-1650*, Oxford, Blackwell, 1980; *The Duel in History: Honour and the Reign of Aristocracy*, Oxford, Oxford University Press, 1988 (hay traducción española, *El duelo en la historia de Europa: Honor y privilegio de la aristocracia*, Madrid, Alianza, 1992); y *Tobacco: A History*, Londres, Radius, 1991.

Rudé fue un destacado historiador de la Revolución francesa y la protesta popular.⁴² Otros dos miembros del grupo trabajaron casi exclusivamente sobre temas británicos pero disfrutaron de una resonancia internacional enorme durante un período más largo –Raphael Samuel como el genio impulsor detrás del movimiento del History Workshop (Taller de Historia) y su revista; Edward Thompson a través de sus grandes trabajos *The Making of the English Working Class* (1963), *Whigs and Hunters* (1975) y *Customs in Common*, que incorporaba ensayos y conferencias que marcaron la pauta y que fueron escritos originariamente en los años sesenta y setenta.⁴³

Pero esta historiografía marxista británica estaba enclavada en algunos asuntos muy británicos. Inspirado por la *People's History of England* de A. L. Morton, que había sido publicada en 1938 en el punto álgido de la campaña del Frente Popular, el primer objetivo del grupo fue producir una historia social de Gran Bretaña capaz de rebatir el dominio pedagógico, cultural e ideológico general de los relatos establecidos u oficiales.⁴⁴

Aunque esta ambición nunca fue completada como tal, aun así las obras de varios autores particulares vinieron a sumarse hacia finales de los años sesenta a una contribución colectiva impresionante exactamente de ese tipo en la que figuraba, en particular, Rodney Hilton escribiendo sobre el campesinado inglés de la Edad Media; Christopher Hill sobre la Revolución inglesa del siglo XVII; John Saville sobre la industrialización y la historia del trabajo; Dorothy Thompson sobre el cartismo; y, por supuesto,

⁴² Véase Rudé, *Crowd in the French Revolution; Wilkes and Liberty: A Social Study of 1763 to 1774*, Oxford, Oxford University Press, 1962; *La multitud en la historia; Capitán Swing* (con Eric Hobsbawm); *Protest and Punishment: The Story of Social and Political Protestors Transported to Australia, 1788-1868*, Oxford, Oxford University Press, 1978.

⁴³ Véase Raphael Samuel (ed.), *Village Life and Labour*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975; y *Miners, Quarrymen, and Salt Workers*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977; Samuel, «History Workshop, 1966-1980», en Raphael Samuel (ed.), *History Workshop: A Collectanea, 1967-1991; Documents, Memoirs, Critique, and Cumulative Index to «History Workshop Journal»*, Oxford, History Workshop, 1991. Para Edward Thompson, véase su *Formación de la clase obrera en Inglaterra*; Edward Thompson y Eileen Yeo (eds.), *The Unknown Mayhew: Selections from the Morning Chronicle, 1849-1850*, Londres, Merlin Press, 1971; Thompson: *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*, Londres, Allen Lane, 1975; Thompson con Douglas Hay et al., *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Londres, Allen Lane, 1975; Thompson, *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Londres, Merlin Press, 1991 (hay traducción española, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995).

⁴⁴ Véase Arthur Leslie Morton, *A People's History of England*, Londres, Lawrence and Wishart, 1938. Véase también Harvey J. Kaye, «Our Island Story Retold: A.L. Morton and "the People" in History», en *The Education of Desire: Marxists and the Writing of History*, Nueva York, Routledge, 1992, pp. 116-124; Margot Heinemann y Willie Thompson (eds.), *History and Imagination: Selected Writings of A.L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1990.

Edward Thompson y Eric Hobsbawm sobre el curso general de la historia popular en los siglos XIX y XX.⁴⁵

En ese sentido, el legado del Grupo de Historiadores se centró de manera intensa en temas nacionales. Para los historiadores más jóvenes que se situaban en la izquierda británica a finales de los años sesenta, esto fue especialmente cierto merced al rotundo ensayo general de Edward Thompson «The Peculiarities of the English», publicado en 1965 como una enérgica respuesta a la interpretación general de la historia británica presentada por dos marxistas de la «segunda» New Left, Tom Nairn y Perry Anderson.⁴⁶ En el periodo siguiente a su salida del Partido Comunista, el trabajo de Thompson también había convergido con los trabajos afines de Raymond Williams (analizados con anterioridad en este capítulo), cuyos *Culture and Society* y *The Long Revolution* proponían una interpretación general propia de la historia británica moderna. Tanto Thompson como Williams intentaron recuperar el pasado nacional de una manera conscientemente contrapuesta y democrática, arrebatando el control de la historia nacional de los creadores de opinión conservadora de todo tipo, y reescribiéndola en torno a las luchas de la gente corriente en un proyecto democrático aún no terminado.

A lo largo de los años cincuenta, estos intereses británicos estaban totalmente centrados en dos campos. Por una parte, el Grupo de Historiadores dio forma de una manera contundente a la fase emergente de la historia del trabajo, muy claramente a través de los ensayos fundacionales de Hobsbawm recogidos en 1964 en *Labouring Men*, pero también a través de la influencia de John Saville y Royden Harrison y en el escenario colectivo establecido por la fundación de la Labour History Society—Sociedad de Historia del Trabajo— en 1960.⁴⁷ Este contexto de nueva

⁴⁵ Véanse las citas de las notas 37-41. La introducción general más sencilla es la de Kaye, *British Marxist Historians*.

⁴⁶ Edward P. Thompson, «The Peculiarities of the English», en *Poverty of Theory*, pp. 35-91 (hay traducción española, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Alzira, UNED, 2002). Los artículos de *New Left Review* relevantes son el de Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis» (n.º 23 [enero-febrero 1964], pp. 26-54) y «The Myths of Edward Thompson, or Socialism and Pseudo-Empiricism» (n.º 35 [enero-febrero 1966], pp. 2-42) y de Tom Nairn, «The English Working Class» (n.º 24 [marzo-abril 1964], pp. 45-57) y «The Anatomy of the Labour Party» (n.º 27 [septiembre-octubre 1964], pp. 38-65; n.º 28 [noviembre-diciembre 1964], pp. 33-62).

⁴⁷ Tanto Saville como Harrison fueron ponentes de la Society for the Study of Labour History. Con Asa Briggs, Saville codirigió los volúmenes *Essays in Labour History*, Londres, Macmillan, 1960-1971 y Croom Helm, 1977. Entre la década de los cincuenta y la de los noventa, publicó de manera prolífica sobre la historia del trabajo. Dirigió el *Dictionary of Labour Biography*, que empezó en 1972 y alcanzó el décimo tomo en 2000 (Londres, Macmillan). Al publicar su primer libro, *Before the Socialists: Studies in Labour and Politics, 1861-1881*, Lon-

actividad académica que florecía con tanta rapidez se organizó, a grandes rasgos, alrededor de una cronología de cuestiones específicas sobre el presunto fracaso del movimiento obrero para cumplimentar la trayectoria de radicalización proyectada por el modelo de desarrollo de Marx, y planteó a los historiadores del trabajo y a los historiadores sociales una problemática duradera que predominó hasta bien entrados los años ochenta.

Relacionado con esto, por otro lado, el Grupo de Historiadores también elaboró la historiografía de la industrialización capitalista en Gran Bretaña, en concreto a través de la polémica entre Hobsbawm y Max Hartwell sobre el nivel de vida, entre 1957 y 1963, que giraba sobre la cuestión de si el industrialismo había mejorado o disminuido los niveles de vida de la población obrera.⁴⁸ El primer libro de Saville sobre la destrucción social que había supuesto la transformación capitalista de la agricultura británica, proporcionó un contrapunto marxista a la corriente principal de despolitizados relatos de la «sociedad de propietarios» establecidos por G. E. Mingay y F. M. L. Thompson, un proyecto continuado posteriormente por Hobsbawm y Rudé en sus estudios de la sublevación de los trabajadores del campo en 1830.⁴⁹ Tanto *The Making of the English Working Class* de Edward Thompson como la historia económica británica general de Hobsbawm, *Industry and Empire*, abordaban con fuerza la cuestión general. Al mismo tiempo, ninguna de estas contribuciones de gran trascendencia (contribuciones a la historia del trabajo y a la crítica de la industrialización capitalista) era concebible sin los trabajos previos de los pioneros de la historia social en Gran Bretaña de principios del siglo XX: a saber, los Webb, G. D. H. Cole, R. H. Tawney y los Hammond.⁵⁰

dres, Routledge and Kegan Paul, 1965, Harrison se convirtió en profesor adjunto de Política en la Universidad de Sheffield, habiendo dado clases con anterioridad en el área de extensión universitaria. En 1970, se trasladó al Warwick Center for the Study of Social History (creado cinco años antes por Edward Thompson), donde fundó el Modern Records Center. También se convirtió en el biógrafo oficial de los Webb, publicando el primer tomo, *Life and Times of Sidney and Beatrice Webb, 1858-1905: The Formative Years*, Basingstoke, Macmillan, 2000, poco antes de morir.

⁴⁸ Arthur J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, 1975.

⁴⁹ John Saville, *Rural Depopulation in England and Wales, 1851-1951*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957; G.E. Mingay, *English Landed Society in the Eighteenth Century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1963; F.M.L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1963; Hobsbawm y Rudé, *Capitán Swing*, op. cit.

⁵⁰ Los grandes trabajos de Beatrice (1858-1943) y Sidney Webb (1859-1947) incluían la obra en nueve volúmenes *English Local Government from the Revolution to the Municipal Corporations Act*, Londres, Longmans, 1906-1929; *The History of Trade Unionism*, Londres, Longmans, 1894; e *Industrial Democracy*, Londres, Longmans, 1897 (hay traducción española, *La democracia industrial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004). G.D.H. Cole (1889-1959) publicó

Pero la visión de estos historiadores marxistas era lo contrario de provinciana. Mientras realizaba su rompedora investigación a lo largo de los años cincuenta en París, Rudé había trabajado con el gran veterano de la historia de la Revolución francesa, Georges Lefebvre, y su futuro sucesor Albert Soboul. Kiernan ensayó una versión ecléctica de la historia global mucho antes de que «la historia del mundo» fuera una parte reconocida de la organización y la enseñanza de la profesión. Hobsbawm gozó de incomparablemente diversas conexiones a lo largo de Europa y Latinoamérica. Otro comunista, Thomas Hodgkin (1910-1982), que no era un miembro del Grupo de Historiadores, influyó sumamente en la historia africana en sus años nacientes, de nuevo desde los márgenes de la profesión, en la educación para adultos.⁵¹ El trabajo de Hobsbawm se desarrolló en diálogo con colegas de Francia; no sólo con los alineados con el marxismo como Lefebvre, Soboul y Ernest Labrousse, sino también con Fernand Braudel y sus colegas de la escuela de *Annales*.

A escala internacional, Hobsbawm y Rudé transformaron el estudio de la protesta popular en las sociedades preindustriales. Rudé deconstruyó meticulosamente viejos estereotipos del «populacho», de las «turbas», utilizando la Revolución francesa y los motines del siglo XVIII en Inglate-

populacho
turbas

innumerables obras entre principios del siglo XX y la década de los cincuenta, incluyendo el multivolumen *History of Socialist Thought*, Londres, Macmillan, 1953-1960 (hay traducción española, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962-1974); él co-escribió, con Raymond Postgate, lo que durante muchos años fue la mejor historia general de los movimientos populares en Gran Bretaña, *The Common People, 1746-1938*, Londres, Methuen, 1938. R.H. Tawney (1880-1962) publicó, entre otras obras, *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, Londres, Longmans, 1912, el volumen dirigido (con Eileen Power) *Tudor Economic Documents*, Londres, Longmans, 1924; *Religion and the Rise of Capitalism: A Historical Study*, Londres, Murray, 1926 (hay traducción española, *La religión en el orio del capitalismo*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1936); *Land and Labour in China*, Londres, G. Allen and Unwin, 1932; y «The Rise of the Gentry, 1558-1640», en *Economic History Review*, n.º 11 (1941), pp. 1-38. Los tratados políticos enormemente influyentes de Tawney incluyen *The Acquisitive Society*, Londres, G. Bell and Sons, 1920 (hay traducción española, *La sociedad adquisitiva*, Madrid, Alianza, 1972) y *Equality*, Londres, Unwin, 1931 (hay traducción española, *La igualdad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945). John (1872-1949) y Barbara Hammond (1873-1961) publicaron una innovadora trilogía de trabajos sobre los costes humanos de la industrialización. Su *The Village Labourer, 1760-1832*, Londres, Longmans, 1917 (hay traducción española, *El trabajador del campo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987), y *The Skilled Labourer, 1760-1832*, Londres, Longmans, 1919 (hay traducción española, *El trabajador especializado*, Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, 1979), ejercieron enorme influencia sobre el proyecto de Thompson. En general, véase David Sutton, «Radical Liberalism, Fabianism, and Social History», en Johnson *et al.*, *Making Histories*, op. cit. pp. 15-43.

⁵¹ Anne Summers, «Thomas Hodgkin (1910-1982)», en *History Workshop Journal*, n.º 14 (otoño 1982), pp. 180-182. Véase especialmente Thomas Hodgkin, *Nationalism in Colonial Africa*, Londres, F. Muller, 1956; *Nigerian Perspectives: An Historical Anthology*, Oxford, Oxford University Press, 1960; *Vietnam: The Revolutionary Path*, Londres, Macmillan, 1981.

rra y Francia para analizar los ritmos, la organización y los motivos que estaban detrás de la acción colectiva. En el proceso, establecía una sociología pionera de «rostros de la multitud». Hobsbawm analizó las transformaciones de la conciencia popular que acompañaban a la industrialización capitalista —en estudios sobre el ludismo y las protestas de los trabajadores antes de los sindicatos; en sus sugerentemente originales comentarios sobre el bandolerismo social, el milenarismo y la mafia; y en ensayos sobre los campesinos y los movimientos del campesinado en Latinoamérica—. Fue el primero en establecer una conversación extraordinariamente fértil, y que venía de lejos, entre la historia y la antropología. Ayudó a redefinir cómo la política podía pensarse en sociedades que carecían de constituciones democráticas, del imperio de la ley o de un sistema parlamentario desarrollado.⁵²

El mayor paso acometido por el Grupo de Historiadores —el paso que, en última instancia, tuvo la mayor resonancia profesional— fue el desarrollo de una nueva revista histórica, *Past and Present*, aparecida en 1952. Subtitulada de manera sintomática *Journal of Scientific History*, fue un esfuerzo sumamente consciente de preservar el diálogo con los historiadores no marxistas en un momento en el que la Guerra Fría estaba cerrando con rapidez esos contactos. El primer director e instigador de la iniciativa fue John Morris (1913-1977), un historiador de la Gran Bretaña antigua, que se había unido junto con Hobsbawm, Hill, Hilton, Dobb y el arqueólogo Vere Gordon Childe (1892-1957), todos marxistas, a un grupo de autores no marxistas muy distinguido que incluía al historiador de la Antigüedad Hugo Jones (1904-1970), al historiador checo R. R. Betts (que murió en 1961), al historiador de los Tudor-Stuart David B. Quinn (nacido en 1909) y al muy completo generalista Geoffrey Barraclough (1908-1984).

Desde el principio, los contactos con Europa fueron cruciales para las perspectivas y el éxito de la nueva revista. La relación con Europa del Este aportó artículos de los historiadores soviéticos Boris Porshnev y E. A. Kosminskii y de J. V. Polisensky y Arnost Klima de Checoslovaquia. La conexión francesa supuso obtener artículos no sólo de Lefebvre y Soboul sino también de historiadores relacionados con la revista *Annales*. Seis años después, en 1958, el consejo editorial de la revista se ampliaba para atenuar el predominio marxista original, incluyendo a los modernistas Lawrence Stone (1919-1999) y John Elliott (nacido en 1930), al

⁵² Véase especialmente Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*; *Bandidos*; «Peasants and Politics», en *Journal of Peasant Studies*, n.º 1 (1973), pp. 1-22.

medievalista Trevor Aston (1925-1986), al arqueólogo S. S. Frere (nacido en 1918) y a los sociólogos Norman Birnbaum y Peter Worsley (nacido en 1924). Con esta importantísima reconfiguración, el subtítulo cambiaba a *Journal of Historical Studies*.⁵³

En la visión rectora aportada por los historiadores marxistas al proyecto intelectual de *Past and Present*, el término «historia social» hacía referencia al intento de entender las dinámicas de las sociedades en su totalidad. La ambición recaía en conectar los acontecimientos políticos con las fuerzas sociales subyacentes. A lo largo de 1947-1950, el Grupo de Historiadores se había centrado en la transición del feudalismo al capitalismo y en una serie de cuestiones relacionadas: el ascenso del absolutismo, la naturaleza de las revoluciones burguesas, las dimensiones agrarias del surgimiento del capitalismo y las dinámicas sociales de la Reforma. El artículo en dos partes de Hobsbawm «La crisis general del siglo XVII», de 1954, motivó el destacado debate de la primera década de *Past and Present*, varias contribuciones que fueron posteriormente recogidas, bajo la dirección de Trevor Aston, en el volumen de 1965 *Crisis in Europe, 1560-1660*.⁵⁴

El debate activó a historiadores de Francia, España, Suecia, Alemania, Bohemia, Rusia, Irlanda y, de la época moderna temprana en general, también a historiadores de Gran Bretaña. Éste conectaba las agitaciones políticas del siglo XVII con formas de crisis económica entendidas en términos paneuropeos, en lo que Aston denominó «la última fase de la transición general de la economía feudal a la capitalista». ⁵⁵ Ofrecía un caso para estudiar el conflicto religioso en términos sociales, un proyecto más general que también sostuvo un número de debates previamente tratados en la revista, incluyendo aquel sobre ciencia y religión. Se cogía al toro por los cuernos al intentar contextualizar las historias de las sociedades en su totalidad, con profundas implicaciones para la forma en la que historiadores posteriores fueron capaces de pensar sobre estos problemas varios (mejor ejemplificado, quizás, que por ningún otro texto en la resonancia duradera de la trascendental contribución de J. H. Elliott: «La decadencia de España»). El debate enfatizaba de nuevo la convergencia entre *Past and Present* y *Annales*, porque la intervención inicial de Hobsbawm se

⁵³ Véase Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm, «*Past and Present: Origins and Early Years*», en *Past and Present*, n.º 100 (agosto 1983), pp. 3-14. El año anterior (1957), el antropólogo social Max Gluckman, el sociólogo Philip Abrams y la historiadora agraria Joan Thirsk también se habían unido al consejo de redacción.

⁵⁴ Trevor Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965 (hay traducción española, *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983).

⁵⁵ Aston, *Crisis en Europa...*, op. cit., p. 5.

había basado en trabajo intelectual realizado bajo el patrocinio de Fernand Braudel. Por encima de todo, el debate ofrecía las fascinantes y constructivas posibilidades del «método comparativo».⁵⁶

Es imposible exagerar las duraderas contribuciones al ascenso de la historia social realizadas por *Past and Present* durante estos primeros años. Mientras la revista estuvo directamente sustentada por la particular formación marxista establecida en el Grupo de Historiadores, las perspectivas de su consejo editorial se traducían en una serie de compromisos que conformaron el más ambicioso de los debates históricos de la disciplina hasta bien entrados los años setenta. En primer lugar, la revista estaba comprometida con el internacionalismo. Esto comportó un nuevo e ilusionante acceso al trabajo que se realizaba en Europa para el mundo anglosajón, ayudado por las redes políticas de los editores y los intercambios directos con Francia y Europa del Este, añadiéndose al impulso suministrado por el International Historical Congress (Congreso Histórico Internacional) de 1950 en París y su recién creada *Social History Section* (Sección de Historia Social).

En segundo lugar, Hobsbawm y sus compañeros pedían con insistencia el estudio comparativo de las sociedades dentro de un esquema total de argumentos sobre el cambio histórico, representado explícitamente en el nivel de movimientos y sistemas europeos o globales. Este compromiso creció directamente desde las perspectivas clásicas marxistas aprendidas durante los años treinta y cuarenta, materializadas a partir de la agenda de trabajo del Grupo de Historiadores, y repetidas en los temas de la conferencia anual de *Past and Present* desde 1957. Algunos de estos temas se reflejan en títulos como «Las revoluciones del siglo XVII», «Los orígenes de la revolución industrial», «Ciudades, cortes y artistas (de los siglos XV al XIX)», «Guerra y sociedad, 1300-1600», «Colonialismo y nacionalismo en África y Europa», «Historia, sociología, y antropología social» y «Trabajo y ocio en la sociedad preindustrial». *Past and Present* reunió un inventario de muchas de las más fascinantes áreas de investigación y debate que definían las atracciones de la disciplina para los historiadores en ciernes de mi generación hacia finales de los años sesenta.

⁵⁶ Véase John H. Elliott, «The Decline of Spain», en *Past and Present*, n.º 20 (noviembre 1961), pp. 52-75; *The Revolt of the Catalans*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963 (hay traducción española, *La rebelión de los catalanes*, Madrid, Siglo XXI, 1977); *Imperial Spain, 1469-1716*, Londres, Edward Arnold, 1963 (hay traducción española, *La España imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 1965); «Revolution and Continuity in Early Modern Europe», en *Past and Present*, n.º 42 (febrero 1969), pp. 35-56; «Self-Perception and Decline in Early Seventeenth-Century Spain», en *Past and Present*, n.º 74 (febrero 1977), pp. 41-61. Para el curso posterior del debate general, véase Geoffrey Parker y Lesley M. Smith (eds.), *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

③ En tercer lugar, animados por el reconocimiento marxista axiomático de la indivisibilidad del conocimiento, *Past and Present* fue pionera en promover colaboraciones interdisciplinarias con sociólogos y antropólogos. Mientras que a cierto nivel era sólo una nueva forma de «frentepopularismo» intelectual presente en el impulso fundador de la revista, este diálogo con científicos sociales no marxistas se aceleró de manera notable después de 1956-1957, cuando, con la excepción de Hobsbawm, la mayoría de historiadores marxistas dejaron el Partido Comunista. Tales debates ofrecían una fuente alternativa de ideas y enfoques, dadas las carencias que acababan de percibirse en un marxismo en parte desautorizado. El modelo de un materialismo más abierto de miras a este respecto, basado en una síntesis interdisciplinaria consciente de «sociología histórica», se encarnaba en el joven de veinticuatro años Philip Abrams (1933-1981), que se unió a Hobsbawm como director adjunto en 1957. Formado durante los años cincuenta en el universo intelectual-político de la primera New Left británica, más que en el comunismo del Frente Popular de los años treinta, Abrams llevó una formación generacional muy diferente a la revista, determinada mucho más por las sociologías críticas de la Gran Bretaña de posguerra.⁵⁷ En comparación, Peter Worsley, que desplegó las disposiciones más libres y eclécticas en cuanto a los temas y cuya sensibilidad histórica se acompañaba de una formación en antropología, trabajo de campo en el Pacífico y el sudeste de Asia, y un puesto universitario en sociología, había estado en el Partido Comunista hasta 1956, años de formación que continuaron dejando su impronta en sus muy variadas publicaciones.⁵⁸

④ En cuarto lugar, para los arquitectos marxistas de *Past and Present*, la historia social iba de la mano de la economía, bien por medio de la categoría maestra de las estructuras tomada de la escuela de *Annales* o por medio del marxismo y la concepción materialista de la historia. Dentro de la historia como una disciplina académica, donde la historia social se desprendía del modo de divulgación basado en los «modales y moralidad» o

⁵⁷ Véase, en especial, Philip Abrams, *Historical Sociology*, Ítaca, Cornell University Press, 1982.

⁵⁸ El primer libro de Worsley fue *The Trumpet Shall Sound: A Study of «Cargo» Cults in Melanesia*, Londres, MacGibbon and Kee, 1957 (hay traducción española, *Al son de la trompeta final: Un estudio de los cultos cargo en Melanesia*, Madrid, Siglo XXI, 1980), en muchos sentidos un texto paralelo al *Rebeldes primitivos* de Hobsbawm. Luego publicó *The Third World*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984 (hay traducción española, *El tercer mundo*, México, Siglo XXI, 1966), junto con otras publicaciones diversas, entre las que se incluían *Marx and Marxism*, Londres, Tavistock, 1982. Mantuvo la cátedra de Sociología en Manchester desde 1964 y fue presidente de la British Sociological Association entre 1971-1974.

de proyectos de «historias populares», ésta se emparejó invariablemente con la historia económica, como en los nuevos departamentos de historia económica y social fundados en algunas universidades británicas a lo largo de los años sesenta.

5 Por último, el compromiso de los historiadores marxistas con el diálogo y el debate —para llevar los enfoques marxistas no sólo al centro de las discusiones entre historiadores en Gran Bretaña sino también a una circulación intelectual mucho más amplia, como un puente esencial tanto para el intercambio internacional como para las generosas exploraciones interdisciplinarias— enriqueció profundamente la cultura intelectual de la disciplina justo en el momento de la gran expansión de la enseñanza superior en los años sesenta, que supuso un considerable paso adelante en volumen, ámbito y sofisticación de la investigación histórica en el campo académico. En ese sentido, las condiciones de despegue para el crecimiento de los estudios históricos a finales del siglo xx no quedan recopiladas simplemente con la mención a la creación de organismos de investigación nacional, la fundación de nuevas universidades, y el aumento de fondos para la investigación. Esas condiciones también las encontramos en los duros e imaginativos esfuerzos del grupo relacionado con *Past and Present* y las políticas del saber que perseguían.

La escuela de Annales en Francia

No fue una casualidad que el impulso para la historia social en su forma de finales del siglo xx llegara desde bien fuera de la corriente principal de la profesión. En el caso de los historiadores marxistas británicos que acabo de describir, ese empuje surgió del trabajo de una cohorte de radicales, la mayoría de cerca de treinta años, que se inspiraban en un conjunto de experiencias políticas en y en torno al Partido Comunista entre finales de los años treinta y el periodo subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial. A menudo, en el mejor de los casos, instalados con dificultad en la profesión, sin embargo desplegaron gran parte de las energías e ideas que estaban detrás de la aparición de la historia social. En los años sesenta, la disminución de las hostilidades ideológicas de la Guerra Fría y los lentos efectos de edificación de la institución habían situado gradualmente a estos marxistas británicos en un entorno en que se les apoyaba de una manera mucho más amplia. Pero la fuerza del argumento general permanece: el impulso de la historia social llegaba desde los márgenes.

Podemos detectar el mismo efecto incluso un poco antes en el siglo xx. Como la disciplina se fundó a finales del siglo xix, el arte de gober-

Diálogo y debate

Past and Present
o el
futuro
nuestro

nar y la diplomacia, la guerra y la alta política, y la administración y la ley ejercieron un dominio sobre la historia que se enseñaba a nivel universitario. Las primeras historias sociales se escribieron más allá de los muros de la academia, a través del trabajo de individuos y esfuerzos privados o en los escenarios alternativos de los movimientos obreros. Después de 1918, mejores posibilidades emergieron de un clima político más propicio, incitado habitualmente, una vez más, desde fuera. En Gran Bretaña, la clave para ese proceso fue la creación de la Economic History Society (Sociedad de Historia Económica) y de su revista, *Economic History Review*, en 1926-1927. En Alemania, se trató de un impresionante florecimiento de la sociología durante la República de Weimar.

Francia fue un caso más complicado. A finales del siglo XIX, la centralidad de la Revolución francesa en la cultura política del país ya había creado un espacio institucional para el estudio de la tradición revolucionaria, y la resultante atención en la política popular y la presencia de las masas fue intrínsecamente halagüeña para la historia social. Sucesivos ocupantes de la Cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona, desde Albert Mathiez (1874-1932) a través de George Lefebvre (1874-1959) a Albert Soboul (1914-1982), respaldaron una línea consistente de investigación socio-histórica.⁵⁹ Otra figura clave, Ernest Labrousse (1895-1988), fue el primero en aplicar el estudio cuantitativo de las fluctuaciones económicas como una condición esencial para entender la naturaleza de las crisis revolucionarias. Con este trabajo, situaba el año 1789 en una coyuntura económica para la que la historia de los precios y salarios, las malas cosechas y el desempleo ofrecían la clave.⁶⁰ Su modelo general comparaba las crisis sucesivas de 1789, 1830 y 1848. Su análisis se desarrolló desde los movimientos de precios y los problemas estructurales de la economía, a través de las ramificaciones más amplias de la crisis social, antes de terminar finalmente en el mal manejo de las consecuencias por parte del gobierno.

Como en Gran Bretaña y Alemania, un primer impulso a la historia social en Francia vino de la historia económica y la sociología, pero ocurrió con muchísima más resonancia entre los historiadores franceses que

⁵⁹ George Lefebvre, en *Les paysans du nord pendant la Révolution française*, Bari, Laterza, 1959 (orig. pub. en 1924) y *The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France*, París, A. Colin, 1932 (hay traducción española, *El gran pánico de 1789*, Barcelona, Paidós, 1986), y Albert Soboul, en *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, París, Librairie Clavreuil, 1958 (hay traducción española, *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza, 1981), produjeron clásicos innovadores e inspiradores de la historia social.

⁶⁰ Véase Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, Presses Universitaires de France, 1944.

en los otros dos países. Para su obra *El gran pánico*, su extraordinario estudio de 1932 sobre las revueltas populares del campo en vísperas de la revolución de 1789, George Lefebvre leyó las teorías sobre la masa de Gustav Le Bon, la teoría social de Émile Durkheim y las ideas sobre la memoria colectiva de su colega de Estrasburgo Maurice Halbwachs. Volviendo al cambio de siglo, la influencia del economista François Simiand (1873-1935) había sido central para esta característica simbiosis francesa de historia y ciencia social. En un artículo de 1903 de gran influencia publicado en la nueva revista *Revue de Synthèse Historique*, Simiand desacreditaba la tradicional *histoire événementielle* (historia de los acontecimientos) y atacaba lo que él denominaba los tres «ídolos de la tribu» de los historiadores: la política, el individuo y la cronología.⁶¹ La revista en cuestión había sido fundada tres años antes, en 1900, por el filósofo de la historia Henri Berr (1863-1954), en apoyo de una concepción de la ciencia social curiosamente ecuménica. Entre los partidarios más jóvenes de Berr estaban Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1866-1944), que se unieron a la revista en 1907 y 1912, respectivamente.

La tesis de Lucien Febvre sobre Felipe II y el franco-condado, publicada en 1912, era a todas luces indiferente a los acontecimientos militares y diplomáticos. En ella, ubicaba las políticas de Felipe II en la geografía, en la estructura social, en la vida religiosa y en los cambios sociales de la región, centrando su explicación en los conflictos entre el absolutismo y los privilegios provinciales, entre nobles y burgueses, entre católicos y protestantes. Invertía la precedencia usual, que consideraba los grandes acontecimientos desde la perspectiva de los gobernantes y trataba las historias regionales como efectos. La región se convertía en el escenario estructural indispensable, por el que la geografía, la economía y la demografía eran necesarias. Nombrado profesor en la Universidad de Estrasburgo en 1920, Febvre colaboró allí con Marc Bloch, quien, antes de la guerra, bajo la influencia de Durkheim, ya había rechazado la historia política tradicional. En 1924, Bloch publicó *Los reyes taumaturgos*, que intentaba iluminar concepciones de la realeza inglesa y francesa analizando la creencia popular en la habilidad de los reyes para curar la enfermedad de la piel de la escrófula a través del poder del tacto.⁶² Este extraordinario estudio liberaba la perspectiva histórica del simple tiempo narrativo,

⁶¹ Véase Peter Burke, *Sociology and History*, Londres, Allen and Unwin, 1980, p. 25 (hay traducción española, *Sociología e historia*, Madrid, Alianza, 1987).

⁶² Marc Bloch, *The Royal Touch: Sacred Monarchy and Scrofola in England and France*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973 (orig. pub. en francés en 1924, hay traducción española, *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 1988).

volviendo a vincularlo a marcos más largos de duración estructural. Eso suponía practicar la comparación. Y también poner el acento en la mentalité, o en la interpretación colectiva y la psicología religiosa del tiempo, por ejemplo, contra la cuestión de «sentido común» contemporánea de si el toque del rey había curado realmente o no.

Estos temas hermanos —historia estructural (como opuesta a la historia política o a la «historia de los acontecimientos») y la historia de las mentalidades (como opuesta a la historia de las ideas)— daban coherencia a la colaboración Febvre-Bloch. En libros sucesivos sobre Martín Lutero y los fundamentos de la falta de fe popular, publicados en 1928 y 1942, Febvre cambiaba al estudio del clima mental que creía específico para el siglo XVI.⁶³ Bloch, en cambio, se movió desde una arqueología de los modos de pensar a la arqueología de las estructuras, en sus grandes clásicos *La historia rural francesa: Un ensayo sobre sus características básicas*, publicado en 1931, y *La sociedad feudal*, que apareció en 1939-1940.⁶⁴ Su holística explicación del feudalismo, que aspiraba a una idea de todo el medio combinando el análisis de las «estructuras mentales» de la época con sus relaciones socioeconómicas, se apartaba radicalmente del trabajo dominante sobre el tema. Insistía en la comparación, haciendo de Europa, no de la nación, la esencia del estudio. Intercambió las cronologías convencionales basadas en los reinados de los reyes por un más desafiante marco epocal, la famosa *longue durée*. Cambió el foco de atención desde el servicio militar, que proporcionaba el enfoque principal para entender el feudalismo, a la historia social de la agricultura y las relaciones sobre la tierra. Se alejaba de la historia de la ley, de la posesión de la tierra, de la realeza y de los orígenes de los Estados en su limitado sentido institucional. Todos estos movimientos llegaron a caracterizar la «historia estructural».

En 1929, Bloch y Febvre hicieron de sus intereses un programa, cuando fundaron una revista, *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, que empezó a adquirir prestigio con el traslado de Estrasburgo a París. Pero

⁶³ Lucien Febvre, *Un destin: Martin Luther*, París, Rieder, 1928 (hay traducción española, *Martin Lutero: Un destino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956); *The Problem of Unbelief in the Sixteenth Century: The Religion of Rabelais*, Cambridge, Harvard University Press, 1982 (orig. pub. en francés en 1942) (hay traducción española, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: La religión de Rabelais*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1959).

⁶⁴ Marc Bloch, *French Rural History: An Essay on Its Basic Characteristics*, Berkeley, University of California Press, 1966 (orig. pub. en francés en 1931, hay traducción española, *La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978); *Feudal Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1961 (orig. pub. en francés en 1939-1940, hay traducción española, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 1987).

Historia
Estructural
vs. US
Hist. de
las ideas
vs. mentalidades

Neuch
Fischer
1928
1942
1940

no será hasta después de 1945 –con la fundación de la sección sexta de la École Pratique des Hautes Études para las Ciencias Sociales, con Febvre como presidente– cuando se produzca el verdadero despegue de *Annales*, respaldado trágicamente por la ejecución de Bloch por parte de los nazis en junio de 1944 debido a su papel en la resistencia. La crítica de Bloch sobre la estrechez de la historiografía francesa se fusionó con el entusiasmo por un nuevo comienzo tras la guerra, agudizado por la acusación de la corrupción de las viejas elites, que capitularon en 1940 y colaboraron con los nazis bajo el gobierno de Vichy. El cambio de nombre de la revista a *Annales: Économies, sociétés, civilisations* en 1946 expresaba esta concepción mejorada. La sección sexta también situaba la historia en el centro de su régimen interdisciplinario, dotándola de un lugar destacado entre las ciencias sociales, un lugar único en el mundo occidental. La sociología, la geografía y la economía –todas ellas influencias vitales para Bloch y Febvre– se unieron con la antropología estructural y la lingüística bajo la vestimenta de los Claude Lévi-Strauss (1908), Roland Barthes (1915-1980) y Pierre Bourdieu (1930-2002). El término *histoire totale* (historia total) llegó a identificarse con *Annales*.

El ayudante de Febvre fue Fernand Braudel (1902-1985), quien le siguió en la presidencia de la sección sexta (1956-1972) y en la dirección de *Annales* (1957-1969). La trayectoria profesional de Braudel estuvo enmarcada por dos monumentos del trabajo académico: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicado en 1949 pero cuya investigación se hizo principalmente en los años treinta; y los tres volúmenes de *Civilización y capitalismo, siglos XV-XVIII*, completados en 1979.⁶⁵ En estas grandes obras, Braudel esquematizaba la compleja práctica de sus mentores. Sus tres tiempos o niveles de análisis funcionaban como un diseño materialista global, reduciendo los grandes hombres y los grandes acontecimientos a causalidades soberanas de la economía, la población y el medio. La lógica causal se desarrollaba desde la historia estructural de la *longue durée*, a través de los cambios de coyunturas a medio plazo, hasta el tiempo narrativo de movimientos más rápidos de la tradicional *histoire événementielle*. El nivel inferior contenía el paisaje, el clima, la demografía, las pautas profundas de la vida económica, las normas y costumbres que duran toda una época, la reproducción de las estructuras sociales, la estable naturaleza de la interpretación popular y las repeticiones de la vida diaria. En el segundo nivel, se hacían visibles

⁶⁵ Braudel, *Mediterranean; Civilization and Capitalism, 15th-18th Centuries*, 3 vols., Nueva York, Harper and Row, 1981-1984 (orig. pub. en francés en 1979).

el ascenso y caída de las economías, los sistemas sociales y los Estados. Sólo en el tercer estadio de la exposición se podían encontrar los acontecimientos producidos por los hombres, comprendiendo las familiares historias militares diplomáticas y políticas que *Annales* quería reemplazar. En esta concepción, el «nivel más profundo» de estructura imponía «límites superiores» a las posibilidades humanas para una civilización particular, mientras determinaba de manera crucial el ritmo y la extensión del cambio. Éste era el tema de interés apropiado para un historiador. Los «acontecimientos», en el viejo y convencional sentido, eran principalmente epifenómenos o una mera distracción.⁶⁶

En cierto sentido, la interpretación de Braudel de los ideales de *Annales* hacía realidad uno de los propósitos demorados de la historia social —el destronamiento de los reyes— mientras lo despojaba de todo diseño narrativo progresista o *whig*. Esta edificante cualidad se cambió por un modelo de progreso muy diferente, tratando de hacer que el mundo fuera conocible a través de la ciencia social. En la notación de Braudel, eso significaba economía, demografía, geografía, antropología y técnicas cuantitativas. En el contexto francés de políticas del saber, además, durante la época de Braudel, la historia de *Annales* se contraponía a la historiografía de la Revolución francesa, donde el progresismo y el gran acontecimiento seguían vivos y en forma. La *mentalité* se solidificaba en una implícita categoría maestra de estructura. El proyecto de Braudel era sorprendentemente esquemático. Sus trabajos se ordenaron en una jerarquía cosificada de determinaciones materialistas, situando la significación «real» en los niveles coyunturales y estructurales, y empobreciendo el tercer nivel hasta convertirla en una relación de acontecimientos más convencional y nada analítica. La reciprocidad de determinación —tan estimulante en el trabajo de Bloch sobre el feudalismo— desaparecía ahora. La recesión de la importancia del conflicto religioso y de otros dramas espectaculares de la Edad Moderna era asombrosa. Sin embargo, la *magnum opus* de Braudel sobre el Mediterráneo tenía pocos paralelismos en la absoluta grandiosidad de su sabiduría y diseño.

Si consideramos la aparición de la historia social de manera comparativa, país por país, *Annales* tuvo un papel destacado en la construcción institucional.⁶⁷ Única en Europa, proveía de una larga continuidad a esos

⁶⁶ Véase Olivia Harris, «Braudel: Historical Time and the Horror of Discontinuity», en *History Workshop Journal*, n.º 57 (primavera 2004), pp. 161-174.

⁶⁷ Véase en particular el fascinante artículo de John L. Harvey, «An American *Annales*? The AHA and the *Revue Internationale d'Histoire Economique* of Lucien Febvre and Marc Bloch», en *Journal of Modern History*, n.º 76 (2004), pp. 578-621.

esfuerzos enlazando hacia atrás con los años veinte. Estableció protocolos de método y conocimiento históricos y dotó el surgimiento de una tradición acumulativa de debate colectivo, investigación, formación y publicación. La cohabitación interdisciplinaria siempre fue esencial y –de nuevo, un caso único– la historia era el centro. A lo largo de los años cincuenta, la cuantificación se vio soldada a esta cultura intelectual: una declaración característicamente dogmática declaraba, «desde un punto de vista científico, la historia social es historia cuantitativa».⁶⁸ Emergió en los años sesenta con varios rasgos distintivos: la historia como ciencia social; metodología cuantitativa; análisis de precios, del comercio, y de la población en larga perspectiva; historia estructural; y un modelo materialista de causalidad. Ciertos términos clave –*longue durée*, *mentalité* y, por supuesto, *histoire totale*– empezaron a circular utilizados por los historiadores en otros lugares.

Bajo Braudel, *Annales* se convirtió en un imán para la «nueva» historia en Francia. Su influencia se extendió hacia Italia, Bélgica y Europa del Este, especialmente Polonia, donde se desarrollaron muchas conexiones. La revista también abrió diálogos con historiadores de la Unión Soviética. Hasta la década de los setenta, sin embargo, los trabajos de la escuela fueron conocidos principalmente en inglés a través de *Sociedad feudal* de Bloch, que se tradujo en 1961 (aunque la heterodoxa historia de la infancia de Philippe Ariès también apareció en inglés en 1962). El verdadero trabajo de transmisión en inglés no empezó hasta los años setenta, con la traducción del *Mediterráneo* de Braudel en 1972 y de una selección de artículos de *Annales* editados por Peter Burke en 1972.⁶⁹ Entonces, Burke se convirtió en el principal empresario del recibimiento posterior: publicando comentarios, dirigiendo traducciones, reconsiderando los trabajos que iban apareciendo y publicando sus propias versiones del enfoque de *Annales*. Hacia finales de los setenta, había aparecido una exhaustiva guía de Traian Stoianovich, e Immanuel

⁶⁸ François Furet y Adeline Daumard en 1959, citados en Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1984, p. 66.

⁶⁹ Véase Peter Burke (ed.), *Economy and Society in Early Modern Europe: Essays from «Annales»*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972. Para la acogida de la obra de Braudel véase, por encima de todo, John A. Marino, «The Exile and His Kingdom: The Reception of Braudel's *Mediterranean*», en *Journal of Modern History*, n.º 76 (2004), pp. 622-652. Curiosamente, en vista de mi propio argumento sobre la exteriorización de impulsos hacia la innovación historiográfica, Marino señala el tiempo pasado por Braudel en Argelia (1923-1932), en Brasil (1935-1938) y en los campos de prisioneros de guerra alemanes (1940-1945). Véase también Howard Caygill, «Braudel's Prison Notebooks», en *History Workshop Journal*, n.º 57 (primavera 2004), pp. 151-160.

Wallerstein había establecido el Centro Fernand Braudel en Binghamton, con su nueva revista, *Review*.⁷⁰

Entre la década de los treinta y la de los sesenta, el modo de ser de *Annales* corría en paralelo al de los historiadores marxistas en Gran Bretaña. La convicción compartida en el valor de las formas materialistas de análisis suministraba el obvio terreno común, así como el gran diseño braudeliano contenía ecos obvios del prefacio de Marx de 1859. No sólo la apelación común a la historia social y económica sino también el carácter ilusionante de entrar en un proyecto común de interpretación social podía permitir a los marxistas y a los seguidores de *Annales* convergir, como implicaba la experiencia misma de Labrousse y Lefebvre en Francia.⁷¹ En el clima ideológico imperante en los años cincuenta y bajo las condiciones académicas dominantes del momento, esto fue suficiente en sí mismo para una cierta solidaridad básica: «No podría haber Historia si no fuera por la historia social», declaró Labrousse.⁷² Cuando los mar-

⁷⁰ Para los detalles de la recepción, véase Peter Burke, *The French Historical Revolution: The «Annales» School, 1919-1989*, Cambridge, Polity Press, 1999 (hay traducción española, *La revolución historiográfica francesa: La escuela de los Annales, 1928-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993); François Dosse, *New History in France: The Triumph of «Annales»*, Urbana, University of Illinois Press, 1984; Traian Stoianovich, *French Historical Method: The «Annales» Paradigm*, Ítaca, Cornell University Press, 1976; Stuart Clark (ed.), *The «Annales» School: Critical Assessments*, 4 vols., Londres, Routledge, 1999; Carole Fink, *Marc Bloch: A Life in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 (hay traducción española, *Marc Bloch, una vida para la historia*, Valencia, Universitat de València, 2004); Matthias Middell, «The Annales», en Stefan Berger, Heiko Feldner y Kevin Passmore (eds.), *Writing History: Theory and Practice*, Londres, Arnold, 2003, pp. 104-117.

⁷¹ Véase especialmente el testimonio de «British History and the Annales: A Note» y de «Marx and History» de Eric Hobsbawm, en *On History*, Nueva York, New Press, 1997, pp. 178-185, 187 (hay traducción española, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998). Labrousse trabajó en el núcleo de la escuela, donde la relación de Lefebvre con *Annales* era más indirecta. Véase, en particular, Labrousse, *La crise de l'économie française; 1848, 1830, 1789: Comment naissent les révolutions?*, en *Actes du congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848*, París, 1948, pp. 1-21. Al mismo tiempo receptivo al marxismo y cercano a *Annales*, Lefebvre asumió la cátedra de Historia de la Revolución francesa de la Soborna desde 1937 hasta 1945 y formó el puente más fuerte entre las dos tradiciones. Véase Richard Cobb, «George Lefebvre», en *A Second Identity*, Oxford, Oxford University Press, 1969, pp. 84-100. En el corazón de la escuela de *Annales*, el medievalista Guy Bois y el especialista en Cataluña Pierre Vilar también eran marxistas. Véase Guy Bois, *The Crisis of Feudalism: Economy and Society in Eastern Normandy c. 1300-1550*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984 (orig. pub. en francés en 1976); Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne: Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, SEVPEN, 1962 (hay traducción española, *Cataluña en la España moderna: Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, Barcelona, Crítica, 1978) y *A History of Gold and Money, 1450-1920*, Londres, New Left Books, 1976 (hay traducción española, *Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Ariel, 1969).

⁷² Citado en Martine Bondonio Morris, «Ernest Labrousse, 1895-1988», en Kelly Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, Londres, Fitzroy Dearborn, 1999, I, p. 677. Para la siguiente generación de *annalistas*, esto significó una creencia en la ciencia social y en la

xistas británicos lanzaron *Past and Present* en las nada propicias circunstancias de principios de los años cincuenta, Braudel y los *annalistas* se convirtieron en sus compañeros naturales. Las diversas formas de compromiso que actuaban como motivación y que se encontraban detrás de estas empresas podían hallarse no sólo en las perspectivas filosóficas que las guiaban, las cuales podían parecer más prosaicamente ortodoxas cuando se explicaban, sino que podían encontrarse mucho más en los minuciosos trabajos académicos que producían, y que podían tener mucho en común con aquellos de los colegas no marxistas del otro lado del canal de la Mancha. Por esta razón, cualquier demarcación estricta entre los historiadores marxistas británicos y los historiadores de *Annales* —especialmente a lo largo de los años cincuenta— tiene poco sentido.⁷³

*Ciencia social histórica**

¿Cuál fue la relación a nivel más general entre la historia y la ciencia social a mediados del siglo xx? Otro rasgo que yo señalaría de la coyuntura intelectual de finales de los años sesenta fue el ecumenismo, una cualidad que no estaba desconectada de la peculiaridad —y la eficacia— de los movimientos políticos radicales del momento. Aunque entraron rápidamente en juego dogmatismos de varios tipos, recuerdo fundamental-

cuantificación a cada paso tan dogmática como el rígido marxismo de la época estalinista: no sorprende, quizás, que algunas de las voces más importantes de la generación (como François Furet, Emmanuel Le Roy Ladurie y Denis Richet) empezaran sus vidas adultas en el Partido Comunista francés a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, como leales estalinistas.

⁷³ Véanse aquí las reflexiones de Pierre Vilar, un miembro marxista de la escuela de *Annales*, en «Marxist History, a History in the Making, Towards a Dialogue with Althusser», en *New Left Review*, n.º 80 (julio-agosto 1973), pp. 65-106 (hay traducción española, *Historia marxista, historia en construcción*, Barcelona, Anagrama, 1974). Véase también Gregor McLennan, *Marxism and the Methodologies of History*, Londres, Verso, 1981, pp. 129-151; Christopher Lloyd, *Explanation in Social History*, Oxford, Blackwell, 1986, pp. 243-260. El reciente replanteamiento de Hobsbawm sobre el punto de vista fundacional del marxismo refleja esta convergencia materialista con las perspectivas clásicas *annalistas*: «Un marco tal debe basarse en un elemento de cambio direccional en los asuntos humanos que es perceptible y objetivo, independientemente de nuestros deseos y juicios de valor subjetivos o contemporáneos, a saber la persistente y creciente capacidad de la especie humana para controlar las fuerzas de la naturaleza por medios de trabajo manual y mental, la tecnología y la organización de la producción» («What Can History Tell Us about Contemporary History?», en *On History*, p. 31).

* Hemos optado por traducir la noción de «Social Science History» como «ciencia social histórica» y también como «historia científicosocial» y a sus practicantes como historiadores de la ciencia social histórica o historiadores científicosociales, pues no hay una equivalencia exacta en castellano. Asimismo esta noción se equipara en gran medida a la tradición alemana que el autor presenta en el capítulo siguiente (N. T.).

mente el carácter siempre abierto del descubrimiento intelectual; el sentido de experimento y ensayo; la buena disposición para explorar, para elegir y escoger, para intentar cualquier idea que funcionase. Mientras probaba con avidez muestras de la historiografía marxista que se cruzaba en mi camino, por ejemplo, en principio hice pocas distinciones entre el marxismo y otros tipos de sociología materialista. Precisamente para los propósitos que más me interesaban, tales como una interpretación de la ideología o las teorías de poder y del Estado, que el marxismo ortodoxo en particular había descuidado, parecía importante buscar en un radio más amplio. Esta apertura no era exactamente indiscriminada. Pero, por un momento, florecieron muchas plantas.⁷⁴

Tanto *Past and Present* como *Annales* habían promovido una cierta práctica académica interdisciplinar. Como sugerí anteriormente en este capítulo, la creación de la sección sexta de la École Pratique des Hautes Études en 1946 daba cuenta de la institucionalización de las tradiciones que habían sido parte de la vida académica francesa desde principios de siglo. Excepcionalmente, el prestigio de *Annales* permitió a la historia instalarse en el mismo centro del complejo de la ciencia social de posguerra en Francia, una colocación posteriormente reforzada por la fundación en 1962 de la Maison des Sciences de l'Homme de Braudel. Las interacciones entre la historia y la ciencia social en Gran Bretaña eran, en comparación, menos sistemáticas y más pragmáticas. A medida que los marxistas perdían confianza en la autosuficiencia de sus ideas a lo largo de la crisis del comunismo a mediados de los años cincuenta, por ejemplo, era más fácil buscar apoyo en otras partes; como resultado, el diálogo entre los historiadores y las variedades de sociología no marxista y antropología social se fortaleció. La participación en *Annales* de Philip Abrams,

⁷⁴ Un buen ejemplo fue el avance de la «marxiología», o la crítica más académica del pensamiento marxista que, en estos años, se libró de las editoriales de los partidos comunistas y de las sectas ultraizquierdistas más amplias. Las antologías y comentarios que han circulado mayormente fueron publicados por no marxistas o, al menos, por progresistas no afiliados, con editores comerciales. Véase, por ejemplo, Lewis B. Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, Londres, Fontana, 1969; Arthur P. Mendel (ed.), *Essential Works of Marxism*, Nueva York, Bantam, 1961; T.B. Bottomore y Maximilien Rubel (eds.), *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Harmondsworth, Penguin, 1963 (hay traducción española, *Sociología y filosofía social*, Barcelona, Península, 1968); C. Wright Mills, *The Marxists*, Harmondsworth, Penguin, 1967 (hay traducción española, *Los marxistas*, México, Era, 1964). El punto culminante llegó con la biografía de David McLellan, *Karl Marx: His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973 (hay traducción española, *Karl Marx, su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1977), y el lanzamiento de la Pelican Marx Library (en asociación con la *New Left Review*), cuyo primer título fue el volumen largamente esperado editado por Martin Nicolaus, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy (Rough Draft)*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

Peter Worsley y el antropólogo Jack Goody fue especialmente destacable a este respecto. La obra de Eric Hobsbawm *Rebeldes primitivos*, que originariamente habían sido las conferencias Simon celebradas bajo los auspicios del Departamento de Antropología de la Universidad de Manchester a instancias de Max Gluckman, fue una demostración pionera de lo que hablar y escuchar a otras disciplinas podía permitir.⁷⁵

A lo largo de los años cincuenta, los Estados Unidos presenciaron una versión particularmente parcial de tal diálogo. Una sucesión de informes del Social Science Research Council —que se habían hecho públicos en 1946, 1954 y 1963, respectivamente— había exhortado a los historiadores a aprender de los sociólogos, pero la conversación imaginada parecía de sentido único en un modo irritante: para la entrada en el club, los historiadores necesitaban adoptar las teorías y los métodos disponibles de los científicos sociales.⁷⁶ En esta primera fase de la ulterior interdiscipliniedad del siglo xx, los historiadores tendieron a ser extremadamente modestos, por no decir otra cosa. Escribieron sus propias historias, pero no siempre bajo condiciones conceptuales de su propia elección. En particular, el enorme prestigio del uso de marcos de desarrollo basados en la teoría de la modernización para describir el cambio social a lo largo del tiempo —de hecho, la supuesta superioridad de tales marcos— alcanzó un clímax a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, durante el *boom* investigador propio de la prosperidad capitalista de posguerra; fue inducido por la aparente atrofia del marxismo como una tradición intelectual en el mundo anglosajón. Para los historiadores, los escenarios principales de la conversación interdisciplinaria resultante fueron una serie de nuevas revistas. Junto a *Past and Present*, aparecieron *Comparative Studies in Society and History*, fundada en 1958 en Chicago y después llevada a la Universidad de Michigan por la medievalista británica Sylvia Thrupp; la *Journal of Social History*, presentada en 1967 por el historiador social generalista Peter Stearns; y la *Journal of Interdisciplinary History*, fundada en 1970 por el modernista Theodore Rabb y el politólogo Robert Rotberg.⁷⁷

⁷⁵ Véase Eric Hobsbawm, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Nueva York, Pantheon, 2002, p. 347.

⁷⁶ Véase especialmente Seymour Martin Lipset y Richard Hofstadter (eds.), *Sociology and History: Methods*, Nueva York, Basic Books, 1968; Robert F. Berkhofer Jr., *A Behavioral Approach to Historical Analysis*, Nueva York, Free Press, 1969. Uno de los mejores estudios críticos de este duradero síndrome es de Terrence J. Macdonald, «What We Talk about When We Talk about History: The Conversations of History and Sociology», en Terrence J. Macdonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, pp. 91-118.

⁷⁷ Varias revistas, como *Politics and Society* y *Theory and Society* (aparecidas en 1970 y 1974, respectivamente), tuvieron menos participación de historiadores (de afiliación disciplinaria formal) pero compartieron el mismo momento intelectual.

Los historiadores se volvieron hacia la sociología de una manera más exitosa y consciente cuando tomaron prestadas las técnicas, más que la teoría en sí. La historia familiar proporcionaba una de las mejores ilustraciones de este proceso, promovido de manera programática en Gran Bretaña por *El mundo que hemos perdido* de Peter Laslett, publicado en 1965. Pidiendo una nueva «historia social estructural» que abarcara las sociedades en su totalidad y se centrara en la «función estructural de la familia» en la transición de los tiempos «preindustriales» a los «industriales», Laslett (1915-2001) ayudó a formar el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure –Grupo de Cambridge para la Historia de la Población y la Estructura Social– (fundado en 1964), que siguió guiando con celo evangélico.⁷⁸ Imbuidos de las certezas de la cuantificación y el orgullo desmedido de la ciencia, los nuevos historiadores demográficos aspiraban a reestructurar el terreno que definía la disciplina. Pero a pesar de la impresionante sofisticación metodológica, el principal logro de Laslett fue, paradójicamente, una polémica sobre la ausencia de cambio: concretamente, su así llamada «hipótesis nula» referente a la continuidad de la familia nuclear a través de la cesura de la industrialización. Usó esta hipótesis para establecer uno de los mitos clásicos modernizadores de la sociología de posguerra: la creencia en que las formas familiares seguían una pauta a largo plazo de nucleación progresiva?

Los historiadores demográficos se convirtieron en maestros de la falsificación, desmontando afirmaciones sin fundamento en diálogo con la sociología contemporánea.⁷⁹ Pero su capacidad para volver a teorizar el cambio social más allá de las técnicas de los debates inmediatos permanecía mucho más limitada.⁸⁰ El programa explicativo más sólido para la

⁷⁸ Peter Laslett, *The World We Have Lost*, 2.^a ed., Londres, Methuen, 1971, pp. 241-252, 20 (hay traducción española de una edición posterior, *El mundo que hemos perdido explorado de nuevo*, Madrid, Alianza, 1987).

⁷⁹ Un excelente ejemplo podría ser la devastadora crítica de la influyente e impresionante obra de Neil J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution: An Application of Theory to the British Cotton Industry*, Chicago, University of Chicago Press, 1959. Véase Michael Anderson, «Sociological History and the Working-Class Family, Smelser Revisited», en *Social History*, I (1976), pp. 317-334.

⁸⁰ Los dos mayores monumentos al programa de «historia estructural social» del Grupo de Cambridge fueron los actos de un congreso organizado por Laslett en 1969, que reunió a veintidós demógrafos internacionales en Cambridge para evaluar la idea de la nuclearización progresiva y la enormemente erudita historia general de la población británica publicada por Wrigley y Schofield en 1981, que supuso el apogeo de los logros del grupo. En cada caso, las implicaciones más generales permanecieron poco claras. Véase Peter Laslett (ed.), *Household and Family in Past Time: Comparative Studies in the Size and Structure of the Domestic Group over the Last Three Centuries in England, France, Serbia, Japan, and Colonial North America, with Further Materials from Western Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972; E.A. Wrigley y Roger Schofield, *The Population History of England, 1541-1871: A Reconstruction*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

historia demográfica siguió siendo el de las importantes voces de la tercera generación de la escuela de *Annales*, para quienes la población se había convertido en la fuerza motriz del cambio social, de manera más destacada en el estudio de Emmanuel Le Roy Ladurie del campesinado del Languedoc.⁸¹ Irónicamente, dadas las precauciones omitidas de la hipótesis nula de Laslett, las dos primeras historias generales de la familia en los años setenta, a cargo de Edward Shorter y Lawrence Stone, presentaban atrevidas teleologías de la modernización, como en la tesis de Stone del «ascenso de individualismo afectivo».⁸²

Las grandes promesas de la historia de la familia se cumplieron de manera más efectiva en los estudios de la «protoindustrialización», un concepto que estaba llamando la atención de muchos historiadores sociales a mediados de los años setenta. El trabajo clave sobre esta materia, llevado a cabo por los historiadores alemanes Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, consiguió lo que, aparentemente, Laslett y los demógrafos habían evitado: volver a conectar la historia de la familia y los estudios de población con un argumento más general sobre los orígenes del capitalismo y la historia social de la industrialización.⁸³ Al discutir precisamente que la continuidad de la organización del hogar facilitaba el desarrollo de las industrias artesanales a través de un proceso de protoindustrialización, los tres autores mostraron cómo la «hipótesis nula» de Laslett podría finalmente ponerse en funcionamiento. La resituaron en los más amplios contextos económicos y sociales. En las primeras críticas del

⁸¹ Emmanuel Le Roy Ladurie, *The Peasants of Languedoc*, Urbana, University of Illinois Press, 1974. Véase la crítica clásica de Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», en *Past and Present*, n.º 70 (febrero 1976), pp. 30-74; «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», en *New Left Review*, n.º 104 (julio-agosto 1977), pp. 25-92; «The Agrarian Roots of European Capitalism», en *Past and Present*, n.º 97 (noviembre 1982), pp. 16-113. Los debates que surgieron sobre todo ello, fueron recogidos en Trevor H. Aston y C.H.E. Philpin (eds.), *The Brenner Debates: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 (hay traducción española, *El debate Brenner: Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988).

⁸² Véase Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*, Londres, Fontana, 1976; Lawrence Stone, *The Family, Sex, and Marriage in England, 1500-1800*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1977 (hay traducción española, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra, 1500-1800*, México, FCE, 1990).

⁸³ Véase Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, *Industrialization before Industrialization: Rural Industry in the Genesis of Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 (orig. pub. en alemán en 1977, hay traducción española, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986). El término «protoindustria» fue acuñado por el historiador de la economía Franklin Mendel, véase su «Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process», en *Journal of Economic History*, n.º 32 (1972), pp. 241-261.

proyecto de Laslett, Edward Thompson había señalado: «Cómo es posible ir muy lejos con el debate del hogar o la familia si no sabemos si los hogares son de los siervos o de los hombres libres, de los pescaderos o de los panaderos, de los pastores nómadas o de los mineros, si están cultivando arroz, seda o castañas, qué tipo de costumbres de herencia determinaban la transmisión de la tierra, qué tipo de dotes o acuerdos matrimoniales, qué costumbres de aprendizaje o trabajo itinerante». ⁸⁴ Comparado con estos intereses socio-históricos necesarios, el debate de la familia nuclear, con sus términos más específicos, parecía ser cada vez más una cuestión de asombrosa falta de importancia.

Por encima de todo, por lo tanto, Kriedte, Medick y Schlumbohm lograron con éxito movilizar la historia de la familia con respecto a una ambición totalizadora más amplia de la historia social. En común con otros que estaban interesados en la protoindustrialización —por ejemplo, David Levine, Wally Seccombe y Charles Tilly— consiguieron sacar el creciente campo de la historia de la familia de su gueto subdisciplinario y tecnicista que se había labrado debido a sus propios esfuerzos. ⁸⁵ Recurrieron creativamente a la literatura producida sobre una amplia variedad de campos relacionados —la transición del feudalismo al capitalismo, estudios sobre el campesinado, la historia de la cultura popular, etc.— para producir un relato excepcionalmente rico y bien integrado de la familia y de su lugar cambiante en la sociedad. El carácter francamente abierto de su teoría fue especialmente refrescante. Para sus propósitos específicos, los tres coautores hicieron uso de manera ecléctica de un variado repertorio de influencias, produciendo una interesante mezcla de teoría social alemana; de antropología francesa, británica y norteamericana; y de historia social anglo-marxista (incluyendo, en particular, el trabajo de Edward Thompson). En este último sentido, el trabajo de Medick, en concreto, se

⁸⁴ Edward P. Thompson, «Under the Same Roof-Tree», en *Times Literary Supplement*, 4 mayo 1973. Para la crítica realizada por Thompson de Lawrence Stone y Edward Shorter, véase su «Happy Families», en *New Society*, 8 septiembre 1977, reimpresso en Thompson, *Making History: Writings on History and Culture*, Nueva York, New Press, 1994, pp. 299-309.

⁸⁵ Véase especialmente David Levine, *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Nueva York, Academic Press, 1977 y *Reproducing Families: The Political Economy of English Population History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Charles Tilly (ed.), *Historical Studies of Changing Fertility*, Princeton, Princeton University Press, 1978; Tilly, «Demographic Origins of the European Proletariat», en David Levine (ed.), *Proletarianization and Family History*, Orlando, Academic Press, 1984, pp. 1-85; Wally Seccombe, «Marxism and Demography», en *New Left Review*, n.º 137 (enero-febrero 1983), pp. 22-47; Seccombe, *A Millennium of Family Change: Feudalism to Capitalism in Northwestern Europe*, Londres, Verso, 1992; Seccombe, *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*, Londres, Verso, 1993.

acercaba poco a poco al terreno de la cultura popular y del estudio neoantropológico de la vida diaria «plebeya».⁸⁶

Me alargo con cierta extensión en el ejemplo de la historia de la familia porque ofrece un caso paradigmático para el surgimiento de la variante en la ciencia social de la historia social. Como es obvio, ilustra el poder analítico y el entusiasmo que podía conferir simplemente apropiarse de las técnicas y metodologías de las ciencias sociales. La reconstitución familiar, el análisis del censo, la cuantificación más sofisticada, la promesa de tecnologías computerizadas, las nuevas divisiones del trabajo posibilitadas por equipos de investigación específicos y las ventajas de la infraestructura asociadas a recursos a largo plazo y a gran escala; todos estos factores abrían posibilidades inimaginables para el estudio de la vida social corriente. La historiografía de la familia también revelaba la epistemología materialista común a la mayoría de las versiones interesadas en la historia social que crecían hacia los años setenta. Esto sugiere, una vez más, de qué manera más sencilla podían confluir las influencias marxistas y no marxistas para las primeras generaciones de entusiastas y profesionales.

En sus frecuentes predilecciones tecnicistas y en sus tendencias hacia la estrechez, sin embargo, el campo contenía también una de las tensiones recurrentes de la historia social: la que surge entre la aspiración totalizadora del historiador social y el agostamiento en la práctica del interés alrededor de contextos más limitados e intereses monográficos. Además, la demografía histórica mostraba, en una forma extrema, los peligros de privilegiar los enfoques «cuantitativos» en el estudio de la vida social, hasta la virtual exclusión de los enfoques «cualitativos». A pesar de todo lo demás que el Cambridge Group logró a lo largo de los años sesenta y setenta, aprendimos poco de ellos sobre la textura de «la vida familiar y el amor ilícito de generaciones más tempranas» (por citar el título de otro de los libros de Laslett).⁸⁷

La historia urbana proporcionó un microcosmos parecido. Aquí, de nuevo, existía un campo subdisciplinario recién inventado que subsistía a

⁸⁶ Para el trabajo de Medick, véase también «The Proto-Industrial Family Economy: The Structural Function of Household and Family during the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism», en *Social History*, I (1976), pp. 291-315 (hay traducción española, «La economía familiar postindustrial» en *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1978); «Plebeian Culture in the Transition to Capitalism», en Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones (eds.), *Culture, Ideology and Politics: Essays for Eric Hobsbawm*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. 84-113.

⁸⁷ Peter Laslett, *Family and Illicit Love in Earlier Generations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

base de métodos y enfoques aprendidos de las ciencias sociales y permitía que prosperasen las colaboraciones interdisciplinarias. Permitía el planteamiento de cuestiones fundamentales relacionadas con la naturaleza de los cambios que producían el mundo moderno. Desde luego, era vulnerable a la estrechez y el empirismo, pero proporcionaba un puente obvio al análisis general de la sociedad. Su promotor británico, H. J. Dyos (1921-1978), fundó el *Urban Historic Group* dentro de la *Economic History Society* –Sociedad de Historia Económica– en 1963, estrenó entonces el campo con una conferencia internacional en su sede académica, la Universidad de Leicester, en septiembre de 1966.⁸⁸ La asociada *Newsletter* se institucionalizó dentro del *Urban History Yearbook* en 1974, convirtiéndose posteriormente en la revista *Urban History*, en 1992. Sustancialmente, la historia urbana llevó de manera activa temas de lugar, medio y escenario a la órbita de la historia social, más que de una manera pasiva, como habían sido tratados anteriormente.

Dyos fue un proselitista incansable, que combinó el rigor de la ciencia social con temáticas muy eclécticas, cuyos límites abrazaron todos los aspectos de la historia de la ciudad: su cambiante economía política y su organización espacial; las historias sociales del entorno construido, ventas de terreno, tránsito de masas, mercados de trabajo, tugurios y suburbanización; y la historia arquitectónica y el análisis cultural de las imágenes y representaciones urbanas. Dyos se acercó con determinación a la historia de la urbanización como un emplazamiento donde los científicos sociales, los humanistas y los historiadores podrían encontrarse. Después de su trágica y prematura muerte, un volumen en su honor confirmaba extraordinariamente este potencial interdisciplinario.⁸⁹ Por su cuenta, claro, el estudio de la comunidad urbana también se estaba estableciendo como el vehículo principal para el estudio de la formación de las clases y el ascenso de la clase obrera.

La historia de la juventud y la infancia era también un campo inventado por los historiadores sociales a lo largo de los años sesenta, que se incorporaba desde las oportunidades sembradas por esfuerzos interdisci-

⁸⁸ Véase H.J. Dyos (ed.), *The Study of Urban History*, Londres, Edward Arnold, 1968.

⁸⁹ Véase Derek Fraser y Anthony Sutcliffe (eds.), *The Pursuit of Urban History*, Londres, Edward Arnold, 1983; y para los ensayos completos póstumos de Dyos, David Cannadine y David Reeder (eds.), *Exploring the Urban Past: Essays in Urban History by H.J. Dyos*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982. Véase también el «escaparate» en dos volúmenes que Dyos dirigió con Michael Wolff, *The Victorian City: Images and Realities*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973, que reunió a académicos de muchas disciplinas para analizar todos los aspectos de la urbanización del siglo XIX, desde un punto de vista económico, social, político, institucional y cultural.

plinarios comparables. El impulso vino de los historiadores de la población y la familia, especialmente entre los modernistas, que cumplieron una de las más ilusionantes promesas de la historia social, la puesta en duda y el desmantelamiento de las creencias establecidas y llenas de sentido común sobre la aparente naturalidad de la mayoría de acuerdos e instituciones sociales sobre la familia; en este caso, el acuerdo de finales del siglo xx sobre la infancia como una etapa muy claramente desmarcada del resto de la vida o del estado del ser. Nuevas investigaciones –con la extraordinaria influencia de *Siglos de infancia* de Philippe Ariès a la cabeza– mostraban que las categorías básicas del curso de la vida humana habían sido en realidad creaciones históricas, que definían la infancia, en concreto, como un artefacto específicamente de la edad moderna.⁹⁰

Un interés por las subculturas juveniles fue inspirado por el radicalismo estudiantil y por la rebeldía juvenil general de 1968. De formas francamente interdisciplinarias, los especialistas recurrieron en parte al trabajo del Birmingham Center of Contemporary Cultural Studies, en parte a la criminología radical y a la sociología de la desviación.⁹¹ Este tipo de trabajos se cruzó posteriormente con nuevas historias sociales del crimen, castigo, ley y encarcelamiento que, a finales de los años sesenta y princi-

⁹⁰ Véase Philippe Ariès, *Centuries of Childhood*, Londres, Jonathan Cape, 1962 (orig. pub. en francés en 1960). Buena parte del trabajo precursor se subsumió en estudios sobre la familia, especialmente en la historia de los Estados Unidos, donde enfoques demográficos y psicoanalíticos ejercieron su dominio desde el principio: para el primero, véase John Demos, *A Little Commonwealth: Family Life in Plymouth Colony*, Londres, Oxford University Press, 1970; para el último, Lloyd DeMause (ed.), *The History of Childhood*, Nueva York, Psychohistory Press, 1974 (hay traducción española, *Historia de la infancia*, Madrid, Alianza, 1982). Estudios tempranos incluían John R. Gillis, *Youth in History*, Nueva York, Academic Press, 1974; C. John Sommerville, «Toward a History of Childhood and Youth», en *Journal of Interdisciplinary History*, n.º 3 (1972), pp. 438-447; y J.H. Plumb, «The New World of Children in Eighteenth-Century England», en *Past and Present*, n.º 58 (mayo 1975), pp. 64-95. Para una evaluación intermedia, véase Harry Hendrick, «The History of Childhood and Youth», en *Social History*, n.º 9 (1984), pp. 87-96. Estudios actuales incluyen los de Hugh Cunningham, *Children and Childhood in Western Society since 1500*, Londres, Longman, 1995, y Harry Hendrick, *Children, Childhood, and English Society, 1880-1990*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

⁹¹ El clásico y enormemente influyente volumen fue el de Stuart Hall y Tony Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*, Londres, Hutchinson, 1976. Para la sociología de la desviación y la criminología radical, véase Stanley Cohen (ed.), *Images of Deviance*, Harmondsworth, Penguin, 1973; Ian Taylor, Paul Walton y Jock Young, *The New Criminology*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973 (hay traducción española, *La nueva criminología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977). Entre los primeros trabajos históricos se encuentran los de Natalie Zemon Davis, «The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France», en *Past and Present*, n.º 50 (febrero 1971), pp. 41-75; Susan Magarey, «The Invention of Juvenile Delinquency in Early Nineteenth-Century England», en *Labour History*, n.º 34 (1978), pp. 11-27; Stephen Humphries, *Hooligans or Rebels? An Oral History of Working-Class Childhood and Youth, 1889-1939*, Oxford, Blackwell, 1981; y Dieter Dowe (ed.), *Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert: Deutschland, England, Frankreich und Italien im Vergleich*, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1986.

pios de los setenta, prosperó hasta ser una de las más populares áreas de desarrollo de la investigación.⁹² La atracción, una vez más, fue el pretexto que tales estudios proporcionaron para el análisis de cuestiones más amplias del orden social y político. Los especialistas que entraron en este campo se movieron, sin duda alguna, por los entusiasmos positivistas de la metodología de la ciencia social, que prometía la capacidad de medir el cambio, establecer modelos y especificar relaciones causales. Pero también estaba en juego una dinámica poderosa de identificación populista a través de la «historia desde abajo». Aquí, los historiadores marxistas británicos proporcionaron de nuevo la inspiración. Como ocurría a menudo, los escritos de Eric Hobsbawm —sobre la «rebelión primitiva», el «bandolerismo social» y la «criminalidad social»— se ocuparon del reconocimiento previo del terreno básico.

Los entusiasmos y posibilidades de la ciencia social histórica a lo largo de los años sesenta se personificaron, por encima de todo, en la persona y el trabajo de Charles Tilly. Nacido en 1929 y formado en sociología en Harvard durante los años cincuenta, Tilly significó una visión de análisis macrosociológico e históricamente dinámico del cambio social en la más ambiciosa de las escalas. Su primer libro, *The Vendée*, publicado en 1964, fue un logro pionero de la sociología histórica basada en trabajo de archivo, que conectaba la distribución de la lealtad política durante la Revolución francesa con modelos regionalmente específicos de la vida socioeconómica. Una de las tendencias principales del trabajo de Tilly estaba relacionada con la interrelación cambiante entre el desarrollo capitalista y la creación del Estado, que él analizó con especial atención tanto a la expansión de las capacidades del Estado entre el siglo XVI y XVII como a la demografía de la proletarianización. Pero en la década de los setenta, Tilly era más conocido como el preeminente sociólogo e historiador social de la acción colectiva, cuyas bases cambiantes y formas de racionalidad trazó en relación al impacto y creciente penetración de los mercados capitalistas y los Estados nacionales.⁹³

⁹² El trabajo precursor fue de Edward Thompson. Véase Thompson, *Whigs and Hunters*, Hay et al., *Albion's Fatal Tree*. Para las historias del encarcelamiento, la obra clave fue la de Michael Ignatieff, *A Just Measure of Pain: The Penitentiary in the Industrial Revolution, 1750-1850*, Londres, Macmillan, 1978. Para una investigación más amplia, véase J.S. Cockburn (ed.), *Crime in England, 1550-1800*, Londres, Methuen, 1977; V.A.C. Gatrell, Bruce Lenman y Geoffrey Parker (eds.), *Crime and the Law: The Social History of Crime in Western Europe since 1500*, Londres, Europa, 1980; John Brewer y John Styles (eds.), *An Ungovernable People: The English and Their Law in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1980; Stanley Cohen y Andrew Scull (eds.), *Social Control and the State: Historical and Comparative Essays*, Oxford, Robertson, 1983.

⁹³ Véase especialmente Charles Tilly, *The Vendée*, Cambridge, Harvard University Press,

71769 Los más grandiosos proyectos de Tilly —sobre Francia entre los siglos XVII y XX y sobre Gran Bretaña desde la década de 1750 hasta la de 1830— trataban de descubrir los cambios clave de los modelos a largo plazo de la acción colectiva, mientras reconstruían la coherencia, la racionalidad, los intereses y las concepciones de justicia que conducían las acciones de la gente corriente. En respuesta a la compleja dialéctica entre el crecimiento del capitalismo y la creciente penetración del Estado nacional en la vida social, según argumentaba Tilly, las acciones populares se alejaron de las viejas formas de protesta — como los disturbios por la comida, las rebeliones por los impuestos y los *charivaris* (o *rough music*) de la primera mitad del siglo XIX— y se reagruparon alrededor de las huelgas industriales, las manifestaciones públicas y los movimientos sociales asociados. Este cambio de época siguió a uno anterior producido a mediados del siglo XVII, a través del cual la acción colectiva había vuelto a concentrarse desde las palestras locales en las nacionales, básicamente en respuesta a los esfuerzos de expansión del Estado para obtener impuestos y otros recursos. Examinando de forma exhaustiva y sistemática los intereses compartidos, las formas de organización y las oportunidades para la acción disponibles para la gente corriente en estos contextos cambiantes (conceptualizados como variados «repertorios de disputa»), Tilly iluminó de manera brillante el ascenso de la moderna política popular. Los suyos fueron también estudios de proporciones casi industriales, basados en una minuciosa investigación longitudinal y que requerían grandes recursos, grandes equipos de trabajadores y enormes maquinarias de producción cuantitativa.⁹⁴

Tomado en su conjunto, el trabajo de Tilly supone un logro extraordinario. No siempre estuvo claro que los resultados sustanciales de los estudios franceses y británicos justificaran los descomunales esfuerzos y gastos que conllevaban o que los métodos industrializados de investigación

1964; Charles Tilly y Edward Shorter, *Strikes in France, 1830-1968*, Cambridge, Cambridge University Press, 1974 (hay traducción española, *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986); Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly, *The Rebellious Century, 1830-1930*, Cambridge, Harvard University Press, 1975 (hay traducción española, *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997); Charles Tilly, «Reflections on the History of European Statemaking» y «Food Supply and Public Order in Modern Europe», en Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, pp. 3-83, 380-455; Tilly, «Getting it Together in Burgundy, 1675-1975», en *Theory and Society*, n.º 4 (1977), pp. 479-504; Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1978; Tilly, «Did the Cake of Custom Break?», en John M. Merriman (ed.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, Holmes and Meier, 1979, pp. 17-44.

⁹⁴ Véase Charles Tilly, *The Contentious French*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1986; *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.

cumplieran con los exigentes niveles que los historiadores intentan llevar ante la comunidad y usar como prueba. De forma más perjudicial, estos estudios también continuaron siendo notablemente categóricos en relación a cuestiones de cultura popular, significado e ideología, cuya importancia recibía poca prioridad en el pensamiento de Tilly.⁹⁵ Pero como el primer arquitecto de la sociología histórica en los Estados Unidos, tal como surgió en los años sesenta, Tilly hizo duraderas contribuciones que siguen siendo irreprochables, haciendo más que cualquier otro por mostrar a los historiadores cómo usar la teoría mientras historizaban la sociología al mismo tiempo. Su impacto sobre los historiadores sociales formados en los Estados Unidos desde los años sesenta es incalculable.

Desde una posición ventajosa hacia 1970, los logros de Tilly trazaron un escenario muy cercano al de la contribución característica de los historiadores marxistas británicos. Era obvio que compartía algunos de sus compromisos básicos; por ejemplo, con el internacionalismo, la comparación y la interdisciplinarietà. Sus estudios de la acción colectiva eran análogos al trabajo de George Rudé sobre la multitud. Su cualidad sistemática complementaba el logro total del análisis más ensayístico de Eric Hobsbawm en *Trabajadores, Rebeldes primitivos* y en otras obras. El interés de Tilly en la construcción del Estado y el ascenso del capitalismo reflejaba los debates fundamentales de *Past and Present* alrededor de estas cuestiones, como lo hacía su afín interés en las revoluciones. Tilly y los marxistas británicos compartían claramente el mismo compromiso respecto de escribir una historia guiada por una inspiración teórica, de sociedades consideradas en su conjunto que cambian a lo largo del tiempo. Las duplicadas genealogías de la historia social a lo largo de los años sesenta —que se identificaban con la gente y que aprendían de la ciencia social— eran comunes a ambos. Por encima de todo, compartían el deseo de establecer una interpretación de la política en los más altos niveles de gobierno y del Estado en historias sociales de la vida corriente llevadas a cabo de manera imaginativa y sistemática. Al final de *The Contentious French*, Tilly dice:

[La] conexión entre los más amplios procesos que transformaron Francia y la acción colectiva de la gente corriente pone al descubierto la falacia de tratar la «violencia», la «protesta» o el «desorden» como un mundo aparte, como un fenómeno distinto de la alta política, como una mera reacción a señalar. Ahí yace la enseñanza más importante de

⁹⁵ Existen signos de cambio reciente. Véase Charles Tilly (ed.), *Citizenship, Identity, and Social History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; *Stories, Identities, and Political Change*, Lanham, Md., Rowman and Littlefield, 2002.

la acción colectiva popular: no es un epifenómeno. Conecta directa y sólidamente con las grandes cuestiones políticas. Mediante las acciones que las autoridades llaman desorden, la gente corriente combate la injusticia, desafía la explotación y reivindica su propio lugar en la estructura de poder.⁹⁶

EDWARD THOMPSON

Uno de los alumnos del Grupo de Historiadores del Partido Comunista que no estuvo directamente involucrado en la aparición de *Past and Present* fue Edward Thompson (aunque se unió al consejo editorial más tarde, en los años sesenta). Conocido primero por su extendido y enérgico estudio de la vida y el pensamiento de William Morris, publicado en 1955, y después por su destacado papel en la primera *New Left* británica, Thompson adquirió prominencia tanto por sus posiciones políticas en público como por su trabajo intelectual, en una apasionada dualidad de compromisos que mantuvo durante el resto de su vida.⁹⁷

Por encima de todo, inspiró a varias generaciones de historiadores sociales con su obra magna *La formación de la clase obrera en Inglaterra*; publicada en 1963, aparecida en la edición de bolsillo de Penguin en 1968. Combinación extraordinaria de recuperación histórica, de ambiciosa *grand* narrativa de oposición y cruzada político-moral, este libro fue, en palabras de Hobsbawm, un «volcán histórico en erupción de 848 páginas», o, como lo denominó Gwyn Williams, «no tanto un libro como un desafío continuo».⁹⁸

Sorprendentemente (dada la amplia profesionalización de la escritura histórica profesional en marcha cuando se publicó), *La formación* fue un libro cuyo proceso de investigación y escritura se hizo completamente desde fuera de la universidad, mientras su autor daba clases para adultos

⁹⁶ Charles Tilly, *The Contentious French*, op. cit., pp. 403-404.

⁹⁷ Véase Edward Thompson, *William Morris: From Romantic to Revolutionary*, Nueva York, Pantheon, 1976 (orig. pub. en 1955, hay traducción española, *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1988); Edward P. Thompson y T.J. Thompson, *There Is a Spirit in Europe: A Memoir of Frank Thompson*, Londres, Gollancz, 1947; Edward P. Thompson (ed.), *The Railway: An Adventure in Construction*, Londres, British-Yugoslav Association, 1948; Thompson, «Socialist Humanism: An Epistle to the Philistines», en *New Reasoner* I, n.º 5 (verano 1959), pp. 89-106; Thompson (ed.), *Out of Apathy*, Londres, Stevens and Sons/New Left Books, 1960.

⁹⁸ Véase Hobsbawm, *Interesting Times*, p. 214; Gwyn A. Williams, *Artisans and Sans-Culottes: Popular Movements in France and Britain during the French Revolution*, Londres, Edward Arnold, 1968, p. 118.

en Leeds. Thompson fue «[un] activista brillante, espléndido, apasionado y dotado para la oratoria» a favor del Partido Comunista hasta 1956,⁹⁹ al abandonar el partido en protesta por la invasión soviética de Hungría, se convirtió en una voz destacada de la New Left británica. Durante el resto de su vida, se dedicó con entusiasmo y de manera prolífica a varios tipos de polémicas públicas, siendo la más importante el movimiento pacifista internacional a lo largo de los años ochenta, del que se convirtió especialmente en una elocuente y carismática voz. Creó el Center for the Study of Social History –Centro para el Estudio de la Historia Social– en la Universidad de Warwick en 1965, la única vez que tuvo un puesto fijo en la universidad; dirigió el centro hasta 1971, cuando presentó su renuncia. El tiempo que estuvo allí se distinguió no sólo por la agitación intelectual que giraba en torno a sus seminarios sobre historia social del crimen, las culturas tradicionales de la Inglaterra rural y la transformación capitalista-comercial de la sociedad del siglo XVIII, sino también por su crítica política al modelo empresarial practicado por la universidad, que publicó en medio de una seria crisis en Warwick que sacudió el mundo académico británico en general en la primavera de 1970.¹⁰⁰ Esta combinación de marginalidad profesional, de integridad pública y de radicalismo intelectual fue esencial para el aura que rodeó a Thompson.

Una explicación panorámica de la auto-formación de la clase obrera, *La formación* debía declaradamente a Marx su concentración en las culturas, las experiencias y la resistencia política de la clase obrera en el medio siglo anterior a 1832. La obra de Thompson también proponía una elocuente contranarrativa a las versiones gradualistas de la historia de Gran Bretaña, entendidas como la marcha triunfal del progreso parlamentario, una historia convencional de la que habían sido desterrados en gran parte los levantamientos populares, la coerción gubernamental y los conflictos civiles; todas las sustanciosas y turbulentas historias de la movilización democrática en las esferas extraparlamentarias. En lugar de esta educada y displicente historia exitosa de la ampliación con visión de futuro de los derechos al voto para círculos cada vez más amplios de la población, Thompson trató de reestablecer la historia de los triunfos democráticos en un relato épico de la resistencia popular necesaria contra la violencia, la desigualdad y la explotación. En una de las líneas más citadas a finales del siglo XX escritas por un historiador manifestó reconocidamente así:

⁹⁹ Hobsbawm, *Interesting Times*, op. cit., p. 214.

¹⁰⁰ Véase Edward P. Thompson (ed.), *Warwick University Ltd.*, Harmondsworth, Penguin, 1970.

«Estoy intentando rescatar al pobre tejedor, al trabajador ludita, al tejedor anticuado, al artesano “utópico” e, incluso, al seguidor engañado de Joanna Southcott, de la enorme condescendencia de la posteridad».¹⁰¹

El libro de Thompson también fue un manifiesto antirreduccionista, que atacaba la historia estrechamente basada en la economía, el marxismo demasiado determinista y las estáticas teorías de clase. Para Thompson, la clase era dinámica, se producía a través de la historia. Era una relación y un proceso, más que una descripción inerte de roles sociales o la distribución de posiciones en una estructura social. Se tradujo en una conciencia común de la explotación capitalista y de la represión del Estado, que podía captarse a través de la cultura. Implicaba una fuerte concepción de la agencia (*agency*) colectiva, cuya importancia Thompson reafirmaba contra las versiones más deterministas del marxismo y otras sociologías economicistas que prevalecían, en aquel entonces, en la historia de la revolución industrial. Oponiéndose deliberadamente a la pareja «base y superestructura» y a la primacía de la «existencia social» sobre la «conciencia» expuestas por Marx en su prefacio de 1859, Thompson mencionaba la agencia como el tercer término que faltaba, que mantenía la inventiva necesaria de la acción colectiva más allá de todo «condicionamiento» ejercido por la economía y sus intereses sociales. La clase obrera, como la cuarta frase de *The Making* expone tan lacónicamente, «estaba presente en su propia formación».¹⁰²

Al emular a Thompson, el movimiento que se encontraba lejos del estudio institucional del trabajo y que se dirigía hacia las historias sociales de la gente trabajadora obtuvo un enorme impulso, que abarcó rápidamente los aspectos de la vida que los historiadores de los partidos y los sindicatos habían intentado alcanzar raras veces, excepto de una forma anticuada y pintoresca. Alentados por el logro de Thompson, las jóvenes generaciones de historiadores en ciernes que ingresaban en la profesión durante sus años de crecimiento a finales de los años sesenta y principios de los setenta, encontraron nuevos temas, mientras abordaban los viejos con un espíritu radicalmente innovador. Esta vertiginosa reestructuración del programa, que fue también un cambio de carácter, se hizo palpable desde las actividades desarrolladas por la Labour History Society –Sociedad para la Historia del Mundo del Trabajo– después de su fundación en 1961, tanto a través de las páginas del *Bulletin* de la sociedad como en los temas de sus encuentros anuales. La historia del trabajo se convirtió en

¹⁰¹ Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, op. cit., p. 12.

¹⁰² Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, op. cit., p. 9.

una versión extensa de su antiguo yo, en agitada conversación con todas las otras subespecialidades emergentes de la historia social. Su alcance parecía ahora ilimitado; abarcando no sólo el lugar de trabajo, en todas sus prácticas y costumbres, sino las viviendas, la familia, la nutrición, el tiempo libre y el deporte, la bebida, el crimen, la religión, la magia y la superstición, la educación, el canto, la literatura, la infancia, el cortejo, la sexualidad, la muerte y más.

A lo largo de la década de los sesenta, el marco cronológico del trabajo de Thompson retrocedió en el tiempo. Su historia social de los crímenes de propiedad y de la ley con relación a las bases del orden político de la Inglaterra de principios del siglo XVIII, *Whigs and Hunters*, junto con el trabajo de sus estudiantes de Warwick que recogió en *Albion's Fatal Tree* (ambos publicados en 1975), investigaba las transformaciones de la cultura tradicional bajo el ataque de un capitalismo rápidamente comercializador y sus formas de penetración en el campo.¹⁰³ Dos ensayos que abrieron nuevos campos, «Tiempo, disciplina del trabajo y capitalismo industrial» y «La economía moral de la multitud inglesa en el siglo XVIII», se publicaron en *Past and Present*, a cuyo consejo editorial se unió Thompson en 1969, y un tercero, «Rough Music», apareció en *Annales*. Otros dos siguieron en el *Journal of Social History* y *Social History* a lo largo de los años setenta, como su legendaria conferencia «The Sale of Wives», que permaneció durante mucho tiempo sin publicarse. Aunque no fueron recopiladas de manera definitiva como *Costumbres en común* hasta poco antes de su muerte en 1993, estas obras transformaron de forma acumulativa las percepciones de la transición al capitalismo industrial con cada fragmento de una manera tan convincente como lo había hecho *La formación*.¹⁰⁴ En el proceso, por añadidura des-familiarizaron la antigua ambiciosa narrativa de la revolución industrial. Además, *Albion's Fatal Tree* exponía que el crimen y el castigo debían considerarse «centrales para desentrañar los significados de la historia

¹⁰³ Edward P. Thompson, *Whigs and Hunters*, op. cit.; Hay et al., *Albion's Fatal Tree*, op. cit.

¹⁰⁴ Las fuentes originales para los ensayos de Thompson fueron las siguientes: «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», en *Past and Present*, n.º 38 (diciembre 1967); pp. 56-97; «The Moral Economy of the English Working Crowd in the Eighteenth Century», en *Past and Present*, n.º 50 (febrero 1971), pp. 76-136; «Rough Music: Le charivari anglais», *Annales: E.S.C.*, n.º 27 (1972), pp. 285-312 (hay traducción española de los ensayos en *Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1979). «The Sale of Wives» fue publicado por primera vez en Thompson, *Customs in Common*, op. cit., pp. 404-466 (hay traducción española en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995).

social del siglo XVIII», y un sinfín de nuevos trabajos apasionantes reivindicó pronto esta afirmación.¹⁰⁵

El impacto de Thompson ayudó a formar dos iniciativas vitales que se situaban en los márgenes, cuyos efectos a más largo plazo reflejaban las primeras dinámicas de la influencia del Grupo de Historiadores del Partido Comunista y a la vez superaron de manera crucial su alcance fundamental, sus formas organizadas y su intención política. Uno de éstos fue el Social History Group de Oxford –Grupo de Historia Social–, que se reunió semanalmente entre 1965 y 1974, en los márgenes de la vida universitaria oficial. Los organizadores de este seminario fueron miembros de una generación más joven de izquierdistas, entre los que se incluía el autor marxista de *Outcast London*, Gareth Stedman Jones (nacido en 1942), un especialista del anarquismo español, Joaquín Romero Maura (nacido en 1940); y un joven pero ya muy respetado historiador del nazismo, Tim Mason (1940-1990) que, durante un tiempo, fue editor adjunto de *Past and Present*. Estos hombres fueron inspirados por un cuarto miembro, Raphael Samuel (1934-1996), algo más mayor y que había sido recluta de alumnos para el Grupo de Historiadores, que había dejado el partido en 1956 para ser un vigorizador clave de la New Left, y que luego fue nombrado tutor de historia en Ruskin, el *college* vinculado al mundo sindical emplazado en Oxford pero que no era parte de la universidad, donde dio clases de 1961 a 1996.¹⁰⁶

Vinculados a las ambiciones del Social History Group de Oxford y concebidos inicialmente para que los estudiantes de Ruskin tuvieran un contacto más amplio con otros historiadores, los *History Workshops* (Talleres de Historia) anuales organizados por Raphael Samuel y sus estudiantes se convirtieron en un motor vital de la historia social durante el siguiente periodo. Aunque empezaron modestamente con «Un día con los cartistas» en 1967, los encuentros se intensificaron en el plazo de varios años para convertirse en acontecimientos que duraban todo un fin de semana, muy elaborados y que contaron con una participación internacio-

¹⁰⁵ Hay et al., *Albion's Fatal Tree*, op. cit., p. 13. Para un interés más general sobre historias sociales del crimen, véase Cockburn, *Crime in England*; Gatrell, Lenman y Parker, *Crime and the Law*; Brewer and Styles, *Ungovernable People*.

¹⁰⁶ Véase Raphael Samuel, «The Social History Group, 1965-1974», en Samuel, *History Workshop: A Collectanea*, pp. 85-91. Habiéndose formado entre estudiantes licenciados en Historia de Gran Bretaña en el Nuffield College, el grupo se trasladó a Saint Anthony en 1968, internacionalizando su composición e intereses en el proceso. Entre los primeros miembros encontramos a Gillian Sutherland, Brian Harrison, Gareth Stedman Jones, Angus Hone, Roderick Floud, Nuala O'Faolain, Peter Lowbridge, Raphael Samuel, Peter Burke (de año sabático en Sussex) y Patricia Hollis. También interesado se encontraba un solitario miembro de más antigüedad de la universidad, el historiador de la religión del siglo XVIII John Walsh.

nal, dado el lógico impulso que emanaba de los radicalismos políticos de 1968. En 1972, dos mil personas se reunieron en Ruskin para el taller anual. Los pocos temas del principio quedaban claramente dentro de la historia del trabajo, pero la nueva expansión de la historia social se hizo evidente a partir de 1972 («La infancia en la historia: la liberación infantil») y de 1973 («Las mujeres en la historia»). Los trece primeros talleres tuvieron lugar en Oxford, en el propio Ruskin College; después de 1979, los talleres empezaron a emigrar por el resto del país. Suscitaban una serie de folletos (doce en total durante el periodo 1970-1974) y una colección de más de treinta libros entre 1975 y 1990. La punta de lanza del grupo fue la *History Workshop Journal*, que empezó a publicarse en 1976.

Al igual que *Social History*, otra nueva revista fundada ese mismo año, *History Workshop Journal* trataba de reactivar los compromisos inaugurados por la primera generación de historiadores marxistas a través de *Past and Present*.¹⁰⁷ Pero mucho más que un proyecto sobre la política del saber dentro de la disciplina en sí, los Talleres de Historia materializaron un conjunto más amplio de ambiciones, que estaba más íntimamente relacionado con un objetivo anterior y no cumplido del Grupo de Historiadores del Partido Comunista: producir una «historia del pueblo» capaz de impugnar la ideología predominante u oficial del pasado nacional. Esto significaba en parte intentar democratizar la práctica de la historia, tanto a través del establecimiento de conexiones del movimiento obrero de Ruskin como a través de un apoyo de más alcance para arraigar los Talleres de Historia en una red de actividades locales basada en la comunidad.

Pero los Talleres de Historia también intentaban establecer una presencia pública más visible, tanto a nivel local como nacional, a través de la intervención política donde cuestiones de historia estuvieran en juego —básicamente, por ejemplo, durante el debate sobre el currículo nacional en los años ochenta—. Los talleres anuales parecían más festivales populares que encuentros académicos; asistían tantas representaciones de no docentes como de historiadores universitarios, y se sostuvieron por un espíritu político efervescente e iconoclasta. En palabras de Samuel, fueron inspirados por «la creencia en que la historia es o debería ser una empresa colectiva, en la que el investigador, el archivero, el encargado del museo y el profesor, el aficionado y el historiador local, las sociedades de historia de la familia y los arqueólogos industriales, deberían ser igualmente considerados en su dedicación». Samuel explicaría más tarde:

¹⁰⁷ Véase Stuart Hall, «Raphael Samuel, 1934-1996», y Sheila Rowbotham, «Some Memories of Raphael», en *New Left Review*, n.º 221 (enero-febrero 1997), pp. 119-127, 128-132.

Se han sustentado también por la idea de ampliar la vocación del historiador para asimilar las percepciones del pasado, argumentando que el novelista y el narrador, el director de cine y el caricaturista son como mínimo tan dignos de atención crítica como el estudioso profesional.

[...] En un momento en el que se nos bombardea con imágenes del pasado por todas partes, en el que las cuestiones del ser y de la subjetividad, de la nacionalidad y de la identidad, de las voces que reclamaban la inclusión en el programa académico, los historiadores no pueden instalarse en una problemática exclusivamente propia, menos que nadie, aquellos como los socialistas que se supone que creen que el saber es indivisible, y el conocimiento una criatura de su tiempo.¹⁰⁸

Entre todos los historiadores marxistas de la generación más veterana, Edward Thompson había sido el más cercano a la práctica de una primera versión de este ideal, durante sus diecisiete años en la educación para adultos y en los contextos políticos sucesivos del Partido Comunista y la New Left. No tanto por un ejemplo directo como por un impulso de las novedades historiográficas más amplias que él inspiró, así como por el apoyo individual que brindó, también influyó en los comienzos de la segunda nueva iniciativa que necesita ser mencionada, la aparición de la historia de las mujeres en Gran Bretaña. Aunque las primeras iniciativas para ello sólo tuvieron lugar en el curso de tensas y a menudo airadas controversias, precursoras como Sheila Rowbotham (nacida en 1943), Anna Davin (nacida en 1940), Sally Alexander (nacida en 1943) y Catherine Hall (nacida en 1946) salieron del entorno de los Talleres de Historia en varios sentidos, consiguiendo un apoyo y una inspiración importantes, tanto de los talleres mismos como de los mentores más mayores implicados, como Thompson.¹⁰⁹ Los planes para la primera National Women's Liberation Conference –Encuentro para la Liberación Nacional de las Mujeres–, que tuvo lugar en Ruskin en 1970, se había originado en las discusiones del Taller de Historia de 1969, y el séptimo taller, en 1973, tuvo

¹⁰⁸ Introducción editorial en Samuel, *History Workshop: A Collectanea*, IV-V.

¹⁰⁹ Para el inicio de la historia de las mujeres en Gran Bretaña, véase Lovell, *British Feminist Thought*, pp. 21-27; véanse también las memorias de Sheila Rowbotham, Anna Davin, Sally Alexander y Catherine Hall, en Michelene Wandor (ed.), *Once a Feminist: Stories of a Generation*, Londres, Virago, 1990, pp. 28-42, 55-70, 81-92, 171-182. Para las obras precursoras de Sheila Rowbotham, véase *Resistance and Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1972; *Hidden from History: 300 Years of Women's Oppression and the Fight against It*, Londres, Pluto Press, 1973; *Women's Consciousness, Man's World*, Harmondsworth, Penguin, 1973. Véase también Sally Alexander, *Becoming a Woman and Other Essays in Nineteenth and Twentieth-Century Feminist History*, Nueva York, New York University Press, 1995, pp. xi-xxi, 97-125, 249-253.

finalmente como tema a las «Mujeres en la historia». Dicho de otro modo, las posibilidades para el surgimiento de la historia social —tanto en general como en un área particular, el caso de la historia de las mujeres— estaban completamente vinculadas a los nuevos contextos políticos de 1968.

La influencia de Thompson también fue internacional. *La formación* conformó programas historiográficos de Norteamérica, África y Asia del Sur; no menos de lo que dio forma a los estudios de la formación de la clase en Gran Bretaña y Europa. Sus ensayos sobre el siglo XVIII tuvieron incluso mayor resonancia a este respecto, especialmente «La economía moral», que influyó en los especialistas que trabajaban en historias nacionales de diversas regiones del mundo y que formaron las bases para un congreso internacional retrospectivo que tuvo lugar en Birmingham en 1992.¹¹⁰ A lo largo de los años setenta, la historia social se internacionalizó en el sentido completo previsto por los historiadores marxistas británicos que habían fundado *Past and Present*, a través de una creciente proliferación de encuentros, nuevas revistas y procesos activos de traducción. En una red de particular importancia, por ejemplo, Thompson y Hobsbawm fueron participantes centrales de una serie de mesas redondas sobre historia social organizadas a finales de los años setenta por la Maison des Sciences de l'Homme de Braudel y el Instituto Max Planck de Historia, de Gotinga, que reunieron a los especialistas de Francia, Italia, Alemania occidental y de otras partes.¹¹¹

¹¹⁰ Véase el magistral resumen de Thompson de las respuestas y apropiaciones del argumento de la «economía moral» en la publicación del artículo dos décadas después: Edward Thompson, «The Moral Economy Reviewed», en *Customs in Common*, pp. 259-351. Véase también Roger Wells, «E.P. Thompson, "Customs in Common" and "Moral Economy"», en *Journal of Peasant Studies*, n.º 21 (1994), pp. 263-307. Para la influencia de Thompson en India, véase, por encima de todo, Sumit Sarkar, «The Relevance of E.P. Thompson», en *Writing Social History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1997, pp. 50-81; Rajnarayan Chandavarkar, «"The Making of the Working Class": E.P. Thompson and Indian History», en *History Workshop Journal*, n.º 43 (primavera 1997), pp. 177-196. La relación personal de Thompson con la India llegó a través de su padre, Edward John Thompson (1886-1946). Misionario metodista y un hombre de letras sobre asuntos indios, el mayor de los Thompson dio clases en Bengala Occidental entre 1910 y 1922; desarrolló estrechas amistades con Rabindranath Tagore, Jawaharlal Nehru y otros intelectuales hindúes; y publicó mucho sobre la historia de la India y la cultura bengalí. Véase Edward P. Thompson, «*Allien Homage*»: Edward Thompson and Rabindranath Tagore, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1993; Sumit Sarkar, «Edward Thompson and India: The Other Side of the Medal», en Sarkar, *Writing Social History*, pp. 109-158. Para una cuidadosa y bien fundada crítica de esta relación, véase Robert Gregg y Madhavi Kale, «The Empire and Mr. Thompson, Making of Indian Princes and English Working Class», en *Economic and Political Weekly* 32, n.º 36 (6 septiembre 1997), 2273-2288. Véase asimismo Frederick Cooper, «Work, Class, and Empire: An African Historian's Retrospective on E.P. Thompson», en *Social History*, n.º 20 (1995), pp. 235-241.

¹¹¹ En los siguientes encuentros, se amplió muchísimo el abanico internacional de participación invitada. Este núcleo a largo plazo incluiría a David William Cohen, Alf Lüdtke, Hans

El primer amor de Thompson fue la literatura inglesa de los siglos XVIII y XIX. La primera vez que lo vi, con la sociedad de estudiantes de historia de Balliol en 1969, habló sobre Coleridge y Wordsworth en «La apostasía de los poetas», tras haberse dejado en el tren (o quizás en el avión) la charla sobre William Blake que quería dar. Era exactamente lo opuesto a un gusano de archivo árido como la muerte o a un marchito guardián del conocimiento, sin embargo, su erudición se extendía hasta aspectos arcanos de la historia cultural y social y rincones oscuros del archivo que sólo fueron reproducidos en tesis y monografías años después. Era extraordinariamente carismático. Le recuerdo dando una conferencia sobre la *rough music* en el salón de actos de la Brighton Cooperative Society en 1971, llenando el escenario con su ardor intelectual y la grandeza de su presencia, merodeando de vez en cuando lejos del estrado, pasándose una mano por un mechón de pelo, manteniendo en vilo a la gente con cada gesto. Un narrador brillante, que pasaba sin esfuerzo de la poesía al análisis y al revés. Desplegaba frases que caían como rayos o como bombas, evocando a Jerusalén con la absoluta persuasión de la exuberancia de su elocuencia moral y física. El impacto intelectual de Thompson era inseparable de su magnetismo e inquietud sin fin.¹¹²

¿Cómo podría destilar la importancia de Edward Thompson a finales de los años sesenta y principios de los setenta para el sentido personal que tenía el gran avance generacional hacia la historia social que entonces tenía lugar? Como mencioné en el capítulo I, la primera vez que leí *La formación de la clase obrera en Inglaterra* fue en el invierno de 1968-1969, cuando mi atención estaba muy lejos del aula oficial y su currículo. El aprendizaje seco y vacío de la Oxford Modern History School me estaba dejando cínicamente poco convencido de que el hecho de convertirme en

Medick y Gerald Sider. La primera mesa redonda, sobre «procesos de trabajo» y que tuvo lugar en Gotinga en 1978, produjo un volumen dirigido por Robert Berdahl *et al.*, *Klassen und Kultur: Sozialanthropologische Perspektiven in der Geschichtsschreibung*, Frankfurt del Meno, Syndikat, 1982; la segunda se reunió en París en 1980, que condujo a la elaboración de un volumen dirigido por Hans Medick y David Sabeau, *Interest and Emotion: Essays on the Study of Family and Kinship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; la tercera y la cuarta, que se reunieron en Bad Homburg en 1982-1983, consideraron cuestiones de «dominación/*Herrschaft*» y culminaron en el volumen dirigido por Alf Lüdtke, *Herrschaft als soziale Praxis: Historische und social-anthropologische Studien*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1991; la quinta y la sexta se prolongaron entre 1985 y 1989 y al final llevaron a un volumen dirigido por Gerald Sider y Gavin Smith, *Between History and Histories: The Making of Silences and Commemorations*, Toronto, University of Toronto Press, 1997. Para un relato de esta historia particular, véase David William Cohen, *The Combing of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, pp. 1-23.

¹¹² Para la parte menos atractiva de esta característica, véase Jonathan Rée, «E.P. Thompson and the Drama of Authority», en *History Workshop Journal*, n.º 47 (primavera 1999), pp. 211-221.

un historiador todavía era un futuro que quería conseguir. El hecho de descubrir el libro de Thompson me permitió reconstruir mi sentido de la importancia de la historia. Fue muy estimulante porque proporcionaba el acceso a una potencial contranarrativa que era diferente del relato de la estabilidad nacional y el consenso exitoso, de la progresión gradualista hacia un presente naturalizado, que todo insidiosamente en la cultura intelectual asimilativa de la Gran Bretaña de posguerra me invitaba a aceptar. El libro de Thompson me mostró las inestabilidades de ese relato, que podía contarse de nuevo yendo contra su médula central en varios y muy diferentes modos. Había un gran número de aspectos concretos para ello.

1) Primero y más importante, la de Thompson era una historia pensada para ejercer la oposición. Esto dejaba al descubierto tradiciones de democracia popular reprimidas que podían ser movilizadas para los propósitos de desafiar la versión oficial del pasado británico entendida como la novela plácida y gradualista de la evolución parlamentaria. Su libro también desenterraba la existencia de una tradición revolucionaria. Forjado en la democracia radical de los movimientos jacobinos de la década de 1790, luego llevados a la clandestinidad a causa de la represión, esta continuidad se sostenía a sí misma como una «tradición ilegal», solapada con las incipientes militancias en el mundo del trabajo de la nueva economía industrializadora, y volvía a salir a la superficie en los radicalismos de la década de 1810. Mostraba que la sociedad británica y sus instituciones se habían conseguido sólo merced a las luchas populares contra la injusticia, la violencia y la explotación. Haciendo esto, se sumaba el logro del compañero de Thompson, el marxista Christopher Hill, quien, durante estos mismos años, redefinió con éxito la guerra civil del siglo XVII como la Revolución inglesa. Para un joven historiador como yo, educado en las chorradas patrióticas y del «John Bullismo»* de las historias de Gran Bretaña de Arthur Bryant durante la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, esta insistencia en la necesidad generadora del conflicto social para la producción de progreso fue emancipadora. Los bienes democráticos, no cabía la menor duda, sólo llegaron como resultado de la acción colectiva, la política de masas y la resistencia insurrecta contra un sistema político coercitivo, corrupto y de bases limitadas.

2) Segundo, en un esfuerzo relacionado, Thompson reclamaba también ciertas tradiciones culturales nacionales para la izquierda: en particular, los escritos visionarios de William Blake y los poetas más importantes de la década de 1790 y de primeros años de la de 1800, junto con la crítica

* John Bull es la figura icónica que representa los valores de un modelo de nacionalismo inglés muy estridente (N. T.).

romántica del industrialismo y otros momentos utópicos de la crítica cultural. Durante todo el largo transcurso del siglo XIX, esta contradicción crítica incluía asimismo las ideas de William Morris, a quien Thompson había dedicado un muy extenso libro previo. Su trabajo convergía aquí con el de un compañero del mismo nivel de la New Left, Raymond Williams, cuyas propias obras comparables, como las enormemente influyentes *Cultura y sociedad* y *La larga revolución*, acababan de ser publicadas. En esos libros, la «primera motivación al escribir» de Williams había sido «oposicional», de ir a la contra. Su objetivo era «contrarrestar la apropiación de una larga línea de pensamiento sobre la cultura que se hallaba por el momento en posiciones decisivamente reaccionarias». Así lo explicaba Williams:

Para mí era un problema saber si debía escribir una crítica de esa ideología en un modo completamente negativo, algo que consideré por un momento, o si el camino correcto era no intentar recuperar la verdadera complejidad de la tradición que la había confiscado, de manera que la apropiación podía verse por lo que era. Al final me situé en la segunda estrategia. Porque ello me permitía negar el creciente uso en la época del concepto de cultura que iba en contra de la democracia, el socialismo, la clase obrera o la educación popular, en términos de la tradición misma. La versión selectiva de cultura podía ser controvertida desde el punto de vista histórico por los escritos de los pensadores que contribuyeron a la formación y la discusión de la idea.¹¹³

Tercero, Thompson abrió el camino hacia las ambigüedades y complejidades de la historia cultural.¹¹⁴ *La formación* persiguió fervientemente los modos en que la experiencia a gran escala —en este caso, las dobles consecuencias de la explotación capitalista y la represión política entre la década de 1790 y la de 1820— llegaba a ser manejada por gente corriente mediante formas culturales, centrándose, en especial, en las creencias políticas y las tradiciones populares disponibles para ellos en la vida dia-

¹¹³ Williams, *Politics and Letters*, pp. 97-98. En este sentido, los intereses literarios de Thompson son especialmente pertinentes. Véase Edward P. Thompson, *Witness against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Nueva York, New Press, 1993; *The Romantics: England in a Revolutionary Age*, Nueva York, New Press, 1997. Véase también Marilyn Butler, «Thompson's Second Front», and Iain A. Boal, «The Darkening Green», en *History Workshop Journal*, n.º 39 (primavera 1995), pp. 71-78, 124-135.

¹¹⁴ La parte de su libro que tuvo más impacto sobre mí personalmente en este sentido fue su extraordinaria lectura del metodismo; aunque, después de cuatro décadas de encuentros con la teoría analítica, el feminismo, historias de sexualidad y debates sobre subjetividad, mi respuesta ahora podría ser sin duda ligeramente diferente. Véase Barbara Taylor, «Religion, Radicalism, and Fantasy», en *History Workshop Journal*, n.º 39 (primavera 1995), pp. 102-112.

ria. Para su tiempo, esta empresa era sumamente atrevida. A principios de los sesenta, aparte de algunas discusiones que habían empezado en torno a *Past and Present*, no había prácticamente conversación entre los historiadores y los antropólogos. La atención de Thompson a los valores corrientes, las prácticas rituales y las dimensiones simbólicas de la vida diaria sugerían una forma de etnografía histórica que pronto sería comprendida de una manera más rica en sus escritos sobre el tiempo y la disciplina de trabajo, sobre la *rough music* y la economía moral. Más tarde, Thompson consideró que al centrarse en materias tales como «el paternalismo, los disturbios, los cercamientos y el derecho común, y en varias formas rituales populares», estaba tratando de entender las «sanciones no económicas y las reglas invisibles que determinaban el comportamiento de una manera tan poderosa como la fuerza militar, el terror a la horca o la dominación económica».¹¹⁵ En líneas más generales, el trabajo de Thompson colocó en primer plano la legitimidad de la cultura popular, que las historiografías dominantes se habían negado siempre a reconocer y que la izquierda, sorprendentemente, también había sido reacia a ver. La influencia de Thompson se introdujo poderosamente en la prehistoria de los estudios culturales.¹¹⁶

Cuarto, una parte importante de por qué Thompson situaba la cultura en primer plano era un tipo de populismo, una política de la empatía, sostenida por una valoración intensa y vehemente de las vidas y las historias de la gente corriente. Identificándose con la gente de tal manera, presuponía una disposición para entrar en sus mundos mentales, para llegar al interior de culturas pasadas, para suspender las suposiciones propias ligadas al contexto. Las discusiones de Thompson en *La formación* e, incluso más, en los trabajos sobre el siglo XVIII, empiezan a menudo en el riguroso análisis de casos específicos tomados como momentos simbólicos, a los que se aproxima como «formas materializadas de los rasgos más generales de una formación social».¹¹⁷ Esto era característicamente cierto en su ensayo «Rough Music», en sus lecturas de cartas anónimas amenazadoras en *Albion's Fatal Tree* y en su artículo «Economía moral». Otro ejemplo era el análisis del milenarismo en *La formación*. Rescatar los sig-

¹¹⁵ Entrevista a E.P. Thompson, en Henry Abelove *et al.* (eds.), *Visions of History*, Nueva York, Pantheon, 1984, p. 21.

¹¹⁶ El otro texto contemporáneo que merece ser mencionado en este aspecto es el de Richard Hoggart, *Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life, with Special References to Publications and Entertainments*, Londres, Chatto and Windus, 1957.

¹¹⁷ Richard Johnson, «Edward Thompson, Eugene Genovese, and Socialist-Humanist History», en *History Workshop Journal*, n.º 6 (otoño 1978), p. 85 (hay traducción española en R. Johnson *et alii*, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, Ediciones Serbal, 1983).

nificados que había detrás de las apariencias tan arcanas y exóticas exigía reconstruir su racionalidad oculta y, en el clima serio y anquilosado de los estudios históricos británicos a principios de los años sesenta, esto tuvo la capacidad de coger a uno por sorpresa, de desfamiliarizar las propias suposiciones y volverlas extrañas. Oír a Thompson hacer esto en sus conferencias sobre la *rough music* era totalmente estimulante. Muy poca gente más estaba haciendo un trabajo así.¹¹⁸

Quinto, Thompson rechazó el modelo de «base y superestructura». Su pensamiento aquí era análogo al de Raymond Williams. Donde Williams hablaba de «procesos reales específicos e indisolubles» a través de los cuales lo económico y lo cultural estaban siempre imbricados mutuamente, Thompson veía la clase como «una formación “económica” y... “cultural”» de manera simultánea, en la que una nunca podría recibir «prioridad teórica» sobre la otra.¹¹⁹ Para ambos, «lo cultural» trabajaba directamente dentro del terreno económico de la producción y las transacciones de mercado. Lejos de ser «natural» o de desplegarse de acuerdo con su lógica específica, la racionalidad económica de tipo capitalista necesitaba ser históricamente construida. Esto suponía la destrucción de un primer conjunto de relaciones establecidas en las prácticas de la economía moral. Thompson proponía el concepto de una «cultura plebeya» para capturar este emplazamiento de la cultura popular «dentro de su apropiada morada material»:

¹¹⁸ Igualmente estimulantes fueron dos ensayos de Natalie Zemon Davis (con un lugar de publicación que no es casual), «The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France», en *Past and Present*, n.º 50 (febrero 1971), pp. 41-47 (en el mismo número en el que apareció el artículo de Edward Thompson «Moral Economy»; y «The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France», en *Past and Present*, n.º 59 (mayo 1973), pp. 51-91. A mediados de los años setenta las cosas estaban empezando a cambiar. Véase Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth-Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971; Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during the English Revolution*, Londres, Maurice Temple Smith, 1972 (hay traducción española, *El mundo trastornado: El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983). Poco después llegó Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays*, Stanford, Stanford University Press, 1975 (hay traducción española, *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Barcelona, Crítica, 1993). Véase también Keith Thomas, «History and Anthropology», en *Past and Present*, n.º 24 (abril 1963), pp. 3-24 (hay traducción española, «Historia y antropología», en *Historia Social*, n.º 3 1989). Thomas fue un estudiante de Christopher Hill. Los propios escritos de Edward P. Thompson sobre éste incluyen «Rough Music», en *Customs in Common*, pp. 467-538; «Anthropology and the Discipline of Historical Context», en *Midland History*, I (1972), pp. 41-55; *Folklore, Anthropology, and Social History*, Brighton, John L. Noyes, 1979; y «History and Anthropology», en *Making History*, pp. 200-225.

¹¹⁹ Véase Williams, *Marxism and Literature*, p. 82; Edward Thompson, «Folklore, Anthropology, and Social History», en *Indian Historical Review*, n.º 3 (enero 1977), p. 265 (hay traducción española, «Folklore, antropología e historia social», en *Historia Social*, n.º 3, 1989).

Cultura plebeya se convierte en un concepto más concreto y utilizable, que no se esfuma ya entre los «significados, actitudes y valores», sino que se sitúa dentro de un equilibrio de la relaciones sociales, un entorno laboral de explotación y de resistencia a la explotación, de relaciones de poder que están ocultas por rituales de paternalismo y deferencia.¹²⁰

¶ Sexto, *La formación* de Thompson pertenece en línea directa de descendencia al interés del Grupo de Historiadores del Partido Comunista en la historia de la industrialización capitalista y de la transición del feudalismo al capitalismo. Iniciándose su vida a finales de los años cincuenta, como el supuesto primer capítulo de un libro de texto general sobre la historia del movimiento obrero británico, *La formación* retomaba el hilo de dos proyectos de divulgación nunca realizados, iniciados por el Grupo de Historiadores diez años antes: una historia marxista del movimiento obrero británico y una historia general del capitalismo británico.¹²¹ En este sentido, sus compañeros eran los volúmenes de Hill y de Hobsbawm en la serie Pelican Economic History of Britain, los ensayos de Hobsbawm en *Trabajadores*, el *Rural Depopulation* de Saville, etc. La airada y abiertamente calculada crítica de Thompson a las ortodoxas historias económicas de la revolución industrial puso de relieve, en especial, las afinidades de este tipo. Esto elevó un doble desafío para aquellos relatos convencionales. Problematicó de manera contundente la categoría simplista de sociedad «tradicional» o «preindustrial» a través de la que se pensaba convencionalmente como la transición al mundo moderno; y fue la primera historia social general de la industrialización capitalista «desde abajo»; es decir, desde el punto de vista de sus víctimas.

Por último, promoviendo la investigación pionera sobre la protesta popular, la cultura tradicional y las transformaciones causadas por la industrialización, Thompson ensanchaba nuestra comprensión de la política. Sus estudios de los nuevos radicalismos democrático-populares producidos entre la década de 1790 y la de 1830, seguidos por su paciente reconstrucción de la cultura plebeya del siglo XVIII (en todo su turbulento carácter autoasertivo), señalaba un espacio en el que la «política» podía encontrarse de todo tipo de maneras desconcertantemente inesperadas. *La formación* está lleno de tales relecturas, encontrando la expresión de los valores colectivos sobre la naturaleza de la buena sociedad en una varie-

¹²⁰ Edward P. Thompson, «Introduction: Custom and Culture», en *Customs in Common*, p. 7.

¹²¹ Véase Kaye, *British Marxist Historians*, pp. 12-13. Véase también Hobsbawm, «Historians' Group of the Communist Party»; Schwarz, «"The People" in History»; Parker, «The Communist Party and Its Historians»; Dworkin, *Cultural Marxism*, pp. 10-44.

dad de prácticas y manifestaciones que la «enorme condescendencia» de los historiadores políticos convencionales rara vez había admitido en sus narraciones; desde los «rituales de mutualidad» desesperadamente improvisados de los que dependía la comunidad hasta los brotes masivos de milenarismo y la acción directa del general Ludd. En ese sentido, *La formación* se empareja con otros dos textos clave de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta que definieron nuevas formas de mirar la política popular, *Rebeldes primitivos* de Hobsbawm y *The Crowd in History* de George Rudé.

Es aquí donde el trabajo de Thompson como historiador conecta más directamente con el carácter más amplio del periodo que estoy intentando describir. Su logro a este respecto particular estaba inseparablemente vinculado tanto a las sublevaciones culturales de los años sesenta como al distintivo replanteamiento de la política ya iniciado por la primera New Left. El florecimiento de la historia social que estaba a punto de producirse, para el que los escritos de Thompson tanto hicieron por inspirar, suponía una comprensión radicalmente desinstitucionalizada de la política, en la que las posibles fuentes de un impulso popular de carácter opuesto se buscaban ahora lejos de los escenarios reconocidos de los partidos, las educadas sociedades y parlamentos, en una amplia variedad de escenarios no institucionales. Entre éstos, todo desde la violencia callejera, disturbios, tipos de criminalidad y sabotaje industrial hasta formas de enfermedad mental y la ostentación general de las reglas sociales venían a ser reivindicados por sus significados políticos disidentes, incluyendo incluso la «apatía» y la indiferencia hacia la política misma.¹²² Esta concepción expandida de «lo político», que a su vez estaba a punto de volar en mil pedazos debido a las críticas feministas de la domesticidad, la sexualidad y la vida personal, se convertían en una de las más importantes y perdurables consecuencias de las agitaciones de 1968. La influencia de Thompson fue una fuente vital de sustento también aquí.

¹²² Véase el volumen que Thompson dirigió para la *New Left Review* en el punto álgido de la primera New Left, *Out of Apathy*, en el que participó con uno de sus mejores ensayos polémicos, «Outside the Whale», una llamada de atención a la necesidad de disenso contra las conformidades de la cultura nacional y «natopolitana» [nota del traductor: el autor juega aquí con las siglas NATO, que designan en inglés a la OTAN] enmarcada por la ética del compromiso iniciado en los años treinta, en nombre del humanismo socialista. Hacia finales de los años sesenta, muchos de los que se incluían en la segunda New Left consideraron la apatía como una declaración política sobre la podredumbre del sistema político. El ensayo de Thompson fue reimpresso en su *Poverty of Theory*, pp. 1-33 (hay traducción española en G. Orwell *et alii*, *Dentro y fuera de la ballena*, Madrid, Talasa, 1984).

CONCLUSIÓN

¿Cuáles fueron las implicaciones del «optimismo» inscrito en el título de este capítulo? En primer lugar, incluían, simple y sencillamente, la confianza en el conocimiento. Esto significaba el deseo —impaciente y decidido, pero también éticamente apasionado— de hacer del mundo algo que pudiera conocerse a través de la historia. Ésta pudo ser, tal vez, la última versión de una aspiración que regresaba a la ciencia social pionera de mediados del siglo XIX y que continuaba a través de las consolidaciones que fundamentaron la disciplina a principios del siglo XX, algunas de las cuales (como en la prehistoria de *Annales*) explícitamente vinculadas a la colaboración de unos pocos historiadores innovadores. La misma ambición conformó las iniciativas más decididas en pos de una historia social en los años cincuenta y sesenta, que he vinculado a los esfuerzos convergentes de tres tendencias distintas: los esfuerzos de los historiadores marxistas británicos, de la escuela de *Annales* en Francia y de Charles Tilly y otros sociólogos angloamericanos. En segundo lugar, estas novedades intelectuales se unieron a una serie de cambios políticos. La política radical de los años sesenta era inseparable del relato historiográfico. El gran avance hacia la historia social era inconcebible sin el sentido de posibilidad política que se avecinaba a finales de los años sesenta, sin el entusiasmo de un nuevo mundo político que empezaba a desarrollarse. Para mí, por lo menos, reflexionar sobre todo esto ocupó gran parte de mi tiempo. La buena historia significaba buena política, tal y como la mala política producía mala historia.

Todo esto sumado a una sensibilidad particular que, en profundidad, era también la sensibilidad de 1968. Una de las cosas más importantes sobre Thompson es que fue un miembro destacado de una generación intelectual de izquierdas en Gran Bretaña que no había traicionado sino que había seguido viviendo sinceramente —especialmente en el caso de Thompson— dentro de una ética de compromiso que merecía la pena intentar emular. A pesar de su grandilocuencia incorregible y de su esporádico mal comportamiento, Edward Thompson fue un modelo de fortaleza intelectual. Fue un historiador brillante. Creó un espacio para un cierto tipo de elocuente, alborotadora, desobediente y creativa falta de respeto hacia las reglas y decoros con las que las jerarquías de poder y de prestigio nos piden que actuemos. Como generación de jóvenes historiadores que defendíamos una nueva forma de practicar nuestra disciplina, fuimos excepcionalmente afortunados de haberlo tenido.

III. DESILUSIÓN

CRUZANDO EL MAR DEL NORTE

Hay una parte alemana en mi historia. En octubre de 1970, llegué a la Universidad de Sussex para empezar mi trabajo de posgrado sobre historia de Alemania. Como estudiante de la licenciatura, había dedicado buena parte del tiempo a estudiar la Alemania de principios del siglo XX, por lo que esta elección era algo lógico. El mejor profesor que había tenido, había sido también un historiador alemán, Hartmut Pogge von Strandmann, que se trasladaba a Sussex para ocupar un puesto allí.¹ Pero mi interés por Alemania se remontaba mucho más atrás. Habiendo crecido en los años cincuenta, no pude remediar el hecho de que me impresionaran las espectaculares cualidades del pasado reciente de Alemania, su escabrosa y violenta transcendencia. La Segunda Guerra Mundial me había envuelto por completo siendo niño: la cultura británica —política e intelectual, popular y refinada— había sido recubierta con sus efectos. Mis más recurrentes lecturas de carácter histórico realizadas antes de llegar a Oxford habían estado dedicadas a los orígenes de la guerra y a su curso.² Pero también había un elemento escasamente metódico, casual, en la decisión que iba a tomar, otro azar. Durante mi último año en Balliol, le di vueltas a varios campos de doctorado posibles, desde la historia social de la Gran Bretaña del siglo XIX a los «levellers» de la Revo-

¹ Véase Geoff Eley y James Retallack (eds.), *Wilhelminism and Its Legacies: German Modernities, Imperialism, and the Meanings of Reform, 1890-1930: Essays for Hartmut Pogge von Strandmann*, Nueva York, Berghahn Books, 2003.

² Aplicadamente me leí los seis volúmenes de las memorias de guerra de Churchill, por ejemplo, así como los diarios de guerra de Alanbrooke y una variedad de otras memorias (una confesión de la que aún me avergüenzo un poco). Véase Winston Churchill, *The Second World War*, 2.^a ed., 6 vols., Londres, Cassell, 1948-1954; Arthur Bryant, *The Turn of the Tide, 1939-1943*, Londres, Collins, 1957 y *Triumph in the West: A History of the War Years Based on the Diaries of Field-Marshal Lord Alanbrooke, Chief of the Imperial General Staff*, Londres, Collins, 1959. Véase también Julia Stapleton, *Sir Arthur Bryant and National History in Twentieth-Century Britain*, Lanham, Md., Lexington Books, 2005.

ación inglesa.³ Al final, me dejé llevar hacia Alemania por Hartmut Rogge. Tenía excelentes razones para mí mismo, que eran más que racionalizaciones. Al salir de la licenciatura con toda la angustia de estar en contra de una ambiciosa carrera profesional propia de un sesentayochista, necesitaba buenos argumentos para justificar un doctorado en historia. En ese sentido, la historia de Alemania fue algo fácil. Allí habían pasado grandes cosas. Era un excelente laboratorio.⁴

Llegué al curso de posgrado con el conjunto habitual de intereses en la historia de Alemania del momento, intereses en temas tales como los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, el militarismo y el papel del ejército en la política alemana, y los éxitos y los fracasos del Partido socialdemócrata alemán (SPD). Estos intereses eran difíciles de trascender, dados los limitados materiales disponibles con los que contaba un estudiante universitario en Gran Bretaña. Viéndolo ahora, estoy impresionado por lo ajenos que eran mis trabajos escritos de estudiante a las controversias que tenían lugar entonces entre los historiadores alemanes sobre la cuestión de las continuidades entre la época nazi y periodos anteriores del pasado alemán. También revelaban muy poco de los intereses de la historia social sobre los que yo estaba entusiasmado de un modo más general.

Eso cambió rápidamente. El primer libro que leí en alemán como estudiante de posgrado fue la recién publicada obra magna de Hans-Ulrich Wehler sobre el imperialismo de Bismarck.⁵ Me quedé pasmado por la magnitud de su ambición; el extraordinario peso de su erudición, la impresionante densidad de su investigación empírica (incluyendo las descomunales notas a pie de página), la vasta plenitud de su bibliografía (veinticuatro archivos separados, sesenta y cinco colecciones de papeles privados, unos dos mil trescientos títulos), y la admirable transparencia de su marco teórico. El efecto combinado de teoría económica, detalle analítico concreto, densidad de narrativa política e interpretación global fue algo sobrecogedor. No sólo contenía un marco teórico que cuestionaba las ideas establecidas sino, también, un análisis exhaustivo de la expansión

³ También pensé estudiar la historia social del fútbol inglés e incluso escribí al antropólogo de Manchester Max Gluckman, que había dado una charla radiofónica en la BBC sobre la etnografía del fútbol algunos años antes. Para una reminiscencia de Gluckman y el Manchester United, equipo del que también soy híncha, véase Eric Hobsbawm, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Nueva York, Pantheon, 2003, p. 347.

⁴ Tenía propensión hacia Alemania por razones personales, también. Ir a Alemania en 1964 fue mi primer viaje lejos de casa, una experiencia extremadamente liberadora. De un modo u otro, Alemania empujó una gran parte de mi transición a la vida adulta.

⁵ Hans-Ulrich Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1969.

mundial colonial y comercial de Alemania a finales del siglo XIX y un relato detallado de la formulación de Bismarck de la política a seguir. Recuerdo haber pensado que, en Gran Bretaña, los historiadores simplemente no escribían este tipo de libros.

De hecho, en ese preciso momento —a lo largo de los años sesenta—, el autor de *Bismarck und der Imperialismus* estaba revelándose como un defensor inagotable de la modernización de la profesión histórica en Alemania occidental que, en la mente de Wehler, significaba transformar la disciplina en una «ciencia social histórica». Sorprendentemente, los historiadores de Alemania occidental no podían basarse en el equivalente a la historiografía marxista o a la tradición de *Annales* que alentaron el primer ascenso de la historia social en Gran Bretaña y Francia. En efecto, a pesar de un puñado de precursores, la predisposición conservadora de la disciplina a lo largo de los años cincuenta se había sumado al clima ideológico dominante para contener las innovaciones. El historiador de la economía Wolfram Fischer (nacido en 1928) y el historiador de la alfabetización popular Rolf Engelsing (nacido en 1930) produjeron importantes obras sin una emulación más amplia, como hicieron otros pocos en campos especializados desde un punto de vista técnico; por ejemplo, Wilhelm Abel (nacido en 1904), en historia agraria, y el demógrafo Wolfgang Kollmann (nacido en 1925). Mirando hacia atrás, tanto Otto Brunner (1898-1982) como Werner Conze (1910-1986) podrían ser vistos como autores que habían desarrollado nociones de «historia estructural» relacionadas con el pensamiento de *Annales*, pero esto carecía de mayor resonancia en aquel momento.⁶ Sólo en los años sesenta una serie de cambios externos permitió que se produjera un gran avance en la historia social.

Pero si en Alemania occidental los puntos de partida de la historia social estaban gravemente subdesarrollados después de 1945 en comparación con Gran Bretaña o Francia, las razones no eran difíciles de encontrar. El empobrecimiento catastrófico de la vida intelectual alemana durante la época nazi dejó huella en este sentido como en muchos otros. La especial ironía fue que, en muchos aspectos —por ejemplo, los logros pioneros de la sociología alemana a principios del siglo XX, los éxitos institucionales del movimiento obrero que datan de la década de 1890 y el dina-

⁶ Véase de manera especial Werner Conze, *Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters als Aufgabe für Forschung und Unterricht*, Colonia, Westdeutscher Verlag, 1957. Véase también Irmeline Veit-Brause, «Werner Conze (1910-1986): The Measure of History and the Historian's Measures», y James Van Horn Melton, «From Folk History to Structural History: Otto Brunner (1898-1982) and the Radical-Conservative Roots of German Social History», en Hartmut Lehmann y James Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity: Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 299-343, 263-292.

mismo intelectual de la cultura de Weimar—, las bases iniciales para hacer historia social habían sido mucho más sólidas. En Alemania, como al otro lado del mar del Norte, había empezado a aparecer ya una importante producción académica. Pero el nazismo frenó toda posibilidad. Impidió la más leve influencia en los departamentos de historia de las universidades según el modelo británico. La verdadera diferencia llegó seguramente con el violento trastorno político del III Reich, no sólo de un conservadurismo singular y profundamente arraigado en el *establishment* histórico alemán (como alegaban los progresistas de Alemania occidental en los años sesenta).

Tanto en Alemania como en Gran Bretaña, el camino para la historia social se preparó más allá de los bastiones centrales de la disciplina histórica per se. En el capítulo II, detallé las genealogías británicas de la historia social entre los años treinta y los sesenta del siglo xx, a través de la influencia de los historiadores marxistas y de una variedad de tendencias e individuos afines. Pero esta historia británica, en realidad, empezó algo más pronto, a comienzos de siglo, con varios precursores, entre los que se incluían los investigadores sociales fabianos Beatrice (1858-1943) y Sidney Webb (1859-1947), el historiador de la economía moderna R.H. Tawney (1880-1962), los periodistas radicales John (1872-1949) y Barbara Hammond (1873-1961) y el académico socialista de Oxford G.D.H. Cole (1889-1959). Las historias en varios volúmenes de los Webb sobre el gobierno local, el sindicalismo y las relaciones en el lugar de trabajo ya esbozaban los temas principales que los historiadores sociales iban a proseguir después de 1945, mientras el relato épico de los Hammond sobre los costes humanos de la revolución industrial mantenía gran parte de la inspiración que existía detrás de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson. Entre las muchas obras de Cole sobre la historia del trabajo y el socialismo, *The Common People, 1746-1938*, escrita conjuntamente con Raymond Postgate, seguiría siendo el mejor relato general de historia social británica «desde abajo» hasta después de los años sesenta.⁷

⁷ Referencias completas y detalladas incluso a las más importantes obras de estos individuos y de su influencia podrían sobrecargar desesperadamente estas notas a pie de página. Entre los trabajos de los Webb se incluyen los más famosos, *The History of Trade Unionism* (1894), *Industrial Democracy* (1897) y *English Local Government from the Revolution to the Municipal Corporations Act* en nueve volúmenes (1906-1929); entre las obras clave de Tawney encontramos *Religion and the Rise of Capitalism* (1926); la trilogía de los Hammond abarca *The Village Labourer, 1760-1832* (1911), *The Town Labourer, 1760-1832* (1917) y *The Skilled Labourer, 1760-1832* (1919); entre las últimas obras de Cole había una *Historia del pensamiento socialista* internacional en varios volúmenes (1953-1960). He hecho un bosquejo más detallado de estas historias intelectuales en Geoff Eley, «The Generations of Social History», en Peter N. Stearns (ed.), *Encyclopedia of European Social History: From 1350 to 2000*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 2001, I, pp. 3-29. Para citas amplias, véase capítulo II, nota 50, en el presente libro.

Esta gente creó instituciones: la London School of Economics (LSE), fundada por los Webb en 1895, pronto se convirtió en un crisol para la ciencia social y política a la que se tendía cada vez más en Gran Bretaña, mientras que Tawney (también en la LSE) ayudó a fundar la Economic History Society y su revista en 1926-1927.⁸ Más aún, estos precursores fueron políticamente activos en la izquierda. Sus inclinaciones personales variaban: Tawney fue un socialista cristiano, candidato parlamentario por el Partido Laborista, partidario de la Workers Educational Association –Asociación para la Educación de los Obreros– y destacado intelectual a nivel público que ejerció el compromiso ético tanto en su trabajo académico como en el político;⁹ los Webb se movieron por una creencia reformista en la «inevitabilidad del cambio gradual» y por un ideal administrativo altruista de sistema tributario racional, la provisión social y los bienes públicos, que finalmente vincularon al ascenso electoral del Partido Laborista. Pero todos, en líneas generales, vivieron la cultura política progresista de los años veinte y treinta en Gran Bretaña, que estaba cuajando, con mayor firmeza, sobre todo en torno al Partido Laborista y que quedó claramente establecida durante la Segunda Guerra Mundial. En su enfoque de la historia, compartieron una crítica política y moral de las consecuencias sociales de la industrialización.

El argumento que quiero señalar aquí es que en sus orígenes la historia social, a principios del siglo XX, contó con una serie de apoyos políticos de la izquierda.¹⁰ Mirado desde un punto de vista privilegiado en los

⁸ Eric Hobsbawm (*Interesting Times*, 115) ofrece un conciso resumen: «Fundada por los grandes fabianos Sidney y Beatrice Webb, dedicada exclusivamente a las ciencias sociales y políticas, dirigida por el último arquitecto del sistema de seguridad social británico, William Beveridge, con una facultad cuyos profesores más carismáticos y destacados eran socialistas nacionalmente conocidos –Harold Laski, R.H. Tawney– descansaba sobre un tipo de izquierda casi *ex officio*. Esto fue lo que atrajo a extranjeros de dentro y fuera del Imperio. Si no fue necesariamente lo que atrajo a sus estudiantes británicos, una abrumadora elite de chicos y chicas primera generación de becarios de familias de Londres a caballo entre la clase trabajadora y la clase media más baja, fue probable que les influyera una vez habían llegado».

⁹ Véase en particular *The Acquisitive Society* (1921) y *Equality* (1931) de Tawney.

¹⁰ Más tarde en el siglo XX, estas influencias políticas izquierdistas fueron borradas fácilmente por procesos de profesionalización, que permitieron escribir totalmente la historia de los orígenes de la historia social como una secuencia de desarrollos académicos internos a las universidades. Los precursores de la historia social británica incluían un número de mujeres que tendieron a desaparecer del plano historiográfico principal de la misma manera, como pasó con la medievalista Eileen Power (1889-1940), la historiadora del siglo XVII Alice Clark (1874-1934), y los miembros femeninos de varias parejas famosas, entre los que se incluye Beatrice Webb, Barbara Hammond y Alice Stopford Green (1847-1929). La mujer de J.R. Green (autor de la *Short Story of the English People*, Londres, Macmillan, 1874; hay traducción española, *Historia del pueblo inglés*, Madrid, La España Moderna, 1930), Alice Green, publicó una larga serie de historias populares irlandesas después de la temprana muerte de su marido. Tales voces reflejaron tanto el avance educacional y social de las mujeres a principios del siglo XX como las

ante, podría decirse que estos apoyos eran más favorables en Alemania que en Gran Bretaña. Antes de 1914, el SPD ya había acumulado su propia tradición historiográfica, y la política liberal de la República de Weimar había creado un clima en el que las formas de historia social podían prosperar aún más, y no en último lugar debido a la imbricación cada vez mayor de las instituciones culturales del movimiento obrero con las actividades del nuevo estado. Un buen ejemplo de ello era el biógrafo de Engels, Gustav Mayer (1871-1949), algunos de cuyos ensayos clásicos sobre las primeras relaciones del mundo del trabajo con el liberalismo ya habían sido publicados antes de 1914, aunque su carrera universitaria en Berlín fue frenada por los conservadores. En las condiciones posteriores a 1918-1919, la constelación institucional circundante cambió; en 1922, Mayer fue nombrado para un nuevo puesto en Historia de la democracia, socialismo y partidos políticos. La sociología empírica alemana floreció de un modo similar. En este sentido, un ejemplo típico lo constituía Hans Speier (nacido en 1905), cuya pionera investigación sobre los trabajadores de cuello blanco empezó en los últimos años de la República de Weimar, si bien permaneció inédita hasta 1977: después de estudiar en Heidelberg con Emil Lederer (1882-1939), cuyos propios estudios sobre los trabajadores de cuello blanco databan de 1912, Speier trabajó como editor para una editorial berlinesa, se relacionó con el Departamento de Educación del Trabajo del SPD y los servicios sociales de la ciudad, y se casó con una pediatra municipal.¹¹

En otras palabras, hasta 1933, las historiografías alemana y británica, a grandes rasgos, se movían en paralelo. En ninguno de los dos países existían departamentos de historia en la universidad abiertos a la historia social, con su doble connotación de divulgación y disenso político. Como ya he expuesto, las condiciones en Alemania eran algo mejores al respecto, dados los apoyos extra ofrecidos por el pensamiento marxista y otros tipos de progresismo del movimiento obrero nacional. El florecimiento de la sociología alemana añadía un factor positivo más.¹² Pero el desastre del

luchas políticas necesarias para ello. Siempre estuvieron relacionadas con el activismo político a través del fabianismo, el Partido Laborista y la política del sufragio femenino. Véase especialmente Billie Melman, «Gender, History, and Memory: The invention of Women's Past in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries», en *History and Memory*, n.º 5 (1993), pp. 5-41.

¹¹ Véase Gustav Mayer, *Radicalismus, Sozialismus und bürgerliche Demokratie*, edición de Hans-Ulrich Wehler, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1969, y *Arbeiterbewegung und Obrigkeitsstaat*, edición de Hans-Ulrich Wehler, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1972; Hans Speier, *German White-Collar Workers and the Rise of Hitler*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1986.

¹² Véase de manera especial M. Rainer Lepsius (ed.), *Soziologie in Deutschland und Österreich 1918-1945: Materialien zur Entwicklung, Emigration und Wirkungsgeschichte*, Kölner

nazismo entre 1933-1945 dispersó estas posibilidades progresistas en una diáspora principalmente angloamericana. Además, mientras en Gran Bretaña se ensamblaban las bases de la historia social, en Alemania occidental, después de 1945, la profesión histórica se restablecía sobre líneas principalmente conservadoras, y la historia social pudo hacer pocos avances allí antes de los años setenta. En contraste con lo ocurrido a principios del siglo xx, se empezaba a abrir una distancia entre la receptividad de los dos países con respecto a una historiografía innovadora. En Gran Bretaña, los patriotismos democráticos de la Segunda Guerra Mundial habían llevado a algunos historiadores fuera de las limitadas formas de la historia política y diplomática centradas en el Estado que dominaban la profesión; en Alemania occidental, ese antiguo predominio se sostuvo. El efecto de la emigración de los alemanes occidentales exacerbó la divergencia nacional a más largo plazo: la profesionalidad de los exiliados enriqueció las historiografías de los países receptores y amplió aún más la distancia.¹³

LA GESELLSCHAFTSGESCHICHTE DE ALEMANIA OCCIDENTAL: MODERNIZANDO LA DISCIPLINA

Cuando cambiaron las cosas en el transcurso de la década de los sesenta, lo hicieron debido a las complicadas razones de siempre, incluyendo la influencia de más larga gestación ejercida por ciertos nombres, la mezcla favorable de circunstancias en determinadas instituciones y la más pura casualidad de una personalidad carismática, un seminario ilusionante o una publicación de especial resonancia.¹⁴ Pero los dramáticos

Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie, Sonderheft 23/1981, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1981. Véase también Volker Meja, Dieter Misgeld y Nico Sterh (eds.), *Modern German Sociology*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.

¹³ Esto también es aplicable a las generaciones preuniversitarias aún por entrar en la profesión. Eric Hobsbawm (nacido en 1917) salió de Berlín en 1933 (con 16 años). Sidney Pollard (1925-1998), otra importante figura del crecimiento de la historia social durante los años cincuenta y sesenta y miembro fundador de la Society for the Study of Labour History, salió de Viena con un *Kinderttransport* en 1938; enseñó en la LSE y dio clases durante la mayor parte de su carrera en la Universidad de Sheffield. En 1980, ocupó un puesto en Bielefeld, el principal centro de historia de la ciencia social en Alemania occidental, volviendo a Sheffield en 1990. Véase Colin Holmes, «Sidney Pollard, 1925-1998», en *History Workshop Journal*, n.º 49 (primavera 2000), pp. 277-278.

¹⁴ Al pintar este cuadro con una brocha gorda, no intento por supuesto obviar la importancia de estas detalladas historias institucionales e intelectuales. Un caso obvio podría ser la extraordinariamente ramificada influencia de Werner Conze, tanto en su inmediato contexto en la Universidad de Heidelberg como en circuitos más amplios de financiación de la investigación y de discusión académica en la profesión en Alemania occidental.

acontecimientos de los años sesenta fueron, una vez más, la clave. En Alemania occidental, los ingredientes de esta coyuntura política comprendían desde la lenta disolución de las conformidades políticas de la época de Adenauer y la Guerra Fría hasta las consecuencias de la gran expansión de la enseñanza superior. Así como la cohesión del llamado Estado de la CDU (una forma breve de nombrar el dominio de partido único de la Unión Democrática Cristiana en la República federal) se desenredaba a mediados de los años sesenta, las universidades también se desataban, con la expansión del número de estudiantes, el relajamiento de las ortodoxias académicas y el radicalismo de 1968 esperando entre bastidores. Por supuesto, los historiadores estuvieron directamente relacionados con muchos de los conflictos resultantes, tanto a través de enervantes confrontaciones con los propios estudiantes como en respuesta a la petición de la Nueva Izquierda de que se hiciera frente, por fin, a legados no resueltos del III Reich. En medio de estas otras luchas, una polémica concreta que había estado propagándose entre los historiadores de Alemania occidental desde principios de la década, hizo mucho por abrir el camino a las primeras victorias de la historia social.

La célebre «polémica Fischer» rodeaba el trabajo del historiador hamburgués Fritz Fischer (1908-1999) sobre los objetivos de guerra alemanes durante la Primera Guerra Mundial.¹⁵ No es éste el lugar para un comentario detallado sobre los pormenores del asunto. Para mis propósitos aquí, sólo necesito apuntar la manera tan espectacular en que arrastró el problema de la continuidad a un profundo debate. Exponiendo las semejanzas entre el expansionismo alemán durante 1914-1918 y el imperialismo posterior de los nazis, la obra de Fischer situaba el nazismo justo en el pasado alemán más profundo. Contra el peso aplastante de la interpretación alemana occidental, que trataba los acontecimientos de 1933 como una especie de *Betriebsunfall*, o «accidente de trabajo», Fischer dirigió la atención hacia los modelos de desarrollo a más largo plazo, a través de los cuales pudo surgir el nazismo.

El interés se centró rápidamente en el sistema sociopolítico del imperio alemán, o *Kaiserreich*, entre 1871 y 1918. Fischer y sus aliados intentaron establecer una discusión sobre las estructuras de autoritarismo que persistían —y las formas de oposición contra la democracia o el liberalismo—, en

¹⁵ La obra *Germany's Aims in the First World War*, Londres, Chatto and Windus, 1967 (orig. pub. en alemán en 1961) de Fritz Fischer fue seguida por *War of Illusions: German Policies, 1911-1914*, Londres, Chatto and Windus, 1975 (orig. pub. en alemán en 1969). Véase también Fritz Fischer, *From Kaiserreich to Third Reich: Elements of Continuity in German History, 1871-1945*, Londres, Allen and Unwin, 1986; John A. Moses, *The Politics of Illusion: The Fischer Controversy in German Historiography*, Londres, George Prior, 1975.

un análisis fuertemente materialista de los intereses socioeconómicos dominantes. Esta línea argumental rezaba que entre las naciones industriales avanzadas, sólo Alemania produjo un resultado fascista ante la crisis económica mundial después de 1929, una propensión que traducía debilidades más profundas de la cultura política, que sólo podía explicarse en términos sociales. El característico «atraso» de Alemania se atribuyó a la continuidad política de un grupo de intereses dominante: la «alianza del hierro y el centeno», o esto es, al bloque político de la industria pesada y la gran agricultura que, en principio, se habían reunido bajo la dirección de Bismarck a lo largo de la década de 1870. Esa coalición dificultaba el crecimiento de las instituciones democráticas liberales antes de 1914, mientras que sobrevivía la Revolución de 1918 para continuar la lucha todavía. Esto desestabilizó la República de Weimar y llevó a los nazis al poder.

Los debates que rodeaban esta interpretación dieron impulso a una fascinante transformación de los estudios históricos en Alemania occidental. El impacto de la polémica Fischer fue mucho más lejos que el propio Fischer, hacia un tipo de historia política directa y ayudó a despejar el camino para un autoexamen completo y de gran alcance dentro de la historiografía alemana en su totalidad. La vinculación de la continuidad del expansionismo exterior de Alemania en el siglo xx a una continuidad más básica de los intereses dominantes dentro de la sociedad alemana misma estimuló un intenso período de innovación conceptual. El resultado principal fue una convincente lógica de la explicación social. Esta interpretación característica de la lógica del proceso político —constituida, ante todo, a partir de la interacción de los intereses organizados— siguió siendo el legado que permanecía de la polémica Fischer y conformó los enfoques predominantes del *Kaiserreich* y la República de Weimar. Iba acompañado de la polémica defensa de la «primacía de la política doméstica», una forma propuesta en principio para contrarrestar un determinismo geopolítico anterior que explicaba la política alemana por las vulnerabilidades de la ubicación centroeuropea del país. En conjunto, al fijar la atención en las interrelaciones entre la economía, la política y la estructura social, estos debates alrededor de la cuestión de la continuidad dieron el impulso decisivo al interés emergente por la historia social.

El impulso de Hans-Ulrich Wehler para modernizar la disciplina se forjó en este contexto. En ausencia de un equivalente autóctono a las tradiciones que he descrito para la aparición de la historia social en Gran Bretaña y Francia —es decir, una contrapartida a la sedimentación de la investigación y el debate representada por los historiadores marxistas británicos y la escuela de *Annales*—, Wehler se puso a inventar uno. Lo hizo siguiendo dos rutas.

Una de las rutas seguidas por Wehler fue volver hacia atrás y recuperar sistemáticamente las obras de pioneros discrepantes o marginados de principios del siglo xx, cuyo trabajo académico había sido o bien ignorado o bien suprimido por el conservadurismo preponderante de la profesión en Alemania (conocido por sus críticos como el *Zunft*, o «gremio») antes de ser prohibido totalmente por los nazis. Entre los nombres clave encontramos a Eckart Kehr (1902-1933), George W.F. Hallgarten (1901-1974), Alfred Vagts (1892-1986) y Hans Rosenberg (1904-1988), que se adhirieron a una actitud liberal de radicalismo diverso y a un modelo de causalidad social basado en el interés, componiendo una red intelectual laxa y que tuvieron que encaminarse hacia los Estados Unidos a lo largo de los años treinta. A ellos se sumó el marxista Arthur Rosenberg (1889-1943), el liberal izquierdista Veit Valentin (1885-1947) y Gustav Mayer (mencionado con anterioridad en este capítulo). Se fueron de Alemania en el momento en que los nazis tomaron el poder, y la mayoría decidió no volver después de 1945. Continuaron sin recibir demasiado reconocimiento dentro del *Zunft* hasta que la generación de Wehler los redescubrió: Wehler publicó varias ediciones de sus obras entre mediados de los años sesenta y principios de los setenta; dirigió también una serie en varios volúmenes de libros para el público (la colección *Historiadores Alemanes*), que integró a estos antiguos disidentes en el panteón de voces reconocidas o recuperadas.¹⁶

De la misma manera que los marxistas británicos se esforzaron por alcanzar una contranarrativa de oposición capaz de desafiar la versión autorizada de la historia nacional, Wehler se propuso inventar una contradicción liberal y social demócrata utilizando las primeras generaciones de *outsiders*. Durante un tiempo, aproximadamente entre mediados de los años sesenta y principios de los setenta, esta tradición conservó un perfil político más abierto; de manera notable durante los años del gobierno

¹⁶ Véanse las siguientes colecciones dirigidas por Hans-Ulrich Wehler, Eckart Kehr, *Der Primat der Innenpolitik: Gesammelte Aufsätze zur preussisch-deutsche Sozialgeschichte im 19. Jahrhundert*, Berlín, W. de Gruyter, 1965; Arthur Rosenberg, *Demokratie und Klassenkampf: Ausgewählte Studien*, Frankfurt del Meno, Ullstein, 1974; Mayer, *Radikalismus, Sozialismus und bürgerliche Demokratie y Arbeiterbewegung und Obrigkeitstaat*. Véase también Hans-Ulrich Wehler, «Staatsgeschichte oder Gesellschaftsgeschichte? Zwei Aussenseiter der deutschen Historikerkunft: Veit Valentin und Ludwig Quidden», en Helmut Berding et al. (eds.), *Vom Staat des Ancien Régime zum modernen Parteienstaat: Festschrift für Theodor Schieder*, Munich, Oldenbourg, 1978, pp. 349-368. Los escritos de Wehler de este tipo están recogidos convenientemente en Hans-Ulrich Wehler, *Historische Sozialwissenschaft und Geschichtsschreibung: Studien zu Aufgaben und Traditionen deutscher Geschichtswissenschaft*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1980. Véase también Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Deutsche Historiker*, 9 vols., Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1971-1982.

Brandt-Scheel (1969-1974), cuando la llamada *Ostpolitik* (política oriental) para la normalización de las relaciones de Alemania occidental con la República Democrática Alemana (RDA) y Europa del Este centró el compromiso público de los intelectuales de centro-izquierda. Durante este periodo, dentro de las universidades, las peticiones de reconocimiento y democratización de la izquierda estudiantil estuvieron también brevemente conectadas con el malestar disciplinario de los historiadores progresistas. Entre la generación de Wehler se hablaba mucho de «emancipación», de una «ciencia crítica de la historia» y de la disciplina de relevancia intelectual. Esto alentó un eclecticismo de referencia teórica muy diverso, una apertura de nuevos temas (en particular hacia la historia social) y un clima general de experimentación. Por encima de todo, este periodo se movió por un compromiso inflexible con el *Vergangenheitsbewältigung* (ajustar cuentas con el pasado), de manera que podía dejarse al descubierto el arraigo más profundo del nazismo en el pasado alemán. La nueva «historia crítica» fue caracterizada quizás, sobre todo, por su fuerte sentido de un propósito político pedagógico, una determinación de principios por la que se debería hacer frente adecuadamente a las realidades incómodas del pasado alemán.

La historiografía alemana de los años setenta –incluyendo mi propia entrada en el campo– se formó en este momento tan politizado. Esa historiografía ofreció la convergencia momentánea de tendencias intelectuales muy diferentes sobre el terreno mismo de la «cuestión de la continuidad»: defensores de la ciencia social histórica (como Wehler) trabajaron al lado de muchos académicos que se estaban moviendo hacia otros tipos de historia social más próximos a la antropología social y al «anglo-marxismo» (como lo llamaron ellos), y a finales de los años sesenta, corrientes más generales de la Nueva Izquierda de Alemania occidental desplegaron un intenso debate sobre el tema del fascismo. En última instancia, la idea de una «ciencia social histórica» provocó los más profundos avances, y esta orientación «occidental» facilitó la afinidad con historiadores del pasado alemán británicos y estadounidenses, de edad y formación parecidas. Wehler dijo de su propia cohorte (esto es, «estudiantes de cursos superiores y candidatos a doctores, profesores adjuntos y profesores universitarios que estaban activos en departamentos de historia [de Alemania occidental] alrededor de 1960»): «Una apertura interesada y de aprobación respecto del mundo europeo occidental y americano fue para ellos tan evidente como lo fue adoptar un punto de vista democrático-liberal».¹⁷

¹⁷ Hans-Ulrich Wehler, «Historiography in Germany Today», en Jürgen Habermas (ed.), *Observations on the Spiritual Situation of the Age*, Cambridge, MIT Press, 1984, pp. 230-231.

Esta fue la segunda ruta por la que viajó Wehler al dotar de pedigrí a su nuevo ideal de *Gesellschaftsgeschichte* (historia de la sociedad o historia *societal*). En el centro de esta nueva apertura hacia la teoría existían filiaciones más precisas que alineaban a los historiadores sociales de Alemania occidental con la corriente dominante de la ciencia social en Estados Unidos. El programa que Wehler (nacido en 1931) y su aliado más joven Jürgen Kocka (nacido en 1941) expusieron debía basarse en el uso explícito de la teoría; requería competencia en métodos cuantitativos y en todas las demás competencias de la ciencia social empírico-analítica y siempre debía ser comparativo. El concepto maestro subyacente de «modernidad» implicaba una lectura de la época típicamente *whiggish* y orientada al progreso, ya desde las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII, cuyos significados fueron fundamentales tanto para los valores que guiaban de una manera declarada el proyecto intelectual o «científico» —su *erkenntnisleitende Interessen*, o «intereses constitutivos del conocimiento» (en la frase talismán del momento)— como para la interpretación asociada más general de la historia alemana que intentaba desarrollar. Las razones que Wehler y Kocka expusieron para la historia social siempre reflejaron esta dualidad de ambición epistemológica y de contenido. Los valores fundacionales de la Ilustración (universalismo, racionalismo, educación, emancipación individual) proporcionaron no sólo la descripción idealizada de la buena sociedad que implicaban las teorías de la modernización, sino también un criterio para medir el desastroso «desarrollo desviado» que, en realidad, había experimentado Alemania entre Bismarck y la toma del poder por los nazis.

Wehler y Kocka expusieron sus razones en pro de una «ciencia social histórica» en un torrente de escritos programáticos, además de en sus respectivos trabajos históricos, movilizando para ello los abundantes recursos de la ciencia social empírica más importantes respecto de problemas de desigualdad social, industrialización, fluctuaciones económicas, etc., mientras hacían uso de tradiciones teóricas que procedían tanto de Weber como de Marx.¹⁸ Dieron gran prioridad —como el terreno que definía la

¹⁸ Para el más pertinente de sus innumerables escritos programáticos, véase Hans-Ulrich Wehler, *Geschichte als historische Sozialwissenschaft*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1973, y *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1975; Jürgen Kocka, *Sozialgeschichte: Begriff, Entwicklung, Probleme*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1977 (hay traducción española, *Historia social: concepto, desarrollo, problemas*, Barcelona, Alfa, 1989, y «Theoretical Approaches to the Social and Economic History of Modern Germany», en *Journal of Modern History*, n.º 47 (1975), pp. 101-119. Para una reflexión parecida hecha por un estudiante destacado de Fritz Fischer, véase Arnold Sywottek, *Geschichtswissenschaft in der Legitimationskrise: Ein Überblick über die Diskussion um Theorie und Didaktik der*

historia social— a modelos de análisis estructural, tendencias y fuerzas colectivas a gran escala. Kocka demostró el valor de los tipos ideales weberianos en sus importantes libros sobre los trabajadores de cuello blanco de la compañía Siemens durante la industrialización del siglo XIX y sobre la importancia del conflicto de clase durante la Primera Guerra Mundial: para los propósitos de uno, hizo uso de la tipología de la burocracia de Weber; para otro, de un modelo basado en el análisis de clase marxista adaptado a la autonomía del Estado. Analizando las actitudes sociopolíticas de los trabajadores de cuello blanco estadounidenses entre 1890 y 1940 en un tercer estudio importante, Kocka utilizó, entonces, el método comparativo para especificar la peculiaridad de la conciencia de cuello blanco en Alemania. En cada uno de los estudios de Kocka, la superioridad de la que se hacía alarde de los métodos de la ciencia social fue utilizada simultáneamente para demostrar las peculiaridades del desarrollo histórico de Alemania, la llamada trayectoria especial, o *Sonderweg*, que explicaba cómo y por qué la historia alemana había culminado en el nazismo.¹⁹

Siguiendo el rastro de la polémica Fischer, gran cantidad del trabajo inspirado por el nuevo llamamiento para la historia social se centró en el Imperio alemán de 1871-1918. En lugar de la antigua obsesión en los logros de Bismarck en la unificación del Estado nacional, los nuevos autores destacaron las «estructuras autoritarias y antidemocráticas del Estado y la sociedad» que, según argumentaron, llegaron a quedar atrapadas durante la unificación alemana antes de desplegarse en una continuidad desastrosa hacia 1933.²⁰ A finales de los años sesenta y principios de los setenta apareció una serie impresionante de libros para afianzar esta interpretación. Todos ellos se centraron en el éxito de las elites dominantes del sistema imperial al impedir la presión de la reforma modernizado-

Geschichte in der Bundesrepublik Deutschland 1969-1973, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1974. Véase también Jürgen Kocka (ed.), *Theorien in der Praxis des Historikers: Forschungsbeispiele und ihre Diskussion*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1977.

¹⁹ Véase Jürgen Kocka, *Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens 1847-1914: Zum Verhältnis von Kapitalismus und Bürokratie in der deutschen Industrialisierung*, Stuttgart, Klett, 1969; *Facing Total War: German Society, 1914-1918*, Leamington Spa, Berg, 1984 (orig. pub. en alemán en 1973); *White-Collar Workers in America, 1890-1940: A Social-Political History in International Perspective*, Londres, Sage, 1980 (orig. pub. en alemán en 1977). Los ensayos de Kocka relacionados con su primer libro han sido traducidos como *Industrial Culture and Bourgeois Society: Business, Labor, and Bureaucracy in Modern Germany*, Nueva York, Berghahn Books, 1999. Véase también un útil retrato de Volker R. Berghahn en el mismo volumen, «Introduction: The Quest for an Integrative History of Industrial Society», pp. IX-XVIII.

²⁰ Karl Dietrich Bracher, «The Nazi Takeover», en *History of the Twentieth Century*, n.º 48, Londres, Purnell, 1969, p. 1339.

ra, y todos incorporaron el modelo de la explicación social basado en el interés al que se ha aludido con anterioridad. Además, los autores en cuestión se relacionaron fuertemente con el programa de Wehler para modernizar la disciplina. Ambos impulsos estaban íntimamente vinculados: por una parte, para hacer historia dentro de una ciencia social crítica (de hecho, para promover la «historia de la sociedad» como el nuevo paradigma integrado de la disciplina); por otra parte, para ubicar los orígenes del nazismo en el conjunto de cambios políticos del siglo XIX como parte de una nueva interpretación global del pasado alemán.

Al construirse sobre líneas de interpretación comparativa mucho más antiguas desarrolladas por sociólogos y politólogos (que se extendían tan atrás como a Weber y Marx), los nuevos historiadores alemanes occidentales insistieron en la singularidad del desarrollo histórico de Alemania. Vieron la historia alemana como un ejemplo de modernización fracasada, bloqueada o distorsionada. Como tal, divergía de la historia de «Occidente». De hecho, el nazismo sólo pudo ocurrir porque la historia previa de Alemania carecía del sano modelo de desarrollo que mantenía más fuertes y con mayor capacidad de recuperación a las tradiciones democráticas en otros lugares. Los nuevos historiadores argumentaron que a diferencia de los casos favorables de modernización política más hacia el oeste (en Gran Bretaña y Francia), el rasgo definitorio de la historia alemana bajo el imperio fue una discrepancia extrema entre el dinamismo de su crecimiento económico y el firme atraso de sus instituciones políticas. Al recurrir a tal argumento sobre el llamado *Sonderweg* de Alemania, la nueva investigación académica estuvo siempre guiada por cuestiones más amplias formuladas en torno al III Reich. Si el autoritarismo anterior a 1914 era una explicación primordial de la posterior disponibilidad de la sociedad alemana a caer en el nazismo, el fracaso de Alemania a la hora de reproducir el modelo británico o francés de evolución democrática liberal a lo largo del siglo XIX resultó haber tenido tremendos costos desde el punto de vista de 1933.

¿Cómo podría resumirse este relato alemán occidental del surgimiento de la historia social a finales de los años sesenta y principios de los setenta? ¿Dónde convergía con las versiones británica y francesa descritas en el capítulo II? ¿Dónde diferían?

En primer lugar, contenía la misma ambición sintética. Wehler y Koccha trataron de integrar las diferentes áreas de la disciplina dentro de un proyecto común —que se extendía desde historias sociales en el sentido subdisciplinario más técnico, a través de la historia económica y empresarial, hasta la historia del trabajo, la histórica política, la historia de las ideas, y todo lo demás— y hacerlo a través de una colaboración interdisci-

plinaria organizada. El objetivo era sintético en el sentido más amplio de producir un relato integrado del pasado alemán. Para Wehler, «la unidad de la historia» era de lo que se estaba tratando.

La historia *societal*, en este sentido, aspira a un análisis de la sociedad en su totalidad, que se constituye por tres dimensiones igualmente importantes: la economía, el poder y la cultura. Su capacidad sintética debe verificarse en términos de su capacidad para acomodar la complejidad y la conexión de las diversas dimensiones de la realidad de forma más adecuada que otros conceptos más antiguos de integración.²¹

Esta fue la versión alemana occidental del deseo totalizante. La «historia *societal*» de Wehler tenía afinidades obvias con la «historia de la sociedad» de Hobsbawm, si no, quizás, con la *histoire totale* de Braudel. Sin embargo, comparada con la concepción de Hobsbawm, esta historia social tenía una orientación muy «científico-social», y en los años que siguieron, el weberianismo implícito en la trinidad de Wehler de «economía, poder y cultura» llegó incluso a ser más pronunciado. Pero, de cualquier modo, las tres variantes nacionales convergieron en el empeño común más decisivo, a saber: la búsqueda de un relato total del cambio social, regido por la primacía de la explicación social, dirigido hacia la «sociedad en su conjunto», conceptualizado sobre el terreno de la vida material.

Por supuesto, Kocka y Wehler representaron a una red más amplia de académicos interesados en promover la historia social, aunque no todos compartieran todos los aspectos de su programa. A lo largo de los años setenta, existía un gran debate en torno a la existencia, o no, de una escuela definida y en torno a su grado de influencia sobre la escena histórica de Alemania occidental.²² Otros autores individuales dieron su impulso a una

²¹ Wehler, «Historiography in Germany Today», pp. 243-244.

²² En 1976, James J. Sheehan, uno de los más importantes historiadores estadounidenses sobre Alemania, describió las ideas de Wehler como la «nueva ortodoxia» de la historiografía alemana (revisión en *Journal of Modern History*, n.º 48 [1976], pp. 566-567). En varios momentos, los seguidores de Wehler habían sido llamados «los kehritas» (por Eckart Kehr, cuyas ideas adoptaron), la «escuela de Bielefeld» (por la nueva universidad sede de Wehler, Kocka y otros), o simplemente los «historiadores críticos». A mediados de los años setenta, por cierto, la cohesión y la influencia de su red se exageraron a veces, pero parece una estupidez negar totalmente su existencia. No hay duda de que Wehler y sus aliados dieron forma a las percepciones de la historia alemana al otro lado del Atlántico, por ejemplo, en parte por su proximidad a historiadores estadounidenses sobre Alemania como Sheehan (Northwestern y luego Stanford), Gerald Feldman (Berkeley) y Charles Maier (Harvard). El tráfico principal de gente y de ideas se diversificó principalmente durante los años noventa. Uno de los mejores debates puede encontrarse en Robert G. Moeller, «The Kaiserreich Recast? Continuity and Change in

ciencia social histórica más «empírico-analítica», por ejemplo, mientras que estaban mucho menos implicados en los debates en torno a la historia política del *Kaiserreich* y su relación con los acontecimientos de 1933.²³ Mientras aprobaban la conveniencia general de disponer de más historia social, otra figura clave, Wolfgang Mommsen (1930-2004), no consideró la *Gesellschaftsgeschichte* como un cambio de paradigma necesario en el mismo sentido de Wehler y adoptó una postura más escéptica sobre el tema del *Sonderweg*.²⁴ Además, grandes árcas de erudición, que incluían trabajos sobre el III Reich, o la historia del trabajo y las historias sociales de la clase obrera, tenían una relación más indirecta o parcial con el programa completo presentado por Wehler y Kocka: mientras el pensamiento de la gente en estos campos podría haber sido, en líneas generales, congruente con el tema del *Sonderweg*, la naturaleza y el grado de su compromiso con la nueva historia social fue más irregular y diverso.

En segundo lugar, a mediados de los años setenta Wehler, no obstante, había llevado a cabo una proeza de institucionalización extraordinaria. Gran parte de todo ello se realizó desde su base en la Universidad de Bielefeld, a la que llegó en 1971, y se le unió Kocka dos años más tarde. Su campaña sistemática de recuperación, que convirtió las obras de los pioneros en una contratradición historiográfica convincente, ya ha sido men-

Modern German Historiography», en *Journal of Social History*, n.º 17 (1984), pp. 655-680. Tanto el tema común como los puntos de vista relativamente diversos pueden verse en el volumen editado por Michael Stürmer, *Das Kaiserliche Deutschland: Politik und Gesellschaft, 1871-1918*, Düsseldorf, Droste, 1970.

²³ El mejor ejemplo podría ser Hartmut Kaelble (nacido en 1940), que continuó un estudio de política industrial antes de 1914 con una investigación a largo plazo sobre la movilidad social y la desigualdad social durante la industrialización, basada de manera creciente en una perspectiva europea comparada, véase *Industrielle Interessenpolitik in der Wilhelminischen Gesellschaft: Zentralverband Deutscher Industrieller 1895-1914*, Berlín, W. de Gruyter, 1967; *Social Mobility in the 19th and 20th Centuries: Europe and North America in Comparative Perspective*, Leamington Spa, Berg, 1985 (hay traducción española, *Desigualdad y movilidad social en los siglos XIX y XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994); *Industrialization and Social Inequality in 19th Century Europe*, Leamington Spa, Berg, 1986; *A Social History of Western Europe, 1880-1980*, Nueva York, Barnes and Noble, 1990. Véase también Hartmut Kaelble et al., *Probleme der Modernisierung in Deutschland: Sozialhistorische Studien zum 19. und 20. Jahrhundert*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1978.

²⁴ Wolfgang J. Mommsen, el hermano gemelo del igualmente influyente Hans Mommsen, publicó un estudio pionero del pensamiento de Max Weber, varios trabajos sobre el imperialismo e innumerables estudios y comentarios sobre la historiografía del *Kaiserreich*. Entre 1978 y 1985, se convirtió en el primer director en exclusiva del Instituto Histórico Alemán de Londres, que inauguró sus actividades con una conferencia internacional en Mannheim en 1978 sobre la historiografía del *Kaiserreich*. Véase Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics, 1890-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1985 (orig. pub. en alemán en 1959, hay traducción española, *Max Weber: sociedad, política e historia*, Barcelona, Alfa, 1981); *The Age of Bureaucracy: Perspectives on the Political Sociology of Max Weber: Collected Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

cionada. Procedió de una forma igual de metódica al establecer el trabajo de base para la colaboración de la historia con las ciencias sociales, al realizar antologías de una sucesión de encuentros bilaterales —entre historia y psicoanálisis, historia y sociología, e historia y economía— y al hacer de Bielefeld el centro fundamental de la investigación interdisciplinaria.²⁵ En 1972, empezó una colección de libros en la editorial académica de Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht; la serie de Estudios Críticos en Ciencia Social Histórica pronto se convirtió en el escaparate principal para la nueva historia. Además de publicar la nueva producción académica de los estudiantes y colegas de Wehler y Kocka, esa colección se convirtió en el vehículo para volver a publicar obras antiguas y para recopilar los ensayos de otros individuos, cuyo lugar quería reivindicar Wehler.²⁶

Durante los años setenta, Wehler mantuvo un enorme nivel de actividad, organizativo, editorial y de publicación. Junto a Kocka y otros aliados directos —por ejemplo, Hans-Jürgen Puhle (nacido en 1940), Reinhard Rürup (nacido en 1934) y Heinrich August Winkler (nacido en 1938)—, ocupó un primer plano entre los historiadores alemanes occidentales, así como en las reuniones binales de la *Historikertag* nacional (o Asociación de Historiadores).²⁷ Su publicación de una nueva historia general del *Kaiserreich* en 1973, en realidad un manifiesto práctico para la nueva ciencia social de la historia, provocó una respuesta visceral por parte de los historiadores políticos y de la diplomacia conservadores y consiguió congrega a los historiadores alemanes occidentales en bandos

²⁵ Las antologías *Geschichte und Psychoanalyse* (1971), *Geschichte und Soziologie* (1972) y *Geschichte und Ökonomie* (1973) fueron editadas por Hans-Ulrich Wehler para la colección Neue Wissenschaftliche Bibliothek de la editorial de Colonia Kiepenheuer und Witsch. En los años sesenta y setenta, la Neue Wissenschaftliche Bibliothek, de la que Wehler era también el editor de historia general, fue la principal serie de antologías académicas dirigida a estudiantes. También editó las antologías *Moderne deutsche Sozialgeschichte* (1966) e *Imperialismus* (1969) en esa serie.

²⁶ El título de la serie es *Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft*. La mayoría de los primeros títulos fueron reediciones de obras, ensayos completos o volúmenes de encuentros, pero en 1976 los estudiantes que estaban haciendo sus tesis en Bielefeld publicaron también sus propios libros. En 2003, aparecieron 160 títulos.

²⁷ Véase, por ejemplo, el volumen editado por Heinrich August Winkler, *Organisierter Kapitalismus: Voraussetzungen und Anfänge*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1974, que reunió textos preparados originariamente para una sesión en el Regensburg Historians' Conference en octubre de 1972. Entre los diez colaboradores se encontraban Wehler, Kocka y Puhle. El debate de la sesión de «capitalismo organizado» fue un buen ejemplo del proyecto de Wehler en funcionamiento: el concepto fue propuesto en un espíritu «heurístico» en interés de la «formación de la teoría y crítica de la teoría» sobre el nuevo terreno de una «historia social comparativa»; los ensayos abarcaban Francia, Italia, Gran Bretaña y también Alemania; y el concepto se presentó como una alternativa explícita al concepto rival marxista-leninista de «capitalismo monopolista de Estado». Véase el prefacio de Winkler al volumen editado (*Organisierter Kapitalismus*, n.º 7).

contrarios.²⁸ En 1974, dirigió un gran volumen titulado *Social History Today*, que rendía homenaje a Hans Rosenberg; sus treinta y tres colaboradores compusieron un auténtico quién-es-quién de los profesionales más importantes de la historia social alemana.²⁹ En 1976, lanzó una serie de bibliografías, los dos primeros volúmenes (*Historia social alemana moderna* e *Historia económica alemana moderna*) bajo su propio nombre.³⁰ Lo más importante de todo, la nueva revista *Geschichte und Gesellschaft* (es decir *Historia y Sociedad*) empezó a publicarse en 1975, con Wehler en el centro mismo del consejo editorial. Subtitulada *Revista para la ciencia social histórica* y propuesta como una punta de lanza para la nueva historia social, aspiraba a hacer por la disciplina en Alemania occidental lo que *Annales* y *Past and Present* habían hecho, en su propio tiempo, por Francia y Gran Bretaña.

En tercer lugar, si la historia *societal* estaba mucho más en deuda con la ciencia social en Estados Unidos de lo que lo estaba con la historia social de Gran Bretaña y Francia, su distanciamiento del marxismo fue, también, muy pronunciado. Después de un breve periodo de pluralismo intelectual a finales de los años sesenta, se estableció un desalentador declive de la tolerancia hacia las ideas marxistas. A mediados de los años setenta, Wehler y sus amigos estaban identificando el marxismo per se con las ortodoxias manifiestamente dogmáticas y poco atractivas de la RDA de manera tan burda que cualquier otro uso creativo de la teoría marxista llegaría a ser, de hecho, descartado. Recurrieron a la esterilidad de la historiografía oficial marxista-leninista del este para descalificar las demandas de los enfoques marxistas a secas. Pero los cargos con los que acusaron al marxismo —que su aproximación al análisis social era economicista, reduccionista, determinista en un modo rudimentario e irrespetuoso con la autonomía de la ideología, la política y el Estado— fueron iró-

²⁸ Véase Hans-Ulrich Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1973, traducido al inglés como *The German Empire, 1871-1918*, Leamington Spa, Berg, 1985. Las principales respuestas incluían los artículos de Andreas Hillgruber, «Politische Geschichte in moderner Sicht» (*Historische Zeitschrift*, n.º 216 [1973], pp. 529-552), Hans-Günther Zmarzlik, «Das Kaiserreich in neuer Sicht» (n.º 222 [1976], pp. 105-126), Lothar Gall, «Bismarck und der Bonapartismus» (n.º 222 [1976], pp. 618-637) y Klaus Hildebrand, «Geschichte oder 'Gesellschaftsgeschichte': Die Notwendigkeit einer politischen Geschichtsschreibung von den internationalen Beziehungen» (n.º 223 [1976], pp. 328-357). Una respuesta más comedida pero igualmente conservadora llegaba de Thomas Nipperdey, «Wehlers Kaiserreich: Eine kritische Auseinandersetzung», *Geschichte und Gesellschaft* 1 (1975), pp. 538-560.

²⁹ Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Sozialgeschichte Heute: Festschrift für Hans Rosenberg*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1974.

³⁰ Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Arbeitsbücher zur modernen Geschichte*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1976.

nícamente las mismísimas críticas que los historiadores marxistas se estaban ya dedicando entre ellos en el mundo anglosajón. Ignorando estos debates, que (como argumenté en el capítulo II) reflejaban un fermento más general dentro de la tradición marxista, Wehler y Kocka desviaron el desafío más interesante y encerraron cualquier diálogo posible con el marxismo dentro del provincialismo de un intercambio interior alemán.³¹

En efecto, todo estaba listo para la batalla por una modernizada «ciencia social histórica» en una guerra con dos frentes —no sólo contra los dinosaurios conservadores del *Zunft*, sino también con un ojo puesto en los historiadores de Alemania del Este al otro lado de la frontera—. Los defensores de la «historia societal» negociaron una vía intermedia, que exponía las limitaciones de la historia tradicionalista de cualquier tipo, mientras que se desmarcaba totalmente respecto de la historiografía oficial de la RDA.³² En la práctica, esto logró un desafortunado cierre intelectual. Éste se produjo en paralelo, y fue parcialmente animado desde dentro de Alemania occidental, por los ataques lanzados sobre los «radicales» en los empleos públicos por medio del infame *Berufsverbot*, que potencialmente convertía la expresión de opiniones marxistas o sus equivalentes «extremistas» en motivos fundados para el rechazo o la exclusión de las profesiones públicas durante la mayor parte de los años setenta.³³ La pro-

³¹ Los límites exteriores del diálogo serio con el marxismo se alcanzaron en el libro de Kocka de 1973 sobre la «sociedad de clases» durante la Primera Guerra Mundial. Abí, para mostrar la relación entre las incrementadas tensiones de clase y la crisis política de 1918, utilizó con habilidad «como un recurso heurístico» un modelo de clase analítico de la estructura social y el conflicto social que derivaba de Marx. Pero al hacer esto, rechazó lo que consideraba la teleología marxista de la conciencia de clase en aumento, discutiendo cualquier correlación directa entre las dificultades económicas crecientes y la propensión para la protesta política. Asimismo, discutió la opinión marxista simplista del Estado como el instrumento de las clases económicamente dominantes. Todo eso estaba muy bien. Pero era el más rudimentario pensamiento marxista-leninista ortodoxo sobre estas dos relaciones —conflicto de clase y conciencia de clase, capitalismo y Estado— el que se invocaba a la hora de disponer de cualquiera de los enfoques marxistas posibles, mientras que principios de los años setenta era en realidad un tiempo de ramificados debates marxistas precisamente sobre estas cuestiones. Véase Kocka, *Facing Total War*. Para un debate extendido, véase Geoff Eley, «Capitalism and the Wilhelmine State: Industrial Growth and Political Backwardness, 1890-1918», en *From Unification to Nazism: Reinterpreting the German Past*, Londres, Allen and Unwin, 1986, pp. 42-58.

³² Para un ejemplo conciso, véase Wehler, «Historiography in Germany Today», pp. 246-249.

³³ *Berufsverbot* era el nombre genérico para un abanico de decretos y prácticas de gobierno que, empezando en 1972, comprometían gravemente las libertades civiles en Alemania occidental para todo aquel que tuviera un informe de participación política «extremista» y tuviera o solicitara un trabajo del servicio civil. Esta categoría de empleo incluía a los profesores (tanto en o por debajo del nivel universitario), empleados de ferrocarril y correos, y médicos y enfermeras de hospitales estatales, como a funcionarios en el sentido más estricto, en otras palabras, el 16% del empleo total en Alemania occidental. De este modo, las medidas fueron un recurso poderoso para hacer más estricto el clima ideológico público y deslegitimar a los marxistas y a otras ideas radicales.

fesión histórica de Alemania occidental no fue inmune a estos cambios, y a diferencia de su primer compromiso con causas políticas progresistas, pocos de los nuevos «historiadores críticos» parecían descosidos de salir públicamente en defensa de esta causa concreta de libertad académica. Aquí, el hecho de no dar crédito a la posibilidad de una historiografía marxista independiente o crítica empezó a adquirir significados muy concretos. A diferencia de Gran Bretaña y Francia (y también Escandinavia, el Mediterráneo y Norteamérica), no hubo prácticamente presencia marxista en el emergente movimiento alemán occidental en pro de la historia social.³⁴

En cuarto lugar, como en Gran Bretaña, el giro a la historia social en Alemania occidental tuvo una dimensión política esencial. En Alemania occidental incluso más que en cualquier otra parte, el llamamiento de la historia social estaba directamente fundamentado en un clima público de conflictos políticos extremadamente punzantes, en los que imágenes en disputa del pasado nacional estaban en juego con gravedad. La retórica de la historia social de Alemania occidental fue siempre muy didáctica. Estuvo abiertamente dirigida por una política del saber en ese sentido. Pero mientras la coyuntura política de finales de los años sesenta en Alemania occidental guardó nitidas semejanzas con lo que experimenté en Gran Bretaña (en especial en la agitación de las universidades, los radicalismos culturales más amplios y el fermento intelectual que lo rodeaba), esto también implicaba fuertes especificidades que venían de los dolorosos y no resueltos legados dejados por el pasado alemán de principios del siglo xx.

Desde el principio, en Alemania occidental, el impulso para un nuevo tipo de historia estaba íntimamente vinculado a un discurso contemporáneo sobre la importancia política de la historia. El interés en la historia social estuvo siempre vinculado a un argumento de peso —sobre el curso, de largo recorrido, del pasado alemán— que suponía profundas implicaciones para la probidad ética de la democracia alemana occidental en el presente. A cierto nivel, esta historia alemana occidental fue, simplemente

³⁴ Curiosamente, Kocka y Wehler aceptaron a algunos de los historiadores marxistas británicos, como Eric Hobsbawm, cuyo trabajo fue admitido en el repertorio de influencias importantes y con el que se desarrollaban estrechos contactos. Esta excepción fue posible en parte porque gran parte del marxismo de Hobsbawm estaba empíricamente insertado más que ser convincentemente explicado como tal, mientras que figuras como Edward Thompson y Raymond Williams eran constantemente ignoradas. Algunos historiadores de Alemania del Este también recibieron un sincero reconocimiento, normalmente donde la originalidad metodológica proporcionaba una coartada adecuada; de forma notable en el caso de Hartmut Zwahr. Véase especialmente la obra de Zwahr, *Zur Konstituierung des Proletariats als Klasse: Strukturuntersuchung über das Leipziger Proletariat während der industriellen Revolution*, Berlin, Akademie-Verlag, 1978.

te, la variante local de «un movimiento internacional amplio de renovación historiográfica en Europa y América del Norte»; a otro nivel, su carácter fue mucho más nacional y específico, implicando tanto las imperfecciones y precariedades de la cultura política alemana occidental como una nueva generación de historiadores que descaba que estos problemas fueran honestamente bordados. Sin embargo, indirectamente, como observa con toda la razón Chris Lorenz, Wehler, Kocka y su entorno estuvieron preocupados de manera permanente por «la cuestión de cómo fue posible que Alemania empezara dos guerras mundiales en tres décadas y de cómo organizó un asesinato en masa sin precedentes en la historia». Lorenz mantiene: «Este llamado problema del *Sonderweg* alemán organizó el programa de la investigación y los debates del *Gesellschaftsgeschichte* desde los años sesenta hasta los noventa».³⁵

LA HISTORIA SOCIAL COMO LA CRÍTICA DEL ATRASO

¿Por dónde andaban mis propios pensamientos mientras ocurría todo esto? El entusiasmo fue mi primera reacción a los nuevos enfoques presentados por Wehler y estimulados por la polémica Fischer. Después de leer el gran libro de Wehler sobre el imperialismo de Bismarck en el otoño de 1970, devoré con avaricia la nueva producción sobre el *Kaiserreich* que estaba apareciendo con rápida profusión. Otro grueso libro, de Helmut Böhme, uno de los estudiantes de último año de Fischer, reescribió la historia de la unificación alemana como el progreso de los intereses socioeconómicos dominantes, sustituyendo la vieja historia del engrandecimiento de Prusia y el arte de gobernar de Bismarck («sangre y hierro») por una nueva narrativa de la formación de la economía nacional, cuyo eje principal era la duradera coalición de la industria pesada y la agricultura de grandes propiedades («hierro y centeno»)³⁶. También apareció el libro extraordinariamente influyente de Hans Rosenberg sobre las consecuencias políticas de la llamada Gran Depresión de 1873-1896, que elaboraba un argumento que él había madurado originariamente en los años cuarenta y que solidificaba la ulterior interpretación propuesta por Böhme

³⁵ Chris Lorenz, «Jürgen Kocka», en Kelly Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, Londres, Fitzroy Dearborn, 1999, I, p. 650. Véase también Chris Lorenz, «Beyond Good and Evil? The German Empire of 1871 and Modern German Historiography», en *Journal of Contemporary History*, n.º 30 (1995), pp. 729-767.

³⁶ Helmut Böhme, *Deutschlands Weg zur Grossmacht: Studien zum Verhältnis von Wirtschaft und Staat während der Reichsgründungszeit 1848-1881*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1966.

venir.³⁷ Existían rompedoras monografías sobre política agraria, sobre influencia política del principal *lobby* industrial, sobre los intereses que encontraban detrás de la política fiscal en la década anterior a 1914, sobre la política de la «gran armada» después de 1897 y sobre la dinámica de la política de partidos en el mismo periodo; y las obras de Eckart Kehr revivieron.³⁸ Estos tres volúmenes de ensayos de referencia, dirigidos por Böhme, Wehler y Michael Stürmer, fueron especialmente influyentes para establecer este terreno.³⁹

Estas obras tenían en común una interpretación basada en el interés por cómo funcionaba la política bajo el Imperio. Sostenían que el bloque dominante de los más poderosos intereses agrarios e industriales de la economía («hierro y centeno») relacionados, más adelante, con el poder social de las elites dominantes, fue convertido por Bismarck a lo largo de la década de 1870 en el principal apoyo de su política y había creado, desde entonces, la base parlamentaria fiable para gobernar el imperio. Böhme llamó a la primera aparición sólida de esta coalición, durante la ruptura de Bismarck con los liberales y su giro a la derecha en 1878-79, una refundación social del *Reich*. A pesar de las breves oscilaciones, los gobiernos posteriores siguieron, de manera constante, por el mismo camino. Era el andamiaje político que se encontraba detrás de la persistencia del autoritarismo vigente del Imperio.

Como una manera de abordar la historia política del periodo, este esfuerzo académico también hizo hincapié en la exitosa manipulación por parte de las elites del apoyo popular. Wehler y los otros post-fischeristas argumentaron que las disposiciones no democráticas de la constitución de 1871 no eran suficientes por sí mismas para garantizar la conservación del status quo; Bismarck y sus sucesores necesitaron estrategias para movi-

³⁷ Hans Rosenberg, *Grosse Depression und Bismarckzeit: Wirtschaftsablauf, Gesellschaft Politik in Mitteleuropa*, Berlin, W. de Gruyter, 1967. Rosenberg adelantó por primera vez este argumento en «Political and Social Consequences of the Great Depression of 1873-1896 in Central Europe», en *Economic History Review*, n.º 13 (1943), pp. 58-73.

³⁸ Véase Hans-Jürgen Puhle, *Agrarische Interessenpolitik und preussischer Konservatismus im helminischen Reich 1893-1914*, Hanover, Verlag für Literatur und Zeitgeschichte, 1966; Puhle, *Industrielle Interessenpolitik*; Peter-Christian Witt, *Die Finanzpolitik des Deutschen Reiches von 1903-1913*, Lübeck, Matthiesen, 1970; Volker R. Berghahn, *Der Tirpitz-Plan: Entstehung und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II.*, Düsseldorf, Droste, 1974; Dirk Stegmann, *Die Erben Bismarcks: Parteien und Verbände in der Spätphase des Wilhelminischen Deutschlands: Sammlungspolitik 1897-1918*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1974; Eckart Kehr, *Primat der Innenpolitik und Schlachtfloottenbau und Parteipolitik 1894-1901: ein Querschnitt durch die innenpolitischen, sozialen und ideologischen Voraussetzungen des deutschen Imperialismus*, Berlin, Matthiesen Verlag, 1930.

³⁹ Véase Helmut Böhme (ed.), *Probleme der Reichsgründungszeit 1848-1879*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1968; Wehler, *Moderne deutsche Sozialgeschichte*; Stürmer, *Das Kaiserreich Deutschland*.

lizar la fidelidad del electorado. Estas estrategias se fundaron en varias formas de nacionalismo popular, agresivamente explotadas para propósitos electorales bajo la presión de supuestas crisis de peligro nacional, ya fuera la cuestión principal un fortalecimiento del ejército (como en las campañas electorales de 1887, 1893 y 1912), la marina (1898) o las colonias (1907). En una de sus más atrevidas y tentadoras jugadas conceptuales, Wehler propuso una definición genérica para este mecanismo plebiscitario: el «imperialismo social».

En la interpretación de Wehler, este «imperialismo social» significaba «la desviación hacia fuera de las tensiones internas y las fuerzas de cambio para conservar el status quo social y político», que ayudaba a mantener una «ideología defensiva» contra «los efectos negativos de la industrialización sobre la estructura social y económica de Alemania».⁴⁰ Utilizando la política colonial y el apoyo masivo de la expansión exterior como modelo, Wehler describió un intento constante de utilizar el nacionalismo popular como «un factor integrador a largo plazo que ayudaba a estabilizar una estructura social y de poder anacrónica».⁴¹ El imperialismo social de este tipo era una eficaz «técnica de gobierno» aplicada por Bismarck, por sus principales sucesores bajo Guillermo II y, más tarde aún, por Hitler, para los propósitos de derrotar a «las fuerzas de parlamentarización y democratización que progresaban».⁴² Era el responsable de reconciliar a la clase obrera con el status quo y de contener el avance del movimiento obrero. Sus consecuencias llegaron tan lejos que la peculiaridad de la historia de Alemania desde Bismarck a Hitler podría ser definida por este «hilo rojo del imperialismo social».⁴³

El enfoque de Wehler replanteaba nitidamente el significado de la polémica Fischer. «Si [había] una continuidad en el imperialismo alemán», declaraba Wehler, consistía en «la primacía del imperialismo social desde Bismarck a Hitler».⁴⁴ El sistema resultante de la manipulación ideológica se volvió endémico a las prácticas de gobierno del Imperio, que apuntaban de manera generalizada a varios «enemigos del Reich», como en la *Kulturkampf* contra la influencia de la Iglesia católica a lo lar-

⁴⁰ Wehler, *Bismarck*, p. 115.

⁴¹ Hans-Ulrich Wehler, «Industrial Growth and Early German Imperialism», en Roger Owen y Bob Sutcliffe (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972, pp. 89, 87 (hay traducción española, *Estudios sobre la teoría del imperialismo*, México, Era, 1979).

⁴² Wehler, «Industrial Growth», p. 88.

⁴³ Wehler, «Industrial Growth», p. 89.

⁴⁴ Hans-Ulrich Wehler, «Probleme des Imperialismus», en *Krisenherde des Kaiserreichs 1871-1918: Studien zur deutschen Sozial- und Verfassungsgeschichte*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1970, p. 131.

hler.³⁷ Existían rompedoras monografías sobre política agraria, sobre influencia política del principal *lobby* industrial, sobre los intereses que contraban detrás de la política fiscal en la década anterior a 1914, la política de la «gran armada» después de 1897 y sobre la dinámica de la política de partidos en el mismo periodo; y las obras de Eckart revivieron.³⁸ Estos tres volúmenes de ensayos de referencia, dirigidos por Böhme, Wehler y Michael Stürmer, fueron especialmente influyentes para establecer este terreno.³⁹

Estas obras tenían en común una interpretación basada en el interés de cómo funcionaba la política bajo el Imperio. Sostenían que el bloque dominante de los más poderosos intereses agrarios e industriales de la economía («hierro y centeno») relacionados, más adelante, con el orden social de las elites dominantes, fue convertido por Bismarck a lo largo de la década de 1870 en el principal apoyo de su política y había sido desde entonces, la base parlamentaria fiable para gobernar el imperio. Böhme llamó a la primera aparición sólida de esta coalición, durante la captura de Bismarck con los liberales y su giro a la derecha en 1878-1879, una refundación social del *Reich*. A pesar de las breves oscilaciones, los gobiernos posteriores siguieron, de manera constante, por el mismo camino. Era el andamiaje político que se encontraba detrás de la estabilidad del autoritarismo vigente del Imperio.

Como una manera de abordar la historia política del periodo, este esfuerzo académico también hizo hincapié en la exitosa manipulación por parte de las elites del apoyo popular. Wehler y los otros post-fischeristas argumentaron que las disposiciones no democráticas de la constitución de 1871 no eran suficientes por sí mismas para garantizar la conservación del *status quo*; Bismarck y sus sucesores necesitaron estrategias para movi-

Hans Rosenberg, *Grosse Depression und Bismarckzeit: Wirtschaftsablauf, Gesellschaftspolitik in Mitteleuropa*, Berlin, W. de Gruyter, 1967. Rosenberg adelantó por primera vez su argumento en «Political and Social Consequences of the Great Depression of 1873-1896 in Central Europe», en *Economic History Review*, n.º 13 (1943), pp. 58-73.

Véase Hans-Jürgen Puhle, *Agrarische Interessenpolitik und preussischer Konservatismus im kaiserlichen Reich 1893-1914*, Hanover, Verlag für Literatur und Zeitgeschichte, 1966; Heide, *Industrielle Interessenpolitik*; Peter-Christian Witt, *Die Finanzpolitik des Deutschen Reiches von 1903-1913*, Lübeck, Matthiesen, 1970; Volker R. Berghahn, *Der Tüppel-Plan: Aufstieg und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II.*, Düsseldorf, Droste; Dirk Stegmann, *Die Erben Bismarcks: Parteien und Verbände in der Spätphase des Wilhelmschen Deutschlands: Sammlungspolitik 1897-1918*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch; Eckart Kehr, *Primat der Innenpolitik: Schlachtfloottenbau und Parteipolitik 1894-1901. Ein Querschnitt durch die innenpolitischen, sozialen und ideologischen Voraussetzungen des deutschen Imperialismus*, Berlin, Matthiesen Verlag, 1930.

Véase Helmut Böhme (ed.), *Probleme der Reichsgründungszeit 1848-1879*, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1968; Wehler, *Moderne deutsche Sozialgeschichte*; Stürmer, *Das kaiserliche Deutschland*.

lizar la fidelidad del electorado. Estas estrategias se fundaron en varias formas de nacionalismo popular, agresivamente explotadas para propósitos electorales bajo la presión de supuestas crisis de peligro nacional, ya fuera la cuestión principal un fortalecimiento del ejército (como en las campañas electorales de 1887, 1893 y 1912), la marina (1898) o las colonias (1907). En una de sus más atrevidas y tentadoras jugadas conceptuales, Wehler propuso una definición genérica para este mecanismo plebiscitario: el «imperialismo social».

En la interpretación de Wehler, este «imperialismo social» significaba «la desviación hacia fuera de las tensiones internas y las fuerzas de cambio para conservar el status quo social y político», que ayudaba a mantener una «ideología defensiva» contra «los efectos negativos de la industrialización sobre la estructura social y económica de Alemania».⁴⁰ Utilizando la política colonial y el apoyo masivo de la expansión exterior como modelo, Wehler describió un intento constante de utilizar el nacionalismo popular como «un factor integrador a largo plazo que ayudaba a estabilizar una estructura social y de poder anacrónica».⁴¹ El imperialismo social de este tipo era una eficaz «técnica de gobierno» aplicada por Bismarck, por sus principales sucesores bajo Guillermo II y, más tarde aún, por Hitler, para los propósitos de derrotar a «las fuerzas de parlamentarización y democratización que progresaban».⁴² Era el responsable de reconciliar a la clase obrera con el status quo y de contener el avance del movimiento obrero. Sus consecuencias llegaron tan lejos que la peculiaridad de la historia de Alemania desde Bismarck a Hitler podría ser definida por este «hilo rojo del imperialismo social».⁴³

El enfoque de Wehler replanteaba nitidamente el significado de la polémica Fischer. «Si [había] una continuidad en el imperialismo alemán», declaraba Wehler, consistía en «la primacía del imperialismo social desde Bismarck a Hitler».⁴⁴ El sistema resultante de la manipulación ideológica se volvió endémico a las prácticas de gobierno del Imperio, que apuntaban de manera generalizada a varios «enemigos del Reich», como en la *Kulturkampf* contra la influencia de la Iglesia católica a lo lar-

⁴⁰ Wehler, *Bismarck*, p. 115.

⁴¹ Hans-Ulrich Wehler, «Industrial Growth and Early German Imperialism», en Roger Owen y Bob Sutcliffe (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972, pp. 89, 87 (hay traducción española, *Estudios sobre la teoría del imperialismo*, México, Era, 1979).

⁴² Wehler, «Industrial Growth», p. 88.

⁴³ Wehler, «Industrial Growth», p. 89.

⁴⁴ Hans-Ulrich Wehler, «Probleme des Imperialismus», en *Krisenherde des Kaiserreichs 1871-1918: Studien zur deutschen Sozial- und Verfassungsgeschichte*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1970, p. 131.

go de la década de 1870, las políticas en contra de los polacos en las provincias del este de Prusia o las luchas que tenían lugar en contra del SPD.⁴⁵ Las conformidades populares necesarias para la continua «estabilización del sistema» fueron reproducidas, de manera más general, por las instituciones socializadoras clave del imperio, a saber: las escuelas, el servicio militar obligatorio y las iglesias.⁴⁶ Sin embargo, al mismo tiempo, en opinión de Wehler, esto no fue más que una «integración secundaria», sólo capaz de guardar las apariencias de una manera provisional y artificial. La desesperación que siguió alentó cada vez más el recurso extremo a los asuntos exteriores, llevando a la escalada «imperialista social» final de julio de 1914. Esta continuidad cargaba a la República de Weimar con un «largo catálogo de *handicaps* históricos», que incluía

la propensión a la política autoritaria; la hostilidad a la democracia en la educación y política de partido; la influencia de grupos, normas e ideales de liderazgo preindustriales; la tenacidad de la ideología alemana del Estado; la mística de la burocracia; la manipulación del anti-semitismo político.

Después de 1918, estas continuidades «aseguraron al menos una cosa: las elites tradicionales de poder podían sujetar los estribos para Hitler». Sin los estribos, «él nunca habría podido llevar el mando».⁴⁷

En aquel momento, este enfoque fue muy estimulante para mí. En Alemania occidental, la nueva historia parecía tener exactamente las mismas cualidades que fueron tan fascinantes en la aparición de la historia social en Gran Bretaña. Sus defensores estaban comprometidos de un modo apasionado con la teoría, de una forma mucho más explícita, de hecho, que los marxistas británicos, cuyo propio uso de la teoría estaba, en comparación, subestimado en extremo. El sentido de la teoría de los alemanes occidentales era, asimismo, tanto interdisciplinario como com-

⁴⁵ Por ejemplo, en diciembre de 1906, después de prolongados conflictos sobre la política colonial con una oposición parlamentaria encabezada por el Partido de Centro Católico y el SPD, el Canciller Bernhard von Bülow disolvió el Reichstag y convocó nuevas elecciones, usando el eslogan «Lucha contra los ultramontanos, los güelfos, los socialistas y los polacos». El nombre «ultramontano» era el sustantivo peyorativo común utilizado por los nacionalistas protestantes para referirse a los seguidores del Partido de Centro, que implicaba una alianza política fundamental con Roma; los güelfos eran los Particularistas Hanoverianos que deseaban dar marcha atrás a la anexión de Hanover por Prusia en 1866. Véase Witt, *Finanzpolitik*, pp. 152-157.

⁴⁶ Para las primeras afirmaciones de este argumento, véase Wolfgang Sauer, «Das Problem des deutschen Nationalstaats», en Wehler, *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, pp. 407-436; Michael Stürmer, «Konservatismus und Revolution in Bismarcks Politik», en Stürmer, *Das kaiserliche Deutschland*, pp. 143-167; Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich*, pp. 118-131.

⁴⁷ Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich*, pp. 226, 238-239.

parativo. En nombre de la «historia societal» buscaron, de la misma manera, establecer conexiones entre las transformaciones sociales que acompañaban a la industrialización y los cambios en la política, el gobierno y el Estado. Aceptaron fundamentalmente la superioridad de la explicación social materialista. Su modelo de determinación fue muy estructuralista, construyendo desde movimientos de la economía y modelos y tendencias sociales a gran escala a cuidadosas evaluaciones de las oportunidades y limitaciones políticas. En todas estas formas, la nueva historia tenía afinidades con el marxismo. Por último pero no menos importante, su planteamiento político era manifiestamente progresista. Su voluntad de situar en primer plano el problema de las continuidades y la insistencia en hacer frente al pasado nazi era admirable.

Desarrollé grandes reservas muy rápidamente. Algunas de éstas tenían que ver con particularidades de interpretación en el sentido clásico de un historiador. Mi primer artículo cuestionaba uno de los argumentos post-Fischer más importantes sobre la exacta relevancia de la alianza de «hierro y centeno» para la política alemana, a través de la observación detenida de uno de los contextos en los que se suponía se tenía que haber forjado, concretamente, un reajuste político clave en 1897-1898; de manera desconcertante, lo que había encontrado en los archivos parecía no encajar.⁴⁸ Desde ahí, pasé a explorar las dudas sobre otros conceptos organizadores del nuevo trabajo, especialmente del «imperialismo social» de Wehler.⁴⁹ De nuevo, estas dudas provenían de las inquietudes clásicas de un historiador. ¿Cómo funcionaban exactamente estos conceptos, tanto por su lógica interna como en sus ramificaciones teóricas más amplias? ¿Qué trabajo interpretativo más amplio estaban haciendo? ¿Cómo y en qué escenarios concretos debían evaluarse sus afirmaciones explicativas? ¿Qué tipo de pruebas mostrarían su validez? ¿Cómo harían frente a las pruebas reales presentes en el archivo pertinente una vez que yo las había encontrado?

Mi sensación de incomodidad en cadena con los conceptos empleados por Wehler y sus colegas me llevó finalmente a la idea del *Sonderweg* mismo. La propia grandiosidad de las demandas de este concepto parecía empezar a tener sus pros y sus contras. Por una parte, capturaba lo que me atraía en las ambiciones de la historia social; concretamente, la capacidad

⁴⁸ Véase Geoff Eley, introducción y «*Sammlungspolitik*, Social Imperialism, and the Navy Law of 1898», en *From Unification to Nazism*, pp. 8-11, 110-153.

⁴⁹ Véase Geoff Eley, «Social Imperialism in Germany: Reformist Synthesis or Reactionary Sleight of Hand?», en *From Unification to Nazism*, pp. 154-167; «Defining Social Imperialism: Use and Abuse of an Idea», en *Social History*, I (1976), pp. 265-290.

para conceptualizar las trayectorias del desarrollo de sociedades en su conjunto, en formas que conectaban grandes consecuencias políticas con explicaciones sociales y que necesitaban un enfoque explícitamente comparativo. La tesis del *Sonderweg*, asimismo, ofrecía una profunda explicación estructural de los orígenes del nazismo que, como todos los historiadores alemanes, yo quería, desde luego, entender.

Por otra parte, los historiadores del *Sonderweg* dieron a este enfoque estructural profundo un convincente enfoque añadido. En su opinión, la ausencia de un gran paso al liberalismo en el siglo XIX, existente en el modelo francés o británico, permitió a las antiguas «elites preindustriales» —el ejército, los burócratas y la gran aristocracia de propietarios normalmente conocidos como los *Junkers*— seguir ejerciendo su dominio. En ausencia de legitimidad democrática, tuvieron que hacerlo de forma represiva y manipuladora, de ese modo bloquearon cualquier reforma progresista de la política. Como resultado, se desbarató el proceso «modernizador» de Alemania: el conflicto básico entre la modernidad económica y el atraso político lanzó al Imperio a una inestabilidad constante, incluso a «una crisis estructural permanente», crecida a partir de la primacía anacrónica de las «tradiciones preindustriales». El «síndrome estructural» resultante del autoritarismo alemán hizo de Alemania un lugar de «desarrollo desviado», comparado con las trayectorias más prósperas de las sociedades que se encontraban más hacia el oeste.⁵⁰ Esta continuidad en el atraso fue el caldo de cultivo del nazismo.

En este sentido, el enfoque del *Sonderweg* animó una línea teleológica de argumentación, que inscribió los orígenes del nazismo en las profundidades del siglo XIX, cuando la historia alemana supuestamente no dio el giro «occidental». En efecto, la búsqueda de los historiadores alemanes occidentales, como Wehler, de una explicación de la «catástrofe alemana» de 1933-1945 había inspirado una cadena lógica de razonamiento que los llevó a una lectura extraordinariamente determinista de la historia del *Kaiserreich*. Creyeron que la indudable singularidad del nazismo, la solución típicamente atroz y violenta de la crisis de entreguerras en Alemania, implicó una patología más profundamente arraigada, que hizo diferente, en general, la historia alemana de la historia del oeste. Pero esta teleología de la excepcionalidad —del *Sonderweg* alemán— me producía cada vez más dudas.

En primer lugar, parecía empezar la explicación del nazismo desde un momento equivocado, trasladando la atención de las inmediatas crisis que

⁵⁰ Véase Ralf Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968, p. 404.

produjeron el fascismo en 1929-1933 y 1918-1923 a las condiciones de atraso más profundas bajo el Imperio. Wehler y los demás creyeron que estas condiciones separaban realmente a Alemania de, digamos, Gran Bretaña, Francia o los Estados Unidos, y que explicaban por qué Alemania produjo fascismo y los otros no.⁵¹ Pero en mi opinión, esta atención exageraba totalmente las inestabilidades del sistema político previas a 1914. El Imperio alemán era lo contrario de un Estado atrasado, equivalente a la Rusia zarista o a la periferia europea subdesarrollada. Por esto, los contemporáneos lo vieron como el caso más convincente de un Estado moderno y el modelo mismo de la eficiencia nacional, sustentado por el capitalismo más dinámico y en crecimiento de Europa. Además, la sociedad alemana era casi menos inestable o menos conflictiva en materia de violencia que Gran Bretaña o Francia durante los mismos años anteriores a 1914, y las fuerzas discordantes fueron controladas con éxito dentro del sistema constitucionalista establecido. En estos términos, tanto los conflictos internos de la sociedad alemana imperial como su agitado expansionismo exterior pueden verse con facilidad como expresiones precisamente de su modernidad, como los síntomas de una sociedad modernizadora excepcionalmente dinámica que empuja contra sus propios límites.

Este malestar con respecto a la teleología del *Sonderweg* estaba también conectado a mi marxismo. Para la generación de marxistas a la que yo pertenecía, las nociones particulares de «modernidad» y «modernización» propuestas por la teoría de la modernización habían llegado a parecernos extraordinariamente problemáticas: ahistóricas, eurocéntricas, tecnocráticas y terriblemente comprometidas por sus filiaciones imperialistas.⁵² Tales

⁵¹ Dándole la vuelta al famoso aforismo anticapitalista de Max Horkheimer («Quien no quiera hablar de fascismo debería callarse respecto al capitalismo»), Kocka expuso: «Quien no quiera hablar de las tradiciones pre-industriales, pre-capitalistas y pre-burguesas debería callarse respecto al fascismo» («Ursachen des Nationalsozialismus», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 21 junio 1980, p. 11). Winkler estaba de acuerdo: «Las razones por las que la democracia fue liquidada en Alemania en el curso de la crisis económica mundial y no en otras sociedades industriales desarrolladas tiene menos que ver con el curso de la crisis mismo que con las diferentes historias preindustriales de estos países. Las condiciones para el ascenso del fascismo tienen al menos tanto que ver con el feudalismo y el absolutismo como con el capitalismo» («Die "neue Linke" und der Faschismus: Zur Kritik neomarxistischen Theorien über den Nationalsozialismus», en *Revolution, Staat, Faschismus: Zur Revision des Historischen Materialismus*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1978, p. 83. En este sentido, era mucho lo que estaba en juego para la tesis del *Sonderweg*).

⁵² Para mí, las primeras críticas condenatorias fueron las de Noam Chomsky, *American Power and the New Mandarins*, Harmondsworth, Penguin, 1969 (hay traducción española, *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos (los nuevos mandarines)*, Barcelona, Ariel, 1969), y la de Andre Gunder Frank, *Sociology of Development and Underdevelopment of Sociology*, Londres, Pluto Press, 1971 (hay traducción española, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*, Barcelona, Anagrama, 1971). Véase tam-

enfoques se basaban en supuestos unilineales y basados en la inevitabilidad muy esquemáticos sobre a dónde debía dirigirse la historia. Postularon un complejo de desiderata funcionalmente interrelacionados, cuyo desarrollo podía desagregarse en términos económicos, políticos y culturales, pero que también podía integrarse en un nivel de «valores».⁵³ Los teóricos de la modernización también señalaban implícitamente un fin de la historia, un punto de integración funcional en el que la sociedad podía estabilizarse en un sentido de realización progresivo y terminal.

Para la mayoría de exponentes de la teoría de la modernización—incluyendo los defensores alemanes occidentales de la «ciencia social histórica»— el modelo de esta próspera integración fue proporcionado por las sociedades «occidentales» después de 1945. Wehler, en particular, vio que el ideal moderno había triunfado en «las sociedades occidentales de los últimos doscientos años, poco a poco, con un ritmo variable y una intensidad y alcance variables, primero en los Estados Unidos, luego —después de la Revolución francesa— en Europa».⁵⁴ Esto proyectó «la utopía final de una sociedad de ciudadanos legalmente iguales, cultos y propietarios, en libre competencia, individualistas de manera posesiva, políticamente capaces, encaminados hacia la obtención y la puesta en práctica del bien común “racional”».⁵⁵ Por supuesto, el caso que resultó fracasar fue exactamente la Alemania anterior a 1914. La historia alemana era el lugar de las omisiones y de los fracasos, de «manifestaciones ruinosas y desarrollos patológicos», de «derrotas devastadoras» y, en última instancia, de la

bién Dean C. Tipps, «Modernization Theory and the Comparative Study of Societies: A Critical Perspective», en *Comparative Studies in Society and History*, n.º 15 (1973), pp. 199-266; Anthony D. Smith, *The Concept of Social Change: A Critique of the Functionalist Theory of Social Change*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973; John G. Taylor, *From Modernization to Modes of Production: A Critique of Sociologies of Development and Underdevelopment*, Londres, Macmillan, 1979. Para una defensa contundente de este periodo, véase Raymond Grew, «Modernization and Its Discontents», en *American Behavioral Scientist*, n.º 21 (1977), pp. 289-312; «More on Modernization», en *Journal of Social History*, n.º 14 (1981), pp. 179-187.

⁵³ El carácter de prospección hacia delante de la unidad de valores implicada por esta concepción de «modernidad» es convenientemente expresada, en toda su espléndida simplicidad, por el prefacio de un *Festschrift* en honor de Lawrence Stone, un influente profesional de la teoría de la modernización entre los historiadores: «¿Cómo y por qué cambió tanto Europa occidental a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII como para sentar los fundamentos de la sociedad industrializada racionalista, democrática, individualista, tecnológica en la que vivimos hoy? Inglaterra fue el primer país en viajar por este camino» (A.L. Beier, David Cannadine y James M. Rosenheim (eds.), *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. vii).

⁵⁴ Hans-Ulrich Wehler, «Geschichte und Zielutopie der deutschen “bürgerlichen Gesellschaft”», en *Aus der Geschichte Lernen? Essays*, Múnich, C.H. Beck, 1988, p. 251.

⁵⁵ Hans-Ulrich Wehler, «Wie “bürgerlich” war das Deutsche Kaiserreich?», en *Aus der Geschichte Lernen? Essays*, p. 199.

«traición de la sociedad burguesa».⁵⁶ De hecho, el relato principal de la historia de Alemania bajo el signo de 1933 era precisamente el fracaso de crear una «sociedad moderna» en cualquier sentido completo y satisfactorio, el fracaso de atravesar «el largo y duro camino a la modernidad».⁵⁷

Pero antes que ver el autoritarismo de la Alemania imperial —y la posibilidad del nazismo posterior— como algo que provenía de los legados de un pasado «feudal» y «absolutista», preferí considerarlos como los efectos complejos de un presente capitalista que se desarrollaba de manera turbulenta a principios del siglo XX. Pensé que la percepción histórica de los conflictos del periodo imperial se estaba viendo distorsionada por las narrativas de estancamiento y rigidez de Wehler, del «atraso» y dominio de las «tradiciones preindustriales», porque Alemania ya estaba sumida de lleno en la transformación capitalista. En ese sentido, el cambio mismo, más que un imaginario status quo, suministraba la continuidad más fuerte. A la luz del empuje explícitamente antimarxista de la defensa del *Sonderweg*, además, la insistencia en explicar los orígenes del nazismo a través de los vestigios «feudales» o «preindustriales» me parecía, cada vez más, una forma de liberar al capitalismo de la incriminación de cualquier responsabilidad causal del nazismo. De esta forma, se estaba sacando al capitalismo del atolladero.

ANÁLISIS DE CLASE DESDE ABAJO

Mi escepticismo con respecto a Wehler tenía, además, un aspecto político. La creencia en la agencia popular tan esencial para los historiadores sociales y otros inspirados, como yo, por Edward Thompson, chocó con el tipo de historia de Wehler en un frente doble. Por una parte, estaba seriamente en pugna con las predilecciones de Wehler por la ciencia social. No fue casualidad que las conexiones británicas de Bielefeld estuvieran a favor del Hobsbawm más clásicamente materialista por encima del Thompson más «culturalista», por ejemplo, mientras que una figura como Raymond Williams apenas aparecía en su pantalla de radar.⁵⁸ Por

⁵⁶ Wehler, «Geschichte und Zielutopie», p. 252.

⁵⁷ Dahrendorf, *Society and Democracy*, p. 397.

⁵⁸ Hobsbawm fue un importante defensor del análisis socioestructural, de la historia económica y de los métodos cuantitativos. Otro íntimo colaborador de Kocka y Wehler fue el historiador económico de Sheffield Sidney Pollard, que brevemente fue miembro del Grupo de Historiadores del Partido Comunista y fue colega de Hobsbawm en la Economic History Society y en la Labour History Society. Pollard también enseñó en Bielefeld durante los años ochenta.

otra parte, el modelo enfocado de arriba abajo de la acción política de Bielefeld estaba también en tensión con el compromiso thompsoniano con la «historia desde abajo». El énfasis en los cambios estructurales a largo plazo, en grandes fuerzas impersonales y en tendencias sociales susceptibles de ser medidas, no era incompatible con esto, pero el modelo manipulador de la política popular de Wehler no podía dejar de parecer muy desagradable y problemático. Ambos aspectos del enfoque alemán occidental dejaron un lugar muy reducido para la agencia popular. Una de las primeras críticas de la «nueva ortodoxia» posterior a Fischer hablaba por muchos de nosotros al señalar, en concreto, este problema.

Procesos políticos, cambios e influencias se perciben fluyendo hacia abajo -aunque ahora desde las elites que controlaban el Estado más que desde la entidad socialmente más imprecisa del estado mismo-, no hacia arriba desde la gente. Las acciones y creencias de las masas se explican en términos de la influencia ejercida sobre ellos por elites manipuladoras que están en la cima de la sociedad. El Imperio alemán se presenta como un teatro de marionetas, con los *junkers* y los industriales con la sartén por el mango, y las clases medias y bajas bailando dando sacudidas por el escenario de la historia hacia el telón final del III Reich.⁵⁹

En otras palabras, la tesis del *Sonderweg*, en todas sus ramificaciones, nos disuadía seriamente de tomarnos en serio la política popular de la Alemania imperial. Los llamamientos a favor de la importancia de la movilización popular y las posibilidades para una ciudadanía popular siempre pudieron superarse por la insistencia en el atraso imperante del Imperio, el dominio continuado de las elites preindustriales y la eficaz defensa del autoritarismo. Cualquier prueba de actividad popular podía ser desestimada como efecto de la manipulación. Por lo tanto, no era probable que se lograra entender ni la rotunda normalidad de la política popular antes de 1914 ni los significados reales de los conflictos en la sociedad alemana.

Al comprender esto, mi propia respuesta fue la de trabajar en el desarrollo de un panorama más complejo de la participación política popular

Por supuesto, tanto Pollard como Hobsbawm tenían orígenes alemanes. Como Williams, Edward Thompson fue completamente ignorado.

⁵⁹ Richard J. Evans, «Introduction: Wilhelm II's Germany and the Historians», en Richard J. Evans (ed.), *Society and Politics in Wilhelmine Germany*, Londres, Croom Helm, 1978, p. 23. El volumen dirigido por Evans, en el que participé, estaba concebido en parte como una respuesta específicamente británica al nuevo trabajo de Alemania occidental, recurriendo explícitamente a perspectivas características de la historia social. La imagen del teatro de marionetas fue utilizada por Zmarzlik en «Das Kaiserreich in neuer Sicht».

antes de 1914, que intentara explicar los nuevos movimientos de masas del periodo por los efectos de los cambios sociales y políticos en la base más que por intervenciones manipuladoras desde arriba. Al reconstruir la coherencia, la racionalidad y las cualidades autoactivadoras de la movilización popular, quería restablecer un mejor sentido de la agencia popular. Mi trabajo inmediato se ocupó de la política popular de la derecha; más en concreto, del papel jugado por los grupos de presión nacionalistas en la radicalización de la política derechista antes de 1914.⁶⁰ Pero no cabe ninguna duda de que debía gran parte de mi escepticismo con respecto al modelo manipulador de Wehler a lo que había aprendido de Thompson, Hobsbawm y Rudé sobre la naturaleza de la protesta popular. También conservé un interés directo por la historia del trabajo alemana, donde el impacto de la nueva ciencia social histórica era especialmente revelador.

Hasta cierto punto, el reciente desarrollo de la historia del trabajo al otro lado del mar del Norte había sido paralelo al de Gran Bretaña. Un anuario que empezó a publicarse en 1961, el *Archiv für Sozialgeschichte*, en principio centrado, más bien de forma austera, en el pasado interior de la tradición socialista, diversificó, en una década, sus actividades hacia una visión más amplia de la historia social. La *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung (IWK)* —un boletín académico que contenía artículos, documentaciones, guías de archivos e inventarios de investigación— apareció en 1965. Pero mientras que el *IWK* seguía rigurosamente el formato del *Bulletin* de la Labour History Society de Gran Bretaña, el modelo divergía en otros aspectos. Respaldado oficialmente por los recursos institucionales del SPD, el anual *Archiv für Sozialgeschichte* recogió los beneficios de una relación política que la Labour History Society nunca pudo disfrutar. Este contraste se confirmó en 1969 con la apertura del archivo oficial del SPD en Bad Godesberg, vinculado a la sección de investigación del partido, la Fundación Friedrich Ebert, que patrocinó un impresionante torrente de publicación e investigación.

No fue casualidad que los trabajos fundacionales de la historia obrera alemana occidental provinieran del periodo en el que el SPD repudió oficialmente su herencia marxista y se declaró a sí mismo un «partido del

⁶⁰ Como un historiador del pasado alemán en ciernes, deliberadamente resistí la primera inclinación a estudiar algún aspecto de la historia del movimiento obrero, sobre la base de que los historiadores izquierdistas parecían sentirse demasiado fácilmente atraídos por la historia de su propia tradición. Ayudar a iluminar los orígenes del fascismo me parecía igualmente importante. Mi primer libro fue *Reshaping the German Right: Radical Nationalism and Political Change after Bismarck*. Londres y New Haven, Yale University Press, 1980; 2.^a ed., Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991.

pueblo» en el congreso de Bad Godesberg de 1959. Esos trabajos clave incluían una lectura de la influencia de Karl Kautsky de Eric Matthias; una historia intelectual de la tradición socialdemócrata de Susanne Miller (nacida en 1915); una serie de estudios centrados en los años sesenta y setenta del siglo XIX de Werner Conze y sus estudiantes de la Universidad de Heidelberg; un relato detallado de la subcultura del SPD bajo el imperio, del sociólogo weberiano Guenther Roth; y un estudio pionero, de Gerhard A. Ritter (nacido en 1929), del crecimiento del SPD, durante la década de 1890, hasta ser un movimiento de masas.⁶¹ Así como el programa de Godesberg ratificó la larga marcha del SPD a través de las instituciones existentes en la sociedad alemana occidental, hacia su destino como un «partido responsable del gobierno», una nueva historiografía académica aparecía para establecer esas mismas demandas. La convergencia se manifestó magníficamente en las celebraciones del centenario del movimiento obrero en 1963.⁶²

Ya que su mentor fue un precursor clave de la historia social en la profesión en Alemania occidental, la escuela de Conze es especialmente interesante desde el punto de vista del presente estudio.⁶³ La discusión giró

⁶¹ Eric Matthias, «Kautsky und der Kautskyanismus: Die Funktion der Ideologie in der deutschen Sozialdemokratie vor dem Ersten Weltkrieg», en *Marxismusstudien*, 2.ª ser., vol. 2, 1957, pp. 151-197; Susanne Miller, *Das Problem der Freiheit im Sozialismus: Freiheit, Staat und Revolution in der Programmatik der Sozialdemokratie von Lasalle bis zum Revisionismusstreit*, Frankfurt del Meno, Europäische Verlaganstalt, 1964; Werner Conze y Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung: Die deutsche Sozialdemokratie vor, während und nach der Reichsgründung*, Stuttgart, Klett Cotta, 1966; Guenther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany*, Nueva York, Arno Press, 1963; Gerhard A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich: Die Sozialdemokratische Partei und die Freien Gewerkschaften 1890-1900*, Berlin, Colloquium, 1959.

⁶² Véase el magnífico volumen conmemorativo dirigido por George Eckert, *1863-1963: Hundert Jahre deutsche Sozialdemokratie: Bilder und Dokumente*, Hanover, J.H.W. Dietz Nachf., 1963, en el que Conze y uno de sus primeros estudiantes, Froinde Balser, estaban involucrados de manera decisiva. La escuela de Conze fue la agrupación académica clave que enfatizó las afinidades históricas del movimiento obrero con el «movimiento nacional» de mediados del siglo XIX para la unificación alemana. Otra voz clave de la generación de Conze, Theodor Schieder, estaba directamente menos interesado en el SPD pero compartía la perspectiva. Véase *Das deutsche Kaiserreich von 1871 als Nationalstaat*, Colonia, Westdeutscher Verlag, 1961. Es significativo que Schieder también supervisara la tesis doctoral de Wehler sobre las actitudes de la socialdemocracia hacia las cuestiones nacionales, que se publicó en esta primera oleada de estudios académicos del SPD previos a 1914. Véase Hans-Ulrich Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat: Die deutsche Sozialdemokratie und die Nationalitätenfragen in Deutschland von Karl Marx bis zum Ausbruch des Ersten Weltkrieges*, Würzburg, Holzner-Verlag, 1962.

⁶³ Además de su importante *Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters* (véase la nota 6 más arriba), Conze publicó un innovador artículo en 1954 sobre la relación entre el nuevo lenguaje de clase y los cambios sociales de la industrialización: véase Werner Conze, «From "Pöbel" to "Proletariat": The Socio-Historical Preconditions of Socialism in Germany», en George Iggers (ed.), *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Nueva York, St. Martin's Press, 1985, pp. 49-80. En

alrededor de las fatídicas consecuencias de la escisión entre el obrerismo y el liberalismo a mediados de la década de 1860, durante los conflictos sobre la unificación; o «la separación de la democracia proletaria de la de burguesía», según la fascinante frase de Gustav Mayer de 1912.⁶⁴ Las recriminaciones resultantes excluyeron al SPD de su legítimo lugar en el ala democrática de un consenso nacional integrado, donde debería haber llegado a ser algo afín al laborismo británico en la coalición gladstoniana posterior a 1867. Para Conze, ello implicaba «un partido independiente del trabajo, aliado con los demócratas pero organizativamente bien diferenciado, sin hostilidad revolucionaria hacia el Estado, y entregado a participar en una constitución democrático-monárquica generalmente aceptada».⁶⁵ De hecho, «hasta 1871 —argumentó—, el movimiento obrero en Alemania fue parte del movimiento nacional».⁶⁶ Los trabajadores fueron alienados de su patriotismo sólo por la buena disposición de los liberales a comprometerse con Bismarck. El menosprecio liberal de la democracia se adelantó a la «buena disposición para la cooperación en el Estado y la sociedad» del obrerismo. Con sus esperanzas democráticas rechazadas, los socialistas se retiraron hacia una retórica revolucionaria y a un aislamiento basado en la clase.⁶⁷

La influencia de la escuela Conze fue complementada por trabajos que se ocuparon de las solidaridades de la subcultura socialdemócrata y de los efectos de la ilegalidad bajo la ley antisocialista (1878-1890), cada uno de los cuales había ahondado en el aislamiento del movimiento obrero del resto de la sociedad, mientras acentuaba la importancia integradora

1957, formó la Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte (Grupo de Trabajo para la Historia Social Moderna), que convocaba reuniones con regularidad entre una compacta red interdisciplinaria de historiadores, sociólogos, economistas, abogados y antropólogos que, finalmente, patrocinaron congresos a mayor escala. Desde 1962, también patrocinaron la colección de libros *Industrielle Welt*. En la década de los setenta, estas actividades se solaparon con las de la red de Wehler.

⁶⁴ Véase Gustav Mayer, «Die Trennung der proletarischen von der bürgerlichen Demokratie in Deutschland, 1863-1870», en *Radikalismus, Sozialismus und bürgerliche Demokratie*, pp. 108-178.

⁶⁵ Werner Conze, «Der Beginn der deutschen Arbeiterbewegung», en Waldemar Besson y Friedrich von Gaetringen (eds.), *Geschichte und Gegenwartsbewusstsein: Historische Betrachtungen und Untersuchungen: Festschrift für Hans Rothfels zum 70. Geburtstag*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1963, pp. 323-338, cita de pp. 337-338.

⁶⁶ Conze y Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, p. 124.

⁶⁷ La cita es de Wolfgang Schieder, «Das Scheitern des bürgerlichen Radikalismus und die sozialistische Parteibildung in Deutschland», en Hans Mommsen (ed.), *Sozialdemokratie zwischen Klassenbewegung und Volkspartei*, Frankfurt del Meno, Fischer Taschenbuchverlag, 1974, p. 21. La atención causal de Conze sobre la escisión entre liberales y obreristas en Alemania más bien desatendió la apertura de divisiones comparables en otros lugares de Europa a finales del siglo XIX. En ese sentido, Gran Bretaña fue más excepcional que Alemania.

del nuevo credo marxista del movimiento. En la década de los setenta, el primer aluvión de monografías formado en el espejo de la nueva «ciencia social histórica» también se estaba concretando. Igual que la siguiente generación de estudiantes de Conze, sus autores incluían a jóvenes estudiosos que trabajaban con Kocka y Wehler en Bielefeld, con Ritter en Münster y luego en Múnich, con Hans Mommsen y otros en Bochum, y en una variedad de otros centros. Especialmente importantes en llevar este trabajo a la imprenta fueron la colección Mundo Industrial de Conze, publicada por Klett-Cotta; la colección Estudios Críticos dirigida por Kocka, Wehler y otros; y la editorial de la Fundación Friedrich Ebert.⁶⁸

Incluso cuando empezaba a establecerse un consenso a finales de los años setenta y principios de los ochenta, nuevas críticas y reacciones en contra estaban ya emergiendo. Los desafíos vinieron de la historia de las mujeres y de la historia de género en particular, aunque los historiadores de la ciencia social que estaba en alza no resultaron ser menos adeptos en Alemania occidental a marginar la producción académica que se estaba produciendo que en cualquier otro lugar. Desde descontentos más generalizados, un nuevo punto de vista de la historia cultural estaba empezando a cristalizar; su versión más radical en Alemania occidental fue la *Alltags-geschichte*, o la historia de la vida cotidiana. Examinaré la naturaleza de estos cambios en el capítulo IV. Aquí, quiero decir algo más sobre cómo la historia *societal* abordó la historia de la clase obrera. Por mis propias esperanzas en las posibilidades de la historia *societal*, el objetivo de crear una narrativa contrapuesta de la agencia democrático-popular capaz de refutar los relatos autorizados del pasado nacional estaba siempre en el centro, en un análisis materialista de la clase obrera bajo el capitalismo; un análisis mejor ejemplificado, en sus diferentes modos, por Edward Thompson y Eric Hobsbawm. El movimiento obrero alemán anterior a 1914, mucho más socialista, mejor organizado y aparentemente con más conciencia de clase que su moderado y pragmático homólogo británico, ofrecía materiales ideales para tal empresa. Pero ¿hasta dónde estuvieron a la altura los historiadores críticos de Alemania occidental?

⁶⁸ Por ejemplo, aparte de las monografías, la colección Industrielle Welt de Conze (publicada por Klett-Cotta en Stuttgart) publicó una secuencia de gruesos volúmenes de conferencias que convocaban a pequeñas legiones de profesionales que trabajaban en temas relevantes: Werner Conze y Ulrich Engelhardt (eds.), *Arbeiter im Industrialisierungsprozess: Herkunft, Lage und Verhalten*, 1979 (congreso de 1978); Werner Conze y Ulrich Engelhardt (eds.), *Arbeiterexistenz im 19. Jahrhundert: Lebensstandard und Lebensgestaltung deutscher Arbeiter und Handwerker*, 1981 (congreso de 1980); Ulrich Engelhardt (ed.), *Handwerker in der Industrialisierung: Lage, Kultur und Politik vom späten 18. bis ins frühe 20. Jahrhundert*, 1984 (congreso de 1982); Klaus Tenfelde (ed.), *Arbeiter im 20. Jahrhundert*, 1991 (congreso de 1989).

Una respuesta puede encontrarse en la colección en muchos volúmenes *Historia de los trabajadores y del movimiento obrero en Alemania desde finales del siglo XVIII*. Dirigida por Gerhard A. Ritter para la Fundación Friedrich Ebert, la colección empezó a aparecer en 1984. Para sus volúmenes respectivos, este proyecto consiguió el apoyo de los más prestigiosos profesionales de Alemania occidental, incluyendo a Jürgen Kocka (siglo XIX), Heinrich August Winkler (República de Weimar), Michael Schneider (III Reich), Klaus Tenfelde (*Kaiserreich* y Primera Guerra Mundial) y Ritter mismo (*Kaiserreich*).⁶⁹ Estos autores reconocieron su deuda con la ciencia social histórica forjada por Wehler, Kocka y otros desde los años sesenta, si no como una declaración programática apasionada, al menos como un compromiso operativo que era simplemente axiomático, sacado a la luz de manera intermitente mediante las notas a pie de página, aunque ahora considerada de manera evidente por sí misma como la manera correcta que la historia de calidad debía adoptar.⁷⁰ En otras palabras, la imponentemente manifiesta configuración del proyecto, que incluía la arquitectura visible de la organización del capítulo de los libros individuales, se asimilaba totalmente a un discurso establecido de la historia *societal* alemana occidental según apareció desde los años setenta. ¿Cuáles fueron los resultados?

El enfoque global fue materialista en exceso, en el sentido científico-social clásico del momento. El contexto fundacional de la historia del

⁶⁹ Los siguientes volúmenes han aparecido hasta el momento, todos publicados por J.H.W. Dietz Nachf. en Bonn, Jürgen Kocka, *Weder Stand noch Klasse: Unterschichten um 1880* (1990) y *Arbeitsverhältnisse und Arbeiterexistenzen: Grundlagen der Klassenbildung im 19. Jahrhundert* (1990); Gerhard A. Ritter y Klaus Tenfelde, *Arbeiter im Deutschen Kaiserreich 1871-1914* (1992); Heinrich August Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924* (1984), *Der Schein der Normalität: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930* (1985) y *Der Weg in die Katastrophe: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933* (1987); Michael Schneider, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939* (1999). Aún quedan por publicarse dos volúmenes más de Kocka sobre la formación de la clase y el ascenso del movimiento obrero hasta 1875; uno de Ritter sobre el movimiento obrero entre 1875 y 1890; dos de Tenfelde sobre los años hasta 1914 y la Primera Guerra Mundial; y un volumen más de Schneider sobre la Segunda Guerra Mundial. La colección llegará hasta después de 1945.

⁷⁰ Véase también el ensayo tan largo como un libro de Kocka sobre la teoría y las metodologías de escritura de la historia de la clase obrera para la Alemania del siglo XIX, *Lohnarbeit und Klassenbildung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in Deutschland 1800-1875*, Bonn, J.H.W. Dietz Nachf., 1983, que ofrecía un esbozo de los estudios a fondo que estaban por llegar. El argumento fue introducido y enmarcado por una crítica de la historiografía marxista-leninista de Alemania del Este. Para una versión más destilada de este libro, véase Jürgen Kocka, «Problems of Working-Class Formation in Germany: The Early Years, 1800-1875», en Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg (eds.), *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 279-351.

movimiento obrero se estableció por la agregación de una serie de análisis estructurales, desarrollados en el curso del relato total. Éstos cubrían el perfil demográfico de la emigración y reclutamiento de la mano de obra; aspectos del proceso de trabajo, la productividad y cambios en las divisiones del trabajo; la organización y la dinámica de los mercados de trabajo; los movimientos de salarios y precios; niveles de vida y las condiciones materiales de la vida social en las familias, casas y vecindarios; viviendas, salud y nutrición; sexualidad y reproducción; y el acceso al bienestar y a la seguridad social. Mantener unido este marco fue la lógica direccional de los procesos de desarrollo a largo plazo, vinculados a cambios en la estructura social y su periodización a gran escala. Los puntos de referencia teóricos subyacentes tendían a extraerse de Max Weber. Las suposiciones sobre el cambio societal a largo plazo se organizaban en un paradigma de modernización proveniente de Occidente.

Esto no era otra cosa que «historia estructural», cuya implícita interpretación de la causalidad proporcionaba el principio organizador tras los límites y el alcance de cada uno de los libros de la colección.⁷¹ En la dinámica de la formación de clase, los autores priorizaron fundamentalmente las estructuras y los procesos sobre la agencia humana; se centraron en las relaciones de mercado cambiantes, en el carácter del mercado de trabajo, en la expansión de la mano de obra asalariada, el crecimiento y concentración espacial de la industria, la distribución de los ingresos y la «estabilización del medio proletario» por medio de la familia, el vecindario y las costumbres y convenciones sociales asociadas. Además, la historia del movimiento obrero de por sí, en la forma de partidos y sindicatos, fue apartada escrupulosamente ya fuera en volúmenes totalmente independientes, como el de Kocka sobre el siglo XIX y los de Tefelde y Ritter para el *Kaiserreich* anterior a la guerra, o en partes distintas del libro, como en la trilogía de Winkler sobre Weimar.⁷² Con la excepción parcial de los clubes y asociaciones «subculturales», que en los ámbitos del saber establecido se consideraba una parte del entorno estructural de la clase obrera, todas las organizaciones y acontecimientos que dieron a la clase obrera alemana su historia activa bajo el *Kaiserreich* acabaron estando formalmente aislados de los contextos de la experiencia de la vida material dia-

⁷¹ Esto se refiere algo menos a los tres volúmenes de Winkler (véase la nota 69 más arriba), que adoptaba algo más que un tipo de marco narrativo total.

⁷² Una separación analítica es claramente inevitable y no necesita implicar una jerarquía causal. La dificultad organizativa de escribir una historia general desde este punto de vista es mejor tratada por Schneider en el volumen sobre el III Reich anterior a 1939. Véase Schneider, *Unterm Hakenkreuz*.

ría. Todo lo que hizo que la clase obrera alemana fuera visible como una agencia colectiva —el SPD, los sindicatos, las cooperativas, las huelgas más destacadas, las campañas electorales, las impresionantes manifestaciones y concentraciones, las controversias internas, las personalidades carismáticas— se había convertido en algo considerado entre paréntesis respecto de la formación de clase per se.

De este modo, el lugar de la política en los volúmenes anteriores a 1914 fue inconsistente y no poco paradójico. Estos autores presuponían un modelo de desarrollo normal, un proceso de formación de clase que derivaba de las condiciones y relaciones estructurales de la economía capitalista, en las que, a la larga y si se daba la oportunidad, los trabajadores alemanes habrían producido también una respuesta «normal»; concretamente, entrar en la esfera pública legítima a través de sus organizaciones, ganar apoyos de otros grupos sociales e integrarse gradualmente en el sistema político. Pero el atraso político reaccionario del Estado imperial y de sus clítes dominantes paró en seco cualquier evolución normal. Al reprimir la autoorganización legítima de los trabajadores alemanes, el gobierno y los grandes empresarios forzaron al movimiento obrero a adoptar una postura de militancia defensiva. Esa intransigencia permitió el afianzamiento del liderazgo marxista radical, que por lo demás podría haber desaparecido y haber abierto paso a los pragmáticos y moderados reformadores, quienes supuestamente caracterizaban el movimiento obrero en, digamos, Gran Bretaña.

Este enfoque crítico había sido perfeccionado a lo largo de varias décadas, incluso por el mismo Ritter, cuyo primer libro fue pionero a la hora de proponer el argumento.⁷³ Pero vale la pena tomar nota de cómo se trata esta explicación política con relación a lo que, de otra manera, parecería un caso clásico de determinismo socioeconómico. En el relato de Ritter y Tenfelde sobre la situación de los trabajadores bajo el *Kaiserreich*, el Estado imperial se situaba en el centro desde el principio del libro, asumiendo una equivalencia explicativa de carácter fundacional con la economía industrializadora: en efecto, el comportamiento antimoderno de las elites dominantes tradicionales fue de ese modo liberado de la maquinaria de determinación estructural del libro y se le permitió operar autónomamente, actuando sobre y contra el movimiento obrero (para impedir su emancipación), deformando sus aspiraciones en un radicalismo que se aislaba a sí mismo y limitando su acción. Pero a las acciones políticas del propio movimiento obrero no se les estaba dando nada pare-

⁷³ Ritter, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich*.

cido a la misma importancia determinante a la hora de dar forma a las disposiciones colectivas de la clase obrera. En cambio, al ser encomendados a los volúmenes posteriores (y aún por escribirse), la política obrera recibió en gran medida un tratamiento de epifenómeno, convirtiéndose en «superestructura» respecto del relato previo de la «base».

Esta simultánea disminución y sobrecarga de la política —el argumento de que la política no es parte del proceso de formación de clase sino algo externo a él, que la política distorsiona la agencia colectiva y las disposiciones culturales que la formación de clase produciría de otro modo— ha sido un sello de la interpretación de la historia del trabajo alemana representada por Ritter y Tenfelde. Pero aquí era donde, precisamente, el materialismo de la ciencia social que se encontraba detrás de la interpretación más me preocupaba. A lo largo de los años setenta, me había ido sintiendo cada vez más atraído por el tipo de marxismo culturalista practicado por Raymond Williams, que parecía mucho más apropiado para captar las sutilezas y vías indirectas que caracterizan las transferencias entre «lo político» y «lo social». La teoría social y cultural que encontré más útil fue la de tratar de entender la ideología y la política dentro de escenarios prácticos diversos de la vida social y cultural, en los espacios más accesibles del lugar de trabajo o de la organización del partido o del sindicato: en espacios informales, como la familia o la calle; o en contextos dinámicos de la experiencia, como una campaña electoral, una huelga o un disturbio. Pero, a diferencia de esto, los historiadores de la ciencia social histórica continuaron aproximándose a la política y a la ideología como si fueran niveles o esferas específicos, procediendo según su propia lógica y ritmos o si no relacionados con la economía y la estructura social en sentidos principalmente funcionalistas e instrumentalizados (de cualquier modo, garantizando su condición de reflejo dependiente y de segundo orden).

En otras palabras, en la teoría social general, el tipo de estructuralismo supuesto por la *Gesellschaftsgeschichte* que hacía de la política algo externo a la economía y la vida social, fue cada vez más complicado de defender para aquellos profesionales más autocríticos. Ello suponía un procedimiento muy dudoso: primero poniendo la política aparte del debate sobre la formación de clase, luego reintroduciendo una explicación política después de que un análisis sociológico-empírico exhaustivo hubiera establecido el poder determinante de la economía y de sus relaciones sociales en el sentido más esencial y subyacente. Pero como ha señalado Peggy Somers: «La política, las leyes, las prácticas culturales y las creencias no son externas a la economía; son los mecanismos a través de los cuales operan los medios de vida humanos, *son* la economía tanto

como la acumulación de capital o el intento de superar la escasez».⁷⁴ Lejos de actuar externamente sobre la clase obrera como una estructura ya completada, la política y el Estado deben ser vistos como elementos directamente implicados —constitutiva e inextricablemente— dentro de los procesos mismos de formación de clase.

En ese caso, volvemos una vez más al error central en el concepto maestro del *Sonderweg*. A favor del enfoque dentro de la historia del trabajo, sus exponentes siempre señalaban las relaciones de trabajo represivas de gran parte de la industria a gran escala en Alemania antes de 1914, junto con la exclusión asociada del SPD y de los sindicatos de la nación política legítima. Manteniendo tal sistema de exclusión, las actitudes reaccionarias de los capitalistas más poderosos del *Kaiserreich* iban a ser consideradas como los vestigios superfluos de una mentalidad «preindustrial» o tradicional. Pero en respuesta, argumenté que podríamos ver también el panorama político no liberal tan frecuente entre los grandes industrialistas —su prohibición de los sindicatos, su sobrecargada aproximación autoritaria a las relaciones en el taller y su paternalismo de bienestar basado en la compañía— como una respuesta hábilmente moderna a los problemas característicos del trabajo encontrados durante un tipo de industrialización excepcionalmente rápido, a gran escala y dinámico. De hecho, más que ser patologías o supervivencias que se introducían desde un pasado «preindustrial» deberían haber sido reemplazadas, tanto el autoritarismo característico de la política imperial como las formas de radicalismo del SPD podrían ser trazadas perfectamente bien desde la extremada modernidad de la sociedad alemana. Antes de 1914, Alemania no estaba siguiendo una vía anómala o «excepcional» sino ofreciendo una versión particularmente extrema de «normalidad».

En el corazón del problema había una falta de disposición a tratar la agencia histórica de una manera lo suficientemente seria, para hacer justicia a sus propios términos y su tiempo a la vez que aportando los criterios comparativos y teóricos apropiados, dentro de largas perspectivas de localización histórica y cambio. En mi opinión, nunca conseguiríamos estar más cerca de una interpretación de los resultados históricos a corto y a más largo plazo (que aquí significaban todo el complicado razonamiento histórico que se necesitaba para un planteamiento más eficaz de los significados de los acontecimientos de 1933), a no ser que fuéramos más hacia

⁷⁴ Margaret R. Somers, «Class Formation and Capitalism: A Second Look at a Classic», *Archives européennes de sociologie*, n.º 38 (1996), p. 198. Este ensayo es una incisiva crítica de Katznelson y Zolberg, *Working-Class Formation*. Véase también Somers, «Workers of the World, Compare!», en *Contemporary Sociology*, n.º 18 (1989), pp. 325-329.

dentro de las subjetividades políticas generadas por los conflictos característicos de los diferentes periodos entre los años sesenta del siglo XIX y los años treinta del siglo XX. En este sentido, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, yo estaba cada vez más absorto en el desafío de unir mis dos identidades de historiador de manera más coherente, de construir un puente entre, por una parte, la escena historiográfica británica donde me encontraba más interesado por las complejidades de la cultura de la clase obrera y las complejidades de la ideología popular y, por otra, la escena alemana occidental donde la escuela dominante de historiadores sociales había estado pensando incansablemente, en un sentido estructuralista.⁷⁵ El dilema fue planteado de forma particularmente reveladora por las nuevas historias de la clase obrera de Alemania occidental. En el énfasis puesto en las estructuras a gran escala y los procesos objetivos, estos estudios llenaron totalmente el espacio dejando sin cabida cualquier elemento para la agencia popular. Ofrecieron lo contrario de un relato thompsoniano. En las obras de Kocka, Ritter y Tenfelde, sin duda, la clase obrera alemana no estaba presente en su propia formación.

EN EL FILO

Las tensiones que estoy intentando describir llegaron a un punto crítico a mediados de los años ochenta. Es bien sabido que datar los cambios en la historia de las ideas de una manera exacta entraña gran dificultad, especialmente aquellos en los que hemos vivido nosotros mismos. Pon a una docena de historiadores alrededor de una mesa, y cada uno de ellos tendrá una versión ligeramente distinta. Pero la mayoría estará de acuerdo sobre este importante momento clave en la vida de la disciplina: en principio, la historia social fue la que dio el impulso principal para la innovación; más tarde, vino de la historia cultural, aprovechando, con toda certeza, la atención generada por los debates y las polémicas. La discusión del *Sonderweg* permanecía profundamente centrada en los motivos para producir el nazismo y en la excepcional gravedad del genocidio de los ju-

⁷⁵ Había un lenguaje explícitamente alemán para reconciliar estos dos mundos teóricos. En un comentario sobre los debates historiográficos alemanes sobre el *Sonderweg* a principios de los años ochenta, un amigo y yo argumentamos que una solución era «combinar métodos individualizadores y hermenéuticos con análisis sistemáticos de las estructuras y procesos sociales en los que la historia tiene lugar» (David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1984, p. 33. Un argumento sólido a estos efectos fue el realizado por Wolfgang J. Mommsen en *Geschichtswissenschaft jenseits des Historismus*, Düsseldorf, Droste, 1971.

díos, y mis intereses alemanes tenían su propio impulso «local», pero mi pensamiento fue informado, desafiado y agitado por debates más amplios en torno a esta gran transición.

Las temporalidades del cambio variaban de campo a campo y de país a país. Entre los especialistas en historia europea, esto ocurría más rápidamente en la historia francesa frente a otros campos nacionales, como el británico o el alemán, y más fácilmente entre los estudiosos de la historia moderna temprana que entre los modernistas más tardíos. El mayor impulso y más rápido se adquirió entre la profesión en los Estados Unidos, mientras en cualquier otra parte crecía mucho más al margen o puramente en los intersticios. En gran medida, la presión principal para el cambio en Alemania occidental llegó totalmente desde fuera de los departamentos de historia de la universidad, en el activismo de base de un movimiento, Talleres de Historia, que se modelaba a sí mismo, en parte, sobre el precursor británico. Asimismo, desde fuera de la profesión en la universidad, los *History Workshops* siguieron siendo una fuente vital de nuevas ideas en Gran Bretaña, estableciendo una presencia mucho más fuerte en los politécnicos y otras instituciones de segundo nivel a las que finalmente se le dio el rango de universidad en 1992. En el caso británico, muchos historiadores culturales encontraron, en un principio, un hogar en los estudios culturales más que en los departamentos de historia mismos. En la mayoría de campos, los cambios se tomaron un largo tiempo para propagarse. En mi propia cohorte de historiadores alemanes, la transición empezó entre unos pocos de nosotros a finales de los años ochenta, pero incluso después de una década, los argumentos en pro de una «nueva historia cultural» encontraban todavía una resistencia airada o displicente.

La incomodidad se nos acercaba sigilosa y silenciosamente, una incertidumbre paulatina en la suficiencia de las reivindicaciones totalizantes de la historia social, un ligero desgaste del optimismo sobre lo que podía esperarse. Los primeros debates también se desarrollaron dentro del nuevo marco de la historia social que, a finales de los años setenta, era, hasta cierto punto, hegemónico. Existía la confianza en que, fuera cual fuera el tema o la especialidad de cada uno, el poder de la explicación social todavía proporcionaría las reglas establecidas. En la frase del momento, repetida de forma irónica, «todos éramos ahora historiadores sociales». Incluso cuando admitimos —de hecho, nos hacían gracia— las continuadas dificultades (por mucho que nos debatiéramos con las complejidades de la cultura y la ideología o con la necesidad interminable de formas aún más sofisticadas de teorizar la relación de la política y la sociedad o del Estado y la economía), asumíamos aún la permanencia del giro subyacente a la historia social misma. Incluso cuando entramos pro-

visionalmente en la zona prohibida de la subjetividad y del inconsciente, esto seguía en pie. «En última instancia», la soberanía de lo social prevalecería. Nada más era ya concebible. Demasiadas esperanzas, intelectuales y políticas, se invertían. Se pagó un precio muy alto por su legitimidad.

Mi propio trabajo inmediato sobre la radicalización de la derecha en la Alemania anterior a 1914 me encontró luchando cuerpo a cuerpo con el dilema emergente. Quería explicar el ascenso de la ideología nacionalista radical sin sucumbir a la tesis simple de la continuidad centrada en 1933 y sin recurrir a las reivindicaciones estereotípicas sobre el «espíritu alemán» o una particular «ideología alemana». Aun habiendo empezado con el supuesto —naturalmente— de que esto requería principalmente una sociología del activismo patriótico, aprendí, durante la distancia que separaba mi tesis (1974) de mi libro (1977-1978), que esto no funcionaría. En lugar de ello, necesitaba una teoría mejorada de la ideología, más acorde con las dinámicas de la experiencia, la lógica autónoma y la eficacia independiente de las interpelaciones y retórica nacionalistas radicales que la que proporcionaba la analítica materialista de los enfoques disponibles de la historia social, una teoría capaz de capturar la «autonomía relativa» de la ideología (según la famosa frase del momento).

Esto lo encontré en varias influencias cruzadas, pocas de las cuales ocuparon el pensamiento de muchos historiadores alemanes. Una de éstas fue la de Gramsci, de cuyos cuadernos desde la cárcel se había hecho una antología en 1971, seguidos de la traducción de sus cartas desde la cárcel en 1974-1975 y de, cada vez más, comentarios exhaustivos, que alcanzaron un punto culminante alrededor de 1977.⁷⁶ Le seguía en importancia Raymond Williams, cuyo artículo de 1973 «Base y superestructura» me proporcionó un constante punto de referencia, que conducía hacia su más elaborado *Marxismo y literatura*, publicado en 1977. Empezando a principios de 1975, me debatí con las implicaciones de la influencia de Louis Althusser, algo que preocupaba cada vez más a los marxistas británicos. Esta lucha con las ideas de Althusser hizo más que cualquier otra cosa para liberar al pensamiento sobre la ideología de sus antiguas ataduras en ideas de «falsa conciencia», tal y como las angustias generadas con la lec-

⁷⁶ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Londres, Lawrence and Wishart, 1971; «Gramsci's Letters from Prison», ed. Hamish Henderson, en *New Edinburgh Review*, n.º 25 (1974), pp. 3-47, y n.º 26 (1974), pp. 1-44; Lynne Lawner (ed.), *Letters from Prison*, Nueva York, Harper and Row, 1975. Para la recepción en inglés de Gramsci, véase Geoff Eley, «Reading Gramsci in English: Observations on the Reception of Antonio Gramsci in the English-Speaking World, 1957-1982», en *European History Quarterly*, n.º 14 (1984), pp. 441-478.

tura de Nicos Poulantzas me posibilitaron una comprensión más compleja de las relaciones que vinculaban al Estado, al poder político y a las clases sociales.⁷⁷ Las más trascendentales de todas a largo plazo, las consecuencias del nuevo feminismo, que siguieron moviéndose todavía de alguna manera por debajo de la superficie de estos otros debates, fueron cada vez menos asimilables y una fuente de trastorno en constante ampliación.⁷⁸ Por último, dos influencias movieron especialmente el pensamiento que examiné a fondo en mi libro: *On Ideology*, un volumen de artículos publicados por Stuart Hall y otros en el Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies, y los ensayos de Ernesto Laclau en *Política e ideología en la teoría marxista*.⁷⁹ (Ambas obras aparecieron en 1977 y prefiguraron posteriores elaboraciones que llegarían durante los años ochenta).

Tales debates presionaron hasta los límites del consenso materialista sin querer dejar su terreno. Afrontaron los problemas del materialismo de «base y superestructura» mientras intentaban quedarse dentro de un idioma marxista estructuralista repensado. Como los historiadores sociales dirigieron su pensamiento en esta misma dirección, además, la segunda mitad de la década de los setenta comportó la realización de inventarios de lo conseguido. Polémicos ensayos publicados en 1976 por Stedman Jones y los Genovese se tomaron rápidamente como signos de una «crisis» de la historia social, por ejemplo.⁸⁰ Pero éstas todavía fueron mucho

⁷⁷ Véase especialmente Louis Althusser, «Contradiction and Overdetermination», en *For Marx*, Londres, Allen Lane, 1969, pp. 87-128, e «Ideology and Ideological State Apparatuses», en *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Londres, NLB, 1971, pp. 121-173 (hay traducción española, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974); Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, Londres, NLB, 1973, *Fascism and Dictatorship*, Londres, NLB, 1974 (hay traducción española, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1973), *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, NLB, 1975 (hay traducción española, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Madrid, Siglo XXI, 1977), y *State, Power, Socialism*, Londres, NLB, 1978 (hay traducción española, *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979).

⁷⁸ Para este importante contexto, véase Terry Lovell (ed.), *British Feminist Thought: A Reader*, Oxford, Blackwell, 1990. Por «cada vez menos asimilables», entiendo un reto que se vuelve cada vez más difícil de ignorar, desactivar o contener.

⁷⁹ Center for Contemporary Cultural Studies (ed.), «On Ideology», en *Working Papers in Cultural Studies*, n.º 10 (1977); Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, Verso, 1977 (hay traducción española, *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978). Véanse también las obras de Göran Therborn, *Science, Class, and Society: On the Formation of Sociology and Historical Materialism*, Londres, NLB, 1976 (hay traducción española, *Ciencia, clase y sociedad: Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1980); *What Does the Ruling Class Do When It Rules? State Apparatuses and State Power of Ideology*, Londres, Verso, 1980 (hay traducción española, *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo*, México, Siglo XXI, 1979).

⁸⁰ Elisabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese, «The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective», en *Journal of Social History*, n.º 10 (1976), pp. 205-220 (hay traducción

más expresiones de autoconfianza en un impulso hacia delante que se mantenía que un signo de incertidumbre. Fueron un momento posterior del deseo de reestructurar el conjunto de la disciplina más que de crear, simplemente, otra especialidad. Si lograr esto último dejaba viejas especialidades, tales como la historia política, sencillamente intactas, argumentaban, poco sería lo que cambiara en el conjunto de la disciplina. De ese modo, la historia social necesitaba ahora cumplir su promesa totalizadora. Debería presentar la reivindicación materialista para el análisis de la política, también, más que permanecer satisfecha con «lo social» concebido de una forma restringida.

Existían muchas diferencias entre los historiadores sociales. Aquellas entre marxistas de tendencia thompsoniana y los historiadores de la ciencia social histórica de varios tipos, desde los defensores de la historia *societal* de Alemania occidental hasta los admiradores norteamericanos de Charles Tilly, son las que vienen primero a la mente. Pero los historiadores sociales investigaron principalmente distintas versiones de un paradigma materialista común; ya fuera tendiendo hacia la concepción de inflexión más antropológica de un «completo modo de vida» de la sociedad a la manera del «materialismo cultural» de Raymond Williams o mirando hacia direcciones más estructuralistas fundamentadas, una vez más, en la economía o en el modo de producción. En el, quizás más importante, debate británico de este tipo de finales de los setenta, los «estructuralistas» inspirados por las ideas de Althusser se enfrentaron a un amplio frente de historiadores sociales (apodados «culturalistas») que adoptaron sus posiciones junto a las de Edward Thompson, a quien el autor de la intervención original, Richard Johnson, había descrito como alguien que no se tomaba la economía lo suficientemente en serio. Cada parte se molestó contra lo que vieron como las tendencias reduccionistas del otro, cuyos procedimientos exageraban el determinismo estructural del modo de producción o el alcance explicativo de la cultura.⁸¹

Pero éstos eran, de nuevo, conflictos sobre un objetivo materialista común. Las grietas en el proyecto mismo sólo aparecieron de una manera más lenta. Al usar una forma decididamente no materialista del análisis lingüístico para atacar la validez de las interpretaciones sociales del frac-

española, «La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y sujeto», en *Historia Social*, n.º 1, 1988); Gareth Stedman Jones, «From Historical Sociology to Theoretical History», en *British Journal of Sociology*, n.º 27 (1976), pp. 295-305.

⁸¹ Véase Richard Johnson, «Thompson, Genovese, and Socialist Humanist History», en *History Workshop Journal*, n.º 6 (otoño 1978), pp. 96-119 (hay traducción española, «Thompson, Genovese y la historia socialista humanista» en R. Johnson et alii, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, Ediciones Serbal, 1983).

so del cartismo, por ejemplo, Gareth Stedman Jones cuestionó las ortodoxias que analizaban la clase de la historia social británica en uno de sus aspectos centrales en el siglo XIX. Su crítica puso en duda los supuestos recibidos de la historia social y fue un primer pretexto para lo que llegó a conocerse como el «giro lingüístico». Pero mientras versiones de este argumento se presentaron en artículos originados en 1977-1978, las implicaciones más fuertes no estuvieron completamente claras hasta su ensayo sobre el tema aparecido en 1982-1983.⁸² Igualmente, William Sewell, que alternó con antropólogos y algunos historiadores simpatizantes durante un periodo de cinco años en el Institute for Advanced Study de Princeton a finales de los años setenta, estaba revisando claramente sus compromisos como historiador social y se estaba preparando para adoptar el giro lingüístico (como él señala ahora). Pero sus inclinaciones no fueron muy visibles hasta 1980, cuando publicó su libro *Trabajo y revolución en Francia*.⁸³

Estos signos dispersos de cambio fueron sólo parcialmente perceptibles para la mayoría de la gente antes de principios de los años ochenta, incluyendo a los pocos autores mismos que iban a establecer las pautas. Pero, al intentar luchar cuerpo a cuerpo con las dificultades que he estado describiendo, los historiadores sociales estaban encontrándose con los límites de lo que hasta ese momento había seguido siendo un amplio proyecto consensual. El proceso de reconsiderar un enfoque de las cuestiones de cultura e ideología, significado y subjetividad, estaba llevando a algunos a los límites de lo que la historia social normalmente permitía. En los intereses de un enfoque no reduccionista a tales cuestiones, algunos estaban empujando insistentemente hasta los límites mismos del paradigma materialista que empezaba a descomponerse.

⁸² El ensayo aparece en versiones más cortas o más largas. Véase, respectivamente, Gareth Stedman Jones, «The Languages of Chartism», en James Epstein y Dorothy Thompson (eds.), *The Chartist Experience: Studies in Working-Class Radicalism and Culture, 1830-1860*, Londres, Macmillan, 1982, pp. 3-58; «Rethinking Chartism», en Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 90-178 (hay traducción española, *Lenguajes de clase: Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989).

⁸³ William H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labour from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980 (hay traducción española, *Trabajo y revolución en Francia: El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992). Sewell reflexionó hace poco: «En 1971 [...], estaba recién doctorado y era un practicante de lo que entonces llamábamos "la nueva historia social"; cuando dejé el Institute después de estar en el puesto cinco años que se extendieron desde 1975 a 1980, había adoptado el "giro lingüístico" y estaba escribiendo en el estilo que más tarde vino a apodarse "la nueva historia cultural"» («Whatever Happened to the "Social" in Social History?», en Joan W. Scott y Debra Keates (eds.), *Schools of Thought: Twenty-Five Years of In-*

En Alemania occidental, por ejemplo, unos cuantos autores individuales aquí y allá —Alf Lüdtke (nacido en 1943) y Hans Medick (nacido en 1939) en el Instituto Max Planck de Historia en Gotinga, Lutz Niethammer (nacido en 1939) en la Universidad de Essen, Karin Hausen (nacida en 1938) en la Universidad Técnica de Berlín, Adelheid von Saldern (nacida en 1938) en la Universidad de Hannover, y Dieter Groh (nacido en 1932) en la Universidad de Constanza— estaban siguiendo nuevas direcciones que dejaban a un lado el estructuralismo de la *Gesellschaftsgeschichte*. Aunque pertenecían a la misma generación en términos de nacimiento, estas figuras se diferenciaron notablemente de los historiadores de la ciencia social histórica en su perspectiva, que formulaba las disposiciones políticas influenciadas menos por el reformismo modernizador del SPD y la veneración democrática liberal de los Estados Unidos que por el movimiento estudiantil y la New Left, por el nuevo feminismo y por los renacientes radicalismos extraparlamentarios que pronto culminarían en los Verdes.

Justo cuando la historia *societal* mostraba sus credenciales con la nueva revista *Geschichte und Gesellschaft*, empezaron estas voces alternativas a ser oídas. En 1976, por ejemplo, Lutz Niethammer se unió a Franz Brüggemeier (nacido en 1951) para publicar un extraordinario estudio de las viviendas de la clase obrera bajo el *Kaiserreich*. Desarrollaron un razonamiento sobre los modelos de solidaridad de la clase obrera que traspasaba la vida social por debajo de los niveles de la actividad del partido, del sindicato y del club, normalmente asociada a la formación de la conciencia política de la clase obrera. Instaron a que, para entender las formas características de esa conciencia y, más aún, sus posibles puntos fuertes y los débiles, era necesario explorar los escenarios informales de la cotidianidad de los trabajadores. Después, en 1977, Alf Lüdtke editó un número de la revista *soWi* (*Sozialwissenschaftliche Informationen für Unterricht und Studium*) titulado «Necesidades, experiencias y comportamiento», que dio la primera indicación sistemática de lo que podía significar un interés emergente por la historia de la vida cotidiana. Al año siguiente, Jürgen Reulecke y Wolfhard Weber (ambos nacidos en 1940) llevaron esto un paso más allá, con la edición de un muestrario de la investigación empírica con catorce ensayos sobre «la historia social de la vida cotidiana en la época industrial», cubriendo aspectos del tiempo de trabajo, de la familia y del ocio.⁸⁴

⁸⁴ Lutz Niethammer y Franz Brüggemeier, «Wie wohnten Arbeiter im Kaiserreich?», en *Archiv für Sozialgeschichte*, n.º 16 (1976), pp. 61-134; «Bedürfnisse Erfahrung und Verhalten», número especial, *soWi*, n.º 6 (1977), pp. 147-196 (véase, en especial, la guía de lectura de Alf

Cada una de estas iniciativas tenía en común un cambio pronunciado de la historia social lejos de las definiciones predominantes de la *Gesellschaftsgeschichte*, sin un retorno a los viejos enfoques institucional o políticamente delimitados de la historia del trabajo. La intención era alcanzar una comprensión más cualitativa de las vidas de la gente corriente explorando las circunstancias de la existencia diaria en el trabajo, en casa y en el ocio, así entraban en el mundo interno de la experiencia popular. Lüdtke y los demás argumentaron que, al explorar la historia social en esas dimensiones de la experiencia o subjetivas, podían superarse las distinciones convencionales entre lo «público» y lo «privado»; podían revelarse las complejidades interiores de las vidas corrientes y las formas posibles de la subjetividad política; y finalmente podía encontrarse una manera mejor de realizar la difícil conexión entre la esfera política y la cultural. En los trabajos de los historiadores de la ciencia social histórica, se omitían, por lo general, precisamente estos «interiores» de las «estructuras, procesos y modelos» del análisis social, «las experiencias diarias de la gente en situaciones concretas de su vida, que también señalaban sus necesidades».⁸⁵ La *Alltagsgeschichte*, o la historia de la vida cotidiana (o diaria), estaba perfectamente equipada para ocuparse de todo ello.

Estas nuevas propuestas de Alemania occidental aparecieron a finales de los años setenta como una solución radical a los problemas de «base y estructura» que, en muchos sentidos, habían preocupado a mi propia generación de historiadores sociales de tendencia izquierdista desde la llegada de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson. Sin duda alguna, para aquellos influidos por el marxismo, aquellos años habían visto una serie ininterrumpida de encuentros con un dilema persistente: el de encontrar formas más sutiles y sofisticadas de establecer las conexiones entre «lo social» y «lo político» (o entre el terreno de la vida material y las esferas de la ideología y la política) mientras proporcionaban, a la vez, una mejor estrategia para conceptualizar las formas de la agencia humana individual y colectiva. Más allá de esta tarea teórica más amplia, además, estaba el problema historiográfico concreto de conectar el conocimiento, cada vez más rico, generado por los historiadores socia-

Lüdtke, «Fundstellen zur historischen Rekonstruktion des "Alltagslebens"», pp. 188-189; Jürgen Reulecke y Wolfhard Weber (eds.), *Fabrik-Familie-Feierabend: Beiträge zur Sozialgeschichte des Alltags im Industriezeitalter*, Wuppertal, Hammer, 1978. Véase también Detlev Puls (ed.), *Wahrnehmungsformen und Protestverhalten: Studien zur Lage der Unterschichten im 18. und 19. Jahrhundert*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1979; Dieter Groh, «Base-Processes and the Problem of Organization: Outline of a Social History Research Project», en *Social History*, n.º 4 (1979), pp. 265-283.

⁸⁵ Alf Lüdtke, «Zur Einleitung», *sow*, n.º 6 (1977), p. 147.

les con las narrativas convencionales que los historiadores políticos todavía estaban reproduciendo afanosamente.

Desde luego, muchos historiadores sociales influidos por Thompson se acercaron a la agencia a través de la dinámica de la producción de la conciencia de clase. Pero hacia finales de los años setenta, una creencia en ese modelo de agencia política de clase empezaba a ser mucho más difícil de mantener. Los recelos ante la metáfora de la «base y superestructura» estaban vinculados ahora a un fermento cada vez más generalizado dentro de la teoría misma, que reflejaba las críticas al determinismo económico, dudas sobre el materialismo fundacional del prefacio de Marx de 1859, los ataques feministas sobre la concentración monomaniaca en la clase y la nueva teorización de la ideología asociada a la recepción de las ideas de Althusser y Gramsci.⁸⁶ Los debates resultantes alejaron cada vez más a los marxistas de las formas deterministas de pensamiento y los acercaron a un interés por asuntos de cultura, significados y subjetividades como asuntos de interés por derecho propio. La entera lógica de la discusión entre los marxistas británicos durante los años setenta se dirigía a un tipo de crítica antirreduccionista u otra, y éstas tuvieron, sin duda alguna, sus efectos sobre cómo los thompsonianos pensaban ahora en el modelo de la formación de la clase contenido en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

Además, el impacto que estos debates intelectuales tuvieron sobre los historiadores sociales estaba íntimamente conectado con los cambios en la política. De igual manera que la agitación política de 1968-1969 dio impulso a nuevos tipos de historia (que inspiraron una enorme autoconfianza en el poder explicativo del paradigma materialista), los graves reveses políticos al final de la década siguiente ayudaron a desinflar el impulso tomado por la historia social. El nuevo periodo abierto en 1968 había estimulado la creencia en la fuerza de la clase como el promotor principal de la política, no en último lugar debido a que había supuesto también la última gran oleada transnacional de la militancia obrera industrial en Europa occidental en 1967-1976 y la influencia sin precedentes de una *intelligentsia* marxista académica. Durante un tiempo, los signos fueron contradictorios. Hacia 1978, el experimento eurocomunista podía haberse estancado, pero los socialistas aún estaban llevando a cabo las transiciones democráticas en España, Portugal y Grecia, en el momento

⁸⁶ Para el famoso prefacio de 1859 de Marx a *A Contribution to the Critique of Political Economy*, véase Marx, *Early Writings*, pp. 424-428 (hay traducción española, *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1980).

en el que los socialistas franceses estaban formando gobierno por primera vez. En Polonia, el extraordinario éxito de *Solidarnosc* (Solidaridad) parecía reafirmar la eficacia de la clase como una poderosa fuente de agencia política. Pero para cualquiera que escribiera en la tradición marxista en Gran Bretaña, los años 1979-1985 constituyeron un desalentador impacto que consternó todo el sistema. En medio de dos victorias en las elecciones de los conservadores y la retórica que se intensificaba de la New Right (Nueva Derecha), masas de trabajadores abandonaron el Partido Laborista, y la izquierda se desorganizó. Desempleo, desindustrialización y reestructuración capitalista destruyeron el interior de las comunidades obreras a una velocidad brutal y alarmante, mientras el aplastamiento de la gran huelga de mineros en 1984-1985 llevó a la vieja política basada en la clase a un punto muerto especialmente desmoralizador.

El efecto en los historiadores sociales se maximizó por una serie de prestigiosos comentarios que se propusieron, en concreto, historizar los significados de esta nueva coyuntura.⁸⁷ La mayor resonancia para los historiadores británicos la tuvo el comentario de Eric Hobsbawm, que inició un debate generalizado con una conferencia de 1978 titulada: «¿Se ha detenido la marcha hacia delante del movimiento obrero?». ⁸⁸ Hobsbawm argumentó que la clase había cambiado, de modo decisivo, su valencia como fuente de alineaciones y de motivación en política. Al agrupar de manera persuasiva las pruebas contemporáneas de fragmentación, contrastó las nuevas pautas de desintegración con las historias de concentración de clase desde finales del siglo XIX, que originariamente habían mantenido el impulso progresista del movimiento obrero. La antigua infraestructura de la filiación e identificación políticas de clase estaba desmoronándose, y Hobsbawm afirmó que si la izquierda quería retener la relevancia primaria basada en un análisis de clase de las desigualdades de riqueza y poder, necesitaba pensar con creatividad sobre cómo podían

⁸⁷ Véase Alain Touraine, *L'après socialisme*, París, Grasset, 1983 (hay traducción española, *El postsocialismo: Los cambios de la izquierda más allá del socialismo*, Barcelona, Planeta, 1982); André Gorz, *Farewell to the Working Class*, Londres, Pluto Press, 1982 (hay traducción española, *Adiós al proletariado (más allá de la clase obrera)*, Barcelona, El Viejo Topo, 1981); Rolf Ebbighausen y Friedrich Tiemann (eds.), *Das Ende der Arbeiterbewegung in Deutschland? Ein Diskussionsband zum sechzigsten Geburtstag von Theo Pirker*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1984; Michael Schneider, «In Search of a "New" Historical Subject: The End of Working-Class Culture, the Labor Movement, and the Proletariat», en *International Labor and Working-Class History*, n.º 32 (otoño 1987), pp. 46-58.

⁸⁸ Eric Hobsbawm, «The Forward March of Labour Halted?», en Martin Jacques y Francis Mulhern (eds.), *The Forward March of Labour Halted?*, Londres, Verso, 1981, pp. 1-19 (hay traducción española, «¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del movimiento obrero?», en E. Hobsbawm *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 1993).

tener lugar las nuevas formas de unión política, tanto al nivel de la coalición construida entre los viejos y nuevos apoyos electorales como al nivel de la retórica y las ideas. El simple recurso reflejo a la «unidad de la clase obrera», que confiaba axiomáticamente en su agencia colectiva progresiva, no sería suficiente.

Este argumento sobre el presente fue pronto recogido y aplicado históricamente, obligando a los historiadores a pensar de un modo más inquisitivo sobre los procesos de construcción y concentración de coaliciones necesarios para mantener las formas de la agencia política de la clase obrera en diferentes momentos del pasado. Si la clase obrera podía ser ahora destronada de su centralidad natural o automática para el pensamiento de la izquierda, ¿qué le pasaría a nuestro análisis si también fuera destronado para el pasado? Ahora era más fácil ver que, lejos de una unidad natural u «objetiva» que crecía sociológicamente desde las condiciones materiales de vida en la economía y que discurría de manera lógica hacia la política, las formas de la agencia política de la clase obrera era algo que tenía que ser, deliberada y creativamente, construido y producido, en el periodo de Thompson o en cualquier otro. A lo largo del tiempo, un cierto conjunto de tradiciones políticas de clase adquirieron obviamente una continuidad duradera desde finales del siglo XIX. Sin embargo, la capacidad de persuasión popular de los lenguajes políticos asociados —su capacidad para seguir haciendo su trabajo— nunca podía darse por sentada, en una campaña nacional o en los microescenarios de la vida de la comunidad local. Además, si la resonancia de los lenguajes de clase ciertamente podía ampliarse, podía también, bajo otras circunstancias, resultar perjudicada.

En ese caso, las cuestiones decisivas del historiador social empezaron a cambiar. Más que preguntar sobre las condiciones bajo las cuales un conjunto de intereses asumidos de la clase obrera podían o no llegar a ser expresados en sus formas naturales o apropiadas de acción y creencia, quizás debíamos haber cuestionado, en primer lugar, la capacidad de modelar atribuida a la conciencia de clase. Cuando muchos trabajadores reales resultaban siempre excluidos y categorías completas estaban sólo presentes de una manera parcial o irregular en las manifestaciones plasmadas de la conciencia de clase, ¿qué significaba esperar que los trabajadores se comportaran «como una clase»? ¿Qué categorías operativas de trabajadores se abarcaban —de forma retórica y práctica— en una acción colectiva concreta, y cuáles no? ¿Cómo se producían la imaginaria y los supuestos imperantes sobre los que se constituía la clase obrera? ¿De qué forma alentaban o dificultaban las prácticas, las ideas y las instituciones concretas las atribuciones e interpretaciones concretas del interés de clase

obrero? ¿Cómo llegaba a ser aceptado o consolidado un complejo particular de imágenes sobre la clase obrera sobre otro? A través de este tipo de cuestionamiento, los intereses de la clase obrera parecían ser mucho más un efecto contingente que una causa subyacente.

Estas nuevas dudas sobre el concepto de clase aumentaron bajo el impacto de otros desarrollos políticos con consecuencias teóricas igual de trascendentales, que luego también labraron su camino en los debates de los historiadores. Con mucho, el desafío más importante llegó desde el feminismo. La insistencia feminista en que amplias categorías de trabajo y trabajadoras no debían marginarse durante más tiempo de la historia de la clase obrera y en qué áreas fundamentales de la vida social no podían ser simplemente subsumidas en los términos analíticos que la clase proporcionaba, dañó cada vez más la integridad de la perspectiva materialista establecida. A las interrupciones y dificultades de género pronto se le añadirían las implicaciones de otras diferencias: raza, etnia, sexualidad, nación y región, espacio, generación, religión, etc. Todas las historiografías resultantes fueron acompañadas muy de cerca a lo largo de los años ochenta por la pluralización relacionada de los programas políticos progresistas, cuando a los movimientos de las mujeres se le unieron los movimientos pacifistas, los ecologismos, los radicalismos sexuales, las agitaciones antirracistas y el repertorio más amplio de la política de los nuevos movimientos sociales e identitarios. En todos estos sentidos, se abría una brecha entre el análisis centrado en la clase y las posibilidades políticas progresistas que con anterioridad solía explicar.

A finales de los años setenta, estas incertidumbres en aumento llegaron a alcanzar una dramatización considerable de formas diversas. La más poderosa de ellas (en retrospectiva) fue que el clima político público empezó a dar tumbos hacia la derecha, en formas que lastimaron y afectaron a las pautas acostumbradas de comentario y debate, creando un exceso de ira y ansiedad política que los puntos de vista políticos de clase disponibles no podían tratar fácilmente. El «otoño alemán» de 1977, un climaterio consternador de la inutilidad terrorista ultra-izquierdista y la respuesta represiva del Estado, fue uno de esos dramas que encontró su reflejo seis meses después en Italia con el espectáculo del secuestro y asesinato de Aldo Moro. Ambos sucesos fueron indicaciones de una grave dificultad para cualquiera que confiara en la capacidad de alcance de la explicación materialista habitual. La política se dirigía más allá del alcance del materialismo y de sus supuestos analíticos de clase. Fue entonces cuando, en Gran Bretaña, el endurecimiento de la militancia en el lugar de trabajo, la radicalización del activismo basado en la comunidad y el fortalecimiento de la izquierda dentro del Partido Laborista, fue-

ron superados por el resultado electoral de 1979. La polarización de la vida política británica bajo los auspicios del thatcherismo entre 1975 y 1983 empezó a concentrar las energías para un asalto político a la entera infraestructura de identificaciones democrático-populares basadas en la clase que la visión thompsoniana había presupuesto de manera tan optimista.

En otras palabras, apenas había empezado a consolidarse una joven generación de historiadores fuertemente influidos por Thompson, cuando cambió de manera abrupta la coyuntura política del momento. En la Gran Bretaña de los años setenta, con la radicalización de la militancia obrera, el crecimiento en influencia de los sindicatos, la izquierda mucho más fuerte en apariencia en el Partido Laborista, y el flujo de nuevos radicalismos desde 1968, el análisis de clase parecía haber ofrecido una vía de futuro, añadiendo los triunfos socialdemócratas establecidos de posguerra y las fortalecidas libertades civiles de los años sesenta, mientras hacía recuento de los signos de un conflicto social que reaparecía en una narrativa política de oposición con cierta capacidad persuasiva. Pero recuerdo bien el cambio de esa lectura más optimista de la crisis social a un modo de molesto presentimiento. En 1977-1978, la New Right creció con confianza en los emergentes tonos neomacartistas de su retórica, movilizando el lenguaje de la «libertad» contra la disidencia, agudizando su hostilidad contra los sindicatos, y jugando la carta de la raza de una ira populista contra la inmigración.

Recuerdo vivamente dos episodios en concreto. En septiembre de 1977, junto a varios cientos de representantes de las diferentes publicaciones periódicas izquierdistas que entonces proliferaban a través de las disciplinas y profesiones asociadas, fui a una conferencia titulada «El trabajo intelectual de la izquierda» en el Center for Contemporary Cultural Studies de Birmingham. El día estaba dividido en sesiones análogas bajo dos temas globales —«Problemas de ideología» y «Problemas del trabajo intelectual de la izquierda»— pero el acontecimiento estuvo dominado, al final, en la última sesión, por un debate nervioso, lo cual era comprensible, y a veces crispado de la recentísima publicación del llamado Informe Gould, el último de la colección Black Papers on Education, que había encabezado el contraataque derechista contra la educación progresista. Titulado *The Attack on Higher Education: Marxist and Radical Penetration* (El ataque a la educación universitaria: penetración marxista y radical) y dirigido por el sociólogo conservador Julius Gould, este estudio de los marxistas en las universidades añadía listas de participantes a las conferencias izquierdistas de varios tipos, si no con la intención de una lista

negra, si entonces con el propósito de infundir miedo.⁸⁹ Varios meses después, hablé en un encuentro público en Cambridge sobre el tema del *Berufsverbot*, que ya había dañado las libertades civiles en Alemania occidental de la manera que Gould estaba ahora dando a entender para Gran Bretaña.⁹⁰ La sensación de que ciertas oportunidades experimentaban una contracción —de la política reduciéndose alrededor de necesidades más limitadas y defensivas— flotaba en el aire. Ambas ocasiones presagiaban un clima político muy diferente, en el que los tonos y los términos dominantes serían establecidos por la derecha.⁹¹

En efecto, la clase estaba debilitándose en su capacidad persuasiva como concepto maestro. A mediados de los años ochenta, las líneas de batalla estaban trazándose muy agriamente, con los revisionistas más directos en medio de la generación de historiadores sociales que hacían un llamamiento al descarte rotundo del viejo punto de vista materialista, mientras sus acérrimos defensores acusaban a los primeros de reincidencia y traición. Haciendo frente a tal polaridad, muchos historiadores sociales no se encontraron exactamente «en el medio», porque esa frase normalmente implica una moderación o un tipo de confusión esquivada y comprometedor, una discapacidad ante la dificultad o la reticencia a adoptar una actitud. Mi recuerdo de esos años es bastante diferente. Por molestos que fueran los impedimentos de la política, las indudables decepciones podían traducirse también en una incertidumbre productiva, en una buena disposición a pensar detenidamente en las cosas difíciles. El recurso cada vez menor del viejo materialismo explicativo abrió un espacio de fructífera indeterminación, en la que otros tipos de pensamiento podrían crecer. Al tiempo que era desafiada la soberanía de lo social, otras reivindicaciones podían ser suscitadas.

Mientras tanto, desde luego, los historiadores sociales seguían ocupados en su propio trabajo mientras lanzaban revistas, levantando instituciones y sacando provecho, en general, de todo el impulso del momento. En julio de 1978, de vuelta a la escena histórica alemana, fui a la Universi-

⁸⁹ Véase Julius Gould, *The Attack on Higher Education: Marxist and Radical Penetration*, Londres, Institute for the Study of Conflict, 1977. El congreso de Birmingham tuvo lugar el 17 de septiembre de 1977.

⁹⁰ Presidido por Raymond Williams en el King's College, Cambridge, el 23 de febrero de 1978, este encuentro se convocó para protestar por la política de *Berufsverbot* en Alemania occidental y para crear una sección en Cambridge de la «Campaña por la libertad académica y la democracia».

⁹¹ Para análisis contemporáneos que fueron decisivos para mí en aquel momento, véase Stuart Hall, «Living with the Crisis» y «The Great Moving Right Show» (orig. pub. en 1978), en *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Londres, Verso, 1988, pp. 19-38, 39-56.

dad de East Anglia en Norwich para el primer encuentro del Research Seminar Group sobre historia social alemana, organizado por Richard Evans (nacido en 1947). Diez de estos talleres tuvieron lugar finalmente hasta 1986, que condujeron a la edición de siete volúmenes de ensayos cuyos temas —la familia, la clase obrera, la religión, la sociedad campesina, desempleo, los bajos fondos y la burguesía— abarcaban con precisión los nuevos terrenos de la historia social que se había ido recopilando a lo largo de los años setenta.⁹² El objetivo era presentar la nueva investigación desde el mundo germanófilo y anglosajón en un espíritu de colaboración y debate. Sucedió que las conexiones principales del seminario con Alemania vadearon tanto los centros de partisanismo en pro de la historia de la ciencia social como los círculos emergentes de *Alltagshistoriker* (historiadores de la vida cotidiana),⁹³ y la historia alemana de las mujeres tampoco estaba particularmente presente. El componente generacional estaba muy claro: con la excepción del contingente de Alemania del Este para el volumen sobre la sociedad rural, casi todos los participantes habían nacido en los años cuarenta, la mayoría de ellos después de la Segunda Guerra Mundial. Los encuentros del grupo fueron decisivos al permitir que la comunidad británica de historiadores de historia alemana formase una unidad.

De la forma en que los recuerdo, los primeros debates del grupo expresaron todo el sentido de descubrimiento y ambición tan esencial para

⁹² Véase Richard J. Evans y W.R. Lee (eds.), *The German Family: Essays on the Social History of the Family in Nineteenth- and Twentieth-Century Germany*, Londres, Croom Helm, 1981; Richard J. Evans (ed.), *The German Working Class, 1888-1933: The Politics of Everyday Life*, Londres, Croom Helm, 1982, y «Religion and Society in Germany», número especial de *European Studies Review*, n.º 13 (1982); Richard J. Evans y W.R. Lee (eds.), *The German Peasantry: Conflict and Community in Rural Society from the Eighteenth to the Twentieth Centuries*, Londres, Croom Helm, 1986; Richard J. Evans y Dick Geary (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich*, Londres, Croom Helm, 1987; Richard J. Evans (ed.), *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History*, Londres, Routledge, 1988; David Blackburn y Richard J. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century*, Londres, Routledge, 1991.

⁹³ Compárese, por ejemplo, el volumen de Norwich dirigido por Evans y Lee sobre *The German Peasantry* y el volumen análogo igualmente valioso dirigido por Robert G. Moeller, *Peasants and Lords in Modern Germany: Recent Studies in Agricultural History*, Londres, Allen and Unwin, 1986. Mientras el primero obtiene sus colaboradores tanto de Alemania del Este como de la occidental y, en términos disciplinarios, tanto de la etnología y los «estudios culturales empíricos» como de la historia per se, el volumen de Moeller se sirve sólo de los alemanes occidentales de Bielefeld. Asimismo, a pesar del subtítulo, el volumen de Richard J. Evans *The German Working Class* fue sorprendentemente poco activo en la energía y posibilidades emergentes del *Alltagsgeschichte* (véase de manera especial la «Introduction: The Sociological Interpretation of German Labour History» de Evans, pp. 31-33).

las ilusiones de la historia social del momento.⁹⁴ Pero también ofrecieron una instantánea de los cambios que acabo de describir. Inducido por los debates sobre la historia de la familia en el primer encuentro del seminario, escribí una ponencia arguyendo por qué su tema debía ser central en el siguiente encuentro, en enero de 1979, sobre la historia de la clase obrera. Mis objetivos eran, sin duda, políticos. Pasé gran parte de ese tiempo formándome en la teoría feminista (con toda la severidad que la cultura de «grupo de lectura» de esos años prescribía), centrándome especialmente en las críticas de la familia y el trabajo doméstico pero también en las teorías de la «subjetividad sexuada», los primeros préstamos del psicoanálisis lacaniano y las ideas de Michel Foucault. En cualquier caso, la relación de la política con la historia permanecía como algo indivisible. El punto nodal en cuestión en tales discusiones era cumplir con la reivindicación totalizante de la historia social; su ambición para integrar diferentes tipos de análisis en una historia común de la sociedad. Quería demostrar que si aceptábamos seriamente este cargo, los nuevos especialismos identificados con el dominio de la historia social no podían abandonarse a su suerte. Una vez reunidos, iluminarían las cuestiones más amplias de política e ideología a las que aún queríamos dedicarnos.

Sin embargo, el eje de la integración para los historiadores radicales estaba a punto de cambiar. La teoría feminista, por ejemplo, se apartó rápidamente de la terminología marxista de la opresión material de las mujeres bajo el capitalismo —con su lenguaje de patriarcado, trabajo doméstico, reproducción social y división sexual del trabajo— hacia teorías de la subjetividad vivida que se centraban en el lenguaje e influidas por el psicoanálisis, el postestructuralismo y la deconstrucción literaria. La intencionada colaboración de «feminismo y materialismo» iba del «infeliz matrimonio de marxismo y feminismo» al divorcio previsible.⁹⁵ Desde los años sesenta, en cualquier caso, las feministas habían problematizado sistemáticamente el viejo pensamiento de «base y superestructura», y muchas rompieron ahora completamente con el marco materialista. Al

⁹⁴ Emigré a los Estados Unidos en el verano de 1979 y personalmente me ausenté de la mayoría de los encuentros posteriores del grupo. Para el sabor que desprendían las dos primeras sesiones, véase David F. Crew y Eve Rosenhaft, «SSRC Research Group on Modern German Social History, First Meeting, History of the Family, U.E.A., Norwich, 7-8 julio 1978», en *Social History*, n.º 4 (1979), pp. 103-109; Geoff Eley y Keith Nield, «Why Does Social History Ignore Politics?», en *Social History*, n.º 5 (1980), pp. 249-271 (para un comentario sobre los debates del segundo encuentro, que tuvo lugar los días 12 y 13 de enero de 1979).

⁹⁵ Las alusiones son al volumen dirigido por Annette Kuhn y AnneMarie Wolpe, *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production*, Londres, Routledge, 1978, y Heidi Hartmann, «The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progressive Union», en *Capital and Class*, n.º 8 (1979), pp. 1-33.

hacer esto, a la vez, respondieron a y establecieron el nivel de una crisis más general del pensamiento materialista. Mi ponencia de 1979 sigue siendo indicio de la confianza anterior, yendo en busca del ideal de un análisis totalizante justo cuando empezaba a venirse abajo. Es una de las pocas ponencias importantes que he escrito que no llegó nunca a la imprenta. Ahí está en mi cajón, casi un cuarto de siglo después, como los restos voluminosos y exóticos de un naufragio, encallados por una ola especialmente grande y poderosa que alcanzó de manera impresionante su punto más alto y luego rompió.

TIM MASON

Tim Mason (1940-1990) fue el principal historiador social del III Reich en los años setenta. Autor de una monumental tesis leída en Oxford en 1971 sobre las políticas nazis con respecto a la clase obrera, fue conocido por sus brillantes ensayos y por un volumen impresionante de documentación y un análisis que lo acompañaba, tan extenso como un libro, sobre la creación del sistema nazi. Para mi generación, la de historiadores especializados en historia alemana, fue una presencia estimulante e inolvidable. Fue de los primeros en utilizar la historia social del III Reich basada en archivos desde una neta posición de erudición políticamente comprometida. Marxista independiente animado por el ejemplo de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, personificó la mejor historia social producida en la tradición thompsoniana. Con veintitrés años cuando se publicó *La formación*, se formó en la característica cultura político-intelectual creada por los historiadores marxistas británicos, convirtiéndose en director adjunto de *Past and Present* entre 1967-1970 y fue miembro del consejo editorial hasta 1971. Íntimo amigo y colaborador de Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones, Mason se convirtió después en un miembro clave del colectivo que lanzó la *History Workshop Journal* a mediados de los años setenta.

Al tiempo que creía apasionadamente en el propósito político-moral de la historia, Mason estableció los más altos criterios de meticulosa investigación empírica. Nunca estuvo dispuesto a sacrificar las complejidades de la interpretación del registro documental por las exigencias de la teoría o por el imperativo moral antinazi. De este modo, cuando los conservadores de Alemania occidental empezaron a acusar a los historiadores sociales de «trivializar» el nazismo al permitir que sus complejas explicaciones eliminaran ciertas cuestiones de responsabilidad individual y la necesidad de condena moral, Mason rechazó con razón esa acusación. Res-

pondió que «[c]omplejos razonamientos históricos no son indiferentes a cuestiones morales sólo porque sean complejos». Los imperativos éticos implicados por el hecho de trabajar el nazismo nunca podían absolver a los historiadores de otros tipos de dificultad. De hecho, argumentó, «[s]i los historiadores tienen una responsabilidad pública, si odiar es parte de su método y advertir parte de su cometido, es necesario que odien con gran precisión».⁹⁶

Mason fue uno de los primeros en abordar la cuestión de la resistencia de la clase obrera contra el nazismo al ir más allá del enfoque abiertamente celebratorio o heroico tan familiar en la historiografía comunista ortodoxa de la RDA. Asimismo, su análisis difería de los puntos de vista dominantes en Occidente, que se habían adherido de manera obsesiva a la oposición aristocrática y militar vinculada a la conspiración de julio de 1944 contra Hitler. Mirando más allá de la valiente, pero en última instancia aislada, resistencia de los ilegales movimientos clandestinos comunista y socialdemócrata, Mason preguntó de qué otra forma podría conceptualizarse la disidencia de los trabajadores bajo circunstancias en las que las formas habituales de organización colectiva habían sido rechazadas: «¿En qué sentido puede hablarse de conflicto de clase en una situación en la que la clase ha sido privada de la posibilidad de organizarse a sí misma y de educarse políticamente a sí misma?».⁹⁷ Ésta era una estimulante novedad en sí misma. Estudiando un momento en el que la libertad popular parecía haber sido eliminada de la manera más violenta y exhaustiva, Mason buscó restaurar la agencia de la clase obrera. Su trabajo confirmó la necesidad de hacer historia social incluso donde las formas convencionales de historia política, militar, biográfica y otras formas relacionadas estaban establecidas firmemente. Confirmó ciertos compromisos básicos marxistas al retornar la historia al estudio de la clase obrera alemana bajo el III Reich. Confirmó ciertos valores del humanismo socialista tal como se aparecían a la New Left británica a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

Para aquellos que empezaban a ser historiadores sobre Alemania en aquel momento, el trabajo de Mason fue un apoyo inestimable. Lo leí por primera vez en mi último año en la *grammar school* (escuela de secundaria), en 1966. Aprendiendo historia a través de una serie de polémicas del

⁹⁶ Tim Mason, «Intention and Explanation: A Current Controversy about the Interpretation of National Socialism», en Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class*, ed. Jane Caplan, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 230.

⁹⁷ Tim Mason, «The Workers' Opposition in Nazi Germany», en *History Workshop Journal*, n.º 11 (primavera 1981), p. 121.

momento y tomando como modelo a A.J.P. Taylor, lei los ensayos de Mason en *Past and Present* «Some Origins of the Second World War» y «Labour in the Third Reich, 1933-1939» e inmediatamente descubri nuevas formas de plantear las cuestiones pertinentes.⁹⁸ Nunca me dio clases mientras fui estudiante en Oxford ni trabajé en su mismo periodo o campo, pero su presencia fue un elemento indispensable para los estudiantes universitarios de historia militantes activos de izquierdas. El Seminario de Historia Social que organizó en el St. Antony's College con Joaquín Romero Maura, Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones fue un modelo de historia alternativa en una universidad cuyo currículo oficial ofrecía tan poco. Abrió nuevas posibilidades a formas diferentes de hacer historia. Cuando yo organicé un seminario similar en Cambridge en 1975, tuve muy presente este ideal. Tim Mason fue un modelo de erudición crítica y comprometida. Trabajó en un campo en el que ser historiador realmente importaba, en el que podían ser abordadas las cuestiones importantes que nos ocupaban a muchos de nosotros a finales de los años sesenta y podían ser tratadas abiertamente. Una nota necrológica lo llamó «cometa entre sus contemporáneos».⁹⁹ Para mí, fue una estrella polar.

En cierto sentido fundamental, el nazismo llevó a muchos de nosotros a estudiar la historia alemana. Era el siniestro secreto que la historia podía capacitarnos a desvelar. Cobijaba nuestros pensamientos y conversaciones, fueran cuales fueran nuestros periodos y temas concretos. Nos encontramos recurrentemente allí todo el tiempo: haciendo frente a sus grotescas atrocidades morales, remitiéndolo a la explicación social, ubicándolo en el más largo pasado alemán, rastreando los fracasos de la izquierda y la inutilidad de la oposición, y dándole vueltas a aquello que exactamente había llevado a Alemania al III Reich. Nadie hizo más que Mason para ayudar a clarificar esas cuestiones. Fue uno de los primeros de la izquierda en coger el toro por los cuernos de la autonomía de la política y en aflojar el nexo causal del nazismo y la economía lo suficiente como para permitir que los vínculos y las mediaciones aparecieran de

⁹⁸ Véase Tim Mason, «Some Origins of the Second World War», en *Past and Present*, n.º 29 (diciembre 1964), pp. 67-87, reimpreso en *Nazism, Fascism, and the Working Class*, pp. 33-52; «Labour in the Third Reich, 1933-1939», en *Past and Present*, n.º 33 (1966), pp. 112-141. El trabajo de Mason era aquí una compleja crítica a la mediocre obra de Taylor, *The Origins of the Second World War*, Londres, Hamish Hamilton, 1961 (hay traducción española, *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Caralt, 1963). De Taylor me había atraído su tendencia a la controversia, su radicalismo en contra del sistema y su concisión general de estilo. Fue conocido como «el hombre al que le gustaba provocar» (A.J.P. Taylor, *A Personal History*, Londres, Hodder and Stoughton, 1984).

⁹⁹ Anne Summers, «Appreciation: Tim Mason. Growing the New History», en *The Guardian*, 13 marzo 1990.

mejor manera.¹⁰⁰ Fue el primero en reformular las cuestiones de la resistencia y reacomodación de los sectores populares que motivaron el mejor trabajo de historia social sobre el III Reich. Mientras sus coetáneos escondían firmemente la cabeza en la arena, él insistía en que la historia de las mujeres se tomara en serio.¹⁰¹ En el último periodo de su vida, empezó a comparar el nazismo con el fascismo italiano.¹⁰²

Más que nadie, Mason volvió vulnerable el nazismo a la historia social; no al «normalizarlo» en un tema como todos los demás (despojando a la ideología nazi de su horror o al terror nazi de su brutalidad), sino al demostrar tan cuidadosamente como fuera posible de qué forma el nazismo permanecía sujeto a las determinaciones sociales. Insistió en el contexto político de clase de la aparición del nazismo, sus orígenes en el campo del conflicto definidos por la Revolución alemana de 1918 y la polarizada cultura política de la República de Weimar. El nazismo, argumentó, en un principio, era sobre todo algo dedicado a la destrucción del movimiento de la clase obrera en Alemania. Cualquier otra cosa que pudiera haber sido —y él siempre supo que fue mucho más— el nazismo tuvo al antisocialismo inscrito en su mismo centro. Todo lo demás —desde las modalidades políticas de la recuperación económica hasta la ideología determinada por criterios de raza del *Volksgemeinschaft* (la comunidad de la raza-nación-pueblo), la ofensiva hacia el este y la dinámica de la Solución Final— nacían de los actos de violencia fundadores del régimen. Para producir la libertad de acción del régimen, las fuerzas de la democracia organizadas en torno al movimiento obrero tuvieron que ser arrancadas de raíz y destruidas.

Los historiadores sociales, como Mason, eran muy escépticos con respecto a la eficacia de la ideología nazi. Mason reivindicó que los trabaja-

¹⁰⁰ También estaba virtualmente solo en el hecho de engranar de manera seria con la erudición de Alemania del Este de los años sesenta. Véase, en especial, Tim Mason, «The Primacy of Politics: Politics and Economics in National Socialist Germany», en Stuart J. Woolf (ed.), *The Nature of Fascism*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968, pp. 165-195 (hay traducción española, en *La naturaleza del fascismo*, México, Grijalbo, 1974), reimpreso en Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class*, pp. 53-76.

¹⁰¹ Véase Tim Mason, «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare, and Work», partes 1 y 2, en *History Workshop Journal*, n.º 1 (primavera 1976), pp. 74-113, y n.º 2 (otoño 1976), pp. 5-32, reimpreso en Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class*, pp. 131-212. Este ensayo de naturaleza fundante en su campo de estudios tuvo su origen, memorablemente, en el séptimo *History Workshop Annual*, «Women in History», que tuvo lugar en el Ruskin College, Oxford, los días 4-6 de mayo de 1973.

¹⁰² Véase Tim Mason, «The Great Economic History Show», en *History Workshop Journal*, n.º 21 (primavera 1986), pp. 3-35; «Italy and Modernization», en *History Workshop Journal*, n.º 25 (primavera 1988), pp. 127-147; «The Turin Strikes of March 1943», en Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class*, pp. 274-294.

dores alemanes, poco representados en las filas nazis antes de 1933 pero sólidos en sus filiaciones comunista y socialdemócrata, demostraron una resistencia relativa al mensaje político nazi. Argumentó que, incluso después de la destrucción violenta del movimiento obrero en 1933, el régimen sólo pudo ejercer su control político en ciertos límites prácticos, frustrados por la fuerte conciencia de clase, residual y defensiva, de los trabajadores. De hecho, las posibilidades del conflicto de clase siguieron siendo estructurales y endémicas incluso bajo el III Reich, un rasgo permanente e irreducible de la vida social bajo el capitalismo, que daba a la cultura de la clase obrera una impenetrabilidad e impermeabilidad a ciertos tipos de persuasión ideológica, que ni la represión de los nazis ni sus ofensivas de propaganda pudieron penetrar o eliminar completamente.

Mason puso especial cuidado en distinguir entre, por una parte, la resistencia política de los movimientos obreros clandestinos ilegales comunista y socialdemócrata, que estuvieron aislados de la posibilidad de un apoyo masivo, y, por otra, la lenta reaparición del conflicto de clase en la industria, que denominó «oposición» de los trabajadores. Coaccionado y privado de su legal representación histórica, la masa de trabajadores corrientes aceptó pragmáticamente la consecución de mejoras materiales del III Reich, sugirió Mason, mientras todavía se negaban a conceder su lealtad activa. Pero esa «oposición» era esencialmente no política. Era un rechazo silencioso del mensaje ideológico del régimen, una negación del consenso activo, tanto al retirarse a la seguridad relativa de la vida privada o al aferrarse a un interés propio definido en términos económicos. Los recursos residuales de la cultura de clase obrera mantuvieron a raya toda la exigente voracidad del III Reich. Aunque la «oposición de los trabajadores» planteó grandes problemas para el régimen entre 1936-1940, lo hizo, según el punto de vista de Mason, sin ningún desafío político explícito: «Se manifestaba a través de huelgas espontáneas, a través del ejercicio de la presión colectiva sobre los patrones y las organizaciones nazis, a través de los más variados actos de desafío contra las reglas del lugar de trabajo y los decretos del gobierno, a través de la disminución del ritmo de la producción, el absentismo, las bajas por enfermedad, muestras de descontento, etc.». ¹⁰³

Las historias sociales más influyentes de los años setenta siguieron alguna versión de la lógica de Mason. En la obra de Martin Broszat, el decano de los historiadores del III Reich dentro de la misma Alemania occidental, el análogo al concepto de «oposición» de Mason fue la idea

¹⁰³ Mason, «Workers' Opposition», p. 120.

más delimitada de *Resistenz*. Broszat utilizó este término para captar no las formas de una auténtica oposición traducida o desplazada cuyas acciones frustraron los objetivos fundamentales del régimen, como Mason trató de sugerir, sino, más bien, una categoría de comportamientos que sólo ejercieron un efecto restrictivo sobre su ambición totalizante.¹⁰⁴ Aunque las implicaciones no fueron menores. Las excelentes historias sociales publicadas bajo los auspicios del Proyecto Baviera de Broszat entre 1977-1983 tuvieron el efecto de desplazar la atención lejos del fracasado complot de asesinato de julio de 1944, que durante mucho tiempo había monopolizado las percepciones de la Resistencia alemana, y centrarla en su lugar en el nivel de la vida cotidiana. Broszat y sus colegas insistieron en que la eficacia del sistema de gobierno del III Reich necesitaba ser juzgada a través de las experiencias de los ciudadanos corrientes, a quienes les faltaban los recursos de conspiración, los privilegios sociales y los lenguajes de heroísmo ético disponible para los participantes exclusivos en el complot de julio pero que hicieron frente a no menores graves dilemas morales y prácticos en sus vidas laborales, sociales y familiares. Broszat y sus colegas reivindicaron que una idea más sutil de resistencia como el inconformismo o la no permeabilidad nos permitiría captar esas realidades cotidianas de la vida social de una manera mucho más efectiva. Nos demostraría «cómo se comportaba la gente durante la dictadura nazi, cómo se comprometieron con el régimen pero también dónde no toleraron —algunas veces con éxito— los intentos de interferencia, penetración y control del régimen».¹⁰⁵

¹⁰⁴ La discusión se complica aquí por las dificultades de traducción. La palabra alemana habitual para «resistencia» en el sentido de un movimiento clandestino ilegal es *Widerstand*, que, después de 1945, implicaba connotaciones de compromiso ético y preparación organizada vinculados, inseparablemente, al mito del complot de asesinato de julio de 1944. El concepto de Broszat de *Resistenz* (que se distinguía de forma explícita de *Widerstand*) tomaba sus significados de la medicina y la física, sugiriendo elementos de «inmunidad» o una capacidad compensatoria para obstaculizar el flujo de una corriente. Se refería a aquellos elementos de la vida social (acciones, prácticas, estructuras, relaciones) «que limitan la penetración del nazismo y que bloquean su total demanda de poder y control» (Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, 4.^a ed., Londres, Arnold, 2000, p. 194, hay traducción española, *La dictadura nazi, problemas y perspectivas de investigación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005).

¹⁰⁵ Kershaw, *Nazi Dictatorship*, p. 204. En la exposición de Kershaw, la resistencia «abarca todas las formas de rechazo limitado o parcial, fueran cuales fueran los motivos, de los aspectos específicos del gobierno nazi». Kershaw explicó: «En lugar de tratarse de imágenes en blanco y negro, la resistencia se representaba en matices de gris; como una parte de la realidad cotidiana de intentar adaptarse y enfrentarse a la vida en un régimen que afectaba prácticamente a todos los aspectos de la existencia diaria, planteando una reivindicación total sobre la sociedad, pero —como una consecuencia directa— encontrando numerosas obstrucciones y restricciones en su intento de justificar esta reivindicación» (p. 193). Kershaw mismo fue parte del Proyecto Baviera. Véase Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third*

Este enfoque restó importancia, visiblemente, al poder de la ideología nazi. Para expresarlo de otro modo, historiadores como Mason y Broszat reconocieron la complicidad en la práctica de la población corriente en el funcionamiento diario del régimen, sólo para contraponer esta complicidad contra la apatía de los trabajadores alemanes y la indiferencia práctica hacia las reivindicaciones ideológicas específicas de los nazis (su «oposición» o *Resistenz*). No fue una casualidad que el énfasis de este trabajo estuviera en la izquierda. En un sentido complicado, el razonamiento sobre la no permeabilidad parecía empezar a ser una forma de honrar la integridad de la clase obrera alemana y su capacidad para mantener a los nazis a raya; en un sutil contrapunto al antifascismo autocelebratorio de los historiadores marxistas-leninistas de Alemania del Este, como un tipo de posición de repliegue una vez que habían sido admitidas las atormentadas e aisladas cualidades de los movimientos clandestinos comunista y socialdemócrata realmente existentes.¹⁰⁶

De hecho, Mason se inspiró mucho en la obra de Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Quiso rescatar el honor y la dignidad de la clase obrera alemana de la derrota y la humillación que les infligieron los nazis. Se acercó al nazismo con una categoría maestra subyacente de «sociedad» como guía, aunque aceptó la extensión de los apoyos sociales del Tercer Reich, quería preservar la existencia de esta «sociedad» como un dominio intacto y separable, como una fuente viable de agencia que, aunque limitada y con dificultades, aún permitió contener el impacto del nazismo. En ese sentido, la sociedad seguía siendo un recurso dañado pero recuperable. Su resistencia permitió el «efectivo rechazo, restricción y represión del gobierno NS o de sus reivindicaciones», cualesquiera que hubiesen sido los «motivos, razones o fuerzas» concretos de los individuos.¹⁰⁷ Mason también procedía de la consideración de la continuada soberanía del capitalismo alemán y de la primacía

Reich, 1933-1945, Oxford, 1983; nueva ed. 2002, y *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987 (hay traducción española, *El mito de Hitler: imagen y realidad en el tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2003).

¹⁰⁶ Véase también, especialmente, las obras de Detlev Peukert, *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933 bis 1945*, Wuppertal, 1980; *Ruhrarbeiter gegen den Faschismus: Dokumentation über den Widerstand im Ruhrgebiet 1933-1945*, Frankfurt del Meno, 1976; *Die Edelweisspiraten: Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich*, Colonia, 1980; *Inside Nazi Germany: Conformity and Opposition in Everyday Life*, New Haven, 1987.

¹⁰⁷ Martin Broszat, «Resistenz und Widerstand: Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts „Widerstand und Verfolgung in Bayern 1933-1945“», en Broszat, *Nach Hitler: Der schwierige Umgang mit unserer Geschichte: Beiträge von Martin Broszat*, ed. Hermann Graml y Klaus-Dietmar Henke, München, 1987, pp. 75-76.

de la clase como determinantes que conformaban y constreñían la capacidad de los nazis para alcanzar sus objetivos, con toda certeza en los años entre 1933 y 1939. Incluso durante la guerra, cuando la expansión militarista y el delirio racista de genocidio inundaba todo lo demás, la integridad del «contexto social», aunque maltratada y reducida, podía mantenerse todavía. De hecho, la gran ambición de Mason fue desarrollar un análisis general del gobierno nazi desde la base hacia arriba en ese sentido, derivando tanto su fuerza impulsora como sus restricciones continuadas de las dinámicas cambiantes del conflicto de clase y las relaciones de clase.

Éste fue el apogeo de las ambiciones de la historia social que emergían hacia los años setenta. Aunque, veinte años después, los historiadores alemanes casi han echado totalmente por la borda las sutiles y sumergidas formas en las que se preservaba la autonomía de la sociedad. Ahora se concentran, sin embargo, en demostrar cómo las bases del orden social fueron desorganizadas de forma exhaustiva y luego rehechas. Los diferentes grupos sociales podían haber conservado algunas defensas contra el mensaje ideológico específico del nazismo o haber protegido alguna privacidad remanente contra la coerción nazi, pero su comportamiento estaba influido de manera más insidiosa por el despliegue del discurso determinado por criterios de raza a través de todos los refugios y grietas de la vida normal. Además, esa hegemonía del pensamiento racial —a través de los grupos sociales, en múltiples escenarios de elaboración de la política y de la producción de conocimiento, en instituciones estatales y no estatales, en la cultura académica y popular— sólo podía ser captada a través del retorno al estudio de la ideología, que los historiadores sociales habían dejado categóricamente atrás. Ésta ha llegado a ser la nueva ortodoxia para los historiadores del nazismo, con independencia de las complejidades de la diferenciación social en el sentido anterior, de los años setenta.

De hecho, en el pensamiento de la mayoría de los historiadores del III Reich hoy en día ha desaparecido definitivamente la inmunidad que Mason atribuía a la clase obrera contra las influencias nazis. Actuando en connivencia en la explotación de la coaccionada mano de obra extranjera en la economía de guerra, llevando los uniformes del ejército genocida en el frente oriental o, por lo general, participando en los «buenos tiempos» de la época nazi desde mediados de los años treinta hasta 1942-1943, los trabajadores alemanes no pudieron alejarse más de las consecuencias del gobierno nazi que cualquier otro grupo. Su complicidad supuso, a continuación, que las consecuencias fueran estructurales, en el mercado de trabajo determinado por criterios de raza y en sus recompensas; consecuencias sociales, en los nuevos modelos de socialidad discriminatoria; o cul-

turales, en las nuevas costumbres y convenciones públicas y en sus sanciones.¹⁰⁸ Al considerar a la clase obrera como el antagonista principal del nazismo, Mason, además, había utilizado un marco global del fascismo para entender el régimen nazi, y eso, también, ha desaparecido: «Las teorías del fascismo han sido sustituidas por modelos de estado racial, en las que las categorías biológicas, más que las sociales, son preeminentes».¹⁰⁹ Como la principal categoría organizadora de la historiografía del III Reich, la «clase» es superada ahora por la «raza».

Estas nuevas pautas de pensamiento empezaron a desarrollarse a lo largo de los años ochenta, cuando Mason se alejaba poco a poco de los debates de los historiadores alemanes y volvía su atención hacia el fascismo italiano. El terreno de la historia social desde el que las mejores mentes habían intentado, desde los años sesenta, hacer frente a las atrocidades del nazismo –al principio poco a poco y luego con decisión– fue dejado atrás. Como el primer giro hacia la historia social, este cambio fue conformado por tendencias más generales de la disciplina, cuyo carácter forma el tema que es cuestión del capítulo IV de este libro. Entre los historiadores alemanes, estas tendencias incluían el impacto fundamental de la historia de las mujeres y el análisis de género: el extraordinario renacimiento de la *Alltagsgeschichte*; un interés creciente en la «política biológica», o en las historias de medicalización y racialización en el dominio de la política social; y –por último pero, sin duda, no por ello menos importante– la nueva centralidad del Holocausto por la que los historiadores alemanes empezaron a pensar sobre su campo.

¹⁰⁸ Véase, sobre todo, Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labour in Germany under the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998 (orig. pub. en alemán en 1986); Herbert (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und KZ-Häftlinge in Deutschland 1938-1945*, Essen, Klartext, 1991; Herbert, «Labour and Extermination: Economic Interest and the Primacy of Weltanschauung in National Socialism», en *Past and Present*, n.º 138 (febrero 1933), pp. 144-195.

¹⁰⁹ Mary Nolan, «Rationalization, Racism, and *Resistenz*: Recent Studies of Work and the Working Class in Nazi Germany», en *International Labor and Working-Class History*, n.º 48 (otoño 1995), p. 132. Otros estudios de la «racionalización» industrial subrayan las continuidades entre el III Reich e historias similares de los años veinte y cincuenta, de ese modo desplazando aún más a los trabajadores alemanes como agentes. Tal investigación acentúa su objetivización y pérdida de fuerza más que la posibilidad de asertividad que interesaba a Mason o el espacio para la modesta negociación expresada por la *Resistenz*. Véase especialmente Tilla Siegel, *Leistung und Lohn in der nationalsozialistischen «Ordnung der Arbeit»*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1989; Rüdiger Hachtmann, *Industriearbeit im «Dritten Reich»: Untersuchungen zu den Lohn- und Arbeitsbedingungen in Deutschland 1933-1945*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1989; Tilla Siegel y Thomas von Freyberg, *Industrielle Rationalisierung unter dem Nationalsozialismus*, Frankfurt del Meno, Campus, 1991; Dagmar Reese, Eve Rosenhaft, Carola Sachse y Tilla Siegel (eds.), *Rationale Beziehungen? Geschlechterverhältnisse im Rationalisierungsprozess*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1993.

Cada una de esas novedades trajo de vuelta a la ideología al centro mismo del debate. A lo largo de los años ochenta, los historiadores dejaron de estar principalmente interesados en los contextos sociales variables del nazismo en el sentido materialista o sociológico clásico, que, casi por definición, los había animado a dudar o relativizar la eficacia de las demandas ideológicas nazis. Se volvieron, en lugar de ello, hacia la exploración de las genealogías más profundas, más elaboradas y, a menudo, sumergidas de las grandes ideas del nazismo. Al hacerlo, no abandonaron tanto el compromiso subyacente de la historia social como intentaron construir innovaciones más allá a partir de sus logros. Retuvieron el escepticismo sobre hasta dónde podía llevarnos la exégesis continuada de «la visión del mundo de Hitler», en el sentido inmediato. Pero se concentraron en los escenarios de la sociedad más amplios donde podía encontrarse un pensamiento comprensivo con o conducente a las políticas nazis. Enfatizando la circulación práctica de estilos de pensamiento determinados por criterios de raza, examinaron la plasmación de los ideales nazis en el trato social básico de la vida cotidiana, en el comportamiento normal de las instituciones y en todos los más insidiosos tipos de difusión ideológica. Las poderosas implicaciones de este nuevo enfoque —que para cualquiera que se enfrentara a la difusión de la ideología nazi, había cada vez menos posibilidades de hallar un lugar seguro— empezó a corroer la creencia implícita por defecto de Mason en el dañado pero resistente carácter intacto de la sociedad y en la supervivencia de la clase obrera como una fuente continuada de agencia, el lugar desde el que podía empezar la «oposición».

Mason también se atuvo fervientemente a la creencia en las responsabilidades éticas de los historiadores, a la necesidad primordial de no perder de vista el panorama más amplio. Decididamente importaba dónde uno elegía terminar y empezar un relato histórico concreto, reflexionó. ¿Qué procesos o posibilidades se llevaron a término en 1945, y dónde podrían haber empezado? Incluso más importante, ¿cuán definitivo era el cierre? ¿Qué lecciones subsiguientes podría haber ahí? La importancia de estas cuestiones crecía si el relato permanecía inacabado.

El imperativo para valorar el todo es, sobre todo, un imperativo moral y político. El sufrimiento y la destrucción de la vida que el régimen nazi ocasionó fue a tan gran escala y de tal novedosa cualidad, que cualquier estudio de una parte de esta historia que no logre hacer frente a este hecho central debe, al menos por implicación, trivializar el todo. Si este estudio de la clase obrera en Alemania fuera una pieza de historia obrera en el sentido convencional, sería una evasiva intelectual, moral y política, por más precisa que fuera en detalle. Esta obli-

gación de intentar interpretar el todo a través de una de sus partes constitutivas no es, al final, diferente a aquella a la que se enfrentan todos los historiadores que trabajan todos los temas. Simplemente es mucho más obvio. Engastar una piedra pequeña, delicadamente pulida en un montón que un día pudiera transformarse en un mosaico es aquí una capitulación inequívoca. En cualquier otra parte esto es, simplemente, menos obviamente el caso.¹¹⁰

Desde este punto de vista, Mason había querido utilizar un estudio de la clase obrera para producir una historia general del III Reich; no a través de la presentación de un punto de vista «desde abajo», en el sentido de una perspectiva populista, sino como una forma de abrir la dialéctica tensa y conflictiva entre los objetivos que guiaban al régimen y su capacidad para apropiarse los recursos de la sociedad dividida en clases que era Alemania. De forma convincente, argumentó que distintas versiones de este dilema implícito —que implicaba la negociación, el concentrarse en y la contención de las tensiones políticas que resultaron de las intensas divisiones de clase del periodo— conformaron el terreno común de la historia política de la Europa de entreguerras. Aplicó una gran inventiva a la reconstrucción de la «historia de la insubordinación de la clase obrera» bajo el III Reich, oscilando «entre su representación como la expresión cuasi espontánea del conflicto de clase por una parte y, por otra, como el eco silencioso de las tradiciones de militancia política de la clase obrera que incluso los nazis fueron incapaces de sofocar hasta el terror intensificado del régimen de entreguerras».¹¹¹ Hasta el final de su carrera, Mason mantuvo el punto de vista de que «el conflicto de clase seguiría siendo endémico en la Alemania nazi». Dada la brutal especificidad del dominio nazi, «que negó a la clase obrera sus propias organizaciones», las formas de ese conflicto de clase podían «sólo entenderse como un fenómeno difuso, dinámico, relacional (experiencia vivida)».¹¹² Las resonancias thompsonianas en este punto de vista están muy claras.

Pero el argumento más sólido de que «las relaciones de clase son el elemento constitutivo en la historia de los estados capitalistas industrializados», el deseo axiomático del historiador social marxista, fue abando-

¹¹⁰ Tim Mason, «Introduction to the English Edition», en *Social Policy in the Third Reich: The Working Class in the «National Community»*, ed. Jane Caplan, Providence, Berg, 1993, pp. 3-4.

¹¹¹ Jane Caplan, introducción a Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class*, p. 5.

¹¹² Tim Mason, epílogo a *Social Policy*, p. 285. El epílogo de noventa y cuatro páginas fue escrito entre 1988 y 1989, poco tiempo antes de que Mason muriera, entre once y doce años después de la publicación de la edición alemana original del libro.

nado.¹¹³ Alcanzar el reconocimiento de ello implicó la más profunda decepción. Los extremos de esa decepción también reflejaban una marcada cualidad de género porque el lento fracaso de las esperanzas invertidas en el análisis basado en la clase por los historiadores sociales iba a mostrarse mucho más desconcertante para los hombres que estaban en la izquierda que para las mujeres. Las feministas ya habían entendido, después de todo, las insuficiencias del pensamiento centrado en la clase, pero hicieron de la historia de las mujeres el terreno alternativo para mantener unidas la política y la historia. En ausencia de algo tan positivo que fuera comparable, las frustraciones y los fracasos adoptaron un registro emocional más doloroso, incluso donde los socialistas varones se estaban convirtiendo en feministas también, como el mismo Mason, efectivamente, hizo.¹¹⁴ A pesar de todo lo que Mason mostró sobre la centralidad del conflicto de clase para el pensamiento de la dirección nazi y para la dinámica de elaboración de la política en los años treinta, reconoció que para ciertos propósitos fundamentales, el marco analítico de clase simplemente no podía ser suficiente. De hecho, precisamente la violencia y atrocidades peores del nazismo —el proyecto genocida del Holocausto, que instó al historiador a no eludirlo nunca— sobrepasaron con mucho el alcance del historiador social.

Al final de su vida, Mason reflexionó de forma brillante y conmovedora sobre esta insuficiencia. En aspectos importantes, vio ahora que el argumento original que había intentado realizar sobre «la crisis trabada de las políticas nacionales y exteriores» en 1939 —la relación de la decisión de ir a la guerra con una supuesta crisis general del régimen— fallaba. En concreto, en contra de sus primeros pensamientos, las abundantes pruebas de descontento laboral no podían ser utilizadas para «indicar un descontento político a gran escala, escondido» de la clase obrera.

En el fondo [ese punto de vista] se apoyaba en la insostenible proposición de que una lealtad pasiva, latente, a las organizaciones de clase destruidas en 1933 aún se extendía en 1938-1939. Infravaloré mucho la desilusión y el fatalismo que las políticas de los partidos y los sin-

¹¹³ Mason, epílogo a *Social Policy*, p. 285.

¹¹⁴ La implicación central de Mason en el colectivo de los History Workshop influenció de forma vital su pensamiento a este respecto. En el número 13 (primavera 1982), *History Workshop Journal* se había puesto el nuevo nombre de «una revista de historiadores socialistas y feministas». Véase el editorial, «History Workshop Journal and Feminism». El mismo número incluía un artículo que subrayaba el cambio personal de Mason en esa dirección: Tim Mason, «Comrade and Lover: Rosa Luxemburg's Letters to Leo Jogiches», en *History Workshop Journal*, n.º 13 (primavera 1982), pp. 94-109. Le estoy agradecido a Frank Mort por impulsarme a enfatizar este punto.

dicatos causaron entre sus partidarios en 1933, y la despolitización que siguió al aplastamiento de las primeras oleadas de resistencia clandestina. Estudios locales más recientes y la investigación de historia oral subrayan [...] el grado al que algunos elementos de las actitudes nazis penetraron en la conciencia popular desde mediados de los años treinta en adelante.

Nunca renunció a sus argumentos sobre la seriedad de los dilemas en la elaboración de la política nazi a seguir en visperas de la guerra o su enraizamiento en disfunciones económicas y los descontentos populares asociados. Sin embargo, argumentó que «el rechazo de las políticas sociales y económicas nazis, donde éstas golpeaban los intereses materiales inmediatos de la gente, no implicaba *necesariamente* un rechazo camuflado del régimen en general, aunque tales rechazos parciales eran a menudo firmes y mantenidos».¹¹⁵

Las dudas más hirientes fueron provocadas por todo lo que implicaba la referencia de Mason a los «avances en la conciencia popular» por parte de los nazis. El mejor trabajo sobre el III Reich a lo largo de los años ochenta empezó explorando las historias de la complicidad popular, utilizando todavía los marcos de negociación y adaptación de Mason y Broszat, pero viendo ahora como tema principal la confabulación y la cooptación más que la «oposición» y la *Resistenz*. En los años noventa, tal trabajo estaba centrado de manera general en 1939-1945, cuando la esclavización masiva de la mano de obra extranjera en la economía de guerra sumado al servicio militar obligatorio de los trabajadores alemanes dentro del ejército genocida desorganizó de una vez por todas cualquier indicio que quedara de las antiguas solidaridades compensatorias del movimiento obrero. Incluso la resistencia cultural de clase de los trabajadores cuando se les dejaba por su cuenta, en las mutualidades del taller o al tomarse en serio el trabajo, presuponían formas de adaptación al poder ideológico del *Volksgemeinschaft*, tanto en sus dimensiones beneficiosas como coercitivas.¹¹⁶

¹¹⁵ Mason, epílogo a *Social Policy*, p. 316.

¹¹⁶ Véase, por ejemplo, Alf Lüdtke, «What Happened to the "Fiery Red Glow"? Workers' Experiences and German Fascism», en Lüdtke (ed.), *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 198-251; «The Appeal of Exterminating "Others": German Workers and the Limits of Resistance», en Michael Geyer y John W. Boyer (eds.), *Resistance against the Third Reich, 1933-1990*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, pp. 53-74. Véase también Adelheid von Saldern, «Victims or Perpetrators? Controversies about the Role of Women in the Nazi State», en David Crew (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres, Routledge, 1994, pp. 141-165; Atina Grossmann, «Feminist Debates about Women and National Socialism», en *Gender and History*, n.º 3 (1991), pp. 350-358.

Hacia finales de los años ochenta, Mason había abandonado su propósito original. Ya no creía que fuera posible «moverse hacia fuera desde el “área central” de las relaciones de clase hacia una historia social política potencialmente omniabarcadora del nazismo y del III Reich». Su trabajo terminaba en 1939, así sobre dos de los frentes más decisivos para una tal historia general (la alianza popular duradera del régimen durante los años de la guerra y su persecución del genocidio), no tenía nada que decir. Esto en parte vino de una elección emocional. Ante las horripilantes realidades del racismo biológico y de la exterminación genocida, Mason se sentía «emocionalmente, y de ahí intelectualmente paralizado»: éstos eran «hechos a los que no podía enfrentarme, y por lo tanto no podía entender y a los que no podía dar un lugar apropiado».¹¹⁷ En realidad, reflexionó muy intensamente sobre los significados de esta ausencia. Cuando, en su recapitulación final en un encuentro en 1988 en Filadelfia, describió el tema principal de la nueva investigación sobre el nazismo como «política biológica», era la primera vez que yo oía el argumento ahora tan familiar.¹¹⁸ Pero si «la política biológica criminal de toda clase» era de hecho «el gran legado del nacionalsocialismo», el punto de vista analítico basado en la clase de la historia social thompsoniana tenía claramente sus límites. Como Mason llegó a reconocer, «ninguna vía transparente» puede «ser trazada desde el conflicto de clase a los proyectos fundamentales del III Reich». Bajo el nazismo, de hecho, el «elemento constitutivo» no era en absoluto el capitalismo o sus relaciones de clase sino, por el contrario, el régimen político del III Reich mismo.¹¹⁹

En este sentido, el proyecto de Tim Mason de escribir un relato general basado en la clase de relación del nacionalsocialismo con la sociedad alemana fracasó. Su proyecto dio en un punto muerto, en un caso extremo y trágico de historia social materialista que tropezaba con sus límites. A principios de los años ochenta, Mason dudaba de su capacidad para dar un final a su libro. Dimitió de su puesto de profesor en Oxford y se trasladó a Italia en 1984, volviéndose hacia el estudio del fascismo italiano. Justo hasta el final, continuó publicando ensayos extraordinaria-

¹¹⁷ Mason, epílogo a *Social Policy*, pp. 275, 282-283.

¹¹⁸ Las actas de esta conferencia fueron editadas por Thomas Childers y Jane Caplan como *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holmes and Meier, 1993. Las reflexiones escritas de Mason en la conferencia —en «Whatever Happened to “Fascism”?», en *Radical History Review*, n.º 49 (1991), pp. 89-98, reimprimas como un apéndice a la obra de Childers y Caplan, *Reevaluating* (pp. 253-262) y en la de Mason, *Nazism, Fascism, and the Working Class* (pp. 323-331)—no reproducen esta particular centralidad de sus comentarios en el encuentro.

¹¹⁹ Mason, epílogo a *Social Policy*, p. 285.

mente importantes y sugerentes. Su último escrito sobre el nazismo sigue siendo uno de los mejores que tenemos. Pero nunca regresó a su *magnum opus*. De hecho, en marzo de 1990, tremendamente agobiado por un sentido de dificultad personal, erudita y política, se suicidó muy cuidadosa y deliberadamente, en una habitación de hotel durante un fin de semana en Roma.

IV. REFLEXIÓN

CRUZANDO EL ATLÁNTICO

Cuando me marché de Gran Bretaña hacia los Estados Unidos en el verano de 1979, pocas semanas después de la elección del gobierno conservador de Margaret Thatcher, el mundo podía estar cambiando pero los rumbos intelectuales parecían firmes. En perspectiva, podemos ver la sólida base del materialismo moviéndose a toda velocidad y desplazándose. Como he sugerido en el capítulo III, entre 1977-1978 y 1982-1983, personalidades tan influyentes como William Sewell y Gareth Stedman Jones estaban ya rompiendo filas aunque sin renegar de lo que les precedía. Sin duda alguna, muchos historiadores sociales no percibieron ninguna crisis en lo que estaban haciendo. El proceso de institucionalización, país por país, era aún reciente. En Gran Bretaña, por ejemplo, la recién establecida Sociedad de Historia Social y las nuevas revistas insignia de la emergente generación que tenía unos treinta y tantos, *Social History* y *History Workshop Journal*, todavía no tenían más de cuatro años de antigüedad.¹ A finales de los años setenta, las luchas en la disciplina por la

¹ Las tres iniciativas aparecieron en 1976. El grupo de doce personas que actuaba como colectivo editorial de *History Workshop Journal* era abiertamente socialista y feminista. Dos miembros actuaron como puente respecto a los momentos previos de la historia social británica de izquierdas: Raphael Samuel (1938-1996), miembro colegial del Grupo de Historiadores del Partido Comunista y espíritu impulsor en la primera Nueva Izquierda, y Tim Mason (1940-1990), director adjunto de *Past and Present* entre 1967-1971. Con un tercer miembro del colectivo, Gareth Stedman Jones (nacido en 1943), figura principal de la segunda Nueva Izquierda, convocaron el Seminario de Historia Social de Oxford a finales de los años sesenta. Anna Davin (nacida en 1940) y Sally Alexander (nacida en 1943) fueron fundadoras de la historia de las mujeres en Gran Bretaña. El colectivo estaba formado, en gran medida, por miembros de Oxford, comprendiendo ya fuera ex alumnos del no universitario y con patrocinio sindical Ruskin College (más Samuel, que dio clases allí) o historiadores académicos formados en Oxford. El miembro más joven tenía alrededor de veinticinco años; todos tenían menos de cuarenta. El consejo editorial de *Social History* era completamente académico pero menos dominado por Oxbridge y Londres y, generalmente, más variado en carácter, extendiéndose desde marxistas de varios tipos, a través de especialistas no marxistas en la historia de la política social y la historia de la educación, a historiadores fervientes de la ciencia social histórica. Mientras la mayo-

legitimidad de la historia social — en términos de contratación de personal, diseño de los currícula y formación de los estudiantes — no habían hecho más que empezar. La problematización del proyecto subyacente con renovados frentes de autocrítica, cuestionando los logros que seguían bajo disputa, difícilmente podía formar parte de la agenda.

Ciertamente existían quejas. He mencionado algunas de ellas a finales del capítulo III, entre las que se incluye un artículo de Elizabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese y otro de Stedman Jones, ambos publicados en 1976. Pero estas voces hablaban en nombre de la historia social y no en el sentido de querer suplantarla. Para los Genovese esto parecía implicar una forma reduccionista bastante cascarrabias de análisis marxista de clase basado en los intereses («¿quién domina a quién?») en una forma de provocación deliberada que anticipó la aparición futura de la efímera revista estadounidense *Marxist Perspectives*.² Por su parte, Stedman Jones urgía a los historiadores sociales a asumir con plena valentía sus convicciones, convirtiéndose en teóricos por derecho propio en vez de depender de los conceptos y las categorías de los sociólogos. Necesitaban escapar de esta dependencia en aras de un mayor y más confiado plano de consciencia.³ A finales de los años setenta, una versión extrema de estas demandas vio la luz, una furiosa jeremiada contra lo que su autor llamó una «demencia progresiva» en la disciplina. «Éste es realmente un mal momento para ser un historiador social», concluía el artículo de Tony Judt

ría de los miembros del consejo tenían alrededor de treinta años, unos pocos eran algo mayores, y el más joven tenía veintisiete años. En objetivos, propósitos, contenidos y colaboradores potenciales, las dos revistas compartieron muchas interconexiones. Por ejemplo, Tim Mason fue en principio reclutado para el consejo de *Social History* hasta que fue concebida *History Workshop Journal*, con lo que dejó la primera y fue sustituido como el historiador alemán (dijo la casualidad) por mí. La Sociedad de Historia Social fue una iniciativa directa para la profesionalización de la subdisciplina; de alguna manera girando en torno a Harold Perkin (1926-2004), que había sido tanto el primer profesor universitario (en Manchester en 1951) como el primer catedrático (en Lancaster en 1967) de historia social en las universidades británicas. Fue el autor de *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969, una temprana e influyente historia general escrita desde el punto de vista de la historia social.

² Elisabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese, «The Political Crisis of Social History: A Marxist Perspective», en *Journal of Social History*, n.º 10 (1976), pp. 205-220. *Marxist Perspectives* apareció en 1978 sobre una base de apoyo extremadamente amplia y elaborada, y a la que iban vinculadas grandes esperanzas. Esto permitió formas de diálogo entre los marxistas y los no marxistas en la profesión, no muy distintos, mutatis mutandis, de los propósitos de *Past and Present* en los años cincuenta. En un destacado acto de autoinmolación, dejó de publicarse después de nueve números, esencialmente destruida por sus creadores principales.

³ Gareth Stedman Jones, «From Historical Sociology to Theoretical History», en *British Journal of Sociology*, n.º 27 (1976), pp. 295-305. Véase también el editorial de Stedman Jones y Raphael Samuel, «Sociology and History» en el número inaugural de *History Workshop Journal* (n.º 1 [primavera 1976], pp. 6-8).

contra toda intuición que pudiese existir, desmintiendo el boyante momento de la disciplina en aquella época. Tras una amplia y dispersa denuncia dirigida realmente contra los historiadores estadounidenses que estudiaban la historia de Francia, Judt llamó «a la minoría de historiadores sociales que permanecen comprometidos con el propósito verdadero de la historia» a restaurar «la centralidad de la política». Sólo «volviendo a poner el énfasis en cada ocasión en la primacía de la política», insistía, podía una «historia de la sociedad» ser realmente reivindicada.⁴

Pero todo ello eran apelaciones a fin de mejorar la historia social, no para rechazarla. Al llegar a la Universidad de Michigan en el otoño de 1979, me uní a un departamento que, sin duda, estaba moviéndose en esta dirección. El compromiso del Departamento de Historia de Michigan con una ciencia social comparativa se enfrentaba como mucho a un cierto tipo de escepticismo de buen talante, más que a cierta obstinación o abierta hostilidad. La revista principal del departamento, *Comparative Studies in Society and History*, se editaba desde 1962; en un primer momento por la medievalista Sylvia Thrupp (1903-1997) y después por el especialista en la Europa del siglo XIX Raymond Grez (nacido en 1930). El departamento de Michigan daba por supuesto el intercambio intelectual a través de las fronteras geográficas y subdisciplinares más habituales. Valoraba en muy alto grado las historias no occidentales, un compromiso presente en el currículo bajo la rúbrica de «estudios comparados» y que contaba con el firme apoyo de la universidad para sus respectivas áreas de estudio. La reputación de Michigan en ciencias sociales, basada en el Instituto para la Investigación Social, también jugaba su papel. El principal centro para los historiadores sociales era el Centro para la Investigación de las Organizaciones Sociales, del Departamento de Sociología, donde prevalecía la figura de Charles Tilly (nacido en 1929). Dentro del Departamento de Historia en sí, en particular para los estudiantes ya licenciados y los docen-

⁴ Con «política», Judt quiere decir «los medios y propósitos por los que la sociedad civil se organiza y gobierna». Véase Tony Judt, «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», en *History Workshop Journal*, n.º 7 (primavera 1979), pp. 68, 88 y 89. El lenguaje inmoderado del debate hizo poco probable el debate constructivo entre los historiadores franceses colegas de Judt en Norteamérica. El artículo de Judt empezaba: «La historia social está sufriendo un caso severo de contaminación. El tema se ha convertido cada vez más en un lugar para la falta de rigor académico, para los historiadores faltos de ideas y de sutileza» (p. 67). Continuaba en el mismo tono: «[...] faltos de cualquier valor social o teórico [...] completa quiebra epistemológica [...] absurda [...] enfoque fundamentalmente nada académico [...] mediocridad [...] fe ciega [...] tonterías [...] sin rigor académico, estúpidos, o históricamente analfabetos [...] trabajo de baja calidad [...] la lenta estrangulación de la historia social». Estas frases se han tomado de las pp. 74, 75, 77, 78, 79, 81, 86, 88 y 89 respectivamente. Como Judt me reconoció cuando sugerí «el tema» de este artículo, la coincidencia de su publicación con mi llegada a Norteamérica se presta a una inducción interesante.

tes más jóvenes interesados en historia social, Louise Tilly (nacida en 1930) era el nombre más destacado. Como entorno departamental, la historia social cristalizó en el salón de los Tilly durante las noches de los domingos, donde se comía y se discutían textos. Pero el departamento de Historia en conjunto reflejaba completamente el clima que prevalecía en la disciplina: en unas elecciones ficticias sobre las preferencias del departamento, Marc Bloch emergió como el historiador más influyente de finales del siglo xx.

Al mismo tiempo, una sensación del grado de dificultad y de fermentación alcanzado —la conciencia cada vez mayor del amplio registro de nuevas ideas de las que poder ocuparse— ya estaba en marcha. Al finalizar la década de los ochenta, la fuente de desafíos más destacada con diferencia era el feminismo, en oposición a las cuestiones de raza/racismo, poscolonialismo/poscolonialidad, historias de la sexualidad y otros puntos de vista multiculturalistas e identitarios que aparecieron más tarde. Pero las ideas de Foucault estaban empezando a circular muy lentamente, al igual que las discusiones de teoría psicoanalítica, los cautelosos préstamos procedentes de la crítica literaria, el retardado subterfugio que supuso *Meta-historia* de Hayden White (publicada en 1973) y las influencias de la antropología cultural que iban más allá de los ensayos tempranos de Clifford Geertz.⁵ Para aquellos de nosotros que teníamos una vinculación con Gran Bretaña, Raymond Williams seguía siendo la figura central, como sucedió en el discurso de los estudios culturales que estaba alcanzando una configuración institucional más potente. Los ensayos de Stuart Hall estaban adquiriendo una resonancia cada vez mayor, al tiempo que el dis-

⁵ Al trabajar directamente en la historia en sí, Foucault ofreció a los historiadores un acceso más fácil al pensamiento postestructuralista que algunos otros teóricos (como Jacques Derrida). Asimismo, no fue casualidad que los estudios de situaciones y prácticas determinadas de Foucault —como el tratamiento de los locos, la práctica de la medicina y, especialmente, las formas cambiantes del castigo y el encarcelamiento— suscitaron más interés de los historiadores que de trabajos epistemológicos más puros. Las obras de Foucault *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason* (1965), *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception* (1973) y *Discipline and Punish: The Birth of the Prison* (1977) se incluían en la primera categoría; *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences* (1970) y *The Archaeology of Knowledge* (1972) se incluían en la segunda. Todas las obras de Foucault aquí citadas fueron publicadas por Pantheon en Nueva York (hay traducción española de: *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 1976; *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, México, Siglo XXI, 1966; *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1976; *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1973; *Arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1978). Véase también Hayden V. White, *Metahistory: The Historical Imagination of Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 (hay traducción española, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992); Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973 (hay traducción española, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987).

tintivo empuje «gramsciano» de estos debates británicos estaba aproximándose a su cenit. En todos estos contextos británicos, el tenor seguía siendo reconocidamente marxista. Pensando en una dimensión de mayor alcance, 1978 fue también el año de *Orientalismo* de Edward Said.⁶

Mirando hacia atrás, podemos ver un conjunto de elementos afines que se unen. Muy poco tiempo después de que llegara a Ann Arbor, Mick Taussig, que entonces estaba en el Departamento de Antropología de Michigan, sugirió que formáramos un grupo de debate de antropólogos e historiadores con los miembros más jóvenes del cuerpo docente y con estudiantes licenciados, que se reuniría debidamente de manera regular a lo largo de los dos años siguientes.⁷ Entre los profesores participantes se contaban mi colega en historia alemana Michael Geyer, que se fue a la Universidad de Chicago en 1986; Keith Hart, un antropólogo británico especializado en África oriental, que por aquel entonces estaba disfrutando de una estancia en el departamento de Michigan; el especialista en historia urbana de los EE.UU. Ferry McDonald que, como yo, acababa de llegar; y la especialista en historia de Cuba Rebecca Scott, que también se acababa de incorporar al Departamento de Historia y a la Michigan Society of Fellows. Entre los estudiantes ya licenciados se encontraban Friedrich Lenger, por entonces un becario Fullbright alemán y estudiante de doctorado en historia que ahora es docente en la Universidad de Gießen; la especialista en historia moderna de Francia Tessie Liu, que ahora da clases en Northwestern; y la historiadora rumana Irina Livezeanu, ahora docente en Pittsburgh. Nos fuimos turnando a la hora de presentar nuestros principales intereses e investigaciones, pero lo que más recuerdo es el aterrizaje exploratorio en una gran variedad de ámbitos con los que estaba muy poco familiarizado. Durante un tiempo, una sección local de MARHO, la Organización de Historiadores Radicales del Atlántico Medio, vinculada a la *Radical History Review*, floreció también en Ann Arbor, con su

⁶ Véase «Two Interviews with Raymond Williams», en *Red Shift*, n.º 2 (1977), pp. 12-17, y n.º 3 (1977), pp. 13-15 (*Red Shift* era una pequeña revista local producida por el Partido Comunista de Cambridge); Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977; Stuart Hall, «Living with the Crisis» y «The Great Moving Right Show» (ambos originariamente publicados en 1978), en *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Londres, Verso, 1988, pp. 19-38, 39-56; Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, Random House, 1978 (hay traducción española, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990). Para la recepción de Gramsci, véase David Forgacs, «Gramsci and Marxism in Britain», en *New Left Review*, n.º 176 (julio-agosto 1989), pp. 70-88; Geoff Eley, «Reading Gramsci in English: Observations on the Reception of Antonio Gramsci in the English-Speaking World, 1957-1982», en *European History Quarterly*, n.º 14 (1984), pp. 441-478.

⁷ Durante este tiempo, Taussig también dio un curso de antropología para graduados organizado en torno al *Making of the English Working Class* de Edward P. Thompson, Londres, Gollanz, 1963 (ed. en rústica, Harmondsworth, Penguin, 1968), y yo participé en esa clase.

columna vertebral asentada entre los docentes más jóvenes y los estudiantes ya licenciados en historia y cultura americanas. Una vez más, el principal interés estaba en la teoría de las diversas disciplinas.

El indicio de cambio más destacado que recuerdo nada más llegar a Estados Unidos fue un evento improvisado por Charles y Louise Tilly coincidiendo con el primer encuentro de la Asociación Norteamericana de Historia del Trabajo, que tuvo lugar en octubre de 1979 en la Wayne State University de Detroit. El encuentro atrajo a un gran número de jóvenes historiadores sociales, en su mayoría en la treintena, procedentes de todas partes del país, y los Tilly aprovecharon su presencia para escenificar un congreso de un día en Ann Arbor, para hacer un balance de por dónde andaban las cosas en historia social. Además de un destacado contingente de estudiantes licenciados y docentes de la propia Michigan, se encontraban entre los recién llegados James Cronin, un historiador del siglo xx británico; David Levine, un académico especialista en historia demográfica y social de la industrialización; Edward Shorter, cuyo centro de interés era la historia de la familia; y tres destacados historiadores especialistas en Francia pertenecientes a la generación más joven e intermedia, John Merriman, Joan Scott y William Sewell. Para facilitar la discusión, los Tilly propusieron una lectura en profundidad de los últimos artículos (antes mencionados) de los Genovese, de Stedman Jones y de Judt, además de un artículo en el que Lawrence Stone pasaba revista a las relaciones entre la historia y las ciencias sociales.⁸ Como tema central escogieron «¿Historia social: de dónde y adónde?».

La jornada se organizó en tres sesiones: «¿Ha fracasado la historia social?», «¿A qué elecciones nos enfrentamos?» y «¿Qué deberíamos hacer?». Se presentaron comunicaciones breves (de una página) en las que se fijaban las diversas posiciones. El motivo de los Tilly para el encuentro destacaba hasta qué punto las prácticas existentes en historia social estaban siendo categóricamente cuestionadas.

Quejas sobre lo burdo, lo arrogante o simplón de aquellos historiadores sociales que beben en gran medida de las ciencias sociales, han surgido en la disciplina histórica desde que los econométricos irrumpieron en el escenario historiográfico. Pero las críticas recientes contienen algunos elementos nuevos: un deseo de sustituir los análisis culturales y las perspectivas antropológicas por el perfil más incisivo de la

⁸ Fox-Genovese y Genovese, «Political Crisis»; Stedman Jones, «From Historical Sociology»; Judt, «Clown in Regal Purple»; Lawrence Stone, «History and the Social Sciences in the Twentieth Century», en Charles F. Delzell (ed.), *The Future of History*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1976, pp. 3-42.

sociología popularizada en los años sesenta, un creciente cuestionamiento de las fundamentaciones epistemológicas y las orientaciones políticas implícitas de la historia social, especialmente de la forma en la que se practica en Norteamérica y, en concreto, de la forma en la que está influida por las ciencias sociales; una tendencia existente entre historiadores que previamente habían presionado para conseguir un tipo de historia social riguroso y autónomo que desarrollara ciertas dudas sobre lo viable o lo deseable de ese programa.⁹

En aquel momento, lo que enseguida me chocó fue el silencio existente en torno al denominador común de los tres textos críticos que habían sido puestos en circulación previamente: su marxismo. En mi ponencia de una página hablaba de cómo veía el ascenso de «un marxismo mucho más lleno de confianza y autoconsciente» como la fuente real de las divisiones que existían en esos momentos. Mientras que el motivo del congreso implicaba la apostasía o la deserción de aquellos que con anterioridad habían apostado por un «tipo de historia social riguroso y autónomo», a mí me parecía que estas críticas marxistas estaban apelando a un «mayor rigor, una independencia más llena de confianza y una teoría mucho más consistente; esto es, a favor de una mayor y no una menor autonomía». Lejos de los «análisis culturales y perspectivas antropológicas» que se estaban incorporando, estas perspectivas eran constitutivas, desde antiguo, del tipo de historia social habilitada por Edward Thompson y otros historiadores marxistas británicos, pero que no habían sido englobadas en el paradigma de ciencia social de los Tilly. De hecho, dudaba de si era posible que estas polémicas recientes apuntaran a una crisis general. Más bien, describían «un campo de desacuerdo *interno*» entre los historiadores sociales, no dirigido contra la historia social en sí sino hacia las visio-

⁹ Louise y Chuck Tilly, «To Prospective Participants in a Discussion of "Whence and Whither Social History?"», Center for Research on Social Organization de la Universidad de Michigan, 7 octubre 1979. El congreso se reunió el 21 de octubre de 1979. Estoy citando de mi propio archivo sobre la materia. La reflexión sobre el impacto de los especialistas en economía se refería, en concreto, a la enorme polémica provocada a mediados de los años setenta por la publicación de la obra de Robert William Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Boston, Little, Brown and Company, 1974 (hay traducción española, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI, 1981). Los debates resultantes afectaron no sólo a las reivindicaciones fundamentales sobre la economía de la esclavitud, sino a la importancia de los métodos cuantitativos para los historiadores. A mediados de los años setenta, el apoyo general de estos últimos, a veces con celo evangélico, estaba en su punto álgido. Véase, por ejemplo, William O. Aydelotte, Allen G. Bogue y Robert William Fogel (eds.), *The Dimensions of Quantitative Research in History*, Princeton, Princeton University Press, 1972; Roderick Floud, *An Introduction to Quantitative Methods for Historians*, Londres, Methuen, 1973 (hay traducción española, *Métodos cuantitativos para historiadores*, Madrid, Alianza, 1979); Floud (ed.), *Essays in Quantitative Economic History*, Oxford, Clarendon Press, 1974.

nes conflictivas sobre su futuro. Los marxistas querían que la historia social continuara con su «potencial totalizante» y que realmente cumpliera el ideal de ser una «historia de la sociedad». Éste era el significado del motivo para una vuelta a la política.¹⁰

Desde luego, si medimos con el rasero de discusiones similares que tuvieron lugar una década más tarde, muchas cosas estuvieron ausentes en este encuentro. A pesar de la presencia de Louise Tilly, Joan Scott y otras, el feminismo y la historia de las mujeres, por ejemplo, estuvieron notablemente ausentes en la arquitectura formal del encuentro. La cuestión racial estuvo completamente ausente como categoría, así como los estudios sobre el colonialismo y el imperialismo y la historia de las sociedades no occidentales (aunque, como aspectos de historia de las mujeres, estas dimensiones aparecieron de manera intermitente a lo largo de los debates del día). Pero lo más sorprendente de todo fue la antinomia construida por los organizadores del evento entre la antropología y otros tipos de análisis cultural por una parte y el verdadero territorio de la historia social, por otra. Los Tilly presuponían, en términos nada dudosos, que inclinarse hacia la cultura sería una pérdida grave, incluso una traición, después de todo el gran esfuerzo que la ciencia social había realizado para ganarse sus credenciales de legitimidad a lo largo de las dos últimas décadas. Mantenían que una historia social basada en los métodos, las teorías y los procedimientos de las ciencias sociales era «rigurosa», mientras que una historia social basada en el análisis cultural no lo era; esta última sólo podía ser blanda, inconexa, insustancial, mucho más elusiva y sencillamente no tan seria a la hora de presentar sus credenciales y demandas.

En mi opinión, la ocasión que presentaba esta conferencia era fascinante. Era mi primer encuentro con una red importante de historiadores sociales norteamericanos embarcados en plena acción colectiva. Pronto quedó claro que buena parte de las energías desplegadas procedían de la comprensible irritación contra las polémicas personalizadas por parte de Tony Judt. Pero a medida que se desencadenaba la discusión, hubo un autopoicionamiento mucho más cuidadoso y preliminar. La conversación recayó sobre las insuficiencias del «marxismo vulgar», que parecía ser la forma más conveniente de referirse a los estudios cuantitativos de las relaciones sociales en la vida cotidiana y la vida material en todas las formas habituales para los historiadores sociales. Para sortear el déficit de comprensión, todos los que tomaron la palabra se mostraron de acuerdo en señalar que «un tipo de historia cultural más sofisticado» era necesario

¹⁰ Geoff Eley, «The State of Social History», comunicación presentada en el congreso «Whence and Whither History?», Universidad de Michigan, Ann Arbor, octubre 1979.

en esos momentos. Los antropólogos presentes en la sala, especialmente Mick Laussig y el especialista en el sudeste asiático Bernard Cohn (que entonces estaba disfrutando de una estancia en Chicago), ofrecieron un contrapunto sugestivo. Asimismo hubo muchas referencias a la teoría precedente de Europa y a las batallas británicas entre althusserianos y thompsonianos. En un principio conocidas al otro lado del Atlántico a través de los debates en torno a las críticas de Richard Johnson a Thompson y a Genovese que aparecieron en la *History Workshop Journal*, estas batallas se desataron a causa del tratado antialthusseriano poco temperado de Edward Thompson, *Miseria de la teoría*.¹¹

Así pues, estos debates teóricos británicos estaban a punto de alcanzar un desagradable y aleccionador climax. En el decimotercer Taller de Historia que tuvo lugar en Oxford el 1 de diciembre de 1979, Thompson lanzó un ataque demoledor contra Johnson en la ponencia del sábado por la tarde, ataque que resultó chocante incluso para sus aliados debido al airado carácter teatral que adoptó. Esta vez se pudieron ver varias cosas y, desde luego, una de ellas fue la limitada utilidad de la división binaria drástica entre «estructuralismo» y «culturalismo» que Johnson aplicaba para definir las posibilidades de la historia. Ni Thompson y sus aliados ni sus oponentes habían previsto la infinita creatividad y el enorme radicalismo epistemológico que supondrían las historias culturales de los años ochenta, que al final se escindirían totalmente de un marco de problemas que todavía tenían en común el materialismo. Los llamados culturalistas y los estructuralistas seguían manteniendo formas marxistas que los nuevos historiadores culturales rechazarían en líneas generales. En un principio, Johnson mismo había declarado que «ni el estructuralismo ni el culturalismo funcionarán». La lógica de un paso adelante apuntaba la superación de ambos. En Gran Bretaña, el enrarecido clima político que había generado el thatcherismo y el rebrote de la Guerra Fría durante los primeros años ochenta relativizaron pronto estas batallas teóricas tan amargamente combatidas.¹²

¹¹ Richard Johnson, «Edward Thompson, Eugene Genovese, and Socialist-Humanist History», en *History Workshop Journal*, n.º 6 (otoño 1978), pp. 79-100; Edward P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978.

¹² Véase el volumen dirigido por Raphael Samuel, *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge, 1981, pp. 376-408, para el debate en Oxford entre Stuart Hall («In Defense of History»), Richard Johnson («Against Absolutism») y Edward P. Thompson («The Politics of Theory»). Véase también Martin Kettle, «The Experience of History», en *New Society*, 6 diciembre 1979, reeditado en Raphael Samuel (ed.), *History Workshop: A Collectanea, 1967-1991: Documents, Memoirs, Critique, and Cumulative Index to «History Workshop Journal»*, Oxford, History Workshop, 1991, p. 197; Susan Magarey, «That Hoary Old Chestnut, Free Will and Determinism: Culture vs. Structure, or History vs. Theory in Britain», en *Comparative Studies in Society and History*, n.º 29 (1987), pp. 626-639.

Del encuentro organizado por los Tilly en Ann Arbor, extraje una impresión de incertidumbre y de cambio permanente que me acompañó durante mucho tiempo. Había visto a un grupo de historiadores sociales bastante cohesionado en apariencia, que se había formado alrededor de un conjunto de amistades y solidaridades generacionales (tanto políticas como intelectuales), que se habían mostrado convencidos de las opciones adoptadas aunque ahora lo estuvieran mucho menos. Mientras el marxismo británico y el feminismo marxista fueron reclamados como parte de una posible solución, esta esperanza fue, por otra parte, la huella indirecta de una crítica antirreduccionista parcialmente asimilada y todavía emergente, cuya expansión posterior al otro lado del Atlántico disolvería finalmente y por completo todos los problemas que habían sido trazados por el marxismo. Mientras que los debates generados en el encuentro abrazaron generalmente un espíritu de apertura y generosidad, la sesión de clausura fue ensombrecida por la furiosa intervención de Charles Tilly dirigida contra algunas de las afirmaciones de la presentación inicial de William Sewell, en referencia a su desacuerdo personal sobre lo deseable de efectuar un giro hacia la antropología. Comparado con el buen clima del resto del día, el efecto fue chocante. La sala se quedó helada. Interrumpiendo y haciendo caso omiso de los esfuerzos de Sewell por replicar, Tilly ejerció toda su autoridad personal como patriarca intelectual que preside. Reafirmó, sin dejar lugar a dudas, la primacía del «perfil más incisivo de la sociología» en defensa del cual se había llamado al encuentro. «Mostradme la alternativa» continuó demandando. Evidentemente, lo que estaba en juego era algo muy importante.¹³

¹³ Los breves informes escritos con motivo del congreso fueron posteriormente recopilados para su publicación por los Tilly bajo el título «Problems in Social History: A Symposium», en *Theory and Society*, n.º 9 (1980), pp. 667-681. Incluyeron textos de Louise Tilly, Edward Shorter, Francis G. Couvares, David Levine y Charles Tilly. El único texto no solicitado fue el mío. Nada de la intensidad del acontecimiento mismo o de su explosivo carácter final se da a entender en esa versión publicada. Hay otra referencia a la ocasión en William H. Sewell, Jr., «Whatever Happened to the "Social" in Social History?», en Joan W. Scott y Debra Keates (eds.), *Schools of Thought: Twenty-Five Years of Interpretive Social Science*, Princeton, Princeton University Press, 2001, p. 213: «Asumir el estudio antropológico de la cultura era, por lo tanto, un paso fascinante pero también profundamente inquietante para un adepto de la nueva historia social. En mi caso (y creo que también en el de otros) dar este paso venía a ser más o menos un tipo de experiencia de conversión, una remodelación repentina y estimulante del propio mundo moral e intelectual. También puedo atestiguar que pasarse a las teorías y métodos antropológicos podía suscitar una hostilidad considerable por parte de antiguos colegas de la nueva historia social —en concreto, en el subcampo de la historia del trabajo, donde cualquier cosa que sonara a "idealismo" se tomaba como prueba de apostasía política e intelectual».

TOMANDO EL GIRO

Mirando atrás, veo el encuentro organizado por los Tilly como un acontecimiento profético. Ese mismo año se había publicado el trabajo de Sewell *Work and Revolution in France*; Joan Scott había pasado de la universidad de Chapel Hill a la de Brown, donde inició el que sería un encuentro continuo con el pensamiento postestructuralista; y Charles Tilly se mantuvo en línea. Hablar de estos tres nombres supone, simplemente, registrar la dimensión del cambio. Vinculados a Tilly durante los años sesenta (Scott, en cuanto a formación, con una beca del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales), Scott y Sewell eran probablemente los más destacados entre la progenie de historiadores europeos surgidos de la unión entre la historia y la sociología. Y ahora ahí estaban ellos declarando que la nueva historia social era insuficiente. El discurso de los historiadores sociales empezaba a desobedecer, desbordando los contenedores de la disciplina, derramándose más allá de unos límites que quienes la practicaban habían pensado como firmes. En un comentario que se publicó del simposium de los Tilly, Francis Couvares dijo (en un lenguaje todavía ingenuo para los tiempos que llegaban): «Las nuevas rameras de la antropología cultural, la “descripción densa” y la semiótica, amenazan con cambiar el foco de atención, con alterar los términos de la discusión».¹⁴

Aun así, en los esbozos publicados de «¿Historia social: de dónde y adónde?» no se transmitió prácticamente nada de la inmediatez de la ruptura. Charles Tilly hacía mención al desafío «del trabajo antropológico [...], el estudio de las *mentalités*, y [...] los más rigurosos análisis marxistas», pero entonces proseguía con la presunción de que el proyecto existente —concretamente, «la biografía colectiva, la cuantificación, las aproximaciones basadas en la ciencia social y estudios rigurosos del comportamiento del día a día»— podían continuar como hasta entonces. El truco consistía sencillamente en conectarlo a la «agenda establecida por los historiadores» en un lenguaje que los historiadores pudieran entender. Dentro de sus límites, la descripción que Tilly hizo de las «dos vocaciones» de la historia social era anodina: «Inquiriendo cómo se conforma el mundo en que vivimos y cómo su conformación afecta a la vida diaria de las personas corrientes; inquiriendo qué puede haber sucedido a las experiencias cotidianas en momentos de grandes elecciones históricas y pre-

¹⁴ Francis G. Couvares, «Telling a Story in Context; or, What's Wrong with Social History?», en *Theory and Society*, n.º 9 (1980), p. 675.

guntando entonces cómo y por qué las consecuencias de estas triunfaron sobre otras posibilidades». ¹⁵ Pero en la medida en que se ignorara la construcción cultural de estos procesos y no se pusieran en cuestión categorías como «experiencias cotidianas» y «gente corriente», la formulación continuaba siendo insatisfactoria. Asimismo, la problematización que hacía Louise Tilly de «trabajo» y de «política» era tanto mejor: aseguraba que «es necesario hablar sobre cambios en el trabajo de las mujeres a lo largo del tiempo, más rigurosas definiciones, palabras, categorías», y más allá, mantenía que la política debía ser conceptualizada de nuevo, «para que podamos hablar de aquellos que no cuentan con derechos formales». ¹⁶ Pero estas conceptualizaciones, quedaba muy claro, sólo tendrían lugar sobre el viejo terreno del materialismo. En este sentido, el libro de Louise Tilly publicado conjuntamente con Joan Scott en 1978 (*Women, Work, and Family*) y el posterior trabajo de Scott, *Gender and the Politics of History* estaban separados por mucho más que la simple distancia temporal. ¹⁷

La historia del encuentro organizado por los Tilly en Ann Arbor me permite prescindir de la alusión a todo un conjunto mucho más amplio y ramificado de historias intelectuales, con muchas variaciones locales. Sugiere la fractura en el consenso generacional sobre el que se sustentaba la popularidad de la historia social a lo largo de la década y media anterior. El carácter de enfrentamiento de los debates resultantes amenazó con dividir la profesión de una manera tan airada como las luchas previas en pos de la historia social habían hecho antes. Algunas veces estos debates versaban sobre la teoría per se, como en el caso de los acres ataques al «marxismo estructuralista» antes referidos, que dominaron el ala izquierda de la vida intelectual británica a finales de los años setenta. En la década siguiente, aproximaciones de inspiración foucaultiana y otras formulaciones postestructuralistas provocaron temores y aversiones similares en los Estados Unidos. En el seno de ámbitos de innovaciones interdisciplinarias más generales, el giro hacia formas de historia cultural estuvo además relacionado con el clima cambiante de la vida política. La dinámica de reflexión generacional asociada impulsó a los académicos de izquier-

¹⁵ Charles Tilly, «Two Callings of Social History», en *Theory and Society*, n.º 9 (1980), p. 681.

¹⁶ Louise Tilly, «Social History and Its Critics», en *Theory and Society*, n.º 9 (1980), p. 67.

¹⁷ Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work, and Family*, Nueva York, Holt, Rinehart, and Winston, 1978; Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988. El primero de estos títulos apareció el año antes del congreso de Ann Arbor y adoptó un enfoque fuertemente basado en la ciencia social al ofrecer el primer relato general de la historia social de la Europa moderna desde el punto de vista de la historia de las mujeres; el último proporcionó una defensa de referencia para el llamado giro cultural, adoptando un enfoque declaradamente postestructuralista.

das de mi numerosa generación a someter a escrutinio sus decisiones intelectuales y políticas. Como beneficiarios de la gran expansión en la enseñanza universitaria, educados en los años sesenta y setenta, éramos la última cohorte que podría acceder fácilmente a la consolidación de posiciones antes que el mercado de trabajo académico se cerrara. Hacia los años ochenta, las vías de construcción de carreras profesionales resultantes nos habían permitido el acceso permanente a la influencia institucional. De manera creciente, estábamos preparando estudiantes licenciados, dirigiendo proyectos de investigación, organizando encuentros y coordinando revistas.

Lo destacado de esta voz generacional particular, sus tonos y preocupaciones ha sido magnificado por la relativa penuria de sus sucesoras. El final de los años setenta e inicios de los ochenta vio tanto un mercado de trabajo en contracción como la reducción del número de estudiantes de historia que se licenciaban, así que las cohortes derivadas de los estudiantes doctorados han sido menos capaces de construir alguna forma de presencia generacional distintiva. El marcado carácter divisivo de las escaramuzas que enfrentaron a los viejos historiadores sociales y a los nuevos historiadores culturales durante las postrimerías de los años ochenta oscurecieron, en gran medida, el rango de opciones intelectuales disponibles para los más jóvenes que accedían a la profesión. Sólo aquellos más corajudos e idiosincrásicos —o los más conservadores y de mente más estrecha— evitaron con facilidad alistarse en los campos rivales. Esto contrasta de nuevo, en mi opinión, con las últimas cohortes que habían alcanzado ya una cualificación tras los inicios de los años noventa, los cuales estaban publicando sus libros y accediendo a una cierta posición permanente en el cambio de siglo. En virtud de la reinstauración de una política extremadamente abierta respecto de las formas de conocimiento en las universidades de los Estados Unidos, en una atmósfera infundida de las consecuencias del llamado giro lingüístico, estos historiadores iban a tener una gran oportunidad de pronunciarse sobre la historia del género y los estudios culturales en el proceso de afirmación de su propia voz distintiva.

Es difícil señalar con precisión el movimiento que llevó de la historia social a la historia cultural. Como ya he argumentado, la primera oleada de ensayos que realizaba un balance de la situación, habitualmente ligados a alguna forma de crisis en la historia social —a cargo de los Genovese, Stedman Jones y Judt—, aún hablaban desde un reconocible trasfondo materialista. Eran ensayos que se mostraban notablemente ingenuos respecto de las teorías postestructuralistas y similares que iban a marcar las pautas de innovación pocos años más tarde. Y el mismo tipo de ingenuidad es aplicable a otras formulaciones programáticas, incluyendo los edi-

toriales fundacionales de nuevas publicaciones como *History Workshop Journal* y *Social History* (ambas iniciaron su andadura en 1976) o el compendio de escritos sobre la historia de los Estados Unidos, coordinado por Michael Kammen para la Asociación Americana de Historia en 1980 titulado *The Past Before Us*, cuyos ensayos habían sido encargados en 1977 y 1978 en el mismo clima de mediados de los años setenta. Todos estos ejemplos se sostenían por el gran momento de expansión de la historia social mucho más de lo que podían reflejar las incertidumbres que estaban por venir. Un repaso sistemático de las revistas más consolidadas —como *Past and Present*, el *Journal of Interdisciplinary Studies* y el *Journal of Social History*, además de otras revistas con contenidos de historia social, como *Journal of Modern History* o *American Historical Review*— revela una ausencia bastante similar de influencias teóricas procedentes del ámbito de la lingüística o de la literatura que muy pronto caracterizarían al giro cultural. Mientras que las dos últimas revistas empezaron a finales de los años ochenta a detectar las nuevas influencias mediante artículos que efectuaban balances o foros de debate, las revistas de historia social más veteranas guardaron sus distancias incluso bien entrada la década siguiente, como hizo otra publicación antaño situada en la vanguardia entre los primeros intercambios entre la historia y la ciencia social, como era *Comparative Studies in Society and History*.

El cambio puede ser rastreado a través de las revistas de más reciente creación, como *History Workshop Journal*, *Social History* y *Radical History Review*. Podemos yuxtaponer los primeros editoriales de *History Workshop Journal*, «Historia feminista» y «Sociología e historia» (1 [primavera de 1976], páginas 4-8), junto con el ligeramente posterior «Historia económica británica y la cuestión del trabajo» publicado algunos años más tarde (3 [primavera de 1977], páginas 1-4), contra el editorial «Lenguaje e historia» (10 [otoño de 1980] páginas 1-5). Si los primeros pronunciamientos revelaban una marcada continuidad con los puntos de partida de un materialismo crítico característico de los sesenta (evidentemente relacionados con las influencias de Thompson, Hobsbawm y otros historiadores marxistas), el editorial de 1980 marcaba sus distancias respecto del materialismo fundacional. *History Workshop Journal*, entonces rebautizado como *Revista de Historiadores Feministas y Socialistas*, publicaba simultáneamente la guía «Foucault para historiadores» de Jeffrey Weeks (14 [otoño de 1982], 1, páginas 106-119). Seguido por el editorial «Cultura y género» (15, [primavera de 1983], páginas 1-3). La nueva crítica feminista literaria llegó con los balances de Mary Poovey y Joan Scott (22 [otoño de 1986], páginas 185-192). Podemos destacar la entrada gradual del psicoanálisis mediante los ensayos de Rally Alexander (17 [primavera de

1984], páginas 125-149) y Laura Mulvey y T.G. Ashplant (23 [primavera de 1987], páginas 1-19, 165-173), más adelante confirmados por el número monográfico especial dedicado a «Psicoanálisis e historia» que destacó cuatro artículos (26 [otoño de 1988], páginas 105-152) y por los artículos de respuesta que siguieron a cargo de Jacqueline Rose (28 [otoño de 1989], páginas 148-154).¹⁸ Otro número especial, «Lenguaje e historia», incluía un artículo extremadamente duro de Peter Schöttler, «Los historiadores y el análisis del discurso» (27 [primavera de 1989], páginas 1-65). Ese mismo año el número dedicado al bicentenario de la Revolución francesa se hilvanó con un tono casi completamente «culturalista», en lo que estaba convirtiéndose en el prevalente sentido literario-y-lingüístico (28 [otoño de 1989], páginas 1-87).¹⁹

En el mundo de los historiadores, esto es lo que vino a ser el tan cacareado «giro lingüístico»: un cambio discursivo general en la retórica y en la práctica de la profesión desde las formas de análisis fundamentadas en lo «social» a lo «cultural». En el transcurso de los años ochenta, la historia social se convirtió en uno de los lugares donde radicaba una generalizada incertidumbre epistemológica, característica de amplias áreas de la vida intelectual académica de las humanidades y las ciencias sociales en

¹⁸ Esto reflejaba la revaloración crucial de las feministas británicas de Freud y de la tradición psicoanalítica, asumida a lo largo de finales de los años setenta y principios de los ochenta a través de Jacques Lacan. Entre los textos clave se incluyen los de Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism*, Harmondsworth, Penguin, 1974 (hay traducción española, *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1976); Juliet Mitchell y Jacqueline Rose (eds.), *Feminine Sexuality*, Londres, Macmillan, 1982; Jacqueline Rose, «Femininity and Its Discontents», en *Feminist Review*, n.º 14 (1983), pp. 5-21, reeditado en *Sexuality in the Field of Vision*, Londres, Verso, 1986, pp. 83-103. Para una sucinta introducción, véase Terry Lovell (ed.), *British Feminist Thought: A Reader*, Oxford, Blackwell, 1990, pp. 187-194. Véase también Sally Alexander, «Women, Class, and Sexual Difference in the 1830s and 1840s: Some Reflections on the Writing of a Feminist History», en *History Workshop Journal*, n.º 17 (primavera 1984), pp. 125-149, reeditado en *Becoming a Woman and Other Essays in Nineteenth and Twentieth-Century Feminist History*, Nueva York, New York University Press, 1995, pp. 97-125.

¹⁹ Obsérvese también el editorial retrospectivo «Ten Years After» (*History Workshop Journal*, n.º 20 [otoño 1985], pp. 1-4), que situaba políticamente el desarrollo de la revista con relación al thatcherismo. Una trayectoria similar tuvo lugar en *Radical History Review*, que iba desde el número dedicado a la historia marxista británica (n.º 19 [invierno 1978-1979]), a través del número titulado «The Return of Narrative» (n.º 31 [1985]), hasta el titulado «Language, Work, and Ideology» (n.º 34 [1986]). Un artículo clave de los primeros momentos fue el de Donald Reud, «The Night of the Proletarians: Deconstruction and Social History» (n.º 28-30 [1984], pp. 445-463), una discusión de Jacques Rancière. De manera interesante, el número de *Radical History Review* titulado «Sexuality in History» (n.º 20 [primavera-verano 1979]), contenía muy pocos indicios de las nuevas perspectivas. Cuando el volumen siguiente fue publicado diez años después, sin embargo, ese campo ya se había transformado. Véase Kathy Peiss y Christina Simmons (eds.), *Passion and Power: Sexuality in History*, Filadelfia, Temple University Press, 1989. Véase también John C. Fout y Maura Shaw Tantillo (eds.), *American Sexual Politics: Sex, Gender, and Race since the Civil War*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, que incluye artículos de la *Journal of the History of Sexuality*, recién fundada en 1991.

las postrimerías del siglo xx. Este cambio constante afectó a algunas disciplinas de manera más radical que a otras. Llegó a ser mucho más central y mucho antes en los estudios literarios y la antropología, por ejemplo, que en otras ciencias sociales más «duras», como la sociología. Tampoco fue casualidad que las discusiones de más alcance tuvieran lugar en la nueva y nominalmente «no disciplinada» área de los estudios de las mujeres y los estudios culturales. Por qué una convergencia tan marcada y poderosa de una nueva forma de pensamiento ocurrió a lo largo y ancho de diversos campos y disciplinas en este preciso momento, es algo que requeriría un estudio mucho más cuidadoso de los muy diversos tipos de contextos específicos que el espacio que tengo aquí no me permite realizar.

En particular, quiero evitar cualquier sugerencia en el sentido de que los nuevos puntos de partida se originaran enteramente en el seno de los ámbitos de pensamiento o que los cambios que experimentaron los historiadores fueron algo causado por ciertos debates en el seno de la teoría o como resultado del impacto de un conjunto de postulados filosóficos. Como en cualquier historia de una transición intelectual, las ideas concernientes necesitan ser rastreadas a través de muchos debates específicos y trayectorias biográficas, proyectos individuales diversos y ámbitos institucionales, y todas las cadenas relevantes de influencia que unen a colaboradores y discípulos. Los cambios intelectuales, además, muestran su intersección, a través de caminos muy complejos, con los mundos de la política de las formas de gobierno y la educación, con las esferas públicas de la política y los medios de comunicación, y con formas no académicas de intelectualidad comprometida. Cuando tenga que ser escrita una historia más general o completa, todos estos aspectos tendrán que ser atendidos.

No obstante, este proceso incluía una dimensión específicamente teórica, a través de la cual ciertas corrientes de pensamiento ofrecían a los historiadores recursos y estrategias con las que no habían podido contar hasta entonces. A través del proceso de transición que estoy describiendo, se abrieron o se habilitaron ciertas condiciones de posibilidad. Proliferaron ciertos tipos de nuevos lenguajes. Como he argumentado al final del capítulo III, a finales de los años setenta, la historia social se encontraba frente a frustraciones e insuficiencias para las cuales no disponía de soluciones generadas por ella misma. Éste era el *impasse* respecto del cual el giro cultural ofrecía una salida. Y lo hizo, no sólo proveyendo de las herramientas para un examen autorreflexivo de la propia historia de la historia social. Al centrar su foco de atención en el pedigrí de la disciplina, alertó a los historiadores sociales sobre las formas de su propia prácti-

ca crítica. En este sentido, el giro cultural ofreció un camino hacia «fuera» justamente porque abría un camino desde «dentro». Por lo que a mí respecta, situado en una ventajosa posición como especialista en historia de Europa de extracción británica viviendo en los Estados Unidos, así es como experimenté estos cambios.

Lo primero y más importante, el giro cultural permitió disponer de una comprensión teórica del género cuyos efectos transformaron la fundamentación de la manera de pensar la historia. Ya fuera como dimensión de análisis o como un área específica de trabajo empírico, la historia de las mujeres había estado completamente ausente del balance emblemático que hizo Hobsbawm en 1971, y basta con volver a leer este tipo de exposiciones más antiguas para experimentar hasta qué punto el cambio ha sido crucial. Esto seguía siendo verdad en 1979: ninguno de los cuatro ensayos críticos sintomáticos destacados por los Tilly como lecturas de referencia para su simposio (los de los Genovese, Stedman Jones, Judt y Stone) captó la significación transformadora de la nueva historia de las mujeres, si es que conocían su existencia en absoluto. Sólo a finales de los años setenta empezó a aparecer un cuerpo sustancial de trabajos monográficos en esta área. Pero incluso entonces, bastante en paralelo a las políticas para superar las prácticas discriminatorias y los prejuicios del régimen que regía la disciplina, una gran parte de este trabajo fue fácilmente dejado de lado, ya fuera debido a su marco conceptual basado en las «esferas separadas» o porque se subsumió la historia de las mujeres en el seno de la historia de la familia.²⁰ El movimiento teórico hacia el análisis inspirado en el género redujo esta especie de efecto autoneutralizador. Solamente con el cambio conceptual que pasaba de la historia de las mujeres a la historia del género, los protegidos precintos centrales de la disciplina empezaron a ceder. Aparte de las historias que se derivaron, dedicadas a la sexualidad y a las representaciones sexuales como tales, las historias del mundo del trabajo, la formación de clase, la ciudadanía y la esfera pública y de la cultura popular fueron todas reestructuradas a finales de los ochenta.²¹

²⁰ Esto no era menos cierto del trabajo de Tilly y Scott, *Women, Work, and Family* que de la sintética visión general de Carl Degler, «Women and the Family», en Michael Kammen (ed.), *The Past Before Us*, Ítaca, Cornell University Press, 1980, pp. 308-326.

²¹ Aquí es imposible proporcionar referencias muy exhaustivas. Para la historia del trabajo en Gran Bretaña, véase especialmente Sally Alexander, «Women's Work in Nineteenth-Century London» (orig. publicado en 1974) y «Women, Class, and Sexual Difference», en *Becoming a Woman*, pp. 3-55, 97-125; Sonya O. Rose, «Gender at Work: Sex, Class, and Industrial Capitalism», en *History Workshop Journal*, n.º 21 (primavera 1986), pp. 113-131, y *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, Berkeley, University of California Press, 1991; «Gender and Employment», número especial de *Social History*, n.º 13 (1988). Dos

En segundo lugar, a finales de la década de los ochenta, la influencia de Michel Foucault había empezado a ser algo imposible de evitar. La rapidez de su recepción es algo que no debería exagerarse. Sus libros estuvieron disponibles muy pronto, pero las ideas de Foucault estaban completamente ausentes de los trabajos pioneros dedicados a la historia social del crimen, la ley y la prisión, publicados en los años setenta. En esta época, la recepción de Foucault en el mundo de habla inglesa se produjo en los márgenes de la vida académica; en publicaciones como *Telos* y la *Partisan Review* en los Estados Unidos y por parte de una muy autoconsciente vanguardia de publicaciones de la *post-Nueva Izquierda* (tales como *Economy and Society*, *Radical Philosophy*, *Ideology and Consciousness* y *m/f*) en Gran Bretaña.²² Tan sólo a inicios de los años ochenta

trabajos clave sobre la formación de la clase media fueron los de Mary P. Ryan, *Cradle of the Middle Class: Family and Community in Oneida County, New York, 1780-1865*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, y Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the Middle Class, 1780-1850*, Londres, Hutchinson, 1987 (hay traducción española, *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa*, Madrid, Cátedra, 1994). El impulso para un nuevo pensamiento sobre la cultura popular llegó de la variedad de nuevas revistas sobre los estudios culturales, como *Media, Culture, and Society* (1978-), *Block* (1979-1989), *Social Text* (1982-), *Representations* (1983-), *Cultural Critique* (1985-), *Cultural Studies* (1987-) y *New Formation* (1987-). Para una crítica feminista de Edward Thompson, Raymond Williams y los clásicos «culturalistas» británicos, véase Julia Swindells y Lisa Jardine, *What's Left? Women in Culture and the Labour Movement*, Londres, Routledge, 1990. Por supuesto, no debemos exagerar la velocidad del impacto del análisis de género en los años ochenta. Entre los veinte ensayos temáticos principales recogidos en un impresionante manual de investigación internacional sobre historia del trabajo, el volumen dirigido por Klaus Tenfelde, *Arbeiter und Arbeiterbewegung im Vergleich. Berichte zur internationalen historischen Forschung* (Historische Zeitschrift Sonderheft 15, Múnich, Oldenbourg, 1986), no hay una simple entrada sobre las mujeres. Aparte de una pobre nota a pie de página excusatoria en la segunda página de la introducción, las relaciones de género están, asimismo, visiblemente ausentes del volumen dirigido por Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg, *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

²² La primera de las obras de Foucault, *Madness and Civilization*, fue traducida en 1965, seguida por *The Order of Things* en 1970 y *Archaeology of Knowledge* en 1972. Hacia finales de los años setenta, todas sus obras estaban disponibles en inglés excepto los volúmenes 2 y 3 de *The History of Sexuality*, los cuales estaban todavía sin publicar en Francia, véase *The History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction*; vol. 2, *The Use of Pleasure*; y vol. 3, *The Care of the Self*, Nueva York, Random House, 1978-1986 (hay traducción española, *Historia de la sexualidad*, vol. 1 *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1978; vol. 2 *El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1980; vol. 3 *La inquietud de sí*, México, Siglo XXI, 1978). Véase también Michel Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, ed. D.F. Bouchard, Oxford, Blackwell, 1977; Colin Gorden (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, by Michel Foucault, Brighton, Harvester, 1980. Para las primeras historias sociales del crimen y la prisión en Gran Bretaña, véase el capítulo II, nota 92, en el presente libro. La recepción de Foucault en Alemania occidental sigue trayectorias parecidas dándose mucho, al principio, en los márgenes de la academia. Véase Uta Schaub, «Foucault, Alternative Presses, and Alternative Ideology in West Germany», en *German Studies Review*, n.º 12 (1989), pp. 139-153. Un texto temprano que hacía constar la influencia de Foucault, a través de Gaston Bachelard y la historia y la filosofía de la ciencia francesas, es el de Keith Tribe, *Land, Labour, and Economic Discourse*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

empezaron los historiadores a tomar nota de este autor de manera explícita. A partir de este momento, el trabajo sobre prisiones, hospitales, asilos y otros lugares de confinamiento, política social y salud pública y todas las formas de gobernabilidad quedaron plagados de argumentos foucaultianos sobre el poder, el saber y los «regímenes de verdad». Mirando atrás, hacia este floreciente campo de historias sociales y culturales desarrollado en los setenta y ochenta, podemos ver las ideas de Foucault menos como instigadoras directas que como una clásica ilustración de sus propios planteamientos sobre los cambios en las formaciones discursivas. En los años noventa, por ejemplo, los pioneros en el campo de la historia social del crimen estaban adoptando un marcado giro cultural, con resultados magníficos; desde el trabajo de Peter Linebaugh *The London Hanged*, pasando por *The Hanging Tree* de V. A. C. Gatrell, hasta el gargantuesco trabajo de Richard Evans *Rituals of Retribution*.²³ A nivel de las intenciones, Foucault tal vez no fue esencial para las nuevas direcciones adoptadas por estos autores: así por ejemplo, una excelente antología de investigaciones sobre Alemania coordinada por Evans revelaba, más bien, poca presencia explícita de Foucault.²⁴ Pero sus trabajos no pueden imaginarse sin él.

Además, la recepción de la obra de Foucault sirvió para dar una nueva dirección al pensamiento sobre el poder, lejos de las concepciones convencionales e institucionalizadas centradas en el gobierno y el Estado y sus formas sociológicas asociadas de dominación de clase, para conducirla hacia una dispersa y descentrada comprensión del poder y sus «microfísicas». Sensibilizó a los historiadores respecto de las sutiles y complejas formas de interrelación entre el poder y el saber, en concreto en sus formas de organización disciplinaria y administrativa. Proporcionó el excepcionalmente fructífero concepto de discurso como una forma de teorizar las reglas internas y las regularidades de campos específicos del saber (sus «regímenes de verdad») y de las estructuras más generales de las ideas y las presunciones que delimitan lo que puede y no puede ser pensado y dicho en contextos específicos de tiempo y lugar. Cambió radicalmente las concepciones convencionales de los historiadores sobre la acción colec-

²³ Peter Linebaugh, *The London Hanged: Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*, Londres, Allen Lane, 1991; V.A.C. Gatrell, *The Hanging Tree: Execution and the English People, 1770-1868*, Oxford, Oxford University Press, 1994; Richard J. Evans, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany, 1600-1987*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

²⁴ Véase Richard J. Evans (ed.), *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History*, Londres, Routledge, 1988. Para otra recopilación general que carece de la influencia de Foucault, véase Francis Snyder y Douglas Hay (eds.), *Labour, Law, and Crime: An Historical Perspective*, Londres, Tavistock, 1987.

tiva e individual y la fundamentación de sus intereses y su racionalidad, forzándonos en su lugar a explorar cómo se producen las subjetividades dentro y a través de lenguajes de identificación que se encuentran mucho más allá de la voluntad de los individuos en el sentido clásico otorgado por la Ilustración.

No en último lugar, Foucault animó a repensar lo que los historiadores entendían por «archivo». Trató de conseguir que la historia se evadiera de su deseo de creer en la especificidad exclusiva del momento originario y la linealidad secuencial de un tiempo en permanente progreso, aspirando a reconstituir, en cambio, los lugares olvidados donde fueron imaginadas formas nuevas de comprensión del mundo. Sus «investigaciones genealógicas» ayudaron a los historiadores a revisar sus actitudes preconcebidas respecto de las evidencias y el material empírico. Frente a los grandes diseños explicativos del nacimiento del mundo moderno, trató de situar en primer plano lo menospreciado y valorado demasiado rápidamente; contra el deseo de una manifiesta continuidad, acentuó la interrupción y dispersión, «los accidentes, las desviaciones mínimas... los errores, las falsas evaluaciones y los cálculos erróneos que dieron origen a las cosas que aún existen y que tienen valor para nosotros».²⁵ En el uso característico que les daba Foucault, las genealogías recuperaron lo marginal, lo desaventajado y lo más bajo, de los suprimidos y ocultos rincones «ahistóricos» donde los historiadores convencionales tendían a desterrarlos, y pidiendo un tipo diferente de archivo para contar estas historias. Esto podría mostrar que

las cosas no «fueron tan necesariamente así», no fue algo que deba darse por sentado sin más que los locos fueran mirados como enfermos mentales; no fue evidente por sí mismo que lo único que cabía hacer con un criminal fuera encerrarlo; no fue evidente por sí mismo que las causas de la enfermedad tuvieran que buscarse a través del examen individual de los cuerpos.²⁶

Ninguna de estas reorientaciones se produjo sin dificultades. Durante algunos años después de que los escritos de Foucault entraran en circula-

²⁵ Michel Foucault, «Nietzsche, Genealogy, History», en *Language, Counter-Memory, Practice*, p. 146 (hay traducción española, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos, 1997). Foucault también plantea: «El fin de una historia dirigida genealógicamente no es redescubrir las raíces de nuestra identidad sino, por el contrario, esforzarse en disiparlas; no intenta localizar el único hogar de donde venimos, esa primera patria a la que, nos prometen los metafísicos, volveremos; intenta revelar todas las discontinuidades que nos atraviesan» (p. 162). He usado una traducción diferente de este pasaje.

²⁶ Michel Foucault, «A Question of Method: An Interview with Michel Foucault», en *Ideology and Consciousness*, n.º 8 (1981), p. 6.

ción, difícilmente podía hallarse un encuentro de historiadores sin que operara alguna broma desdeñosa o irritadas quejas sobre sus «no históricos» procedimientos. Pero para aquellos que trataban de lidiar con el reseco e incorpóreo corpus de tanta historiografía convencional, un encuentro sostenido con los escritos de Foucault resucitó la perdida epistemológica del archivo. Lejos de suplantar o descartar forma alguna previa de aproximación empírica, el análisis del discurso se convirtió en su complemento y compañero más cercano. Al afrontar el archivo como «un acontecimiento material», Foucault mostró una forma de «empiría radical». Más que aproximarse al archivo simplemente a través de la lectura, dejó al descubierto sus principios de construcción. Al hacerlo, abrió el espacio de comunicación existente entre el pensamiento y el tiempo, la cultura, o entre el saber y el peso de la historia. Encontró la «raíz» de lo empírico puede convertirse en representación, las estructuras mentales que permiten a la categoría de lo empírico (y su auto-referencia) hablar por sí misma. O dicho de otra forma, si entendemos esencialmente la crítica epistemológica de Foucault como una manera de interrogar las condiciones de posibilidad, entonces esas condiciones mismas se convierten en una forma de materialidad. Al replantear el archivo como problema, Foucault desafió a los historiadores a pensar sobre la base misma de la cual es posible escribir la historia.

Un tercer aspecto del giro cultural es el concerniente al destino de una de las principales aproximaciones del análisis cultural existentes: la de los historiadores sociales, la de la tradición francesa de los *Annales*. Durante gran parte de los años setenta, la historia de las mentalidades funcionó como panacea para muchos historiadores sociales. Pareció una persuasiva alternativa a las formas muy formalmente exegéticas basadas en la alta cultura y el canon de la historia intelectual; prometía el acceso hacia las culturas populares del pasado; proveía de fundamentos para la aplicación de métodos cuantitativos y de aproximaciones procedentes de la antropología; y animada por el incentivo de la «historia total». Por un tiempo, la traducción y recepción de los trabajos más destacados de los *Annales*, orquestada por unos pocos admiradores bien situados, fue totalmente acrítica: «La historia social parece girar alrededor del eje formado por *Past and Present-Annales*».²⁷ Entonces el clima comenzó a cambiar. El tono del simposio de inauguración de la nueva revista, declaradamente braudeliana, en 1978, fue aún autocelebratorio.

²⁷ Robert Darnton, «Intellectual and Cultural History», en Kammen, *Past and Present*, p. 332.

medida, pero a mediados de los años ochenta, aparecieron toda una serie de importantes y perspicaces críticas.²⁸

Junto con la escasa voluntad de los propios *annalistes* de teorizar sobre su manera de comprender la cultura, estas críticas pusieron al descubierto de manera exitosa los reduccionismos e imprecisos determinismos que yacían en el corazón mismo del trabajo de Braudel y Ladurie. Las críticas de Dominick LaCapra y Roger Chartier también recuperaron el terreno que la historia intelectual parecía haber cedido tiempo atrás a la historia de las mentalidades. Ninguno de estos desarrollos críticos cuestionó, en última instancia, los logros de Bloch y Febvre o acabó con las posibilidades de desarrollo futuro de la historia cultural en el sentido clásico de *Annales*, adecuadamente reconsiderada a la luz de los planteamientos contemporáneos. Pero en su conjunto, los debates de los historiadores respecto de la cultura se movían en todas direcciones, tanto fuera de los trabajos principales, influenciados por *Annales*, radicados en los primeros siglos de la época moderna o en el ámbito del lenguaje donde llevaban la delantera los teóricos del feminismo y los historiadores de las ideas, como en ámbitos fuera de la influencia del paradigma de *Annales* o abiertamente críticos con él. En este momento, las lecturas más interesantes de la cultura de los primeros siglos de la época moderna no tendían a venir de historiadores directamente inspirados por *Annales*, que marcaron la pauta en los años sesenta y setenta, sino que procedían de críticos literarios interesados en Mijaíl Bajtín.²⁹

En cuarto lugar, otro corpus de análisis cultural, el de los estudios culturales contemporáneos, ejerció una extraordinaria influencia, aunque toda-

²⁸ Véase Samuel Kinser, «Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structure of Fernand Braudel», en *American Historical Review*, n.º 86 (1981), pp. 63-105; Patrick Hutton, «The History of Mentalities: The New Map of Cultural History», *History and Theory*, n.º 20 (1981), pp. 413-423; Gregor McLennan, «Braudel and the *Annales* Paradigm», en *Marxism and the Methodologies of History*, Londres, Verso, 1981, pp. 129-151; Stuart Clark, «French Historians and Early Modern Popular Culture», en *Past and Present*, n.º 100 (agosto 1983), pp. 62-99; Michael Gismondi, «The Gift of Theory»: A Critique of the *histoire des mentalités*, en *Social History*, n.º 10 (1985), pp. 211-230; Dominick LaCapra, «Is Everyone a *Mentalité* Case? Transference and the "Culture" Concept», en *History and Criticism*, Ítaca, Cornell University Press, 1985, pp. 71-94; Lynn Hunt, «French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the *Annales* Paradigm», en *Journal of Contemporary History*, n.º 21 (1986), pp. 209-224. Para una crítica clave desde dentro de la tradición, véase Roger Chartier, «Intellectual History or Socio-Cultural History? The French Trajectories», en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ítaca, Cornell University Press, 1982, pp. 13-46.

²⁹ Véase Tony Bennet, *Formalism and Marxism*, Londres, Methuen, 1979; Robert Stam, «Mikhail Bakhtin and Left Cultural Critique», en E. Ann Kaplan (ed.), *Postmodernism and Its Discontents: Theories, Practices*, Londres, Verso, 1988, pp. 116-145; Peter Stallybrass y Alon White, *The Politics and Poetics of Transgression*, Ítaca, Cornell University Press, 1986.

via no había producido demasiado trabajo específicamente histórico. Siendo todavía una emergente formulación interdisciplinar durante los años ochenta, los estudios culturales comprendían una miscelánea de influencias eclécticas: sociología, estudios literarios e historia social (aunque no, significativamente, antropología) en Gran Bretaña; comunicación, estudios sobre cine, teoría literaria y una autorreflexiva antropología en los Estados Unidos, donde un fuerte apoyo institucional provino también de los estudios de las mujeres, de la cultura americana, de los estudios afroamericanos y en general de los programas de estudios étnicos. El momento más destacado de los estudios culturales en los Estados Unidos provino del ámbito de las humanidades, sin demasiadas convergencias con las iniciativas interdisciplinarias concurrentemente proliferantes en ciencias sociales. En Gran Bretaña, en cambio, donde prevalecía una sociología cualitativa que había desdibujado la severidad de la división entre las ciencias sociales y las humanidades, las cosas se desarrollaron de manera exactamente contraria. En ambos lados del Atlántico, la teoría feminista iba a alcanzar una influencia decisiva, como lo harían la creciente crítica de filiación post-saidiana de las pautas de pensamiento marcadas por un sesgo colonialista y racial en el seno de la tradición cultural occidental. Ya a inicios de los años noventa, los dos debates y discusiones nacionales habían convergido definitivamente.

El alcance de los temas en los que los estudios culturales fueron pioneros se nos muestra como un inventario de las nuevas áreas que, de manera gradual, los historiadores estaban abriendo en aras de su propio «giro cultural». Culturas y economías de consumo y entretenimiento, estudiadas tanto en su dimensión de masas como de lujo, llegaron a ser de las primeras, propiciando elaborados proyectos de investigación que se extendían desde el siglo XVIII hasta el presente. Entendidas tanto como motivo fundador o como adquisición sometida a crítica, este interés se alimentó de manera patente de los procesos de reestructuración capitalista llevados a cabo de manera tan implacable durante los años ochenta, como sucedió con el trabajo sobre las tecnologías visuales del cine, la fotografía, el vídeo y la televisión y extendiéndose hasta los medios más comerciales (tales como la publicidad, los cómics y las revistas).³⁰ Las académicas

³⁰ En las nuevas historias del consumo, había una corriente anterior de la historia social que descendía desde J.H. Plumb y sus estudiantes, que conservaba una fuerte interpretación progresista del desarrollo económico y la mejora social en Gran Bretaña desde la industrialización. Véase, especialmente, Neil McKendrick, John Brewer y J.H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, Europa, 1982. Entre los trabajos pioneros con una deriva similar hacia la historia social en otros campos se incluyen los de Michael B. Miller, *The Bon Marché: Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-*

cas feministas exploraron las relaciones entre las mujeres y los géneros de lectura popular (incluyendo novelas, sagas familiares y novelas góticas), extendiéndolas hasta los culebrones y comedias de situación así como cine para el gran público, a través del cine negro, el melodrama, la ciencia ficción y el cine de terror.

Antes de los años noventa la presencia de historiadores en el seno del emergente universo de los estudios culturales era extremadamente limitada: entre los cuarenta y cuatro participantes en el volumen de referencia *Cultural Studies* (que era el registro publicado de una espectacular reunión de este campo celebrada en Urbana-Champaign en abril de 1990) había sólo cuatro historiadores, ninguno de los cuales enseñaba en un departamento de historia.³¹ Pero muchos de los territorios cartografiados serían finalmente ocupados por un gran número de historiadores. Añadidos los temas ya mencionados, los ámbitos temáticos en los que fueron pioneros los estudios culturales dominaron de manera creciente el paisaje de la disciplina histórica a finales de los años noventa. Diversos ejemplos abarcan desde el uso de la autobiografía y fuentes personales, las críticas culturales poscoloniales, la reapertura de los debates alrededor de la alta y baja cultura, investigaciones sobre la memoria popular y el estudio de las representaciones del pasado nacional. Si bien muchas de las investigaciones específicas centraron su interés en la época posterior a 1945 (el «presente largo» de los estudios culturales), éste pronto se transfirió a periodos anteriores.

En quinto lugar, con el giro cultural se produjo una aceleración en el diálogo entre la historia y la antropología. Alguna modalidad de este incrementado diálogo podía ya encontrarse durante el momento álgido que vivió la historia social en los años setenta, notablemente en las citas omnipresentes de la apelación de Clifford Geertz a la «descripción densa» o en las reflexiones de Edward Thompson sobre la «antropología y la disciplina del contexto histórico»,³² este diálogo apareció en las páginas

1920, Princeton, Princeton University Press, 1981; Rosalind Williams, *Dream Worlds: Mass Consumption in Late Nineteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1982; y el volumen editado por Richard Wightman Fox y T. Jackson Lear, *The Culture of Consumption: Critical Essays in American History, 1880-1980*, Nueva York, Pantheon, 1983.

³¹ Véase Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1992. De los cuatro historiadores que colaboraron, dos (James Clifford y Lata Mani) dieron clase en el Curso de Historia de la Conciencia de la Universidad de California, Santa Cruz; Catherine Hall fue profesora adjunta de Estudios Culturales en el Politécnico de East London; y Carolyn Steedman fue profesora adjunta de Estudios de Letras en la Universidad de Warwick.

³² Geertz, «Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture», en *Interpretation of Cultures*, pp. 3-30; Edward P. Thompson, «Anthropology and the Discipline of Historical Context», en *Midland History*, n.º 1 (1972), pp. 41-55.

de *Past and Present* en los primeros sesenta y estaba ya presente incluso antes en algún trabajo aislado como el de *Rebeldes primitivos* de Eric Hobsbawm. En ciertos contextos historiográficos —señaladamente en los trabajos académicos pioneros sobre colonialismo y descolonización en el sur de Asia, África y América latina— la proximidad entre el trabajo antropológico y el historiográfico siempre había estado clara. Pero durante los años ochenta, tuvo lugar una ruptura que afectó a las principales maneras de entender la «cultura» en antropología, cambió, desde el punto de vista del historiador, la valoración de la epistemología etnográfica asociada con Geertz. Como resultado, la mera «apertura a la diferencia de una forma de entendimiento comprensivo entre las culturas» fue radicalmente puesta en cuestión como forma suficiente para describir la responsabilidad que recae sobre el antropólogo.³³ Una vez más, esta historia varía de país a país. En los Estados Unidos la coherencia de la disciplina antropológica se alteró por la explosión de un nuevo pensamiento sobre la agencia y la acción. Las fronteras de la disciplina fueron, aquí, abiertas de golpe debido al impacto del postestructuralismo, la teoría feminista y Foucault.³⁴

Para los historiadores que estaban ya embarcados en repensar su manera de aproximarse a la cultura, los debates resultantes tuvieron grandes implicaciones. La adscripción de la antropología a las relaciones coloniales y, en un sentido más amplio, imperialistas durante los siglos XIX y XX la convirtió en parte de la maquinaria de valores y creencias que ayudó a estructurar las formas occidentales de la subjetividad moderna. No sólo se convirtió en una fuente del saber colonial en sus sentidos técnicos más obvios sino que también permitió convertir el mundo no occidental en algo «conocible» en el sentido más básico, al proveer las teorías, categorías y construcciones ideológicas que conformaron la propia autocomprensión de la metrópolis occidental. Este mismo proceso tradujo las prácticas, creencias y relaciones sociales de los pueblos indígenas en términos de comparación.

En el marco de estas conexiones, en consecuencia, las nuevas antropologías del colonialismo revitalizaron la historiografía de la dominación

³³ Sherry B. Ortner, introducción a Ortner (ed.), *The Fate of «Culture»: Geertz and Beyond*. Berkeley, University of California Press, 1999, p. 11. Para una explicación crítica de la etnografía geertziana, véase, en el mismo volumen, William H. Sewell, Jr., «Geertz, Cultural Systems, and History: From Synchrony to Transformation», pp. 35-55.

³⁴ Véase, sobre todo, Sherry B. Ortner, «Theory in Anthropology since the Sixties», en *Comparative Studies in Society and History*, n.º 26 (1984), pp. 126-166. Compárese el debate posterior sobre cultura en la introducción a la antología en la que se volvió a publicar el artículo de Ortner diez años después: Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry B. Ortner (eds.), *Culture, Power/History: A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton, Princeton University Press, 1995, especialmente pp. 3-6, 22-27, 36-39 (véanse pp. 372-411 para el artículo de Ortner).

européa colonial a la vez que invitaron a un estudio menos hipotecado de los propios pueblos colonizados. Estos trabajos desautorizaron las posiciones canónicas de teóricos previos del contacto etnográfico. Y lo más importante de todo, las nuevas críticas volvieron la «mirada colonizadora» sobre sí mismas, convirtiendo las construcciones del mundo por parte de la metrópolis del «otro» colonial en un objeto de estudio. En la medida que se fue trabajando sobre las intuiciones de Edward Said, los antropólogos y los historiadores empezaron a examinar los pedigrís de sus propias disciplinas. En el sentido del análisis «en contrapunto» de Said, la historia del imperio se reveló no como el escenario donde estas disciplinas se habían desarrollado sino como su condición de posibilidad en primer lugar. Como Franz Fanon había dicho, «Europa es literalmente una creación del tercer mundo».³⁵

El punto de vista del etnógrafo había sido radicalmente reconstruido. La más influyente de entre las primeras contribuciones fue sin duda la colección de detallados análisis de textos antropológicos *Writing Culture* de James Clifford y George Marcus; tras ésta, la inocencia del procedimiento del etnógrafo ya nunca podría volver a ser la misma.³⁶ Una hornada de estudios exploró las vías a través de las cuales los estudios etnográficos «hacen uso de diversos tropos, convenciones de carácter literario, y recursos narrativos para establecer la autoridad etnográfica y/o cierto tipo de visiones del mundo implícitas». Mientras los trabajos de campo habían tratado siempre de mostrar que «las categorías “nativas” son cultural e históricamente construidas», el privilegiado punto de vista de la antropología había sobrevivido, porque las propias categorías del etnógrafo nunca habían sido sometidas al mismo tipo de riguroso escrutinio.³⁷ Sin embargo, una vez que la objetividad de la mirada del etnógrafo fue sometida a una crítica exhaustiva (en el marco de un nuevo

³⁵ Citado por Nicholas B. Dirks, «Introduction: Colonialism and Culture», en Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992, I. Véanse las brillantes reflexiones de Fernando Coronil, «Beyond Occidentalism toward Nonimperial Geohistorical Categories» (*Cultural Anthropology*, n.º 11 [1996], pp. 51-87) y de Couze Venn, «Occidentalism and Its Discontents» (en Phil Cohen (ed.), *New Ethnicities, Old Racisms?*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 37-62), que pueden sustituir a las grandes literaturas implicadas.

³⁶ James Clifford y George E. Marcus (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986 (hay traducción española, *Retóricas de la antropología*, Madrid, Júcar, 1991); James Clifford, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*, Cambridge, Harvard University Press, 1988 (hay traducción española, *Dilemas de la cultura: antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1995); Clifford Geertz, *Works and Lives: The Anthropologist as Author*, Stanford, Stanford University Press, 1988 (hay traducción española, *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989).

³⁷ Las citas son de Dirks, Elcy y Ortner, «Introduction», en *Culture/Power/History*, p. 37.

paradigma basado en el emplazamiento del que habla y la autorreflexividad) los protocolos previamente aceptados en el trabajo de campo empezaron a deshacerse.

Cada uno de esos desarrollos —el planteamiento de nuevos problemas sobre la naturaleza del trabajo de campo, la crítica del contacto etnográfico y el autocuestionamiento del lugar del antropólogo en la relación colonial— ha producido la vuelta del antropólogo a su propia sociedad de origen. Animados por la ruptura de las fronteras de las disciplinas, los antropólogos empezaron a investigar en serio los Estados Unidos contemporáneos. De la misma forma, el parentesco, la familia y el ritual fueron derrocados de su posición dominante en la agenda de investigación del antropólogo cultural, que por el contrario, pasó a estar radicalmente abierta. Esta agenda, podía ahora incluir cualquier cosa desde las formas de legitimidad del Estado en Latinoamérica, representaciones de la cultura popular en los Andes y la dinámica contemporánea de la violencia genocida en Ruanda y Sri Lanka, hasta las pautas de la migración transnacional en la economía postfordista, los escándalos del tele-evangelismo de finales de los años ochenta y la experiencia de una promoción de alumnos graduados en Nueva Jersey entre 1960 y el presente.³⁸

³⁸ Véase Fernando Coronil, *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press, 1997 (hay traducción española, *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, CDCH-UCV/Editorial Nueva Sociedad, 2002); Deborah Poole, *Vision, Race, and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World*, Princeton, Princeton University Press, 1997 (hay traducción española, *Visión, raza y modernidad. Una economía visual del mundo andino*, Lima, Sur, 2000); E. Valentine Daniel, *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropology of Violence*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Liisa H. Malkki, *Purity and Exile: Violence, Memory, and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*, Chicago, University of Chicago Press, 1995; Roger Rouse, «Thinking through Transnationalism: Notes on the Cultural Politics of Class Relations in the Contemporary United States», en *Public Culture*, 7, n.º 2 (invierno 1995), pp. 353-402, y «Questions of Identity: Personhood and Collectivity in Transnational Migration to the United States», en *Critique of Anthropology*, n.º 15 (1995), pp. 353-380; Susan Harding, «The Born-Again Telescandals», en Dirks, Eley y Ortner, *Culture/Power/History*, pp. 539-557, y *The Book of Jerry Fallwell: Fundamentalist Language and Politics*, Princeton, Princeton University Press, 2000; Sherry B. Ortner, «Reading America: Preliminary Notes on Class and Culture», en Richard G. Box (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, Santa Fe, School of American Research Press, 1991, pp. 163-189, y *New Jersey Dreaming: Capital, Culture, and the Class of '58*, Durham, Duke University Press, 2003. Con la excepción de Poole, cada uno de estos autores ha estado relacionado con el Curso de Antropología e Historia y el Curso de Estudio Comparativo de las Transformaciones Sociales de la Universidad de Michigan.

DOS TRASTORNOS

Hay dos aspectos más del giro cultural de finales de los años ochenta que no encajan de forma clara en ninguna narrativa equilibrada del despliegue individual y colectivo del cambio pero que, ciertamente, tuvieron una presencia vital; algunas veces como incitación productiva, pero más a menudo como un apéndice incómodo, una forma de pregunta añadida permanente. Uno de estos aspectos implicaba cuestiones sobre lo «racial», la otra concernía a los problemas asociados del colonialismo y el postcolonialismo. Desde luego que los historiadores, sobre todo los de izquierdas, eran ya muy cuidadosamente conscientes de estos temas mucho antes de que se produjera la llegada del giro cultural. Además, ciertos campos de estudio les concernían directamente, como sucedía, obviamente, en buena parte de la historia de los Estados Unidos, los estudios de la esclavitud y la emancipación o en la historia de las sociedades colonizadas. Pero antes de que la generalidad de los historiadores sociales pudiera empezar a contemplar propiamente la importancia de la «raza» (sobre todo, para el estudio de las sociedades metropolitanas de Europa), sería necesario el encuentro con algún tipo de experiencia política sostenida, en forma de sacudida o de *shock*, de la misma forma que la aceptación previa del «género» había requerido de un proceso político de reconocimiento similar.

Aceptar tales dimensiones entre los aspectos omitidos en las percepciones propias sobre cómo está conformado el mundo social y sobre cómo éste trabaja, en vez de tratarlas como sujetos de interés secundarios o circunscritos a especialistas, era algo nuevo. Para los historiadores sociales de corte materialista clásico, la clase siempre proporcionó la lente principal para el estudio del comportamiento y las actitudes de los grupos sociales específicos, cualquiera que fuese la definición precisa de posición de clase o de pertenencia a la clase preferida. Donde el racismo estaba presente de manera más palpable en las prácticas y actitudes de alguna clase trabajadora en particular, como en los Estados Unidos, los historiadores sociales trataban denodadamente de encontrar alguna fundamentación para distinguir la «clase» de la «raza» en el seno del marco explicativo que estaba aplicándose; la respuesta, invariablemente, se dirigía hacia la distinción que señalaba el enraizamiento mucho más «objetivo» o «duro» de la clase en las relaciones sociales realmente existentes de propiedad y del lugar de trabajo. A falta de base objetiva comparable biológica o en diferencias científicamente fundamentadas, la «raza» podía ser entonces presentada «construida histórica y socialmente por entero como

ideología en un sentido en que la clase no lo está». Las formas variantes que la ideología racista adoptó —incluyendo su existencia material y las prácticas instituidas, todas las vías en que devino una base para la acción como una categoría “ideológica”— podían entonces ser abordadas usando los métodos más familiares para el historiador social.³⁹

Tal y como Barbara Fields señaló en una de las mejores formulaciones de esta perspectiva, aproximarse al análisis de la raza como una construcción ideológica no implica que ésta sea «ilusoria o irreal».⁴⁰ Fields explicaba que «nada transmitido desde el pasado podría mantener la raza como criterio vivo si no la reinventáramos y la volviéramos a ritualizar para que se ajustara a nuestro propio terreno. Si la raza continúa viva hoy, esto es así sólo porque continuamos produciéndola y reproduciéndola en nuestra vida social».⁴¹ Pero a pesar de este reconocimiento de la materialidad social de la ideología, tales perspectivas de análisis tendían a tratar la ideología racial principalmente como una máscara de intereses situados en otro lugar, como una forma de lenguaje concebido para garantizar y reproducir una estructura superior de intereses y autoridad, cuyo vocabu-

³⁹ Véase David R. Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Londres, Verso, 1991, p. 7. En el pasaje citado en el texto, Roediger parafrasea la argumentación de un ensayo de Barbara J. Fields, «Ideology and Race in American History» (en J. Morgan Kousser y James M. McPherson (eds.), *Region, Race, and Reconstruction: Essays in Honour of C. Vann Woodward*, Oxford, Oxford University Press, 1982, pp. 143-177); una argumentación reiterada en Fields, «Slavery, Race, and Ideology in the United States of America», en *New Left Review*, n.º 181 (mayo-junio 1990), pp. 95-118. La propia crítica de Roediger de este punto de vista promovió la discusión a favor de las historias de la *whiteness* [nota del traductor: este concepto puede traducirse como «blancura» o «condición de ser blanco»]. Un síndrome análogo tuvo lugar en la historiografía sudafricana, donde los historiadores sociales generalmente «instruidos en las tradiciones del materialismo histórico» encontraron difícil asimismo tratar la raza en sí: véase Saul Dubow, *Scientific Racism in Modern South Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. ix-x, 1-5, 284-291. Para un historiador estadounidense que siempre ha mantenido unidos con brillantez el análisis de clase y el de raza, véanse las diversas obras de Robin D.G. Kelley, empezando por su excelente estudio del comunismo en Alabama, *Hammer and Hoe: Alabama Communists during the Great Depression*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990; *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class*, Nueva York, Free Press, 1994; *Yo' Mama's Disfunktional! Fighting the Culture Wars in Urban America*, Boston, Beacon Press, 1997; *Freedom Dreams: The Black Radical Imagination*, Boston, Beacon Press, 2002.

⁴⁰ Fields, «Ideology and Race», p. 165.

⁴¹ Fields, «Slavery, Race, and Ideology», p. 118. Fields también expone: «La repetición ritual del comportamiento social apropiado contribuye a la continuidad de la ideología, no a la “imposición” de “actitudes” apropiadas. Ahí, también, se encuentra la clave de por qué podría parecer que la gente se deshiciere de repente de una ideología a la que habrían estado subordinados. La ideología no es un conjunto de actitudes que la gente puede “tener” como se tiene un resfriado, y de la que se libran de la misma manera. Los seres humanos viven en sociedades humanas a fuerza de negociar un cierto terreno social, cuyo mapa mantienen vivo en sus mentes por la repetición colectiva y ritual de las actividades que deben llevar a cabo para negociar el terreno. Si el terreno cambia, también deberán hacerlo sus actividades y, por lo tanto, también deberá hacerlo el mapa» (p. 113).

lario reflejaba directamente la desigual distribución de riqueza y poder en la sociedad. Incluso cuando enfatizaban de manera específica el carácter de «realidad» de la ideología racial, estas perspectivas la referían implícitamente a la soberanía subyacente de la explicación social. Invariablemente relacionaban la «raza», en el sentido de alguna forma de determinación última, con los más decisivos hechos estructurales como son la posesión de propiedades, competencia por el mercado de trabajo, acceso a bienes sociales o culturales, distribución de poder en el seno de la comunidad, etc.

David Roediger observó a propósito de este síndrome: «El argumento de que la raza es algo por completo producido histórica e ideológicamente, mientras que la clase no lo es por completo, se ha reducido habitualmente hasta la noción de que la clase (o “lo económico”) es más real, más fundamental, más básica o más *importante* que la raza, tanto en términos políticos como en términos de análisis histórico».⁴² Esto era un problema especialmente para los historiadores que trabajaban el campo de la historia obrera en los Estados Unidos. Pero, mucho más en general, ideologías intragables como el racismo o la xenofobia tendían a ser consideradas externas, o en todo caso, relativizadas en los tratamientos de la formación de la clase obrera a lo largo de los años sesenta y setenta, en el mismo sentido del trabajo de Tim Mason que ha acentuado el éxito limitado del nazismo a la hora de romper la capacidad de resistencia defensiva de la cultura de la conciencia de clase obrera de los trabajadores alemanes. No importa lo rico y sofisticado que fuera en sus análisis detallados o en su base empírica, el materialismo de la fórmula de «base y superestructura» tendía a vender que se infravaloraran las complejidades del análisis ideológico. Incluso en los más sofisticados, tales análisis tendían a reducir la «raza» a algún tipo de «estratagema ideológica» u otra, poniendo el énfasis en sus orígenes y sus funciones respecto de algún sistema más grande de mixtificación donde estaba al servicio de una estructura dominante de «poder político, social y económico».⁴³

Tratar de comprender culturalmente la eficacia del racismo incorporando las interpelaciones del pensamiento conformado racialmente —tratando de captar cómo la «raza» funciona como una forma de identidad vivida o como una fuente creíble de significado, como una persuasiva estrategia para trasladar el orden de lo imaginario al mundo material—

⁴² Roediger, *Wages of Whiteness*, p. 7.

⁴³ Véase Barbara J. Fields, «Whiteness, Racism, and Identity», en *International Labor and Working-Class History*, n.º 60 (otoño 2001), p. 54.

desafió las prácticas existentes de la historia social. Aunque, de manera gradual durante los años ochenta, algunos historiadores empezaron a explorar las formas de pensamiento conformado racialmente en sus propios términos de esta misma manera. Se aproximaron a él considerándolo como un tipo de subjetividad que requería mucho más que una relación inmediatamente transparente de beneficios y privilegios o un cálculo de intereses para alcanzar el objetivo perseguido. Con pleno conocimiento tanto de los aspectos relacionados con el poder de las prácticas racistas y de la violencia asociada al mantenimiento de sistemas racialmente configurados de desigualdad y explotación, una perspectiva de estudio de este estilo argumentaba también en favor de análisis culturales de la distinción racial. Desde este punto de vista, el racismo subsiste en una combinación de explícitas, parcialmente articuladas e inconscientes presunciones y creencias, generando formas de connivencia y complicidad mucho más insidiosas que las que la simple coerción podría proporcionar por sí sola. Éste era el difícil paso que tomar: ser capaz de ver las formas racialmente configuradas de entendimiento como comparables en importancia, cognitiva y ontológica, a la procedencia social de una persona y a su ubicación en la estructura de clases a la hora de participar en la configuración de su (tanto si es hombre como mujer) sentido de pertenencia al mundo. En otras palabras, así como un sistema de poder coercitivo y de violenta desigualdad, la «raza» también necesitaba ser entendida como una formación discursiva.

En los primeros años noventa este contexto generó la aparición del trabajo de Roediger *Wages of Whiteness*.⁴⁴ Este libro, claramente espolea-

⁴⁴ Véase Roediger, *Wages of Whiteness y Towards the Abolition of Whiteness: Essays on Race, Politics, and Working-Class History*, Londres, Verso, 1994. El concepto de *whiteness* suscitó un creciente interés en todo el campo interdisciplinario de los estudios americanos. Otro trabajo histórico, de Alexander Saxton, *The Rise and Fall of the White Republic: Class Politics and Mass Culture in Nineteenth-Century America*, Londres, Verso, 1990, apareció justo antes del libro de Roediger. Siguió el de la antropóloga Ruth Frankenberg, *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993 y el de Toni Morrison, *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992. Entre las monografías posteriores se incluyen las de Noel Ignatiev, *How the Irish Became White*, Nueva York, Routledge, 1995; Neil Foley, *The White Scourge: Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, University of California Press, 1997; y Matthew Frye Jacobson, *Whiteness of a Different Color: European Immigrants and the Alchemy of Race*, Cambridge, Harvard University Press, 1998. Para la literatura multidisciplinar más amplia, véase Mike Smith (ed.), *Whiteness: A Critical Reader*, Nueva York, New York University Press, 1997; Michael Rogin, *Blackface, White Noise: Jewish Immigrants in the Hollywood Melting Pot*, Berkeley, University of California Press, 1996; Richard Dyer, *White*, Londres, Routledge, 1997. La utilidad del concepto fue atacada por Eric Arnesen en «Whiteness and the Historians' Imagination», en *International Labor and Working-Class History*, n.º 60 (otoño 2001), pp. 3-32, con respuestas de James R. Barrett, David Brody, Barbara J. Fields, Eric Foner y Adolph Reed, Jr. (pp. 33-80), y una réplica de Arnesen, «Assessing Whiteness Scholarship», (pp. 81-92).

do por la versión transatlántica de la nueva coyuntura política derechista (fue escrito «en reacción al vergonzoso extremo hasta el cual obreros de género masculino, blancos, votaron a favor del reaganismo en los años ochenta»), denotaba una pérdida de confianza en las posiciones materialistas respecto de las capacidades de la historia social similar a la que he estado describiendo.⁴⁵ Ciertamente el libro presentaba un lóbrego panorama por lo que respecta a las presuntas posibilidades de una solidaridad de clase interracial en los Estados Unidos del siglo XIX aunque, en ese momento, una rica y matizada historiografía sobre este asunto difícilmente podía convertir todo ello en motivo de polémica. Pero lo que fue más perjudicial es que planteó dudas sobre los esfuerzos para rescatar el republicanismo obrero decimonónico como la forma distintivamente norteamericana de proceso de formación de la clase obrera: aunque el *élan* democrático de esta cultura política obrera podía resultar impresionante, su carácter racista y excluyente se había evitado con demasiada facilidad, al igual que la ausencia de trabajadores negros en la historia difundida.⁴⁶ Y aún más inquisitivamente, Roediger planteó una pregunta sobre las compensaciones psíquicas que los trabajadores podían derivar de la adquisición de una identidad racial «blanca» bajo la impronta simultánea de estar en proceso de proletarización: «[L]as satisfacciones derivadas de su “blancura” podían funcionar como un “salario” para los trabajadores blancos. Esto es, estatus y privilegios conferidos por la raza podían ser utilizados para maquillar las alienantes y explotadoras relaciones de clase, tanto en el Norte como en el Sur».⁴⁷ Nuevos lenguajes de identificación de clase racializadas, posiciones de masculinidad asertiva, las ambivalentes satisfacciones obtenidas de entretenimientos tan populares como el *blackface* y *minstrelsy*;^{*} todos ellos inscribían la «blancura» como un conjunto de pode-

⁴⁵ La cita es del epílogo de David Roediger a la edición revisada de *Wages of Whiteness*, Londres, Verso, 1999, p. 188. Eric Foner ha observado que este nuevo interés en la *whiteness* «no se puede separar del así considerado conservadurismo blanco de clase obrera desde los votantes de George Wallace en los años sesenta a los demócratas de Ronald Reagan, o de la persistencia de la desigualdad social a pesar del desmantelamiento de la estructura legal de la discriminación» («Response to Eric Arnesen», *International Labor and Working-Class History*, n.º 60 (otoño 2001), p. 59).

⁴⁶ La obra clave criticada por Roediger es la de Sean Wilentz, *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850*, Nueva York, Oxford University Press, 1984. Véase también Sean Wilentz, «Against Exceptionalism: Class Consciousness and the American Labor Movement», en *International Labor and Working-Class History*, n.º 26 (otoño 1984), pp. 1-24, con respuestas de Nick Salvatore (pp. 25-30) y Michael Hanagan (pp. 31-36). Para la crítica de Wilentz por parte de Roediger, véase *Wages of Whiteness*, pp. 43-92; *Towards the Abolition*, pp. 27-34.

⁴⁷ Roediger, *Wages of Whiteness*, p. 13.

* Formas de entretenimiento paródicas y con carácter racista surgidas en EE.UU. hacia mediados del siglo XIX en que cantantes y trovadores blancos imitaban las supuestas formas

rosos significados cuya específica virulencia procedía de definiciones negativas de los esclavos o de los negros libres.⁴⁸ De esta forma, argüía Roediger, «los estudios sobre la raza» pasan a ser una herramienta necesaria de autoanálisis para las subjetividades dominantes en América del Norte.

Con *Wages of Whiteness*, estamos de vuelta una vez más en las tradicionales dificultades del historiador social con la cultura, la ideología y la conciencia. Roediger y los historiadores de su mismo cariz empezaron a argumentar que los repertorios de análisis existentes en historia social servían de muy poco para dar cuenta de algo tan insidioso como las concepciones racialmente configuradas en la conformación de las subjetividades obreras. Bebiendo modestamente de la teoría psicoanalítica y de una aproximación «socio-ideológica» del lenguaje basada en Williams y Bajtin, Roediger cambió de manera decisiva el foco de interés hacia lo «cultural», dedicando su atención de forma muy creativa a fuentes como el folklore, el humor popular, el lenguaje de la calle, los cantos y el entretenimiento popular. Y lo más importante de todo, volvió de una manera franca al estudio de la ideología como tal, ofreciendo una novedosa perspectiva sobre cómo analizar las formas ideológicas dominantes. Bajo este prisma, la «blancura» parecía una invitación a participar en los beneficios de una cultura dominante cuyos principios de accesibilidad eran demasiado eficaces como para no ser consignados. En una cultura pública tan implacablemente construida alrededor del criterio racial y sus lenguajes de construcción de distinciones, las condiciones primarias del privilegio, la autoridad y el poder en general quedan sin nombrar y sin marcar: la «raza» pertenece a la minoría que no es blanca; la condición normal que acompaña el ser norteamericano es ser «blanco». Si la nación es una «estructura de poder que circunscribe y da forma a las identidades a las que los individuos o grupos pueden aspirar», la condición de ser blanco se convierte en crucial no sólo para el acceso a bienes sociales y al bienestar psíquico sino también para la posesión de las facultades políticas derivadas de la ciudadanía y la pertenencia.⁴⁹

¿Cómo afectaba todo esto a la conciencia de un historiador modernista europeo? Por mucho que uno lea extensamente o participe en discusio-

de comportamiento de la población negra y usaban maquillaje o máscaras para disfrazarse (N. F.).

⁴⁸ El libro de Roediger se cierra con un análisis de la contribución del racismo a la formación de la clase obrera irlandesa-americana, que lavó su propia estigmatización como una raza inferior («negros irlandeses») convirtiéndola en una ideología de superioridad sobre los negros, vilipendiando a éstos como su propio pasaporte a la *whiteness*. Véase *Wages of Whiteness*, pp. 133-163.

⁴⁹ Véase Gary Gerstle, «Liberty, Coercion, and the Making of America», en *Journal of American History*, n.º 79 (1987), pp. 556-557.

nes, hay una clara diferencia entre darse cuenta de las rupturas y cambios en otros campos y aplicar en el trabajo propio experiencias tan abstractas y distantes; especialmente en este caso, cuando el otro contexto en cuestión era el de los Estados Unidos, cuyas historias y legados de la esclavitud, Jim Crow,* migraciones al oeste e inmigración parecían tan evidentemente diferentes. La temporalidad de esta específica historia intelectual estaba igualmente «fuera», difiriendo de los otros desarrollos intelectuales que estoy describiendo en aproximadamente una década: el impacto de Roediger llegó a inicios de los años noventa, cuando el giro cultural ya estaba en pleno movimiento. Así que ¿cómo estaban los especialistas en historia de Europa reflexionando sobre estas cuestiones?, ¿por qué la «raza» no se unió al «género» ya en los años ochenta en el filo conceptual dominante del giro cultural?

De hecho, desde finales de los años sesenta, la dialéctica de enfrentamiento entre actuaciones racistas y antirracistas había estado ya causando disturbios en la vida pública en Gran Bretaña (y en toda Europa). Una creciente ansiedad respecto de la inmigración, puesta de manifiesto de manera dramática en el notorio parlamento de Enoch Powell en que habló de los «ríos de sangre», arrastraron las cuestiones raciales al escenario central de la conciencia política; es más, una manifestación masiva contra Powell que tuvo lugar en Oxford Town Hall en 1968 posibilitó mi primera iniciación en la política de acción directa.⁵⁰ Durante los años setenta, las cuestiones raciales y de inmigración trazaron una encrucijada para la radicalización derechista que culminó en la victoria electoral conservadora de 1979 y el ascenso del thatcherismo. Pero lo que más me interesa en retrospectiva es hasta qué punto se mantuvo intacta la separación entre la inquietante presencia de estos acontecimientos políticos y mis propios intereses como historiador. En realidad, se vertían el uno sobre el otro de forma claramente continuada pero tomar conciencia de ello me llevó mucho más tiempo.

Un indicador importante fue la publicación en 1978 de *Policing the Crisis* por parte de Stuart Hall y de un conjunto de autores procedentes del Centro de Birmingham para los Estudios Culturales Contemporáneos

* (Nota del traductor: Se conoce bajo el nombre de Jim Crow —nombre que procede de una caricatura— a un conjunto de legislación promulgada en los estados del sur de los EE.UU. tras la Guerra de Secesión y que estuvo en vigor hasta los años sesenta del siglo xx, y cuyo objetivo era garantizar la segregación de la población negra.)

⁵⁰ Véase Stuart Hall, «A Torpedo Aimed at the Boiler-Room of Consensus», en *New Statesman*, 17 abril 1998, pp. 14-19, que también reproduce el texto del discurso de Enoch Powell.

(el CCCS).⁵¹ Durante los años setenta el CCCS, albergó un intenso intercambio entre, de una parte, las tradiciones británicas de la crítica cultural y la historia social, y la gran teoría europea, de la otra. En efecto, Williams y Thompson se encontraban con Althusser, Gramsci y Foucault.⁵² Partiendo del pánico moral producido en agosto de 1972 alrededor de una especie de «atracos raciales» en Handsworth, un núcleo importante en Birmingham de población británica de color, *Policing the Crisis* mostró cómo la premisa de la «ley y el orden» había reconfigurado la agenda de la política británica hasta pasar a convertirse en la pieza central de un emergente imaginario conformado racialmente por parte de la Nueva Derecha. En una discusión, que se extendía hasta dos siglos atrás, sobre el Estado británico y su legitimidad, se contemplaba cómo el Estado había estado perdiendo su capacidad para organizar el consenso popular-democrático, conduciendo a una crisis política en que ansiedades raciales franqueaban el paso a un periodo mucho más coercitivo y autoritario. Pero mientras que el racismo era de manera muy clara un aspecto central en la crisis que este libro diagnosticaba, la «raza» todavía aparecía principalmente como un signifiante pero que remitía a otras cosas. Aunque el «texto racial» avanzaba directamente al corazón del análisis, en cierto sentido, se retraía respecto del argumento más amplio del Estado, la hegemonía y la clase.

La publicación cuatro años más tarde de *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70s Britain*, por parte de otro grupo de autores del CCCS, mostró de manera airada una forma de protesta por el anterior ocultamiento de la cuestión de la raza.⁵³ Paul Gilroy y los demás coautores insistían en que el reconocimiento de la omnipresencia de la ideología racial tenía que convertirse en algo central para el análisis de la política británica contemporánea, debido a que las concepciones de la identidad británica (y también de la *Englishness* —«lo inglés»—, es decir, de la identidad inglesa que se halla en su núcleo) estaban estructuradas en torno a poder-

⁵¹ Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke y Brian Roberts, *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*, Londres, Macmillan, 1978.

⁵² Desde luego, la historia intelectual del CCCS era mucho más elaborada que esto. La mejor introducción es la antología retrospectiva dirigida por Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis, *Culture, Media, Language: Working Papers in Cultural Studies, 1972-1979*, Londres, Hutchinson, 1980, sobre todo la introducción de Stuart Hall, «Cultural Studies and the Center: Some Problematics and Problems», pp. 15-47.

⁵³ Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (ed.), *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70s Britain*, Londres, Hutchinson, 1982. La primera frase del libro decía: «El tema central de este libro es que la construcción de un estado autoritario en Gran Bretaña está fundamentalmente interrelacionada con la elaboración de un racismo popular en los años setenta». Véase, en el mismo volumen, John Solomos, Bob Findlay, Simon Jones y Paul Gilroy, «The Organic Crisis of British Capitalism and Race: The Experience of the Seventies», p. 9.

sas afirmaciones de diferencia racial. Estas se alimentaban en parte del pasado imperial y de los antagonismos sociales postimperiales ya en el declive británico. La identidad nacional contemporánea estaba centrada alrededor del carácter nunca mencionado explícitamente de su «blancura», mientras se marginaba la presencia de afrocaribeños, gentes del sur de Asia y otros grupos minoritarios de población. Por añadidura, el silenciamiento de uno grupo conllevaba la primacía de otro. A pesar de su importancia crucial como fuente de oposición política, incluso la reescritura radical de la tradición británica en el pensamiento de Raymond Williams, Edward Thompson y la Nueva Izquierda suscribía el mismo latente etnocentrismo. Al poner al descubierto estos presupuestos, *The Empire Strikes Back* trataba de conducir la *Britishness* («lo británico») y la *Englishness* de los estudios culturales a un ámbito autoconsciente y de denuncia.

En cierto sentido previsible, esta aproximación fue un presagio de las críticas a la «blancura» que tendrían lugar en los Estados Unidos. También reflejó la incipiente tendencia a moverse desde los viejos hábitos del análisis centrado en la clase hacia el reconocimiento de que la conciencia, la identidad y la subjetividad se conforman también a través de otras vías. Como Gilroy escribió en otro lugar, «este análisis desafió las teorías que afirmaban la primacía de las contradicciones en la estructura, las clases económicas y las crisis a la hora de determinar la conciencia política y la acción colectiva».⁵⁴ Esta posición derivaba su urgencia de los tiempos políticos mismos: si ciertas identidades subculturales más autoconscientes estaban empezando a cuajar en torno al mundo negro británico, éstas tuvieron que andar más que emparejadas con la dirección principal, adoptada por los conservadores, de volver a centrar la identidad nacional alrededor de una visión agresivamente excluyente de la *Englishness*, para la cual la raza era la pieza clave.⁵⁵ A lo largo de los años ochenta la continua

⁵⁴ Paul Gilroy, «One Nation Under a Groove: The Cultural Politics of "Race" and Racism in Britain», en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, p. 367.

⁵⁵ En una serie continuada de escritos que empezaron a finales de los años setenta, Stuart Hall convirtió su argumentación en una teoría del thatcherismo. Con esto, se refería a una nueva forma de «populismo autoritario» construido sobre las ruinas del consenso democrático social de posguerra, que se estableció a lo largo de los años ochenta (y tres victorias electorales sucesivas). Un discurso de la nación bastante virulento, definido a través de la guerra de las Malvinas/Falkland en 1982 y que luego se volvió en contra de los mineros del carbón en huelga en 1984-1985 como el «enemigo en casa», fue vital para el fortalecimiento de ese logro. Evocaciones constantes de la *Englishness* [nota del traductor: este concepto puede traducirse como «anglicidad» como la definición de la condición de ser inglés], recurriendo a recuerdos imperiales anteriores tanto como a los antagonismos racistas del presente postimperial, fueron cruciales. Véase, especialmente, Hall, *Hard Road to Renewal*.

erupción de conflictos raciales en la vida pública fue desestabilizando lentamente las aproximaciones académicas a la historia británica y permitió que las historias anteriores dedicadas a las actitudes raciales pasaran a ocupar un lugar preeminente.

A largo plazo, este cambio animó una nueva apreciación de la importancia constitutiva del Imperio a la hora de proveer las bases operativas de la cohesión social y cultural para la moderna Gran Bretaña metropolitana, en concreto a través de su impacto en la cultura popular y en los valores sociopolíticos dominantes. Pero para nuestros propósitos, lo más sorprendente de esta nueva consideración de la centralidad del imperio fue el grado hasta el cual los historiadores «con credenciales» no estuvieron implicados. El rol del CCCS —una organización deliberadamente interdisciplinar, cuyo innovador trabajo histórico fue dirigido precisamente lejos de la vigilancia de cualquier departamento de historia— ya ha sido mencionado. Pero más en general, el desafío provino incluso de los márgenes de los estudios culturales; por ejemplo, las críticas del emergente movimiento de arte negro y su interés en la «estética de la diáspora» o de fuera por completo de Gran Bretaña, de los estudios literarios en los Estados Unidos.⁵⁶ En este periodo, un volumen de referencia obligada dedicado a las definiciones de la *Englishness*, escrito por historiadores, dejaba el imperialismo absolutamente fuera.⁵⁷

⁵⁶ Véase, por ejemplo, Paul Gilroy, «Nothing But Sweat inside My Hand: Diaspora Aesthetics and Black Arts in Britain», en Institute for Contemporary Art (ed.), *Black Film, British Cinema*, ICA Document 7, Londres, ICA, 1988, pp. 44-46, y «It Ain't Where You're From, It's Where You're At», en *Third Text*, n.º 13 (invierno 1990-1991), pp. 3-16; Kobena Mercer, «Diasporic Culture and the Dialogic Imagination: The Aesthetics of Black Independent Film in Britain», en Mbye Cham y Claire Andrade-Watkins (eds.), *Blackframes: Critical Perspectives on Black Independent Film*, Boston, MIT Press, 1988, pp. 50-61. Véase también Benita Parry, «Overlapping Territories and Intertwined Histories: Edward Said's Postcolonial Cosmopolitanism», en Michael Sprinker (ed.), *Edward Said: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1992, p. 23.

⁵⁷ Véase el prólogo de Robert Colls y Philip Dodd (eds.), *Englishness: Politics and Culture, 1880-1920*, Londres, Croom Helm, 1986: «No hay una explicación de lo que "el Imperio", o parte de él, pensaba de los ingleses, porque no pudimos encontrar un colaborador apropiado o dispuesto». Véase también Bill Schwarz, «Englishness and the Paradox of Modernity», en *New Formations*, n.º 1 (primavera 1987), pp. 147-153. Existían algunas excepciones al descuido de los historiadores. Por ejemplo, John MacKenzie empezó una larga serie de estudios sobre la cultura popular del imperialismo, que planteaba la «*Englishness* [...] como un complejo de valores históricos, morales y heroicos que justificaban la posesión de un imperio» (citado en Parry, «Overlapping Territories», p. 42 n. 7). Como expone Parry, el estudio de una «literatura efímera como la ficción popular, los libros de texto utilizados en escuelas no elitistas, la publicidad, así como obras oficiales sobre política colonial [...] podrían posibilitar la construcción de un lenguaje de supremacía en las autodefiniciones de la *Englishness*, otorgando valor a la masculinidad, alentando nociones de "superhombres", conjugando patriotismo con racismo, y avalando tanto el ejercicio de como la "deferencia" a la autoridad». Publicado por primera vez en 1972, la obra de Parry, *Delusions and Discoveries: India in the British Imagination, 1880-1930*, Londres, Verso, 1998, fue un primer estudio innovador desde un punto de vista literario

Desde luego no es que hubiese escasez de investigaciones monográficas dedicadas a explorar la historia política, militar y económica de la construcción del Imperio o a destacar la importancia de las colonias para la madre patria en estos mismos aspectos. En los años setenta, los historiadores sociales también viraron en gran número hacia las historias locales del encuentro colonial; donde examinaron el establecimiento del dominio británico en lugares concretos. Mientras la cultura continuara siendo contemplada como una forma de «superestructura» o dejada al margen sólo para la atención especializada de los antropólogos, fue fácil colocarla como entre paréntesis en estas consideraciones. Pero una vez que la cultura fue repensada como algo que residía tanto en las prácticas como en el mundo de las ideas (en palabras de Benita Parry, «ella misma como una forma de práctica material capaz de producir representaciones y lenguajes que se plasman en formas activas de poder y es constitutiva del orden social»)⁵⁸ ningún trabajo tuvo más impacto a la hora de ayudar a consolidar esta conciencia que *Orientalismo* de Edward Said. El trabajo de Said

afirmó el rol indispensable de la cultura como el contrapunto vital, habilitador de las prácticas institucionales, demostrando cómo el engrandecimiento del territorio mediante la fuerza militar y el ejercicio burocrático del poder en las colonias fue sostenido por la invasión ideológica del espacio cultural, mientras en la metrópoli el hecho del Imperio quedó inscrito no sólo en el debate político y en la política económica y exterior, sino que alcanzó hasta la estructura de la sociedad, el discurso intelectual y la vida de la imaginación.⁵⁹

En concurrencia con el nuevo trabajo sobre lo racial, por consiguiente, las historias del imperialismo también empezaron a registrar una transformación de enorme alcance. La conciencia de la importancia de estos temas avanzó rápidamente en crítica literaria, estudios culturales, antropología, geografía y aquellos campos de la historia que contaban con una presencia antropológica ya existente (como en el sur de Asia). Pero los historiadores especialistas en Europa también fueron viendo de manera

(véase su nuevo prólogo, pp. 1-28). Véase John M. MacKenzie, *Propaganda and Empire: The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984; MacKenzie (ed.), *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1984. Véase también John A. Magan, *The Games Ethic and Imperialism*, Harmondsworth, Penguin, 1986; Michael Rosenthal, *The Character Factory: Baden-Powell and the Origins of the Boy Scout Movement*, Nueva York, Pantheon, 1986.

⁵⁸ Parry, «Overlapping Territories», p. 23.

⁵⁹ Parry, «Overlapping Territories», p. 24.

gradual su trascendencia; en concreto, el grado hasta el cual las relaciones sociales, las prácticas culturales y el discurso axiomáticamente racial de la superioridad nacional generado en el mundo subordinado no europeo se reinsertaba en los marcos metropolitanos europeos.

El «saber colonial» —formas de representación del mundo colonial mediante la literatura, la fotografía, los museos y exposiciones, los espectáculos de masas, los anuncios comerciales y todos los aspectos de la cultura popular— pasó a ser un campo de investigación especialmente fructífero. La configuración generalizada de la identidad nacional, ya sea a través del militarismo y la guerra o en la más general ordenación de la representación nacionalista alrededor de imágenes de la masculinidad y la feminidad, también fue explorada en su dimensión colonialista como, por ejemplo, en las ansiedades que rodeaban el matrimonio mixto colonial y todo tipo de vínculos afectivos en los establecimientos coloniales, incluyendo la gestión de la sexualidad, los acuerdos para la educación de los niños, así como la formación de amistades. Estas áreas de la vida íntima estaban intrincadamente relacionadas con incumbencias del gobierno de las colonias y asuntos de Estado. Acumularon un volumen enorme de discurso en torno a desigualdades de género, privilegio sexual, prioridades de clase y superioridad racial, que, a su vez, fue sutilmente rearticulado en retórica nacionalista en la metrópoli.⁶⁰

Si el complejo proceso de ida y vuelta entre Europa y sus «otros» había sido constitutivo para el posible entendimiento de las identidades políticas desde finales del siglo XVIII, como Said y otros críticos de las tradiciones ilustradas habían reclamado, tales intercambios desiguales también habían tenido su réplica dentro de las propias sociedades europeas entre las culturas metropolitanas y las periféricas, entre el campo y la ciudad, entre la alta y la baja cultura, entre nacionalidades y religiones dominantes y subordinadas, entre el Este y el Oeste. Esto ha quedado

⁶⁰ Las obras clásicas son de la antropóloga histórica Ann Laura Stoler, *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*, Berkeley, University of California Press, 2002, y *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham, Duke University Press, 1995. Los ensayos incorporados a *Carnal Knowledge* se retrotraen a finales de los años ochenta. Mientras presuponen todo el radicalismo intelectual resumido bajo el título del «giro lingüístico», incluyendo una intensa conversación simultánea con historiadores receptivos, el análisis de Stoler está meticulosamente basado en el tipo de investigación de archivo y en el denso conocimiento empírico celebrado durante el apogeo de la historia social. De hecho, el primer libro de Stoler, *Capitalism and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1985, fue organizado alrededor de una sólida perspectiva materialista de economía política. Véase también Lora Wildenthal, *German Women for Empire, 1884-1945*, Durham, Duke University Press, 2001.

especialmente claro en el caso de la forma «nación». Una conciencia de las codificaciones negativas del nacionalismo, de las formas — como incluso los imaginarios más generosos y democráticamente incluyentes de la nación — están vinculados a procesos de concentración proteccionista y excluyente contra «otros» (a menudo de manera extraordinariamente sutil, pero incluyendo también las versiones más violentas del dominio colonial directo), ha sido uno de los logros más importantes de las dos últimas décadas. Al colonizar el mundo, las naciones metropolitanas también fabricaron hegemonías de múltiples significados posibles. Incluso el más radical y autoconsciente de los movimientos de oposición, anticoloniales o de derechos de las minorías, ha tenido que construir necesariamente sus demandas de emancipación sobre algún terreno identitario que el poder del colonialismo ya había establecido.

Uno de los corpus más importantes de trabajo histórico que afrontó estas cuestiones se desarrolló en torno al proyecto de los Estudios Subalternos, iniciado a finales de los años setenta por un grupo de jóvenes historiadores del sur de Asia, procedentes de la India, Australia y Gran Bretaña que se inspiraron en el trabajo de un autor anterior, Ranajit Guha (nacido en 1922), un historiador marxista de la sociedad rural en la Bengala colonial que enseñaba en la Universidad de Sussex. En la colección «Estudios Subalternos: Escritos sobre historia y sociedad del sur de Asia», que incluye once volúmenes desde su inicio en 1982 hasta el momento de escribir estas páginas, este grupo trató de intervenir en la historiografía de la India a través de tres frentes distintivos, combatiendo en cada caso la influencia de un poderoso adversario en el mundo de la política del conocimiento. Se opusieron, en primer lugar, a la historiografía autocelebratoria de los nacionalistas, que subsumían la política popular en la narrativa maestra de progreso de la construcción del Estado-nación indio; en segundo lugar, a la Escuela de Cambridge de los especialistas británicos en el sur de Asia, que preferían una interpretación de la política india basada en el estudio de intereses que enfatizaba el estudio de las facciones entre las elites antes que las movilizaciones de masas; y por último, el determinismo económico basado en el análisis de clase de la tradición marxista india.⁶¹

⁶¹ Los seis miembros fundadores del colectivo de los Estudios Subalternos fueron Shahid Amin, David Arnold, Partha Chatterjee, David Hardiman, Gyanendra Pandey y Guha (quienes editaron los seis primeros volúmenes, entre 1982 y 1989). Para *Subaltern Studies II* (1983), Dipesh Chakrabarty y Gautam Bhadra se unieron al colectivo. Con la excepción de Sumit Sukar, miembro entre 1984-1994, el colectivo siguió siendo el mismo hasta 1996, cuando el grupo editorial se amplió considerablemente. Desde *Subaltern Studies VII* (1992), la dirección de los volúmenes giró entre el colectivo. Hasta *Subaltern Studies XI: Community, Gender, and*

El proyecto adoptó su nombre de manera deliberada procedente de la obra de Antonio Gramsci, que había usado el término «subalterno» para referirse a grupos sociales subordinados que carecían de una autonomía política organizada. Formado a partir del trasfondo de la militancia de Guha en el Partido Comunista y de una impresionante discusión anterior de las ideas de Gramsci que tuvo lugar en el seno de los marxistas indios (que se retrotrae hasta los años cincuenta), todo esto sugiere afinidades con el trabajo de Thompson, Hobsbawm y otros marxistas británicos cercanos a Gramsci.⁶² Como tal, el proyecto tenía el mismo tipo de resonancias de la «historia desde abajo» familiares en la ola de la historia social británica ya en progresión. Venía a significar una valoración de «las políticas de la gente» que las historiografías establecidas habían suprimido de formas diversas. El prefacio original de Guha manifestaba que el estudio de lo subalterno, connotando el «atributo general de subordinación en la sociedad del sur de Asia ya se expresara en términos de clase, casta, edad, género y oficio o en cualquier otra forma», podía permitir la recuperación y reafirmación de formas de resistencia popular. La categoría gramsciana del «intelectual orgánico» era igualmente de gran importancia para la autocomprensión (y satisfacción afectiva) de estos historiadores políticamente comprometidos.

Personalmente me encontré con los Estudios Subalternos muy pronto, cuando detecté el primer volumen en un catálogo de Oxford y lo encargué a ciegas, en parte por sus indicios gramscianos, en parte porque tenía interés en formas de acción política campesina. No es nada sorprendente, dadas las demarcaciones prevaletientes en la disciplina, que fuera completamente ignorante de la presencia de Ranajit Guha en Sussex; la organización interdisciplinaria elegida por la universidad organizada por regiones del mundo convertía en algo improbable que los caminos de un licenciado especialista en historia de Europa y los de un historiador del

Violence, Nueva York, Columbia University Press, 2000, dirigido por Partha Chatterjee y Pra-deep Jenagathan, todos los volúmenes fueron publicados por la Oxford University Press de Nueva Delhi. Para historias pormenorizadas del proyecto, véase Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres, Verso, 2000; David Ludden (ed.), *Reading Subaltern Studies: Critical History, Contested Meaning, and the Globalization of South Asia*, Londres, Anthem Press, 2002. Para Guha, véase Shahid Amin y Gautam Bhadra, «Ranjit Guha: A Biographical Sketch», en David Arnold y David Hardiman (eds.), *Subaltern Studies VIII: Essays in Honour of Ranajit Guha*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994, pp. 222-225; Dipesh Chakrabarty, «Ranjit Guha, 1922-», en Kelly Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, Londres, Fitzroy Dearborn Publishers, 1999, I, p. 494.

⁶² Para los detalles, véase Chaturvedi, introducción a *Mapping Subaltern Studies*, pp. viii-ix. Véase también Aijaz Ahmad, «Fascism and National Culture: Reading Gramsci in the Days of Hindutva», en *Lineages of the Present: Ideology and Politics in Contemporary South Asia*, Londres, Verso, 2000, pp. 129-166.

sur de Asia ya en plantilla se cruzaran alguna vez. A finales de los años setenta dediqué mucho tiempo a realizar escarceos entre la historiografía de los movimientos campesinos de diversas partes del mundo, y en los primeros años ochenta podía proclamar una familiaridad superficial con el trabajo de bastantes de los autores de los Estudios Subalternos, aunque no tenía una verdadera intuición sobre el centro de interés y el propósito de esta nueva iniciativa. Igualmente, conocía bastante de la historiografía sobre la India gracias a mis años en Cambridge (1975-1979) para darme cuenta de la existencia de un nuevo corpus de trabajos de tendencia crítica cuando los veía, pero me daba poca cuenta de cómo cuadraba todo esto.

Las cosas se ordenaron mucho más tarde, cuando una fuerte sacudida en el clima intelectual público de las universidades de los Estados Unidos a finales de los años ochenta arrastró a las historiografías «occidentales» y «no occidentales» a una conversación directa a través de caminos bastante nuevos; algunas veces sin grandes contratiempos, otras de maneras entrecortadas pero siempre con una gran y duradera intensidad. Las complejidades de este tipo de encuentros exceden de largo los límites de lo que puedo abordar aquí. El impulso provino, en parte, de la política del multiculturalismo y la raza, en parte de todas las secuelas políticas y socioculturales derivadas de la reestructuración transnacional de la economía capitalista mundial que ahora llamamos globalización, y en parte del rumbo autónomo de los debates interdisciplinarios en el seno del propio mundo académico. En el momento en que ciertos tipos de debate académico se encauzaron, empujados poderosamente por una pedagogía del intercambio multicultural y la coexistencia (respecto de las cuales las universidades adquirieron una responsabilidad tan abrumadora en los Estados Unidos), la influencia de Edward Said y otros teóricos de lo postcolonial como Gayatri Chakravorty Spivak (nacido en 1942) y Homi Bhabha (nacido en 1949), pronto se hizo presente.

Hacia principios de los años noventa, el postcolonialismo había empezado a definir el centro de gravedad de los investigadores que trabajaban en los estudios culturales, proveyendo a los que estaban interesados en conectar las historias del Tercer Mundo con las de las metrópolis, de un desafiante y novedoso marco de interpretación. Pero, una vez más, los historiadores –y especialmente los historiadores europeos– se implicaron sólo de manera titubeante. Algunos de ellos tal vez habían estado leyendo los planteamientos teóricos más relevantes en el ínterin, pero cualquier forma de transferencia hacia proyectos de investigación concretos y bien perceptibles, de forma que cambiaran la manera de escribir y enseñar la historia de Europa, tardó mucho tiempo aún en producirse. Para los auto-

res más preocupados por la teoría, este proceso fue todavía más prolongado. Para aquellos que vivían en Europa, el núcleo principal de sus prioridades a lo largo de los años ochenta —teórica y políticamente— siguió siendo un anticuado sentido de prioridad de lo europeo. Por ejemplo, Stuart Hall había estado escribiendo brillantemente y de manera constante sobre cuestiones relacionadas con lo racial desde los años setenta, pero como uno de los extremos de un repertorio teórico más amplio y que a menudo iba en paralelo a sus preocupaciones principales, que incluían momentos sucesivos de «lidia» con la teoría, la crítica al thatcherismo, y el compromiso con los «nuevos tiempos».⁶³ La raza adquirió una relevancia prioritaria sólo a finales de los ochenta, cuando las prioridades políticas generales cambiaron y el discurso del postcolonialismo se fusionó con ellas.⁶⁴

Durante los estadios iniciales del giro cultural, en los primeros años ochenta, la toma de conciencia de lo «racial» y del colonialismo cristalizó en los historiadores europeos más allá de sus preocupaciones académicas inmediatas. El procesamiento activo de las ideas de Said se produjo en primera instancia casi exclusivamente entre académicos del ámbito de la literatura, y hasta cierto punto, entre los antropólogos.⁶⁵ Pero en algún momento entre finales de los ochenta y los primeros años noventa, se pro-

⁶³ Para la «lucha» con la teoría, véase la respuesta de Hall a la cuestión sobre la naturaleza de los «beneficios teóricos» que siguió a su charla en el Congreso de Estudios Culturales de Urbana-Champaign en abril de 1990, «Cultural Studies and Its Theoretical Legacies», en Grossberg, Nelson y Treichler, *Cultural Studies*, p. 289.

⁶⁴ Aparte de Hall *et al.*, *Policing the Crisis*, véanse, especialmente, los siguientes ensayos de Hall: «Race, Articulation, and Societies Structured in Dominance», en United Nations Educational, Scientific, and Cultural Organization (ed.), *Sociological Theories: Race and Colonialism*, París, UNESCO, 1980, pp. 305-345; «The Whites of Their Eyes, Racist Ideologies and the Media», en George Bridges y Ros Brunt (eds.), *Silver Linings*, Londres, Lawrence and Wishart, 1981, pp. 28-52; «Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity», en *Journal of Communication Inquiry*, n.º 10 (1986), pp. 5-27 (hay traducción española, «La importancia de Gramsci para los estudios de raza y etnicidad», en *Revista Colombiana de Antropología*, n.º 41, 2005). En 1988-1989, Hall empezó a publicar de manera intensiva sobre el tema de la migración, la identidad, las «nuevas etnicidades» y la diáspora, incluyendo su propia relación con el Caribe. Véase, sobre todo, «Diasporic Questions: "Race", Ethnicity, and Identity», en David Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1996, pp. 411-503 (el volumen de Morley y Chen contiene ensayos sobre y de Hall); «When Was "the Post-Colonial"? Thinking at the Limits», en Iain Chambers y Lidia Curti (eds.), *The Post-Colonial Question: Common Skies, Divided Horizons*, Londres, Routledge, 1996, pp. 242-260. Los cambios en los escritos de Hall pueden trazarse a través de la minuciosa bibliografía en Morley y Chen, *Stuart Hall*, pp. 504-514.

⁶⁵ Para un primer ejemplo, véase Francis Barker *et al.* (eds.), *Europe and Its Others: Proceedings of the Essex Conference on the Sociology of Literature, July 1984*, Colchester, University of Essex, 1985, que incluye de Edward Said, «Orientalism Reconsidered», pp. 14-27 (hay traducción española, «Orientalismo reconsiderado», en Edward Said, *Reflexiones sobre el exilio*, Barcelona, Debate, 2005).

dujo una conjunción. Bibliografías que previamente habían permanecido al margen empezaron a hablar las unas con las otras, cruzando las fronteras internacionales y las de las propias disciplinas.⁶⁶ Está claro que hubo contextos locales e institucionales específicos en que esto tuvo lugar.⁶⁷ Hacia 1992-1993, una avalancha de trabajos importantes –aunque todavía raramente bajo la autoría de historiadores en el sentido estricto de la disciplina– señalaron la llegada del ámbito del colonialismo al mapa historiográfico de los historiadores europeos. Estos trabajos incluían la nueva teorización de Paul Gilroy de la modernidad a través de las historias de la migración negra, en *The Black Atlantic*; el estudio de Mary Louise Pratt de la escritura de los viajeros y la estética de la transculturación en *Imperial Eyes*; la antología crítica de Michael Sprinker sobre el trabajo de Edward Said; y el nuevo trabajo del propio Said, *Cultura e imperialismo*.⁶⁸ Llegados a este punto, los debates relativos a los mundos coloniales más allá de Europa invirtieron su giro, volviendo atrás para reconfigurar con mucha fuerza el conocimiento sobre la propia Europa a través de varias formas.⁶⁹

⁶⁶ Para tomar un ejemplo revelador, la obra de Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Londres, Zed Books, para la Universidad de Naciones Unidas, 1986, aunque concebido en diálogo directo con los teóricos occidentales en la materia del momento (en particular, Anthony J. Smith, Ernest Gellner y Benedict Anderson), pasó casi desapercibido para los historiadores europeos; a diferencia de esto, su último *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, Princeton University Press, 1993, se convirtió en una pieza central del debate. El cambio de editores fue, en sí mismo, sintomático.

⁶⁷ En la Universidad de Michigan, esto ocurrió bajo los auspicios del Programa de Estudio Comparativo de las Transformaciones Sociales, un nuevo curso interdisciplinario que empezó en septiembre de 1987 y que se basó inicialmente en la historia, la antropología y la sociología. La circunscripción multidisciplinaria se amplió rápidamente hacia los departamentos de humanidades, con un acento cada vez mayor en los estudios culturales. Igualmente decisivo fue un fuerte compromiso internacional preocupado por abarcar muchas zonas no occidentales del mundo. He tratado esta historia local en Geoff Eley, «Between Social History and Cultural Studies: Interdisciplinarity and the Practice of the Historian at the End of the Twentieth Century», en Joep Leerssen y Ann Rigney (eds.), *Historians and Social Values*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2000, pp. 96-98.

⁶⁸ Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, Harvard University Press, 1993; Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992; «Colonial and Post-Colonial History», número especial de *History Workshop Journal*, n.º 36 (otoño 1993); Andrew Parker, Mary Russo, Doris Sommer y Patricia Yeagar (eds.), *Nationalisms and Sexualities*, Nueva York, Routledge, 1992; Michael Sprinker (ed.), *Edward Said: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1992; Edward Said, *Culture and Imperialism*, Nueva York, Knopf, 1993 (hay traducción española, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996).

⁶⁹ Nunca deberíamos subestimar la pronta separación de debates y sus circuitos específicos de influencia o lo lentamente que lograron reunirse. Para tomar a Stuart Hall como ejemplo, recuerdo mi estancia con un grupo de sociólogos muy bien informados en Michigan en la primavera de 1986, ninguno de los cuales había oído hablar de Hall, entonces catedrático de

De entre los autores de estas historiografías no europeas importadas, los autores de los Estudios Subalternos fueron un grupo especialmente influyente y coherente. Destacándose de manera creciente más allá del campo específico de estudios sobre el sur de Asia a inicios de los noventa, su perspectiva fue poniéndose en práctica en lo que era un programa de abierta oposición a las historias populares un poco en todas partes, y de manera notable en los estudios sobre América latina.⁷⁰ Visto en retrospectiva es realmente sorprendente el grado en que los Estudios Subalternos negociaron, en el seno de su propia trayectoria, todos los aspectos de la transición conducente de la historia social a la historia cultural que los historiadores de Europa experimentaron en esos mismos años. Bajo la inspiración de Guha, este grupo había empezado con un compromiso inicial con las historias «desde abajo», con la voluntad de recuperar la importancia negada a las masas indias para la historia de las luchas anticoloniales. Mientras seguía firmemente anclada en la tradición marxista, estas aspiraciones iban de manera patente en paralelo a las formas heterodoxas de la historia social post-thompsoniana en Gran Bretaña, desarrollando un análisis igualmente creativo sobre las formas y los límites de la dominación de las zonas rurales en la India y tratando de restaurar un sentido fuerte y coherente de la agencia en el comportamiento del campesinado. Recuperar y elaborar las complejidades de la presencia del campesinado en el movimiento anticolonial fue el *leitmotiv* para el trabajo inicial del grupo, así como lo fue una inquisitiva revisión de las relaciones del marxismo con el sentimiento anticolonial o el «nacionalismo crítico».⁷¹

Sociología en la British Open University; en pocos años, su nombre se había difundido completamente en Estados Unidos. Hall ejemplifica el cambio en las temáticas que estoy describiendo: cuando hablaba en Michigan bajo los auspicios del Programa de Estudio Comparativo de las Transformaciones Sociales en 1990, su tema eran las teorías de poder, de Althusser a través de Gramsci a Foucault; cuando habló en 1999, su tema fue el problema de «lo postcolonial».

⁷⁰ Véase la obra del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, «Founding Statement», en *Boundary 2*, n.º 20 (otoño 1993), pp. 110-121 (hay traducción española, «Manifiesto inaugural», en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Porrúa, 1998), y la revista *Nepantla: Views from the South* (2000-2003), cuyo primer número contiene un foro titulado «Cross-Genealogies and Subaltern Knowledges» (n.º 1 [2000], pp. 9-89), con colaboraciones de Dipesh Chakrabarty, John Beverly, Ileana Rodríguez y Lawrence Grossberg. Véase también Florencia E. Mallon, «The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History» (hay traducción española, «Promesa y dilema en los estudios subalternos: perspectivas a partir de los estudios latinoamericanos», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 12 [1996]), y Frederick Cooper, «Conflict and Connection: Rethinking Colonial African History», en *American Historical Review*, n.º 99 (1994), pp. 1491-1515, 1516-1545.

⁷¹ Véase Sanjay Seth, *Marxist Theory and Nationalist Politics: The Case of Colonial India*, Londres, Sage, 1995.

Al igual que Edward Thompson, por ejemplo, el grupo de los «subalternos», centró su atención tanto en las ramificadas ambigüedades, como en las formas de opresión más directas, en las relaciones de dominación y resistencia en el ámbito rural, insistiendo, con Gramsci, que los «grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y alzan». Sus escritos también desplegaron el mismo tipo de empuje hacia la cultura, fijando la atención no sólo en «la historia, política, economía y sociología de la subalternidad» sino también en «las actitudes, ideologías y sistemas de creencia; en resumen, la cultura que informa esta condición».⁷² Para poder volver a reestablecer las coordenadas sumergidas de la agencia campesina, Guha y sus colegas se mostraron excepcionalmente creativos a la hora de leer en los archivos coloniales «contra corriente», ampliando el repertorio habitual de los historiadores sociales hacia la crítica literaria, filología sánscrita, lingüística, folklore y antropología estructural. Los trabajos pioneros del propio Guha evocaban de alguna manera el marco de la «sociedad patricia/cultura plebeya» que los ensayos de Thompson sobre el siglo XVIII habían estado explorando por las mismas fechas.⁷³ En ellos se postulaban «dos dominios de la política en la modernidad india, el dominio de la élite basado en una gramática europea/burguesa de constitucionalismo y vida pública organizada, y un dominio relativamente autónomo de la política subalterna, ambos convergiendo en la construcción de la democracia india pero operando sobre comprensiones distintas del poder y del gobierno».⁷⁴

Pero por las fechas en que este grupo estaba empezando a hacerse notar seriamente en Gran Bretaña y América del Norte (en respuesta al quinto volumen de los *Subaltern Studies* publicado en 1987), su rostro estaba ya cambiando. El conocimiento previo de la obra de Foucault se precipitó con facilidad hacia las teorías de la gubernamentalidad colonial y hacia la críti-

⁷² Antonio Gramsci, «Notes on Italy History», en Quentin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (eds. y trads.), *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Londres, Lawrence and Wishart, 1971, p. 55, citado por Ranajit Guha en su prefacio a Guha (ed.), *Subaltern Studies I: Writings on South Asian History and Society*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1982, p. vii.

⁷³ Véase Ranajit Guha, *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement*, Paris, Mouton, 1963; «Neel Darpan, The Image of a Peasant Revolt in a Liberal Mirror», en *Journal of Peasant Studies*, n.º 2 (1974), pp. 1-46; *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983 (hay traducción española de la introducción, en Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Critica, 2002); «The Prose of Counter-Insurgency», en Guha (ed.), *Subaltern Studies II*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-42 (hay traducción española, «La prosa de la contrainsurgencia», en Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Critica, 2002), reimpresso en Dirks, Eley y Ortner, *Culture/Power/History*, pp. 336-371.

⁷⁴ Chakrabarty, «Ranajit Guha», p. 494.

ca de los sistemas postilustrados de saber, con el inevitable perjuicio hacia la creencia anterior en una auténtica conciencia campesina. Tales dudas sobre la capacidad de las autonomías resistentes de los subalternos, junto con la falta de confianza asociada en el materialismo histórico, trazan un paralelo exacto con las incertidumbres que se estaban forjando entre los historiadores sociales británicos y norteamericanos en el mismo periodo. Aperturas hacia la crítica literaria, la historia oral y la antropología fueron enfatizando más si cabe la distancia respecto de los puntos de partida. Pero lo más inquisitivo de todo fue una crítica postestructuralista publicada por Gayatri Spivak en 1988 bajo el título «¿Puede el subalterno hablar?» que llevó al grupo a cuestionarse sus presupuestos altamente generizados, rechazó el modelo centrado del sujeto soberano que este proyecto interpretativo parecía implicar, y, sobre esta base, cuestionó en primer lugar la posibilidad misma de rescatar la agencia política subalterna.⁷⁵ Cuando el grupo clarificó sus posiciones en respuesta —comprometiéndose seriamente con la cuestión del género, ampliando sus propias filas y adoptando una pronunciada dirección «textualista», al tiempo que dedicando más atención a las especificidades de las diferencias de la India con Occidente— las divisiones empezaron a aflorar. Justo cuando los Estudios Subalternos emergieron al primer plano internacional durante los primeros años noventa, algunas voces empezaron a acusar al grupo de olvidar sus objetivos políticos implícitos en su anterior orientación materialista.⁷⁶

En un doble significado, estas trayectorias posteriores pueden encontrarse ya inscritas en sus orígenes. El culturalismo de los noventa no era

⁷⁵ Gayatri Chakravorty Spivak, «Can the Subaltern Speak?», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretations of Culture*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1988, pp. 271-313 (hay traducción española, «¿Puede hablar el sujeto subalterno?», en *Obis Tertius*, n.º 6 [1998]). Los treinta y nueve colaboradores de este volumen se habían reunido para un congreso en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign en el verano de 1983. El sucesor de ese congreso fue el aún más importante Congreso de Estudios Culturales en la primavera de 1990, las actas del cual aparecieron en *Cultural Studies* de Grossberg, Nelson y Treichler. El significado y la temática cambiantes de estos dos congresos fueron en sí mismos una alegoría del movimiento desde «lo social» a «lo cultural».

⁷⁶ Estos desacuerdos reflejaban enconadas divisiones políticas, ellas mismas vinculadas con las llamadas guerras de cultura de principios de los años noventa, que giraban en torno al «post-modernismo». Véanse los siguientes ataques de Sumit Sarkar, «The Decline of the Subaltern in *Subaltern Studies*», en *Writing Social History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1996, pp. 82-108, reimpreso en Chaturvedi, *Mapping Subaltern Studies*, pp. 300-323; y «Orientalism Revisited: Saidian Frameworks in the Writing of Modern Indian History», en Chaturvedi, *Mapping Subaltern Studies*, pp. 239-255. Esmeradas réplicas pueden encontrarse en «Radical Histories and Question of Enlightenment Rationalism: Some Recent Critiques of *Subaltern Studies*» de Dipesh Chakrabarty y «Voices from the Edge: The Struggle to Write Subaltern Histories» de Gyanendra Pandey, en Chaturvedi, *Mapping Subaltern Studies*, pp. 256-280, 281-299. Sarkar fue miembro del colectivo de Estudios Subalternos desde 1984 a 1994; Pandey fue un miembro fundador; Chakrabarty se unió pronto después de su creación. Véase también David Ludden, «A Brief History of Subalternity», en *Reading Subaltern Studies*, pp. 1-39.

ni la traición postmaterialista que alegaban sus detractores ni su imagen en el espejo, la progresión ascendente hacia una mayor sofisticación o una forma superior de reconocimiento antirreduccionista. Por una parte, los alejamientos vitales que conducen al giro cultural eran ya bastante visibles en los volúmenes tempranos de los *Subaltern Studies*, desde las sorprendentes sinergias entre Gramsci y Foucault, pasando por el hecho de favorecer las microhistorias, hasta la insistencia en las especificidades de la India y un sentido muy agudo de las dificultades que implicaría la recuperación de la agencia. Al tiempo que incluían formas de aproximaciones muy diversas, los ensayos más tempranos ya se habían debatido con dilemas sobre perspectivas a adoptar ahora tan familiares en los debates en curso. Las reflexiones de Guha sobre la relación entre las ideas de la historia y las formas de dominación, inspiradas en las distinciones entre tiempo mítico y tiempo histórico, anticiparon preocupaciones posteriores sobre formas indígenas de pensamiento, así como su ensayo «Chandra's Death» apuntó la metodología del fragmento.⁷⁷ Más que un avance desde un nivel de investigación más bajo a uno más alto —como podría sugerir un modelo progresivo simple de la transición de lo «social» a lo «cultural»— tales desplazamientos estaban contruidos sobre la propia intervención que había fundado el grupo. Así, los debates subsiguientes requerían menos renegar de los orígenes en la historia social que la clarificación de una ambivalencia siempre detectable.

Por otra parte, esta historiografía del sur de Asia a la vez fue un presagio y se movió en paralelo con el curso del «giro lingüístico» en Occidente. Las nuevas preferencias culturalistas de los *Subaltern Studies* en los noventa no fueron el corrupto resultado del acceso a los lujos de la teoría poscolonial en los privilegiados ámbitos académicos de los Estados Unidos, como arguyó alguno de sus airados oponentes. El nuevo culturalismo no era algo que tenía que ser «aprendido» de Occidente en este sentido en

⁷⁷ Véase Ranajit Guha, *An Indian Historiography of India: A Nineteenth-Century Agenda and Its Implications*, Calcuta, K.P. Bagchi, 1988, dado como las Conferencias S.G. Deuskar sobre Historia de la India en 1987; «Chandra's Death», en Guha (ed.), *Subaltern Studies V*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1987, pp. 135-165. Este punto general puede ser ilustrado de varias formas concretas. Véase, por ejemplo, la problemática reconfigurada que relaciona «Small Peasant Commodity Production and Rural Indebtedness: The Culture of Sugarcane in Eastern UP, c. 1880-1920» de Shahid Amin (en Guha, *Subaltern Studies I*, pp. 39-87) con su «Gandhi as Mahatma: Gorakhpur District, Eastern UP, 1921-2» (en Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1984, pp. 1-61) (hay traducción española, «Gandhi como Mahatma: distrito de Gorakhpur, UP oriental, 1921-1922», en Saurabh Dube (coord.), *Pasados poscoloniales*, México, El Colegio de México, 1999), y «Approver's Testimony, Judicial Discourse: The Case of Chauri Chaura» (en Guha, *Subaltern Studies V*, pp. 166-202).

absoluto; sus imitaciones se hallaban en su misma constitución desde el principio. Además, mientras por su parte, los historiadores europeos ciertamente aprendieron mucho de los autores de los *Subaltern Studies* a medida que alcanzaron una mayor difusión, tenían sus puntos de conexión anteriores, aunque, de todas formas, esto era difícil de ver en los años noventa. Al igual que las amargas salvas disparadas contra los Estudios Subalternos, el campo de tiro en Occidente entre «nuevos historiadores culturales» y los historiadores autoproclamados de corte thompsoniano estaba oscureciendo ciertas líneas de ascendencia común. Así, ya fuera en el sur de Asia o en Occidente, los historiadores sociales habían estado respondiendo a lo largo de los años ochenta con urgencia moral y teórica a un conjunto de problemas comunes; aquellos concernientes a la relación entre pasados sociales y futuros políticos, entre vida material y significados culturales, entre la ordenación estructural del mundo de las experiencias y las formas accesibles de subjetividad, entre historia y política. En este sentido, para un historiador dedicado a historia de Europa de mi generación, buena parte de lo que los *Subaltern Studies* ofrecían encajaba retrospectivamente a través de los debates de los años ochenta y de los años setenta –mediante Foucault, el feminismo y Gramsci– con el pensamiento de Raymond Williams.

Esto es lo que trataba de decir al señalar antes que las historiografías postcoloniales «invirtieron su giro volviendo atrás» a los momentos previos de innovación radical donde este libro empezó. Por una parte, como Said reconoció, Raymond Williams tenía sorprendentemente poco que decir sobre colonialismo y el Imperio como tales.⁷⁸ Aunque era alguien que se había dedicado a cruzar fronteras, era asimismo el más enraizado y etnocéntrico de los pensadores; si bien era un decidido internacionalista en su horizonte teórico europeo, es notable lo poco que le inspiró el florecimiento de las literaturas postcoloniales de finales del siglo XX; algo que ya se había puesto en marcha de manera exuberante cuando murió.⁷⁹ Por

⁷⁸ Véase Edward W. Said, «Narrative, Geography, and Interpretation», en *New Left Review*, n.º 180 (marzo-abril 1990), pp. 81-85 (que contiene los comentarios de Said del primer *Memorial Lecture Raymond Williams*, Londres, 10 octubre 1989); «Intellectuals in the Post-Colonial World», en *Salmagundi*, n.º 70-71 (primavera-verano 1986), pp. 44-64; «Jane Austen and Empire», en Terry Eagleton (ed.), *Raymond Williams: Critical Perspectives*, Oxford, Polity Press, 1989, pp. 150-164. Véase también Gauri Viswanathan, «Raymond Williams and British Colonialism: The Limits of Metropolitan Cultural Theory», en Dennis L. Dworkin y Leslie G. Roman (eds.), *Views beyond the Border Country: Raymond Williams and Cultural Politics*, Nueva York, Routledge, 1993, pp. 217-230.

⁷⁹ Tampoco estuvo especialmente interesado en los pensadores postestructuralistas, como Derrida o Foucault. Williams permaneció asentado con firmeza en un espectro sumamente canónico de tradiciones marxistas centrales.

otra parte, sus escritos tardíos sobre la modernidad, con su intenso moverse hacia atrás y hacia adelante entre la novela desenraizada de la conciencia metropolitana y las formas anteriores y más localistas de pertenencia nacional o regional, encuentran poderosamente su eco en los esfuerzos de los pensadores postcoloniales contemporáneos por abrirse camino a través de las contradicciones de, por una parte, un inteligible cosmopolitismo, y por otra, de un nacionalismo cultural afectivo.⁸⁰ Muchos de los intereses considerados ahora colindantes con el pensamiento postcolonial —ideas sobre la posición del sujeto; de la localización de la identidad; de las particularidades vividas de lugar, región y del cuerpo; de la condición intermedia de las comunidades realmente existentes; e incluso de la compleja interrelación de todo ello con las más universales formaciones de clase— fueron sutilmente adelantadas en los escritos de Williams, especialmente en su incomparable *El campo y la ciudad* pero también en sus obras de ficción.⁸¹ Precisamente la problemática relación entre universalismo y alteridad cultural ha sido puesta de relieve por los más recientes trabajos del grupo de los Estudios Subalternos.⁸²

Si vemos el giro cultural como, al menos en parte, algo que permite una renovada consideración de amplios propósitos teóricos y metodológicos (como opuesto a la validación de cualquier particular contenido empírico y textual) la influencia de Williams era clara en la primera oleada de

⁸⁰ Véase especialmente «When Was Modernism?», «Metropolitan Perceptions and the Emergence of Modernism» y «The Politics of the Avant-Garde», en Raymond Williams, *The Politics of Modernism: Against the New Conformists*, ed. Tony Pinkey, Londres, Verso, 1989, pp. 31-36, 37-48, 49-63.

⁸¹ Raymond Williams, *The Country and the City*, Londres, Chatto and Windus, 1973 (hay traducción española, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001). Véase también Raymond Williams y Edward Said, «Media, Margins, and Modernity», en Williams, *The Politics of Modernism*, pp. 177-197; Edward W. Said, «Traveling Theory», en *The World, the Text, and the Critic*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, pp. 226-247 (hay traducción española, *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2004).

⁸² Véase especialmente Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago, University of Chicago Press, 2002; Gyan Prakash, *Another Reason: Science and the Imagination of Modern India*, Princeton, Princeton University Press, 1999; Ranajit Guha, *History at the Limit of World History*, Nueva York, Columbia University Press, 2003 (hay traducción española, *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona, Crítica, 2003), y *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*, Cambridge, Harvard University Press, 1997; Partha Chatterjee, *Nation and Its Fragments y A Possible India: Essays in Political Criticism*, Delhi, Oxford University Press, 1997. Véanse también, en general, los índices de los dos volúmenes más recientes de los Estudios Subalternos: Gautam Bhadra, Gyan Prakash y Susie Tharu (eds.), *Subaltern Studies X: Writings on South Asian History and Society*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999, y Partha Chatterjee y Pradeep Jeganathan (eds.), *Subaltern Studies XI: Community, Gender and Violence*, Nueva York, Columbia University Press, 2000.

los análisis postcoloniales. Said reconoció que «incluso una o dos páginas de Williams sobre “los usos del Imperio” en *La larga revolución* nos dicen más sobre la riqueza cultural del siglo XIX que tantos volúmenes de hermético análisis textual».⁸³ Said invocó *Cultura y sociedad* cuando, al final de su introducción a *Orientalismo* (esta pionera interrogación de la tradición intelectual occidental), afirmó la necesidad de trabajar en el sentido «del proceso que Raymond Williams ha llamado el “desaprendizaje” del “inherente modo dominante”».⁸⁴ Desde luego que no estoy tratando aquí de restaurar a Su Majestad la teoría metropolitana a un deslustrado y desvencijado viejo trono, como el modelo teórico preeminente que el pensamiento posterior no occidental sólo podría emular. Al contrario, si la crítica postcolonial de los pésimos viejos binarismos de Occidente significa algo, es que significa capturar las convergencias y contingencias de las genealogías culturales (y teóricas) y, por añadidura, rescatar estos espacios «impuros» como los verdaderos lugares donde el pensamiento crítico puede tener lugar.⁸⁵

HISTORIA EN PÚBLICO

Voy a tratar aquí de hacer presente el grado hasta el cual los debates entre historiadores durante los años ochenta se vieron acompañados por la más amplia situación política del cambio intelectual en la esfera pública; algo que se extiende a lo largo de conflictos análogos en otras disciplinas académicas; los comentarios de escritores, periodistas y otros intelectuales públicos; toda la amplia capacidad de división de las que llegaron a ser conocidas como «guerras de cultura»; y las dimensiones crecientemente transnacionales o «globalizadas» de tal intercambio. Como historiador especialista en Europa, no experimenté exactamente la urgencia de

⁸³ Said, *Orientalism*, p. 14.

⁸⁴ Said, *Orientalism*, p. 19.

⁸⁵ Para una incisiva reflexión sobre la postcolonialidad contemporánea, véase Nicholas B. Dirks, «Postcolonialism and Its Discontents: History, Anthropology, and Postcolonial Critique», en Scott y Keates, *Schools of Thought*, pp. 227-251. Para una brillante demostración de las profundas implicaciones con respecto a la escritura de la historia de la metrópolis, véanse los siguientes ensayos de Bill Schwarz, «Not Even Past Yet», en *History Workshop Journal*, n.º 57 (primavera 2004), pp. 101-115; «Crossing the Seas», en Schwarz (ed.), *West Indian Intellectuals in Britain*, Manchester, Manchester University Press, 2003, pp. 1-30; y «Becoming Postcolonial», en Paul Gilroy, Lawrence Grossberg y Angela McRobbie (eds.), *Without Guarantees: In Honour of Stuart Hall*, Londres, Verso, 2000, pp. 268-281. Véase también la entrevista de Schwarz con Stuart Hall, «Breaking Bread with History: C.L.R. James and *The Black Jacobins*», en *History Workshop Journal*, n.º 46 (otoño 1998), pp. 17-31.

los conflictos sobre la raza y lo postcolonial como ruidos «*en off*», mi conciencia de su importancia se había agudizado demasiado para que tal metáfora fuera real. Pero durante la mayor parte de la década, se fueron desplegando, en cierto sentido, alejados de los ámbitos donde yo desarrollaba mi trabajo académico.⁸⁶ Incluso aunque el sentido que para mí tiene ser historiador siempre estuvo conformado por la política, el terreno para este compromiso fue cambiando de manera vital a mis espaldas. Algunas de sus consecuencias me alcanzaron por sorpresa. Más aún, hubo otras vías a través de las que los historiadores académicos fueron perdiendo el control de sus asuntos.

Así, en los escenarios públicos más amplios, estamos siendo constantemente bombardeados por todo tipo de referencias a la historia y apelaciones al pasado. Las muy diversas formas públicas de «trabajo de memoria»,* recuerdo y conmemoración –oficial, comercial, privada– han alcanzado un momento extraordinario, acelerándose a lo largo de los años ochenta hasta convertirse en un verdadero «*boom* de la memoria». La apelación a la memoria se ha convertido en algo promiscuo, una dimensión inevitable del paisaje de ideas para cualquiera que esté interesado en comprender las dinámicas del cambio social en el cambio de siglo. Para los propios historiadores, además, «historia y memoria» se ha convertido en una *idée fixe* de la disciplina. Pero este interés sobrepasa enormemente cualquier discurso profesionalizado, saturando grandes sectores del entretenimiento, lectura de masas, intercambio comercial, y otros ámbitos de la cultura pública. ¿Qué está sucediendo aquí?

Según el punto de vista de Fredric Jameson, este interés tan intenso en el pasado significa una «nostalgia por el presente».⁸⁷ Denota una ansiedad ante la desorientación y ante la velocidad y el alcance del cambio, en respuesta al cual la narración y el visionado de la historia parecen prometer un entramado sucedáneo de continuidad. Representaciones del pasado –per-

⁸⁶ Quizás debería reconocerme algún mérito a este respecto. Por ejemplo, aprendí mucho del trabajo de mi primer doctorando en la Universidad de Michigan a principios de los años ochenta, quien investigó la influencia de las percepciones populares del imperio en el interior de la sociedad inglesa del siglo XIX: véase Susan Thorne, *Congregational Missions and the Making of an Imperial Culture in Nineteenth-Century England*, Stanford, Stanford University Press, 1999. La obra de Lora Wildenthal *German Women for Empire* también empezó como tesis a mediados de los años ochenta.

* (Nota del traductor: El autor utiliza la expresión «memory work», que puede traducirse como trabajo de memoria, o sobre la memoria, esto es acciones, públicas o privadas que colocan la recuperación de la memoria como objetivo.)

⁸⁷ «Nostalgia for the Present» es el título de un capítulo centrado en el análisis de películas en la obra de Fredric Jameson, *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke University Press, 1991, pp. 279-296 (hay traducción española, *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996).

sonales y colectivas, privadas y públicas, comerciales y elevadoras se convierten a la vez en terapia y distracción, una fuente de elementos familiares y de predictibilidad mientras los fundamentos del presente se vuelven inestables. Tal nostalgia anuncia el deseo de conservar lo familiar incluso cuando esto va menguando ante nuestra vista, por fijar y retener las facciones de mundos en movimiento, de hitos que están desapareciendo y de seguridades que se desestabilizan.

Pero hacia los años noventa el *boom* de la memoria estaba señalando también el retorno de «lo local» a un espacio central del pensamiento político contemporáneo. Esto derivaba en parte de la recuperación que sucedió en Europa y Norteamérica posterior a los años sesenta de la política de acción directa basada en comunidades de pequeña escala y en solidaridades de base. Pero también denota la retórica del «piensa globalmente y actúa localmente» del activismo ecologista y de oposición a la globalización, que a su vez refleja la transnacionalización de la historia contemporánea y el desafío a las soberanías basadas en el Estado-nación. Éste es precisamente, el terreno en que se fundamenta la historiografía colonial discutida en la sección precedente de este capítulo, una historiografía definida por las complejas luchas alrededor de los particularismos de lugar y etnia generados al hilo de la descolonización del Imperio y por nuevas formas revivificadas. En cada uno de esos contextos, fortalecidos por la lógica de la «nostalgia por el presente» de Jameson, la memoria ofrece una vía para volver a suturar la unión entre las historias individuales y las narrativas colectivas de pertenencia y consecución en un tiempo en que los viejos modelos para imaginar un futuro político, especialmente los socialistas, no son ya persuasivos. A medida que esta desafección contemporánea con los procesos políticos empeora, tales formas alternativas de autorreconocimiento público aumentan su atractivo. La posibilidad de situar las experiencias personales en un paisaje público de acontecimientos conocidos y compartidos mediante el uso del repertorio de construcción de memoria (autobiografías, historias orales, museos, monumentos, aniversarios, celebraciones mediáticas y fiestas nacionales) como el medio para historias recuperadoras alternativas, puede posibilitar un territorio diferente de la memoria que reclamar.

El trabajo de memoria como tal no tiene un valor político específico. En este sentido, el muy destacable y popular proyecto en varios volúmenes de Pierre Nora *Les lieux de mémoire*, sobre la historia nacional francesa, nos ofrece uno de los más grandiosos ejemplos recientes. Puede leerse como un trabajo que busca transformar de manera decidida la identidad nacional apartándola de las viejas obsesiones del Estado-nación, en un espíritu más en la dirección de la integración europea, el futuro post

nacional y la idea de un hogar europeo común. Pero el paradigma de Nora de los «lugares de memoria» despolitiza de manera muy destacable la cuestión nacional. En lugar del muy establecido y centrado consenso de la vieja tradición republicana francesa, ofrece una mezcla fragmentada y diferenciada de temas desiguales, la cual sin embargo lleva a cabo su propia concentración de la memoria nacional francesa de una manera etnocéntrica mucho más insidiosa. Esta forma más oblicua de recentrarse afirma un sentido agregado de la identidad cultural común, excluyendo aquellas partes de la sociedad francesa contemporánea —islámica, norteafricana, inmigrante— que no pueden encontrarse a sí mismas en el ensamblado mosaico del pasado nacional.⁸⁸

Hay una potencial apuesta izquierdista en este nuevo discurso de la memoria y la localización, a la que la crisis del socialismo en la coyuntura política posterior a 1989 iluminó el camino. Al dejar a la izquierda desorientada respecto de su forma acostumbrada de pensamiento sobre los futuros políticos, el fin del comunismo forzó a una revisión de las historias previas; no en último lugar en la Europa oriental misma, donde el discurso de pérdida, desposesión y desplazamiento podía ser trazado de una manera mucho más directa, aunque mucho más dolorosa, a través de la recuperación de experiencias vividas anteriores (esto es recordadas) de fechas reales, acontecimientos, lugares, nombres y formas de agencia histórica. A través de este complicado proceso de retorno, el concepto mismo de memoria puede ser aligerado de sus nocivas connotaciones derechistas de la filosofía de la «sangre y el suelo», animando a la izquierda a pensar más positivamente sobre la nación mediante esta manera de localización precisa. Estas posibilidades encuentran eco en los esfuerzos postcoloniales para teorizar el emplazamiento de luchas por la independencia, la justicia social y los derechos humanos en contextos muy particularizados de lugar y reconocimiento étnico. A pesar de su creciente identificación con migraciones, diásporas e hibridación, la postcolonialidad es una condición sólo experimentada a través de sus modalidades localizadas, incluso si sus sujetos se encuentran resituados en los escenarios sociales multiculturales de la metrópolis. En estos términos, un lenguaje

⁸⁸ Véase Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, 7 vols., París, 1984-1992, traducido como *The Realms of Memory: The Construction of the French Past*, 3 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1997-, y *Rethinking France*, 4 vols., Chicago, University of Chicago Press, 2001-. Para la génesis del equivalente alemán, véase Etienne François, Hannes Siegrist y Jakob Vogel (eds.), *Nation und Emotion: Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*, Gottinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1995. Para una crítica exhaustiva, véase Peter Carrier, «Places, Politics, and the Archiving of Contemporary Memory in Pierre Nora's *Les lieux de mémoire*», en Susannah Radstone (ed.), *Memory and Methodology*, Oxford, Berg, 2000, pp. 37-57.

del recuerdo puede convertirse en un lenguaje del reconocimiento. El horizonte utópico clásico de la izquierda de un futuro sin espacio concreto es sustituido —para bien y para mal— por una imagen de la buena sociedad recordada en el tiempo y fundamentada en el lugar, trazada en el mapa mediante las especificidades de la historia y la experiencia. La memoria abastece el lenguaje para este movimiento.

En estos términos, la memoria se ofrece como un lugar crucial para la formación de identidad en el seno de nuestros apuros contemporáneos, una forma de decidir quiénes somos y de posicionarnos a nosotros mismos en el tiempo y el espacio, dada la enormidad de los cambios estructurales que están reconfigurando el mundo de manera tan destructiva; en la nueva era de la reestructuración capitalista definida por la globalización, el fin del comunismo y la «transición postfordista». En los noventa se ha convertido en un lugar común hablar de la «condición postmoderna» al tiempo que otro llamamiento nos sitúa de manera más tendenciosa en el «fin de la historia». Sean cuales sean los méritos de estos argumentos, el *boom* de la memoria parece relacionado de una manera u otra con esta «lógica cultural» de una transición contemporánea.⁸⁹ Las nuevas tecnologías de la información y los medios de comunicación de masas electrónicos se encuentran también implicados. Procesos de mercantilización y la comercialización de la cultura, en las economías de consumo del entretenimiento y del diseño, producen una economía posmoderna de signos en la cual la movilidad arbitraria del imaginario histórico y de la cita se convierte en desenfrenadamente inevitable. De esta manera también la sensibilidad contemporánea se convierte en susceptible de memoria. Somos constantemente invitados a situarnos en relación a un tipo u otro de «pasado». La esfera pública contemporánea emite constantemente incitaciones a la memoria en este sentido.⁹⁰

⁸⁹ Este párrafo se compone deliberadamente desde los clichés de la teoría social contemporánea y las crónicas culturales. Véase, en concreto, David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell, 1989 (hay traducción española, *La condición de la postmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998); Roland Robertson, *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage, 1992; Alain Lipietz, *Towards a New Economic Order: Post-Fordism, Ecology, and Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1992. La frase «la condición postmoderna» empieza con Jean-François Lyotard (*The Postmodern Condition*, Manchester, Manchester University Press, 1984) (hay traducción española, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984); la frase «el fin de la historia» la lanzó al discurso público Francis Fukuyama (*The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 1992) (hay traducción española, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992); la frase «lógica cultural» viene de Jameson (*Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*). El primer y mejor manual de comentarios sobre estas transiciones sigue siendo el volumen dirigido por Stuart Hall y Martin Jacques, *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990s*, Londres, Lawrence and Wishart, 1991. Véase también Ash Amin (ed.), *Post-Fordism: A Reader*, Oxford, Blackwell, 1994.

⁹⁰ Véase la importante polémica de Jameson acerca del «mapa cognitivo», en *Postmodernism*, pp. 45-54, 408-418.

Una procesión sin fin de aniversarios nos proporciona otra parte de esta historia. La gran extravagancia del año 1989 en Francia, que trató de declarar la Revolución francesa como finalmente «determinada», fue sólo el más dramático de estos acontecimientos culturalmente específicos. La conmemoración internacional más espectacular fue la que implicó el extendido y ramificado recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, iniciada con el cuadragésimo aniversario de la paz en Europa, en 1985, y que continuó con la secuencia que enlazaba el quincuagésimo aniversario del estallido de la guerra en 1939, el día D, y la liberación (seis años más tarde). Este calendario público generó un grado extraordinario de exceso conmemorativo invadiendo los espacios de representación pública y las pantallas de televisión en particular, al tiempo que desencadenó una pléthora de recuerdos privados.⁹¹

Una vez más, el significado de toda esta actividad –de tanto recuerdo público obsesivo– se encuentra más allá de la ocasión formal y los contenidos inmediatos mismos. En Europa, sin duda, el sentido de un final –a la vez internacional (con el fin de la Guerra Fría, el reforzamiento de la Unión Europea y el encogimiento trasnacional del globo) y doméstico (con la disolución definitiva del orden de posguerra y la recomposición del escenario social de clases)– nos devolvió hacia aquellos momentos anteriores. En efecto, estábamos volviendo a casa, visitando de nuevo los orígenes, reabriendo la historia que había generado el mundo contemporáneo, incluso si éste se estaba tornando un mundo perdido. Esto es lo que nos sensibiliza tanto hacia el pasado como un campo de significados.

Los desarrollos en el seno de la historia como actividad especializada –como disciplina– nos ayudan a explicar la relevancia de la memoria como un objeto temático. Reivindicar la posguerra como objeto de enseñanza e investigación académica ha jugado un papel, así que los historiadores son ahora capaces de escribir sobre los años en que ellos se han formado biográficamente. Hasta fechas muy recientes, 1945 actuaba como una frontera del presente como límite. La lenta aceptación de la historia oral como una subdisciplina desde mediados de los setenta ha marcado la diferencia (de nuevo con sus propias revistas, asociaciones profesionales, encuentros, bases institucionalizadas, clásicos, métodos consensuados, tecnologías y tradiciones en evolución). El poder de la interdisciplinarie-

⁹¹ Véase especialmente Steven L. Kaplan, *Farewell Revolution: Disputed Legacies, France, 1789-1989*, Ítaca, Cornell University Press, 1995, y *Farewell, Revolution: The Historians' Feud, France, 1789-1989*, Ítaca, Cornell University Press, 1995; Geoff Eley, «Finding the People's War: Film, British Collective Memory, and World War II», en *American Historical Review*, n.º 105 (2001), pp. 818-838.

dad, con sus iniciales cabezas de puente institucionales desde los años sesenta y su más reciente florecimiento, permitió la aparición de lugares donde asentar un sofisticado trabajo sobre la memoria. Hasta que las suspicacias de los historiadores respecto de la antropología, psicología, psicoanálisis y otras tradiciones teóricas no se vieron allanadas, los debates no fueron más allá de las estrechas discusiones técnicas sobre los problemas del uso de las fuentes orales.

A este respecto, ciertamente fueron los estudios culturales los que proporcionaron el principal marco e impulso para el crecimiento de la memoria como prioridad intelectual. Tratar la memoria como una compleja construcción conformada a la vez dentro y en los márgenes del campo público de representaciones, al cual hay que aproximarse a través de la colaboración interdisciplinar, lo debe todo a los lenguajes analíticos desarrollados por los estudios culturales a lo largo de las pasadas tres décadas.⁹² Estos lenguajes han reconfigurado nuestras percepciones del pasado en el presente, señalándonos las diversas vías sobre cómo la historia es evocada y sobre cómo nos dirigimos a ella. Nos alerta sobre el amplio rango de lugares y medios a través de los cuales recordar (y olvidar) tienen lugar en la esfera pública, consciente e inconscientemente, a través de las películas y de la televisión, fotografías y anuncios, la radio y la música, el teatro, los museos y exposiciones, anuncios turísticos y parques temáticos, ficciones, ceremoniales, los currículos escolares, discursos políticos y muchos más. En este sentido, se ha reclamado para el estudio histórico el más amplio territorio de ideas y suposiciones sobre el pasado en una sociedad, de manera que el terreno habitual del historiador —esto es, los límites del análisis histórico aceptado, la definición de lo que cuenta como fuente legítima y objeto de estudio aceptable— es puesto cada vez más en cuestión.

Las posibilidades que resultan de todo ello son o extremadamente desestabilizadoras o muy ilusionantes, dependiendo del punto de vista adoptado. Estas posibilidades confunden muchas de las anteriores maneras de definir las prácticas distintivas y la identidad del historiador, rompiendo algunos de los constreñimientos disciplinarios y ampliando la imaginación hacia una agenda cambiante con un mayor repertorio de métodos y perspectivas de análisis legítimos. Esto genera una indeterminación tremendamente fructífera. Cuestiona la manera habitual de concebir los límites entre la memoria y la historia, en que ésta era la que profesionalmente

⁹² Véase especialmente Martin Evans y Ken Lunn (eds.), *War and Memory in the Twentieth Century*, Oxford, 1997.

organizaba y contextualizaba a la otra. La historia literalmente «disciplinaba» a la memoria. Daba forma y estructuraba convenientemente los no elaborados y poco fiables recuerdos individuales, apelando al lenguaje superior de la objetividad, confrontando su parcialidad y subjetividad con la verdad del archivo, la «realidad» del registro histórico y los «hechos».

Precisamente en esta línea de fractura, una cierta desprofesionalización ha estado en juego. Nos hemos acostumbrado a encontrar pensamiento histórico e investigación histórica en otros lugares que no son los departamentos de historia universitarios; en parte en ámbitos diversos del propio mundo académico, pero también en el ámbito general de la cultura, como ocupaciones de amateurs y no profesionales. Para Raphael Samuel, uno de los cronistas más elocuentes y también un teórico de este proceso de redefinición, este cambio convierte la historia en una «forma orgánica de saber», «inspirándose no sólo en experiencias de la vida real sino también en la memoria y el mito, la fantasía y el deseo; no sólo en el pasado cronológico del registro documental sino también en la intemporalidad de la “tradición”». Samuel explica:

La historia ha sido siempre una forma híbrida de saber, una forma sincrética del pasado y el presente, memoria y mito, el registro escrito y la palabra hablada. Su objeto de estudio es promiscuo [...]. En la memoria popular, si no en la alta investigación académica, la gran inundación o la tormenta pavorosa pueden eclipsar guerras, batallas y el auge y caída de los gobiernos. Como forma de comunicación, la historia se expresa no sólo en la crónica y el comentario sino también en la balada y la canción, en las leyendas y en los proverbios, adivinanzas y acertijos. Las liturgias de la Iglesia han transmitido una versión: la historia sagrada; los rituales cívicos, otra. A día de hoy un inventario necesitaría permanecer igualmente alerta a la memoria desplegada (aunque no sea intencionadamente) por los anunciantes, y por la influencia del turismo [...]. Como un arte autoconsciente, la historia empieza con monumentos e inscripciones, y como constata el registro de nuestro entorno edificado, la escritura en las paredes no es hoy la menor de las influencias que contribuyen a cambiar la conciencia histórica. La influencia de los vídeo juegos y de la ciencia ficción no debería ser menos pertinente a la hora de intentar explicar por qué la idea del tiempo revertido, o el viaje en el tiempo, se ha convertido en una forma normal de trazar nuestra idea del pasado.⁹³

⁹³ Raphael Samuel, *Theatres of Memory*, vol. I, *Past and Present in Contemporary Culture*, Londres, Verso, 1994, pp. 443-444. Esta interpretación de la historia como una forma orgánica de conocimiento había sido anticipada, de nuevo, por Raymond Williams, que tampoco era historiador de formación académica.

Algunos de los temas preferidos por los estudios culturales —exposiciones y museos, cine y fotografía, revistas y ficción— han sido instrumentos ideales para explicar la porosidad de las fronteras entre la historia académica y un universo más amplio de saberes sobre el pasado, descritos por Samuel. Aquí es también donde la relación de la historia con el pasado está siendo pensada de nuevo. La relativamente nueva revista *History and Memory*, el principal proveedor de índices de calidad en la profesión, despliega exactamente este abanico de influencias. Las películas, entendidas tanto como registro visual del pasado como forma de producción de historia por derecho propio, están atrayendo cada vez mayor atención. La apropiación crítica y ecléctica de las teorías psicoanalíticas ha ejercido un papel decisivo, cuyas posibilidades los historiadores han empezado lentamente a explorar. Asimismo la fotografía ofrece grandes oportunidades, en especial para la historia social y cultural de la familia y de la vida personal. Por último, en todas estas áreas, el impacto de la teoría y la política feministas ha sido sencillamente inmenso, abriendo el camino para nuevas iniciativas e inspirando directamente muchas de las más creativas innovaciones. El desafío del feminismo ha dado legitimidad al estudio de la subjetividad, obligando a los historiadores a vérselas con tales aspectos. Los usos analíticos de la biografía y diversas combinaciones de la teoría cultural, el psicoanálisis y la historia han sido especialmente ilusionantes.

RETIRÁNDOSE DE LO SOCIAL: LAS NUEVAS FRONTERAS DE LA HISTORIA

Ser historiador a inicios del siglo XXI puede significar una gran variedad de cosas. Mediante todas las formas antes mencionadas (y muchas otras más) los límites se han ido viniendo abajo. Como resultado, las fronteras de la historia están ahora mucho menos defendidas frente a otras disciplinas o tipos de saber de lo que lo estaban cuarenta o incluso veinte años atrás. El tráfico va en las dos direcciones: los historiadores visitan otros lugares del conocimiento mucho menos furtivamente que antes y son mucho más receptivos a las intrusiones que proceden del exterior, tanto si surgen de otras disciplinas y campos del saber como si proceden de la vida cotidiana, la cultura popular o de ciertos ámbitos de la esfera pública. Este doble ensanchamiento de los horizontes de la historia, hacia otros ámbitos de la academia y hacia los más amplios contextos sociales y culturales del pensamiento histórico argumentados por Raphael Samuel,

permite un nuevo punto de partida para explorar las imágenes del pasado en circulación a través de los espacios públicos y privados de toda sociedad.

Esta novedosa multiplicidad de historias posibles y la porosidad de las fronteras entre el interior y el exterior de la disciplina académica fue un aspecto vital en la crisis experimentada por los historiadores sociales. Como he argumentado en la primera parte de este capítulo, un nuevo tipo de precaución que se desarrolló a lo largo de los años ochenta en relación al análisis social y la historia de la sociedad condujo a muchos a retirarse de las grandiosas ambiciones de un periodo anterior y del confiado materialismo que las sustentaba. Simultáneamente, se desarrolló un mayor interés hacia cuestiones relativas a la subjetividad y todos los aspectos de la vida personal, para las cuales el feminismo proporcionó ciertamente la inspiración de mayor alcance y duración. Ambos desarrollos fueron asociados con lo que ha llegado a ser conocido comúnmente como «giro lingüístico» o «giro cultural», concretamente, las controversias interrelacionadas que estallaron alrededor de las teorías recibidas, métodos y puntos de vista epistemológicos de las ciencias humanas a inicios de los años noventa.

Escribir la historia intelectual de este extraordinariamente complejo despertar intelectual —de manera acorde a todas sus desigualdades y su diversidad y junto con las fuerzas culturales, sociales y políticas más amplias que parcialmente lo explican— es algo que ha escapado a muchos comentaristas. Incluso parece estar cada vez más claro que las formas taquigráficas de descripción que fueron privilegiadas —«giro cultural», «giro lingüístico» y «posmodernismo»— acuñadas en lo más álgido de las breves, pero extremadamente polarizadas, disputas iniciales, confunden tanto como clarifican, y refunden lo que son múltiples variaciones. Anunciada en un volumen de ensayos en 1989 que borraba las distinciones precisamente de esta forma (colocando en primer plano ciertas aproximaciones de menor resistencia, al tiempo que descuidaba o ignoraba a otros), la «nueva historia cultural» se convirtió en otra de estas descripciones talismán. Ésta ayudó a que una heterogénea disparidad de nuevas perspectivas y temas se mencionaran a lo largo de los noventa, permitiendo a un variopinto repertorio de radicales, innovadores y marginales reunirse bajo esta bandera. Pero visto en perspectiva, planteó también un gran número de preguntas.⁹⁴

⁹⁴ Véase, en concreto, el volumen dirigido por Lynn Hunt, *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989, y la retrospectiva posterior editada por Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt, *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999. Si el primero de estos volúmenes

Virar hacia la «cultura» fue el denominador común bastante vago para un conjunto muy heterogéneo de descontentos. Al ofrecer una etiqueta de conveniencia para el emergente escepticismo sobre el estudio de la «sociedad», dio voz a la creciente incomodidad con el paradigma existente. Denotó el creciente atractivo de la reducción de escala, un distanciamiento respecto de las historias estructurales a gran escala de sociedades concebidas en su totalidad. Durante la ola previa de la historia social, el deseo de una narración integrada de la sociedad como un todo, algunas veces denominada bajo el concepto de la «historia total», implicó habitualmente la adopción de los incluso más grandes marcos de la teoría del desarrollo tomada de las ciencias sociales. Tales marcos ponían su énfasis en las «grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes», cuyos objetivos dominaron el metadiscurso de los historiadores sociales científicos a lo largo de este tiempo.⁹⁵ Pero hacia los años ochenta, país por país, empezaron a establecerse formas diversas de desilusión con estas ambiciones.

Un ejemplo de esta desilusión fue el interés en la «microhistoria», un programa de trabajo propuesto por el grupo de historiadores italianos agrupados alrededor de la revista *Quaderni Storici*, inspirados más por la antropología que por la sociología, por lo idiosincrásico o la anomalía que por lo estadísticamente predecible o por la norma representativa, y por un método más «conjetural» que «científico». Insatisfechos con la historia social científica, porque ésta imponía el estándar de la gran escala y de la *longue durée* e insistía en la superioridad de la metodología cuantitativa, este grupo trató de arrastrar los estudios históricos hacia la vida diaria y las experiencias vividas de individuos concretos, como el mejor modo de conseguir que las mismas grandes cuestiones resultaran inteligibles.⁹⁶

expresaba lo que, mirando hacia atrás, parece mucho más un conjunto de preocupaciones locales de Berkeley, el segundo abre una ventana muy parcial a los debates intermedios.

⁹⁵ Véase Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage, 1984 (hay traducción española, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991).

⁹⁶ El representante más conocido de este grupo es Carlo Ginzburg: véase *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980 (orig. pub. en italiano, 1976; hay traducción española, *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1981); *The Night Battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983 (orig. pub. en italiano, 1966); *Clues, Myth, and the Historical Method*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989 (orig. pub. en italiano, 1986; hay traducción española, *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1989); *Ecstasies: Deciphering the Witches' Sabbath*, Nueva York, Pantheon, 1991 (orig. pub. en italiano, 1989; hay traducción española, *Historia nocturna: el desciframiento del aquelarre*, Barcelona, Much-

Este grupo italiano no fue, desde luego, el único ejemplo de desarrollo de un escepticismo acerca de las grandes ambiciones de la historia social en sus formas reinantes sociológicas o marxistas. Un movimiento similar estaba produciéndose a finales de los setenta en la Alemania occidental. Éste vino a converger con las innovaciones italianas y adoptó algo del mismo lenguaje, alzando su propia bandera como *Alltagsgeschichte*, o historia de la vida cotidiana.⁹⁷ En historia de Francia, Natalie Zemon Davis ocupaba un lugar similar desde finales de los años sesenta, con una serie de ensayos pioneros. Con la publicación de *El retorno de Martin Guerre* en 1983, provocó unas olas mucho mayores en las aguas de la profesión, unas alteraciones aún más reforzadas, por las mismas fechas, por la obra de Robert Darnton *La gran matanza de gatos y otros episodios de historia cultural francesa*.⁹⁸ Al otro lado del canal de la Mancha, en Gran Bretaña, los historiadores sociales se habían visto menos arrastrados por las ambiciones de la ciencia social histórica en su formulación más robusta y dogmática. Las efervescentes críticas procedentes de Edward Thompson y otros autores proveyeron de un fuerte contrapeso a este respecto.⁹⁹

nik, 1991); *The Judge and the Historian: Marginal Notes on a Late Twentieth-Century Miscarriage of Justice*, Londres, Verso, 1999 (hay traducción española, *El juez y el historiador: consideraciones al margen del caso Sofri*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1993). Otros representantes son Eduardo Grendi, Carlo Poni y Giovanni Levi. Véase Giovanni Levi, «On Micro-History», en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1992, pp. 93-113 (hay traducción española, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993); Edward Muir y Guido Ruggiero (eds.), *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.

⁹⁷ Para una excelente muestra de este trabajo, véase Alf Lüdtke (ed.), *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Princeton, Princeton University Press, 1995; para mi propio comentario, véase Geoff Eley, «Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*, Experience, Culture, and the Politics of the Everyday; A New Direction for German Social History?», en *Journal of Modern History* 61, n.º 2 (junio 1989), pp. 297-343.

⁹⁸ Véase Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975; *The Return of Martin Guerre*, Cambridge, Harvard University Press, 1983 (hay traducción española, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Bosch, 1984); *Fiction in the Archives: Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987. Véase también Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Basic Books, 1984 (hay traducción española, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987).

⁹⁹ Empezando con *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1963 (ed. en rústica, Harmondsworth, Penguin, 1968), Thompson condujo un debate continuo con sociologías históricas de varios tipos, como inflamadas polémicas contra las variedades ahistóricas. Para un excelente ejemplo, véase Edward P. Thompson, «On History, Sociology, and Historical Relevance», en *British Journal of Sociology*, n.º 27 (1976), pp. 387-402.

Una de las más grandes innovaciones, subsumida bajo el eslogan de la «nueva historia cultural» durante los años ochenta, se dio cuando el feminismo abogó por la historia del género. Probablemente el más influyente —y necesariamente polémico— escrito inicial en favor de las nuevas perspectivas en general fue el artículo de Joan Scott de 1986, «El género: Una categoría útil para el análisis histórico», que se convirtió en un punto de referencia para cualquier historiador que tratara de captar qué era lo que estaba en juego en el giro lingüístico. Brillante trabajo de lúcida defensa del género, caracterizado por unas filiaciones eclécticamente postestructuralistas, el ensayo de Scott presentaba a aquél como la variable y disputada construcción de la diferencia sexual, lo que era también «una forma primaria de significación de las relaciones de poder».¹⁰⁰ Como tal, demandaba la atención de los historiadores en general y no sólo de aquellos que trabajaban en el género per se.

Mediante el uso de un método «deconstructivo» tomado de los escritos del filósofo y teórico de la literatura Jacques Derrida y de una teoría del poder basada en las ideas de Michel Foucault, Scott argumentó que el cuestionamiento, la descomposición y la apertura de las categorías aceptadas debería ser una de las principales ocupaciones del historiador. Hacerlo podría esclarecer la naturaleza contingente o la construcción histórica de términos creadores de distinción aparentemente naturales o estables, tales como el sexo o el género, pero también la raza, la clase, la nación y cualquier otro término moderno de la agencia y la pertenencia, incluyendo la idea misma de sujeto o del yo. Además, por añadidura a su más puramente metodológico desafío a los historiadores, este esfuerzo siempre acarreó un significado políticamente muy cargado. Si podía mostrarse que tales sistemas de significado «naturalizados» habían sido espacio de negociación y contestación en el pasado, entonces podían resultar igualmente vulnerables al cuestionamiento en el presente y el futuro.

Las propuestas de Scott se revelaron enormemente polémicas, de formas que no pueden ser abordadas aquí.¹⁰¹ Se convirtieron en uno de los

¹⁰⁰ Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», en *American Historical Review*, n.º 91 (1986), pp. 1053-1075. Este ensayo fue reimpresso dos años después en el volumen enormemente influyente de la misma autora *Gender and the Politics of History* (pp. 28-50). La cita concreta se toma de *Gender and the Politics of History*, p. 42.

¹⁰¹ Por ejemplo, el debate que rodeaba al texto de Joan W. Scott, «On Language, Gender, and Working-Class History», que apareció en *International Labor and Working-Class History*, n.º 31 (primavera 1987), pp. 1-13, con respuestas de Bryan D. Palmer (pp. 14-23), Christine Stansell (pp. 24-29) y Anson Rabinbach (pp. 30-36); véase también el texto de Scott, «Reply to Criticism» (n.º 32 [1987], pp. 39-45) (hay traducción española de todo el debate en *Historia Social*, n.º 4 [1989]). Lamentablemente, Scott dio comienzo a gran parte de la acritud que acompañaba a estas discusiones. Véase su debate con Laura Lee Downs sobre el texto de Downs,

aspectos centrales de las así denominadas guerras de cultura de finales de los años ochenta e inicios de los años noventa, en tanto que aquellas «guerras» afectaron a la disciplina de la historia. En aquellos momentos, la acritud que dividió a los que se adhirieron a las posiciones opuestas fue intensa y furiosa. Durante un tiempo, el espacio que quedaba para pensar sobre cuestiones genuinamente difíciles se redujo de manera gratuita, debido a las preferencias epistemológicas excluyentes que tanto los defensores como los enemigos del estructuralismo trataron de imponer. La fijación de la discusión en teorías del lenguaje y la textualidad parecía presentar a las historiadoras feministas del género situadas en una rigurosa polarización de las opciones entre aproximaciones «culturales» o «sociales», así que las disputas reprodujeron mucho del tipo de restrictivas oposiciones binarias que la propia Scott había querido rechazar en origen. Pero más allá de los tumultos originados por estas tomas de posición, siempre hubo una enorme diversidad de trabajo realizándose.

Mientras los partisanos del giro lingüístico y los defensores de la historia social trataban de machacar a sus respectivos aliados en sus cuarteles, un contingente de historiadores fundamentalmente más jóvenes estaban explorando de manera paciente cómo ambas aproximaciones podían unirse. Acometer un trabajo de síntesis como éste, incluso al nivel del mejor talante y la conversación experimental fue siempre algo aterrador. La omnipresencia de los debates en el punto más álgido de la disputa a inicios de los años noventa simplemente descartaba la opción de poder ausentarse uno mismo de la refriega. Lidar con estos asuntos requería una enorme cantidad de energía y tiempo; para leer, discutir, escribir y pensar. Entre la exaltada intensidad de las polémicas y la producción de estudios históricos seriamente fundamentados, o bien tenía que pasar algún tiempo o alguna otra forma de distanciamiento debía hacerse presente.¹⁰²

«If "Woman" Is Just an Empty Category, Then Why Am I Afraid to Walk Alone at Night? Identity Politics Meets the Postmodern Subject», en *Comparative Study in Society and History*, n.º 35 (1993), pp. 414-437; Joan W. Scott, «The Tip of the Volcano», pp. 438-443; Downs, «Reply to Joan Scott», pp. 444-451. Véase también Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*, Filadelfia, Temple University Press, 1990, pp. 172-186. Para la respuesta constructiva clave, véase Kathleen Canning, «Gender and the Politics of Class Formation: Rethinking German Labor History», en *American Historical Review*, n.º 97 (1992), pp. 736-768, y «Feminist History after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience», en *Signs*, n.º 19 (1994), pp. 368-404.

¹⁰² Una excepción importante durante este periodo fue Judith R. Walkowitz, cuyo *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London*, Chicago, University of Chicago Press, 1992 (hay traducción española, *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995), negociaba con

Pero si bien eran problemáticas al crear divisiones, las posturas polémicas extremas ampliaron las fronteras y clarificaron las diferencias. Si el espacio para el rechazo en público de la crudeza de las opciones en juego tardó un tiempo en abrirse, la fusión en la práctica de posibilidades híbridas es algo que ahora podemos ver más fácilmente. Tras la superficie tumultuosa del giro lingüístico, historiadores de una gran variedad de ámbitos trataban creativamente de mantener lo mejor de las viejas perspectivas con los emocionantes desafíos de las nuevas, a lo largo de una amplia gama de periodos y temas: en historia del trabajo; en análisis del estado del bienestar, en historias de la medicina, la ley y otras profesiones; en estudios sobre escolarización y pedagogía; en las lecturas de la cultura popular; en los trabajos sobre la sexualidad; en las historias del Imperio, colonialismo y raza.

Además, este proceso de fermentación no se estaba produciendo exclusivamente en el seno de la disciplina, aislado del exterior. Para empezar, el dinamismo y entusiasmo estaban íntimamente unidos a la difusión de una conciencia de interdisciplinaridad, que puede trazarse institucionalmente entre finales de los ochenta y mediados de los años noventa, que condujo a finales de los años noventa a una significativa consolidación; a través de revistas, encuentros, debates y publicaciones clave y eventualmente en universidades concretas mediante la organización de seminarios, propuestas para el currículo, la fundación de institutos, la asignación de fondos y la creación de nuevos departamentos y programas. En algunas de las más importantes universidades, incluyendo la mía, la textura misma de intercambio académico, pedagógico e intelectual en general, fue transformándose en interdisciplinar con mayor intensidad cada vez. Para los historiadores, en consecuencia, el haz de influencias teóricas conformado por textos tales como el artículo de Joan Scott de 1986, o que estaban circulando más ampliamente a lo largo y ancho de la disciplina, se ampliaba por todas partes, ya fuera en otras disciplinas (tales como la antropología, el psicoanálisis y la teoría literaria) o entre pensadores característicamente «no-disciplinarios» como Stuart Hall, Nancy

cuidado los desafíos del culturalismo, desarrollándose sobre la base de su anterior *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Nueva York, Cambridge University Press, 1980, que estaba firmemente ubicado en la historia social. Véanse también sus primeros artículos, que consiguieron registrar las posibilidades del giro cultural sin rechazar la historia social: «Male Vice and Feminist Virtue: Feminism and the Politics of Prostitution in Nineteenth-Century Britain», en *History Workshop Journal*, n.º 13 (primavera 1982), pp. 79-93, con la introducción de Jane Caplan, «The Politics of Prostitution», pp. 77-78; y «Science, Feminism and Romance: The Men and Women's Club 1885-1889», en *History Workshop Journal*, n.º 21 (primavera 1986), pp. 37-59.

Fraser o Michel Foucault. Allí donde se está produciendo trabajo innovador es difícil no hallar ahora historiadores que estén en conversación con otras disciplinas, ya sea a través de colaboración en la investigación, en su docencia, en la asistencia a encuentros o simplemente respecto de a quienes leen y citan.

Es aquí donde la interrelación entre la historia académica y todo lo que la rodea se convierte en algo particularmente difícil de desenredar. Como sugieren las reflexiones precedentes, el significado del pasado en una sociedad abarca mucho más que las meras actividades de la disciplina académica, tanto como los investigadores académicos están en continua interacción con las más amplias imágenes e ideas del pasado de una sociedad, ya sea conscientemente o a través de formas menos reflexionadas. En tanto que un campo de significado, la historia está siempre acosada por esta doble interpretación: por una parte, la historia como tiempo pasado, como un conjunto distintivo de asuntos y todas las formas como los historiadores tratan de trabajar con ellos; por otra, la historia como un signo en y para el presente, un contenedor de significados contemporáneos, con todas las complejidades que produce en el terreno de las representaciones, permitiendo el constante y desordenado ir hacia atrás y adelante entre un aparentemente acabado «entonces» y un patentemente activo «ahora».¹⁰³ Lo que convierte el apuro en que se encuentran los historiadores en tan interesante en este momento es precisamente la intensidad de la interacción entre estos dos tipos de interpretación. La relación en sí misma no tiene nada de nuevo. Pero la buena disposición de los historiadores para percibirla puede que lo sea.

LAS IDEAS CAMBIAN, ¿PERO CUÁNTO?

Los ensayos de Joan Scott de mediados de los años ochenta ciertamente fueron uno de los contenidos centrales de este repertorio. Pero estaba en juego un espectro mucho mayor de debates, variando de un campo a otro y de un país a otro. Con respecto a la historia del género per

¹⁰³ Véase también Eley, «Finding the People's War», p. 818. Aunque tiene claras afinidades, no es lo mismo que la otra distinción, a menudo atribuida a los «postmodernistas» sino, en realidad, un axioma de escritura histórica auto-consciente desde hacía años, que diferencia la «historia como pasado» de la «historia como los procesos a través de los cuales los historiadores dotan al pasado de significado». Donde una condensa la reserva inalcanzable de todo lo que siempre había pasado, el otro abarca las reglas y métodos, las narrativas y las interpretaciones, y las teorías e intuiciones requeridas para darle significado. Mi punto de vista personal es que los historiadores profesionales no son ni mucho menos las únicas personas que se dedican a esta tarea.

se, el tipo de narrativa que mejor conocía de primera mano —desde mi perspectiva como historiador marxista formado en Gran Bretaña, que trabajaba sobre Alemania y que emigró en 1979 a los estados Unidos— empezó a mediados de los años setenta, con el análisis de inspiración marxista sobre la opresión de la mujer bajo el capitalismo, al tiempo que se desplazaba con rapidez hacia una crítica sobre lo que las formas de marxismo disponibles podían ofrecer. Para captar las formas en que las mujeres vivían su opresión, las feministas se volvieron rápidamente hacia teorías de la ideología y la subjetividad, así que pocos años fueron necesarios para que el psicoanálisis pareciera sustituir al marxismo como el referente principal de orientación. En la mezcla resultante, la teoría literaria y las teorías del lenguaje —configurada tanto por la lectura de las feministas teóricas francesas Julia Kristeva, Luce Irigaray y Hélène Cixous como por una más general recepción de Foucault, Derrida y Jacques Lacan— convergieron con un emergente interés en el cine, los géneros de lectura popular y otros aspectos de la cultura popular a través del pujante territorio de los estudios culturales.¹⁰⁴ Pero de nuevo, si bien los debates teóricos subsiguientes podían a menudo resultar divisivos, los resultados destinados a perdurar para los historiadores se materializaron detrás de las más visibles y en algunas ocasiones un tanto exhibicionistas polémicas, cuando de manera gradual fueron cobrando forma proyectos de análisis histórico más concretos y centrados. Comoquiera que valoremos el carácter constructivo —además de inevitable— que los debates teóricos pudieran tener, el balance final reside en las investigaciones históricas reales que permitieron abordar.

Pero también es necesario añadir el complemento de una cierta casualidad. Ciertos textos causaron furor entre los historiadores durante los años ochenta, no porque fueran adoptados conscientemente como vanguardistas, sino porque actuaron como síntomas en que se aunaban necesidades y formas de descontento muy diversas, respondiendo preguntas que no podían esperar más a ser planteadas y alimentando deseos de cam-

¹⁰⁴ Una de las mejores descripciones breves de esta historia intelectual feminista en Gran Bretaña es la introducción de Lovell a *British Feminist Thought*, especialmente pp. 21-22. Véase también la nueva introducción de Michele Barrett a la edición revisada de 1988 de su *Women's Oppression Today: Problems in Marxist Feminist Analysis*, Londres, 1980, cuyo subtítulo fue cambiado por el de *The Marxist/Feminist Encounter*. Las reflexiones intermedias de la autora señalaron el desafío de los postestructuralismos de varios tipos a las primeras certezas del materialismo, mientras destacaban el contexto político totalmente diferente de los años ochenta en contraposición al de los años setenta, sobre todo, la ahora ineludible importancia de la «raza», el racismo y la etnicidad. Mientras tanto, las coordenadas específicamente británicas del debate llegaron a ser más claras. Véase Imelda Whelehan, *Modern Feminist Thought: From the Second Wave to «Post-Feminism»*, Nueva York, New York University Press, 1995.

bio que estaban naciendo. Desde luego cada texto concreto de este tipo tiene una historia propia. Las condiciones de posibilidad para su producción —por un autor específico, en una escena institucional concreta, con formas específicas de apoyos y recursos, rodeado todo ello por determinadas circunstancias (intelectuales, sociales, culturales y políticas) que los historiadores estaban acostumbrados a explorar— pueden, en efecto, ser definidas. Con suficiente perspectiva, utilizando todas las herramientas y estrategias de contextualización, los historiadores pueden sacar a la luz todas estas complicadas pautas intelectuales, dotándolas de una persuasiva coherencia. En retrospectiva, cuando la genealogía de cualquier innovación intelectual radical llega a ser convincentemente historizada de esta manera, puede establecerse la interconexión entre los textos más relevantes, las ideas y los desplazamientos efectuados, y su linaje anterior puede ser identificado. Pero para quienes viven un determinado proceso de cambio intelectual en el momento, lo completamente inesperado de las ideas más influyentes puede causar mucha mayor impresión.

Los autores de los trabajos que quiero destacar aquí sólo podían ser considerados historiadores en el sentido más acreditado del término de manera ambigua. Procedían de los márgenes de la profesión, estaban escribiendo desde fuera de las convenciones de las monografías (o productos similares) académicas, o trabajaban como historiadores en otras disciplinas. Cada uno tendrá sus propios candidatos para una lista así. Mi selección refleja necesariamente las particularidades de mi propio punto de vista y se trata de autores que están entre los más ampliamente leídos y discutidos en el sentido que estoy sugiriendo. Abrieron posibilidades para nuevas formas de pensar entre los historiadores. Sacaron tales formas de pensar fuera del consabido cajón.

Mencionaré en primer lugar tres trabajos (en orden decreciente de resonancia) cuyas imaginativas metodologías, formas radicales de epistemología, originalidad del tema y general extravagancia los situaron de manera consciente en las antípodas de las convenciones que prevalecían en la historia social de sus respectivas áreas: el estudio de Carlo Ginzburg de la cosmología herética del molinero friulés del siglo XVI, Menocchio, en *El queso y los gusanos*; el trabajo de Jacques Rancière *The Nights of Labor: The Workers' Dream in Nineteenth-Century France*, que puso en cuestión las proyecciones sobre la autenticidad proletaria que hacía muy poco que los historiadores sociales habían establecido alrededor de la figura de los artesanos radicales; y la extensa reflexión de Wolfgang Schivelbusch sobre los significados culturales del «viaje en tren» en las formas transformadas de comprensión acerca de la nueva modernidad tecnológica de un mundo en proceso de industrialización en

el siglo XIX.¹⁰⁵ El carácter sincronizado de la influencia de estos trabajos no puede fijarse de manera exacta. El libro de Ginzburg se publicó en Italia en 1976 y fue traducido al inglés bastante rápidamente cuatro años después; la edición francesa de 1981 del trabajo de Rancière fue ampliamente discutida entre los historiadores sociales de habla inglesa mucho antes de su traducción en 1989; *The Railway Journey* gozó de una influencia mucho más soterrada, al aparecer en alemán en 1977 y en Nueva York dos años más tarde, pero penetró en la conciencia de los historiadores mucho más lentamente.¹⁰⁶ Con todo, cada uno de estos trabajos desafió los presupuestos de la historia social de una forma similar, apoyando una visión distinta de las pruebas, los temas y las estrategias de escritura que los historiadores podían considerar.

Estos historiadores eran todos ellos inconformistas que se movían en los límites de la profesión, con una gran variedad de conocimientos eclécticos y esotéricos en su bagaje y formación; de la filología a la crítica de arte, de la teoría literaria al teatro, la filosofía y el análisis cultural en general. Los siguientes trabajos que voy a citar volvieron a enfatizar el mismo tipo de conexiones, pero con una mayor mezcla de pensamiento psicoanalítico, antropología y los estudios culturales británicos, y todo ello en el marco de conjunto proporcionado por el interés en el postestructuralismo. Entre ellos se incluyen las reflexiones extraordinariamente influyentes de Benedict Anderson sobre «el origen y difusión del nacionalismo» en *Comunidades imaginadas* (1983), el trabajo de historia oral de Ronald Fraser sobre su propia infancia en los condados situados al suroeste de Londres en los años treinta y cuarenta, *En busca de un pasado* (1984); el trabajo de Patrick Wright *On Living in an Old Country* (1985), que analizaba el remodelado del pasado nacional en Gran Bretaña durante los años ochenta y cómo se incrustaba en las experiencias de la

¹⁰⁵ Ginzburg, *The Cheese and the Worms*; Jacques Rancière, *The Nights of Labor: The Workers' Dream in Nineteenth-Century France*, Filadelfia, Temple University Press, 1989; Wolfgang Schivelbusch, *The Railway Journey: Trains and Travel in the Nineteenth Century*, Nueva York, Urizen Books, 1979.

¹⁰⁶ Ginzburg fue aceptado muy rápidamente en *History Workshop Journal*. Véase Carlo Ginzburg, «Morelli, Freud, and Sherlock Holmes: Clues and Scientific Method», en *History Workshop Journal*, n.º 9 (primavera 1980), pp. 5-36 (hay traducción española, «Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales», en C. Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989); Keith Luria, «The Paradoxical Carlo Ginzburg» y con Romulo Gandolfo, «Carlo Ginzburg: An Interview», en *Radical History Review*, n.º 35 (1986), pp. 80-111. Recuerdo a mi amigo y coautor David Blackburn mostrándose muy entusiasmado con Schivelbusch a principios de los años ochenta: véase David Blackburn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1984, pp. 186, 214. Para Rancière, véase Reid, «The Night of the Proletarians».

vida cotidiana; el libro de Peter Stallybrass y Alon White *The Politics and Poetics of Transgression* (1986) que desplegaba una lectura sobre «lo alto y lo bajo» para construir una discusión sobre la conformación de las sensibilidades burguesas entre los siglos XVII y XX, utilizando la idea del «carnaval» de Mijaíl Bajtín; el libro de Carolyn Steedman *Landscape for a Good Woman* (1986) que utilizaba la propia autobiografía de la autora y la vida de su madre para poner en cuestión algunos de los tropos más importantes en la historia social británica; y la reflexión de gran alcance de Denise Riley sobre la cambiante indeterminación histórica de la categoría de «mujer» en «*Am I That Name?*» (1988).¹⁰⁷

Ninguno de estos trabajos estaba hecho por un historiador con credenciales profesionales en sentido estricto; esto es, alguien que enseñara, investigara y escribiera en el seno de un departamento universitario de historia. Sólo una de las autoras, Carolyn Steedman, se había formado en historia en sentido estricto, pero trabajó como maestra de escuela antes de ocupar una plaza de enseñanza de historia del arte en la Universidad de Warwick. Por lo demás, estos eminentemente reconocibles historiadores se habían formado en ciencias políticas (Anderson), literatura (Fraser, Stallybrass y White), estudios culturales (Wright) y filosofía (Riley). Aquellos que tenían plazas académicas a tiempo completo o permanentes enseñaban en departamentos de administración pública (Anderson) estudios culturales y de la comunidad (Stallybrass), estudios europeos (White) y arte (Steedman). El resto enseñaron en universidades en diversas ocasiones pero trabajaban tanto o más fuera del ámbito académico sobre todo, ya fuera como escritor y novelista (Fraser), periodista (Wright), o en filosofía y poesía (Riley). Todos ellos eran —si bien de manera bastante complicada y, en el caso de Anderson, de manera bastante tenue— británicos. Fraser (nacido en 1930) y Anderson (en 1936) eran más mayores, pero los demás compartían un rasgo común: todos habían nacido entre finales de los años cuarenta e inicios de los años cincuenta, se formaron en la cultura de posguerra del Estado del bienestar, y asimismo se

¹⁰⁷ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983 (hay traducción española, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993); Ronald Fraser, *In Search of a Past: The Manor House, Amnernessfield, 1933-1945*, Londres, Verso, 1984 (hay traducción española, *En busca de un pasado: La mansión, Amnernessfield, 1933-1945*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989); Patrick Wright, *On Living in an Old Country: The National Past in Contemporary Britain*, Londres, Verso, 1985; Stallybrass y White, *The Politics and Poetics of Transgression*; Carolyn Steedman, *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*, Londres, Virago, 1986; Denise Riley, «*Am I That Name?*» *Feminism and the Category of «Women» in History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.

formaron tanto en los radicalismos de los años sesenta y setenta como en sus subsiguientes desencantos.

Como el encuadre explícito de cada uno de estos libros pone claramente de manifiesto, la inspiración política que animaba esta experiencia generacional estaba vitalmente implicada en la nueva visión de la historia que estaba empezando a emerger. En esta selección concreta de nombres y trabajos no se hallan presentes todos los elementos clave en las políticas intelectuales de los años setenta y los ochenta. Su abanico es destacablemente eurocéntrico y se queda corto de manera bien patente en lo que afecta a los cambios radicales acerca de las maneras de pensar cuestiones de raza, etnicidad, colonialismo y el Imperio (descritas más arriba en este trabajo) que fueron incrementando su ritmo en el mismo periodo. Un estilo de lista distinta podría empezar fácilmente con la publicación por parte de Edward Said en 1978 de *Orientalismo* y con el más temprano de los volúmenes de los *Subaltern Studies* en 1981. Podría continuar mediante el volumen colectivo del CCCS de Birmingham (Centro de Estudios Culturales de Birmingham), *The Empire Strikes Back* (1982) y el trabajo de Paul Gilroy «*There Ain't No Black in the Union Jack*» (1987), y continuarse con los ensayos de Gayatri Spivak, Homi Bhabha y Stuart Hall o con libros como el de James C. Scott, *Weapons of the Weak* (1985), antes de culminar con el trabajo posterior de Said *Cultura e imperialismo* (1993).¹⁰⁸ Pero como ya he argumentado, el impacto de todas estas innovaciones empezó a materializarse en trabajos comparables de historia sólo más tarde, más en los años noventa que en los ochenta. Además, las discusiones implicadas estaban mucho menos fundamentadas históricamente en términos formales que los libros que he preferido señalar.¹⁰⁹ Para un historiador traba-

¹⁰⁸ Said, *Orientalism*; Guha, *Subaltern Studies I*; Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, *The Empire Strikes Back*; Paul Gilroy, «*There Ain't No Black in the Union Jack*»: *The Cultural Politics of Race and Nation*, Londres, Hutchinson, 1987; Spivak, «Can the Subaltern Speak?»; Homi Bhabha, «The Other Question: The Stereotype and Colonial Discourse», en *Screen*, n.º 24 (1983), pp. 18-36 (hay traducción española, «La otra pregunta. El estereotipo, la discriminación y el discurso del colonialismo», en H. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002); Hall, «Race, Articulation, and Societies», «Whites of their Eyes» y «Gramsci's Relevance»; James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985, y *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990 (hay traducción española, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003); Said, *Culture and Imperialism*.

¹⁰⁹ Para ejemplos tempranos de relatos históricos más densamente fundamentados véanse, en especial, Stoler, *Carnal Knowledge* y *Race and the Education of Desire*; Catherine Hall, *White, Male, and Middle-Class: Explorations in Feminism and History*, Cambridge, Polity Press, 1992; Anne McClintock, *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Conquest*, Nueva York, Routledge, 1995. De forma significativa, ninguna de estas tres autoras era una historiadora en el sentido disciplinario estricto: Stoler es una antropóloga, McClintock es una especialista en literatura, y Hall es una historiadora que dio clases de forma sucesiva en departamentos de estudios culturales y sociología hasta 1998.

jando fundamentalmente sobre Gran Bretaña u otras partes de Europa occidental, su impacto tardó en madurar.

¿Qué tienen en común los libros que he preferido además de su procedencia desde los márgenes de la disciplina? En primer lugar, ninguno de ellos se ajustaba a los géneros de escritura convencionales practicados por los historiadores, tales como la monografía de investigación académica o la investigación general. Todos experimentaron con los métodos y la forma. Algunos desplegaron el trabajo mediante una serie de reflexiones ensayísticas, ya fuera ordenadas en secuencias temporales imprecisas y que se montaban unas sobre otras (Anderson, Riley, Stallybrass y White) u ofrecidas simplemente como un racimo interconectado de viñetas analíticas (Wright). Otros —de manera destacada Fraser y Steedman— jugaron de manera más radical con las estrategias de escritura y las formas literarias, desafiando nuestras expectativas con un diseño de un estilo muy diferente, uno que aúna la estructura del estudio psicoanalítico de caso con la arquitectura explicativa del trabajo de historia, o de «historias» a «interpretaciones» en palabras de Steedman.¹¹⁰ Todos ellos se distanciaban de las normas de veracidad más habituales. Ninguno confiaba en el archivo en el sentido más estricto atribuido a menudo a los historiadores profesionales; desde luego en las etapas tempranas de sus carreras durante la elaboración de tesis doctorales o a la hora de establecer las jerarquías oficiales de logros y prestigio, para las cuales un prestigio probado como «investigador académico de archivo» es un billete de entrada necesario. Ninguno hubiera superado la prueba exigida por Geoffrey Elton en *La práctica de la historia*, con su austera y árida insistencia en el primado de una investigación archivística estrecha y tradicional.¹¹¹

¹¹⁰ En sentido estricto, el libro de Steedman se divide en tres partes: «Historias» es un solo capítulo que expone el planteamiento de conjunto; «Exilios» recopila dos capítulos de materiales autobiográficos (o narraciones) sobre los recuerdos de su madre y de su padre, para usarlo como estudio de casos; e «Interpretaciones» sitúa esos materiales a través de un conjunto de cinco reflexiones históricas («Living outside the Law», «Reproduction and Refusal», «Childhoods»; «Exclusions» y «Histories»).

¹¹¹ Elton creía, extrañamente, que los aspirantes a historiadores podían ir desnudos al archivo. Véase Geoffrey R. Elton, *The Practice of History*, Londres, Fontana, 1967; véase también su última diatriba contra el giro lingüístico: *Return to Essentials: Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991. Afirmar la importancia del aprendizaje de los historiadores es, por completo, otra cuestión. Cfr. Carolyn Steedman, «History and Autobiography», en *Past Tenses: Essays on Writing, Autobiography, and History*, Londres, Rivers Oram Press, 1992, pp. 45-46: «En realidad creo, como consecuencia de mi educación y socialización como historiadora, que nada puede decirse que haya ocurrido en el pasado hasta que has aguantado tres años en ello (tres años como mínimo), has subido en muchos trenes, has abierto muchos legajos en los archivos, has estado en muchos hoteles cochambrosos. Ésta es la artesanía de la práctica histórica, y yo me he enamorado de ella durante todo el camino». Estoy de acuerdo.

Lo cierto es que estos autores no muestran menosprecio hacia la investigación académica de archivo por sí mismo. Es más, Carolyn Steedman ha escrito con gran elocuencia sobre los desafíos y placeres de trabajar en el archivo en el viejo sentido de la práctica «polvorienta».¹¹² Estos trabajos no promueven el abandono de la apelación al archivo del historiador profesional, o de los protocolos establecidos para la investigación archivística, sino un imaginativo ensanchamiento de lo que éstos pueden implicar. Ello en parte conlleva el reconocimiento de lo que el archivo convencional no es, o darse cuenta de todo lo que nunca va a poder contener. Los archivos realmente existentes no son exactamente los almacenes neutrales de la totalidad del registro del pasado según supone un planteamiento tradicional «objetivista», que preservan la historia en su totalidad o que proveen una transmisión directa del tiempo desvanecido. Por el contrario, los archivos son algo extraordinariamente parcial y contingente. Ya sean los depósitos oficiales avalados por el Estado que guardan los registros (como los *National Archives* o el *Public Record Office*), en cualquiera de los muchos otros lugares donde se guardan los registros institucionales, o simplemente en colecciones privadas, todos están organizados alrededor de pautas y programas de selección, mediante los que cierto tipo de documentos son privilegiados mientras que otros son rechazados o transformados. En los archivos, el pasado es tanto herido y expoliado como conservado.

El archivo está conformado mediante documentación del pasado seleccionada y escogida de manera deliberada y también por fragmentos erráticos que nadie tenía la intención de conservar y que simplemente han acabado allí [...]. Está indexada y catalogada, y una parte no está ni indexada ni catalogada, y algunas cosas se han perdido. Pero como material está simplemente allí hasta que es leído y utilizado y convertido en una narrativa.¹¹³

Así, los archivos convencionales son no sólo parciales y selectivos; son también inertes. Esta perspectiva dual desencaja todos los supuestos tradicionales sobre la soberanía del archivo en el sentido objetivista clásico. A lo largo de los años ochenta e inicios de los noventa, las implicaciones que se derivaron causaron no pocos problemas para los principios organizativos y rutinas ordinarias del paisaje imaginario del saber del his-

¹¹² Véase Carolyn Steedman, *Dust: The Archive and Cultural History*, Nueva Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 2002, especialmente el capítulo 4, «The Space of Memory: In an Archive» (pp. 66-88).

¹¹³ Steedman, *Dust*, p. 68.

torizador profesional. Por una parte, los contenidos documentales del archivo –los restos físicos de los tiempos pasados– no significan nada hasta que los historiadores se ponen realmente a trabajar en ellos. De otro modo los registros permanecen sin uso, desconocidos o como guardianes de una interpretación asumida, monumentos ocultos de una explicación ya establecida. Por otra parte, los archivos tienen su propia historia, incrustada en los procesos que los crearon, en las normas y prácticas que gobiernan su administración, y en las decisiones acumuladas que han conformado su material. Los archiveros son tanto los autores de lo que conservan como sus conservadores. La manera como los documentos llegan al archivo –quién los selecciona, cómo son organizados, cómo son guardados, cómo se ponen a disposición de ser usados– es una cuestión tan compleja, y que requiere las mismas sofisticadas técnicas de deconstrucción, como lo es la manera en que las palabras llegan a la página escrita. Todas las fórmulas postestructuralistas, referentes a las inestabilidades de los textos, las complejidades de la autoría y las contingencias de la presentación son aplicables.

El siguiente paso en esta argumentación es igualmente crucial, porque «el archivo» no radica ya sólo en los espacios institucionales físicos y específicos a los que usualmente le damos ese nombre, los edificios donde se conservan los legajos de documentación. En la estela de la recepción de las ideas de Foucault, el archivo ha empezado a funcionar como metáfora. En las versiones más abstractas, se refiere indefinidamente a todas las pruebas que fundamentan el mundo cognoscible. De manera más manejable, nos dirige hacia todos los materiales que rodean los procesos y técnicas que convierten el mundo en algo que podemos conocer, y que lo traducen en algo posible de captar y reductible como tal. Para Foucault esta perspectiva empezó con sus estudios sobre las prisiones, asilos, hospitales y el «orden de las cosas», pero pronto fue avanzando hasta una tesis que lo abarcaba todo sobre la «gobernabilidad», abarcando el conjunto de prácticas desarrolladas por los Estados con el propósito de manejar y dirigir a sus poblaciones.

Si empezamos a pensar en el archivo no sólo como el edificio público donde los documentos son almacenados sino también englobando los procesos más amplios –institucionales, políticos, sociales, culturales e incluso epistemológicos– que han definido y producido lo que los documentos contienen, entonces surgen posibilidades interesantes. De entre las tecnologías de vigilancia y control resultantes, el conocimiento estadístico y los procesos de clasificación adquieren una importancia especial, como la tuvo la fusión de las disciplinas académicas en el siglo XIX. El mismo argumento puede aplicarse entonces a los dominios institucionales de lo

policial, la escolarización y la administración social; y puede llevarse más lejos, hasta los espacios intermedios de las profesiones y la esfera pública; y puede extenderse hasta la base misma de la sociedad civil. Los territorios de imaginación de la literatura, las artes y la cultura popular pueden también añadirse. A través de las historias que resultan de todo ello, se llega a la invención de «lo social» o de la «sociedad» en su específico sentido moderno.

Una vez pensamos en el archivo de esta forma, como las trazas dejadas por el deseo de un mundo inteligible y controlable (o, de manera más ambiciosa, por los intentos de los Estados por «ordenar el mundo y sus saberes en un campo unificado»),¹¹⁴ las formas posibles que un archivo puede asumir para un asunto concreto o cuestión se expanden dramáticamente. Incluso considerados simplemente (en términos prácticos) como lugares donde los documentos pueden ser almacenados, los archivos se diversifican en sus formas. Pueden incluir «una biblioteca de películas o de sonidos o una colección de postales o de registros de entrevistas de historia oral», así como las formas anteriores de conservación o registro.¹¹⁵ Pero más aún, nuestra comprensión de lo que cuenta como fuente importante o legítima puede expandirse de manera explosiva. No mucho tiempo atrás, por ejemplo, la opinión general en la profesión se mantenía al margen de las prácticas de la historia oral, sobre la base de que el testimonio oral era incapaz de cumplimentar los protocolos de validación de pruebas que permitiesen conservar la integridad del archivo entendido a la manera más convencional. Pero entretanto esta frontera epistemológica, que define lo que antes he llamado la soberanía del archivo, ha sido decididamente atravesada. El camino se ha recorrido de manera extraordinariamente rápida entre *El queso y los gusanos*, a través de, digamos, *El retorno de Martin Guerre* y el trabajo posterior de Natalie Davis, *Fiction in the Archives*, hasta la tremendamente emocionante pelea epistemológica en que nos hallamos hoy.¹¹⁶

Este cuestionamiento de la objetividad convencionalmente atribuida al archivo y la ampliación simultánea de la definición de lo que es aceptable como fuente, fueron dos de los logros decisivos para los historiadores desde los años ochenta. Estaban íntimamente interconectados: ser capaz

¹¹⁴ Thomas Richards, *The Imperial Archive: Knowledge and the Fantasy of Empire*, Londres, Verso, 1993, p. 11.

¹¹⁵ Steedman, *Dust*, p. 81.

¹¹⁶ Para más información, véase Natalie Zemon Davis, *Women on the Margins: Three Seventeenth-Century Lives*, Cambridge, Harvard University Press, 1995 (hay traducción española, *Mujeres de los márgenes: tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1999); *Slaves on Screen: Film and Historical Vision*, Cambridge, Harvard University Press, 2000.

de reconocer el carácter de invención y de selectividad a la hora de la conservación oficial de los registros, o su necesaria arbitrariedad, hace que sea más fácil mirar en todas direcciones para hallar la base archivística de la investigación propia. Esta ampliación en el inventario de posibles fuentes fue expuesta de manera brillante por Raphael Samuel en *Theatres of Memory* (citado antes en este capítulo). Una vez la agenda de los historiadores se abrió, el camino estaba expedito para todo tipo de temas de investigación, a menudo requiriendo una gran capacidad de invención en la búsqueda de fuentes y una perspectiva ingeniosamente creativa a la hora de leerlos.

Así, los temas disponibles para los historiadores han crecido con vertiginosa profusión, hasta incluir la moda, las compras y todos los aspectos del gusto, estilo y consumo; arte, fotografía, iconografía y cultura visual; arquitectura, paisaje y el entorno; beber, comer y fumar cigarrillos; la música, el baile y el entretenimiento popular; historias del género, inclinandose cada vez más hacia la masculinidad; todos los aspectos de la historia de la sexualidad; los viajes y el turismo, la ropa, los muebles, los juguetes y otros objetos de consumo, disfrute y placer; coleccionismo y museos; hobbies y aficiones; ocultismo; psicología; psiquiatría; y todas las áreas de la práctica médica; historias del cuerpo; e historias de las emociones. Muchos de estos temas implican el contacto con otras disciplinas. Al revés, académicos procedentes de la antropología, la literatura, la historia del arte, los estudios filmicos y de todas partes de los estudios culturales han virado hacia la historia de manera masiva durante las dos décadas pasadas, ciertamente historizando sus propias perspectivas, tanto si configuraban sus propios archivos en las formas que los historiadores habrían aprobado o esperado como si no.

EL ELEMENTO SUBJETIVO

Aunque las obras clave de mi lista apenas si estaban relacionadas de manera detallada o fundamentada con los diversos temas que son importantes ahora, sí que nos desafiaban a pensar de un modo diferente sobre la historia. Así, permitieron que el terreno establecido de la investigación, propio del historiador social, político o intelectual, fuera derribado y recompuesto, e hicieron posible su descentralización. Estos libros también estaban conectados fundamentalmente por varios intereses comunes. Las complejidades de la cultura nacional eran, por ejemplo, una preocupación central para Benedict Anderson y Patrick Wright; mientras que a otros autores les preocupaba de una forma más indirecta. Los términos de la identidad

política moderna conformaban un hilo común parecido, si bien sólo algunos de los autores se ocuparon explícitamente de la categoría de modernidad en sí misma. Por encima de todo, sin embargo, el compromiso compartido con respecto a la historia del significado, centrado en torno a cuestiones de subjetividad política, vinculaba estos seis trabajos. Esto señalaba, de varias formas, el paso de la historia social a la historia cultural.

La primera y más evidente fue que este giro a la subjetividad permitió un resurgimiento del interés por la biografía. La escritura de biografías individuales fue una de las primeras víctimas del auge de la historia social durante los años sesenta y setenta. Con exceso de justificaciones, los historiadores sociales rechazaron el enfoque biográfico como ejemplo de todo lo que en la disciplina necesitaba modernizarse, y lo ridiculizaron considerándolo bien un tradicionalismo ignorante de los historiadores políticos anticuados o un recurso minimizador y frívolo de los no profesionales. En contraposición, la búsqueda de un análisis materialista de varios tipos, estructural o ampliamente contextualizado, llegó a identificarse con un grado necesario de seriedad académica. Sin embargo, hacia los años ochenta, con las investigadoras profesionales del feminismo a la cabeza, algunos historiadores empezaban a repensar esta postura. Más que seguir viendo la biografía como una simplificación, la recuperaron en su complejidad. Las vidas de los individuos eran revisitadas ahora como textos complejos que incluían las mismas grandes cuestiones que habían inspirado a los historiadores sociales. Sólo se necesitaba un abanico diferente de teoría y técnicas. La intersección de fuerzas elaboradas y multiformes podía trazarse a través y dentro de una vida concreta, y permitía centrarse en lo generalizado y lo abstracto a través de lo personal y lo particular. Las historias resultantes podían adoptar la forma de una biografía a gran escala exhaustiva, o lo biográfico podía ocupar su lugar en un repertorio de análisis más amplio. La vida individual se convertía en uno de los espacios donde la microhistoria podía ponerse en práctica.¹¹⁷

¹¹⁷ Mejor que llamar a esta nueva área de trabajo «biografía» en el sentido habitual, una manera mejor de plantear sus posibilidades sería concentrarse en el tratamiento de las vidas como complejos y fragmentarios textos, cuya lectura requiere adoptar perspectivas muy variadas. Para unas reflexiones brillantes en este sentido, véase Kali Israel, *Names and Stories: Emilia Dilke and Victorian Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1999. Tres soberbios ejemplos de «no-biografía» en este sentido son Regina Morantz-Sanchez, *Conduct Unbecoming a Woman: Medicine on Trial in Turn-of-the-Century Brooklyn*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, Carolyn Steedman, *Childhood, Culture and Class in Britain: Margaret MacMillan, 1860-1931*, Londres, Virago, 1990, y Kali Israel, *Names and Stories*. Para ulteriores reflexiones véase Carolyn Steedman, «Forms of History, Histories of Form», en *Past Tenses*, pp. 159-170; Steedman, *Dust*, pp. 149-150; Luisa Passerini, «Transforming Biography: From the Claim of Objectivity to Intersubjective Plurality», en *Rethinking History*, n.º 4 (2000), pp. 413-416.

En segundo lugar, el incipiente culturalismo de los años ochenta agotó las teorías de la ideología existentes. De nuevo, mi particular versión de esta historia es personal y empieza con los debates marxistas británicos en la década de los setenta, cuando ciertas aplicaciones clásicas y pragmáticas de la metáfora «base y superestructura» empleadas entre los historiadores comienzan a hundirse bajo la presión de una crítica teórica constante. Esa crítica, que procedía de las ideas de Louis Althusser, se movió rápidamente a través de un intenso grado de compromiso con el pensamiento de Antonio Gramsci, y empezó a responder a los desafíos del feminismo. Al escapar del punto muerto al que se había llegado a finales de los años setenta, los marxistas británicos viraron crecientemente hacia versiones de Foucault, hacia la teoría psicoanalista y hacia los estudios culturales, mientras muchas feministas se enfrentaban a teorías de la subjetividad sexuada y de género.¹¹⁸ Hasta ese momento, la mayoría de los historiadores sociales se había preocupado por aproximarse a la ideología a través de las antinomias de coerción y consentimiento o de dominación y resistencia, abordando cuestiones de conformidad y rebelión populares desde un punto de vista analítico de clase. Sin embargo, bajo el impacto de los nuevos debates, el paradigma materialista aceptado de la experiencia y la conciencia de clase empezaba a derrumbarse. A mediados de los años ochenta, los historiadores sociales ya no tenían tanta confianza en el paso posible de la opresión y la explotación a formas de acción colectiva. En vez de eso, subrayaron los significados contradictorios a través de los cuales la condición de clase tendía a ser vivida. Al explorar la ambivalencia de los individuos como al comprender «cómo las pautas de dependencia, paternalismo, [y] deferencia se reproducían en otros contextos de la sociedad en general», ya no se sostenían las causalidades marxistas clásicas de las relaciones y conciencia de clase.¹¹⁹ Se esperaban otros planteamientos sobre la subjetividad.

En tercer lugar, el giro hacia la subjetividad se produjo por el axioma feminista primitivo de finales de los años sesenta y principios de los setenta, «lo personal es político». A cierto nivel, esto constataba la última fase del tratamiento de uno de los problemas principales en la historia de las mujeres; concretamente, la relación entre familia, domesticidad y vida privada, por un lado, y los mundos públicos de la política, por otro. Si la

¹¹⁸ Véase mi detallada exposición en Geoff Eley, «Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later», en Terrence J. McDonald, ed., *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, pp. 193-243.

¹¹⁹ La cita es de Olivia Harris, «Of All His Exploring», en *History Workshop Journal*, n.º 20 (otoño 1985), p. 176 (una reseña del texto de Ronald Fraser, *In Search of a Past*).

marginación de las mujeres del poder político había animado siempre a buscar voces femeninas en otros ámbitos —la familia y el hogar, la educación infantil, la religión, los placeres del consumo y del ocio, en todos los monótonos espacios de lo cotidiano—, la misma relación de lo personal con lo político formaba ahora el punto de partida clave para cada uno de los trabajos en discusión. ¿De qué manera las subjetividades individuales podían quedar ligadas a identidades y lealtades políticas más amplias tales como la nación o la clase? De nuevo, esto era una calle de doble sentido: a través de esos procesos era posible tanto obligar a los individuos a hacer una cosa y encarcelarlos, como autorizarlos a hacer otra o liberarlos. En ese sentido, podríamos inventar identidades desde nuestras experiencias directamente vividas o crear formas de agencia a través de nuestros encuentros íntimos con las realidades sociales de desigualdad y diferencia experimentadas de forma concreta. Pero sólo podríamos hacerlo representando y apropiándonos de las consecuencias de los guiones escritos y codificados en otros ámbitos.

En cuarto lugar, el psicoanálisis tuvo una influencia fundamental en la teorización precisamente de estas cuestiones. En una primera etapa de los debates, en la década de los ochenta, Timothy Ashplant resumió de manera provechosa este punto de partida: «Destacaban dos puntos en concreto: la relación entre la esfera psíquica interna estudiada por el psicoanálisis y el mundo exterior estudiado por la historia; y el papel del lenguaje como mediador entre estos momentos».¹²⁰ Desde luego, incluso cuando se estaba defendiendo la validación y la crítica del lenguaje por parte del psicoanálisis, empezaba a problematizarse el análisis lingüístico mismo a través de la deconstrucción y de la «crisis de interpretación» resultante.¹²¹ A pesar de las complejidades emergentes, el psicoanálisis prometía estrategias para resolver varios de los problemas permanentes de la historia social. Ello respondía a la falta de una teoría del sujeto individual, que ni el marxismo ni otras sociologías materialistas habían conseguido abordar. Asimismo, reconocía el poder de los impulsos emocionales y las resistencias que estaban detrás de los movimientos sociales y políticos. Y lo más importante de todo, reconocía el carácter esquivo y la opacidad de la relación entre un acontecimiento originario y las circunstancias resultantes o las consecuencias supuestas. Este énfasis en la «indecidibilidad» y en la dialéctica asociada de la memoria y el olvido ayudó a minar determinados

¹²⁰ Timothy G. Ashplant, «Fantasy, Narrative, Event: Psychoanalysis and History», en *History Workshop Journal*, n.º 23 (primavera 1987), p. 168.

¹²¹ Lo señaló Jacqueline Rose en «A Comment», en *History Workshop Journal*, n.º 28 (otoño 1989), p. 152.

supuestos dados sobre la causalidad de los historiadores sociales. Algo manifiesto en los libros de Fraser, Steedman y Riley.¹²²

En quinto lugar, al reconocer lo elusivo de la relación con el acontecimiento originario se amplía el papel instigador de las propias cuestiones del historiador y la importancia de los puntos de vista desde los que se les pregunta. Esto introduce al historiador en su propio texto, mientras enfatiza el tiempo presente de su voz.

Para empezar a construir historia, el escritor tiene que hacer dos cosas, realizar dos movimientos a través del tiempo. Ante todo, necesitamos buscar hacia atrás desde la perspectiva del presente para valorar las cosas del pasado y atribuirles significado. Cuando, en este sentido, se les ha dado a los acontecimientos y a las entidades del pasado significado, entonces podemos rastrear hacia adelante lo que ya hemos rastreado hacia atrás, y construir una historia.¹²³

Esto no es en realidad un «presentismo» en el primer y más directamente politizado sentido de los años sesenta, en el que la retórica acerca de un «pasado útil» trataba de erigir la «relevancia» en un prerrequisito ético para los historiadores que querían situarse en la izquierda. Más bien, invita a cierta autorreflexión cuando se hace frente a la cruda y no mediada inmovilidad del pasado, que incluye cierta sinceridad al construir abiertamente el propio punto de vista y buena voluntad para reconocer las bases cambiantes y provisionales desde las cuales las preguntas pueden hacerse. Pero este perspectivismo no es algo sin precedentes, ya que hay muchas muestras en los clásicos del análisis historiográfico. Pero desde los años ochenta, más historiadores en activo han llegado a ser más conscientes de su fuerza más que nunca lo habían sido antes. Es casi imposi-

¹²² Para una ilustración fascinante del nuevo interés en la teoría del psicoanálisis, tanto como vector para la nueva historia cultural como en fuerte contraste con el tipo de cuestiones que era posible preguntar treinta años antes, en plena oleada de la historia social, véase la nueva edición de Saul Dubow y Jacqueline Rose de la obra de Wulf Sachs, *Black Hamlet*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996 (orig. pub. en 1937). Este libro eran las actas de un encuentro psicoanalítico en 1933-1935 entre Sachs, un psiquiatra judío sudafricano, y John Chavafambira, un *nganga* (curandero-adivinator) manyika, que llegó a Johannesburgo en 1927. Basado formalmente en el intercambio mutuo de conocimientos médicos opuestos, pero predicados en torno a obvias disparidades de poder y posición, el relato de Sachs permanece ahora como un excelente documento sociocultural. En su prefacio, Dubow y Rose describen «un público lector moderno con intereses en la construcción de la identidad social, la relación entre conocimiento y poder, y las interconexiones entre el pensamiento psicoanalítico, literario e histórico» (pp. x-xi). Este público lector no podía haber sido postulado hasta hacía poco. Se trata por completo de un artefacto del periodo que arranca desde los años ochenta.

¹²³ Steedman, *Landscape*, p. 21.

ble evitar encontrarse con los dilemas prácticos y teóricos que ello conlleva. En algunos departamentos de historia, es el aire que respiramos.

Por último, para todos estos cambios, el feminismo fue absolutamente crucial. Las pioneras historias de las mujeres de los años setenta casi nunca fueron reconocidas por los historiadores sociales más destacados, que estaban haciendo públicos sus manifiestos de defensa y crisis. Pero las historias feministas de la década de los ochenta estaban inevitablemente en la vanguardia del giro cultural. Esto era algo básicamente nuevo. Con anterioridad, la historia de las mujeres había sido marginada de manera tan eficaz en un subcampo específico, conceptualizado mediante las «esferas separadas» y subsumida bajo la historia de la familia, que incluso síntesis feministas tan manifiestas como la de Tilly y Scott *Women, Work, and Family* poco hicieron para romper con todo ello. Si daba la casualidad que el propio campo se centraba en tipos específicos de la historia del trabajo, la historia de la familia o ciertos tipos de reforma social, difícilmente podían ignorarse las críticas feministas; de lo contrario la historia de las mujeres podía ser abandonada tranquilamente a sus propios recursos. Sin embargo, una vez que las feministas empezaron a insistir en el género como una dimensión de todas las transacciones humanas, colectivas e individuales, la situación cambió de forma contundente. Empezó a hacer pensar en que si las diferencias sexuales estaban ordenadas de forma variable y contingente, tanto de formas que podían ser cuestionables como estables y normalizadoras, implicando siempre diferencias de poder, con importancia en todos los frentes de la vida social, cultural y política, entonces, el reto feminista no podría contenerse ya con tanta facilidad.

CAROLYN STEEDMAN

En muchos aspectos, Carolyn Steedman (nacida en 1947) parece ejemplificar el razonamiento que he estado haciendo sobre los cambios de la disciplina entre los años sesenta y el presente. Sin duda, empezó con los pies plantados firmemente en la historia social posterior a Thompson a finales de los años sesenta, mientras asistía a la Universidad de Sussex como estudiante entre 1965-1968 y terminaba una tesis doctoral en Cambridge titulada «La formación de las fuerzas provinciales del orden público en Inglaterra, 1856-1880», publicada en 1984 como *Policing the Victorian Community*.¹²⁴ Pero desde la aparición de *Landscape for a Good Woman*

¹²⁴ Carolyn Steedman, *Policing the Victorian Community: The Formation of English Provincial Police Forces, 1856-1880*, Londres, Routledge, 1984.

y otros trabajos posteriores, ha sido conocida principalmente como una de las historiadoras culturales más importantes.¹²⁵ Además, con respecto a otra parte de mi argumentación, trabajó como historiadora estando situada completamente al margen. Ingresó en el consejo editorial de *History Workshop Journal* en 1984 y se introdujo en los círculos asociados de historiadores de las mujeres, educadores feministas y miembros de los Talleres de Historia, y lo hizo sin ninguna relación con departamento universitario de historia alguno. Trabajó como maestra entre 1974-1981, pasó dos años trabajando en un proyecto de investigación sobre el bilingüismo en los primeros pasos de la enseñanza en el London Institute of Education, y asumió un puesto en la Facultad de Letras de la Universidad de Warwick en 1984. Durante diez años, investigó y escribió como historiadora, con una amplia resonancia internacional pero sin ninguna relación con su propio Departamento de Historia de la universidad. Hasta 1994 no ingresó en este último siéndole otorgada una cátedra personal. En otras palabras –sin diferencias con otras historiadoras feministas de su generación en Gran Bretaña– se convirtió en una historiadora destacada situada completamente fuera de los límites institucionales y profesionales de la historia como disciplina.¹²⁶

¹²⁵ *Landscape* fue publicado en 1986. Fue precedido por *The Tidy House: Little Girls Writing*, Londres, Virago, 1982, que recibió el Fawcett Society Book Prize de 1983, y por Carolyn Steedman, Cathy Urwin y Valerie Walkerdine (eds.), *Language, Gender, and Childhood*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1985, un volumen de artículos que se originaron en el grupo de trabajo «Lenguaje y Aprendizaje» del decimocuarto Taller de Historia, que se tituló «Lenguaje e Historia» y que tuvo lugar en Brighton en noviembre de 1980. Luego llegaron *The Radical Soldier's Tale: John Pearman, 1819-1908*, Londres, Routledge, 1988; *Childhood, Culture, and Class*; y *Past Tenses*. El volumen *Language, Gender, and Childhood* tiene que ver, de modo revelador, con los temas de este capítulo en dos sentidos. En primer lugar, el decimocuarto Taller de Historia fue deliberadamente pensado con el propósito de reconciliar las disensiones del taller anterior (el último que tuvo lugar en Oxford, en noviembre de 1979). Como señalan sus editores, este último había sido «una línea divisoria para más que el Taller mismo». Explican: «Llevó la tradición de la historia popular y de la escritura de los obreros a la confrontación directa con las nuevas fuentes del socialismo de Europa, y hubo una representación dramática en la oscuridad de una iglesia desacralizada de Walton Street, donde figuras titánicas de la izquierda hicieron resonar la lucha en imperiosas voces masculinas; y la única mujer en el estrado se levantó para decir que, excluida de la forma y la retórica del debate, sólo podía estar-se callada» (p. 7). (Para el decimotercer Taller de Historia, véase la nota 12 más arriba.) En segundo lugar, las afiliaciones de los ocho colaboradores ilustran una vez más la procedencia de trabajo histórico innovador que llega de fuera de la disciplina durante los años ochenta: sólo un colaborador estaba en un departamento de historia; uno venía de filología inglesa, otro del ámbito de la educación y desarrollo infantil, dos de educación y tres de los estudios culturales. Mientras tanto, ahora tres ocupan cátedras de historia.

¹²⁶ En el otoño de 1992, dio clases en el Departamento de Historia de la Universidad de Michigan. En 1993, fue nombrada para el cargo de profesora adjunta en el Centro Warwick para el Estudio de la Historia Social, fundado por Edward Thompson en 1965 y donde ha permanecido desde entonces.

Landscape for a Good Woman determinó la reputación de Steedman como historiadora. Hasta el momento, se ha escrito y discutido mucho sobre el libro, no sólo por parte de historiadores sino también por parte de profesionales de la literatura, la antropología, los estudios de la mujer y estudios de género; en definitiva, a lo largo y ancho de todo el mapa de los estudios culturales. El libro ofrece cierto interés para todo aquel que esté interesado en la historia de la autobiografía y en las formas de escritura; en las historias de clase y de la infancia; en las vidas escritas para mujeres y niñas (y niños y hombres) en los guiones rectores de una cultura; en las historias posteriores a 1945 del bienestar y mejora; en el imaginario histórico en retroceso de una vieja izquierda; en las historias aún no escritas del deseo, la envidia y la nostalgia; o en las enormes complejidades de la escritura de una historia del yo y de la subjetividad desde el siglo XVIII. Al mismo tiempo, *Landscape* es una obra sumamente personal e idiosincrásica. Para su autora funcionaba como parte de un cierto proceso de aprendizaje que permitía que las grandes cuestiones pudieran ser tratadas, aunque lo hacía de una forma epistemológica más que en los términos terapéuticos que podríamos suponer. Steedman estaba interesada, sobre todo, en aclarar la diferencia entre la historia y otros tipos de historias que contamos.

Al igual que ocurre con los tratamientos de Edward Thompson y Tim Mason que cierran los dos capítulos anteriores de este libro, las razones que me llevan a centrarme aquí en el libro de Carolyn Steedman son autobiográficas. Leerlo jugó un papel clave en mi propio encuentro con los cambios intelectuales que estoy describiendo. También podría contar una serie propia y convergente de historias. Como yo mismo por ejemplo, la autora de *Landscape* pertenece a la generación inspirada por *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson. Podría describir, asimismo, viajes paralelos a través de los seguros pero descorazonadores paisajes sociales y culturales de la larga posguerra, cuyas genealogías de la migración y la marginalidad, de la validación y el rechazo parecerían bastante familiares. También yo fui un niño del Estado del bienestar. Las reflexiones del libro sobre la infancia inglesa podían ser, en buena medida, mías. En otros aspectos, desde luego, nuestras historias serían bastante diferentes. Evidentemente, yo era un niño y no una niña, y por esa diferencia en concreto, Steedman elabora una serie original y perspicaz de argumentaciones sobre las narrativas generizadas de las desventajas y aspiraciones de clase. Entre éstas, escribe un tipo de «contra-contranarrativa» de una dañada democracia popular, que tenía la intención de trabajar deliberadamente contra la contranarrativa de oposición del movimiento obrero masculino de Thompson, expresado de manera tan elocuente en *La*

formación. Si, al final, Steedman desestabiliza y vuelve a posibilitar a este último más que invalidarlo, su crítica no es menos trascendental por eso. Además, elijo el libro de Steedman exactamente por su punto de vista de género: con mucho, el reto más efectivo frente a los materialismos dados de la historia social durante los años ochenta procedía de las feministas.

El libro de Steedman utilizaba sus propias historias y las de su madre para desafiar algunos de los escenarios principales de la historia contemporánea de Gran Bretaña y, de hecho, para dar razones en contra de algunas de las principales formas en las que las historias tendían a ser escritas; no sólo la exposición histórica de temas concretos (como la infancia, la maternidad o la clase), sino también el mismo proceso a través del cual se arman de manera convencional los relatos históricos. Como una estructura formal, su libro desobedecía todas las reglas. Se movía hacia atrás y hacia delante indistintamente entre diferentes momentos de los siglos XIX y XX, entre obras históricas y tipos de ficción, entre historia y psicoanálisis, entre lo personal y lo político, y entre la subjetividad individual y las narrativas dominantes que estaban disponibles de una cultura, tanto en historiografía como en política, la gran teoría o las creencias culturales, psicoanálisis o feminismo. Aunque más que relatar todos los argumentos específicos del libro, quisiera destacar cuatro características concretas.

En primer lugar, el uso que el libro hacía de la voz personal era inmensamente liberador. Esto era en parte debido a su libertad de forma, a su rechazo de la narrativa lineal; se movía indistintamente entre la historia personal de Steedman, el extenso repertorio de conocimientos históricos necesarios para configurarla, y las formas de gran teoría y los tipos de determinismo que fácilmente, de otro modo, habrían puesto en su sitio los significados disponibles. En el método, Steedman ensambló un historial, dándonos lo que ella denominaba «las piezas y retazos desde los que se construía la identidad psicológica del yo».¹²⁷ Entre los historiadores, su uso de la voz personal era muy inusual. Para los de izquierdas, pulsó una cuerda muy concreta. Autorizó la reflexión en un momento en el que mi generación estaba experimentando una variedad de incertidumbres y desilusiones acerca tanto de las formas de historia social que habíamos esperado podrían explicar el mundo y los tipos de política que pensábamos podían cambiarlo. Como he expuesto a lo largo de este libro, ambos tipos de optimismo siempre estuvieron íntimamente unidos.

En segundo lugar, aquellas desilusiones lo eran respecto del fracaso

¹²⁷ Steedman, *Landscape*, p. 7.

de las grandes narrativas; o, más bien, de la incapacidad de las grandes narrativas existentes para capturar tanto las direcciones del cambio de la sociedad contemporánea como la diversidad de la experiencia histórica del pasado. En este sentido, Steedman ofreció una historia que discrepaba de manera radical y desconcertante con los relatos que conocíamos. Contó una historia de las vidas de la clase obrera que no encajaban; que no figuraban en los guiones disponibles del socialismo, de la democracia de la oportunidad de posguerra ni de las solidaridades de la cultura obrera; y que no podían reconciliarse fácilmente con las estructuras familiares de la historia social y los estudios culturales. La historia de Steedman trataba de una madre que no quería comportarse como una madre, de un patriarcado sin patriarca y de formas de anhelo y deseo, envidia y exclusión, que se salían de los marcos aceptables de la conciencia de clase y de género. Es más, trataba de la incapacidad de los historiadores —y la falta de voluntad— de desarrollar un lenguaje para ocuparse de los anhelos personales. Trataba de lo que ella denominó «vidas vividas en las zonas fronterizas [...] para las que los recursos interpretativos centrales de la cultura no acaban de funcionar».¹²⁸

En tercer lugar, al mismo tiempo que se centraba en un yo «personal» retórico, el libro de Steedman constantemente volvía a mostrar su compromiso con los términos del «cuadro general». Al argumentar en favor del valor del historial —de, quizá, una versión de una microhistoria— permanecía comprometida con las ideas más amplias de la persistencia y el cambio social, con las tesis más abstractas sobre la subjetividad moderna y con los marcos más grandes del capitalismo y sus relaciones sociales. Rechazó vivir exclusivamente dentro de las minucias de la experiencia personal y las vidas individuales en lugar de marchar hacia las cuestiones de mayor escala de la historia humana (donde el presente libro empieza, con Edward Thompson y Tim Mason). Por una parte, Steedman se centraba en aquellos lugares donde la historia y la cultura se encuentran con la subjetividad, para investigar cómo tales encuentros podían convertirse en un sentido del yo. Por otra parte, demostró la capacidad de un medio social y cultural dado para consignar a los márgenes algunos tipos de identidad del yo. Al mostrarnos «la naturaleza fragmentada y ambivalente de la experiencia y del yo», el estudio de caso de Steedman exponía «la precariedad de la teoría y la conciencia de clase cuando no logra incluir las carencias y las necesidades de los individuos —especialmente de las mujeres— en su interior».¹²⁹

¹²⁸ Steedman, *Landscape*, p. 5.

¹²⁹ Mary Chamberlain, «Days of Future Past», en *New Socialist*, abril 1986, p. 43.

En cuarto lugar, *Landscape* contiene una meditación sobre «historia» precisamente en el sentido disciplinario; como un tipo de práctica intelectual, un modo de investigación con materiales y reglas, un proceso de cognición, un género de escritura. Esto es, en parte, un asunto del «archivo» en el sentido que ya he tratado, implicando «la autoridad masiva» conferida al «narrador» por la «apelación a la prueba» de la historia, lo que significaba, como escribió Steedman, «los placeres del argumento conformados según lo que los documentos prohíben, o autorizan, pero que nunca contienen en ellos mismos».¹³⁰ Pero Steedman también se preguntó sobre lo que distingue a la historia como un tipo de escritura de otras formas literarias o narrativas, entre las que se incluían las cartas y los diarios, las novelas, las autobiografías y los estudios de caso freudianos. ¿Qué permite esto, y qué es lo que impide o niega? Su respuesta explicaba la historia como un modo de cognición basado en la temporalidad, cuyas narrativas se ordenan alrededor del «tiempo y la conexión causal». Esto se apoya en una «historicidad básica» donde el «conocimiento de la cronología y el tiempo» es inherente.¹³¹

Dos argumentos adicionales se seguían de esta afirmación. Uno concernía a la indefinida e inalcanzable plenitud de «la manera en que realmente sucedió», o la generalidad abstracta de todo lo que, teóricamente, el pasado contiene, la totalidad que los historiadores nunca pueden esperar recuperar.

Parece probable que la historia no puede funcionar como cognición o narrativa sin la suposición por parte del escritor y del lector [...] de que la gran historia está en alguna parte, que contiene todo lo que es y ha sido —tanto «casa de visitas, latidos del corazón, un primer beso, el salto de un electrón de una posición orbital a otra» como el desierto campo de batalla, el pueblo arruinado— de la que se ha extraído sencillamente la pequeña historia, la que está ahora ante sus ojos.¹³²

Entonces, de la misma indefinición proviene la argumentación de la apertura e inestabilidad de la escritura histórica. A diferencia de las narraciones que reivindican la aspiración a lo completo, tales como las autobiografías o las novelas, la escritura histórica se basa en «un reconocimiento de la temporalidad y la impermanencia». La investigación histórica «se construye en torno a la comprensión de que las cosas no terminan, que la historia no ha acabado: que no hay final». A pesar de los deseos de exhaus-

¹³⁰ Steedman, «History and Autobiography», p. 47.

¹³¹ Steedman, «History and Autobiography», p. 50.

¹³² Steedman, introducción a *Past Tenses*, n.º 10.

tividad e irrevocabilidad, siempre se encontrarán nuevas pruebas y argumentos; siempre pueden hacerse nuevos relatos. Por eso, las historias tienen en cuenta el cambio. Es más, tienen la idea del cambio inscrita en ellas: «La narración de la historia de una vida es una *confirmación* de ese yo que está ahí contando la historia. La Historia, por otra parte, podría ofrecer la oportunidad de negarla».¹³³

En las dos décadas que han pasado desde la aparición de *Landscape*, Steedman ha seguido investigando estos temas, volviendo con particular coherencia a la historia de la idea moderna de infancia o, más bien, al trabajo epistemológico que se le ha pedido llevar a cabo a tal idea. Ese trabajo está íntimamente relacionado con las ideas sobre historia. A lo largo del siglo XIX, sostiene, el deseo de ver la infancia de un individuo «como el pasado enterrado, el lugar que está *ahí*, dentro de nosotros, pero que nunca se conseguirá», adquirió una equivalencia epistemológica con la idea igualmente moderna de que la historia podía captarse a través de la documentación recopilada en el archivo. Entonces, esta homología perduró, incluso cuando la disciplina de la historia empezaba a conseguir sus propias credenciales institucionales cada vez más diferenciadas: «Esta comprensión del sujeto individual fue examinada y expresada en muchas formas de escritura durante el siglo XIX, desde el tratado científico a la ficción sensiblera, aunque se trataba de estudios en desarrollo —la fisiología popularizada a mediados del siglo— que introducían nuevas formulaciones de la interioridad humana —de tener un interior, un espacio dentro: una interioridad— en la agenda cultural». Esta comprensión del yo —de la subjetividad humana, de su constitución interna, de sus coordenadas de desarrollo y de su ocultación tras la experiencia, que requieren algunas formas de arqueología para ser recuperadas— conformó un campo vital de interconexiones entre la idea moderna de infancia y el pensamiento sobre la identidad social y política. Ello producía una «estructura imaginativa» que permitía a los individuos investigar las fuentes de su propio yo mien-

¹³³ Steedman, «History and Autobiography», pp. 48-49. Cfr. Carolyn Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», en Grossberg, Nelson y Treichler, *Cultural Studies*, p. 614: «Es decir, que la historia es la más efímera de las formas escritas: no es más que un relato que durará un tiempo. La auténtica práctica del trabajo histórico, el descubrimiento de nuevos hechos, la reorganización interminable de la gran cantidad de detalles que confecciona el mapa del pasado del historiador, ejecuta este acto de desestabilización narrativa, sobre una base diaria. La historia escrita, por supuesto, alcanza una clausura narrativa todo el tiempo, porque los manuscritos tienen que ser entregados a los editores y los documentos de trabajo tienen que repartirse; pero ésta es sólo una clausura formal. Pronto, la historia escrita se reincorpora —ha de reincorporarse— al insistente, incansable, repetitivo ritmo de una forma cognitiva que no tiene fin»; «la historia escrita no va sólo *acerca* del tiempo, no sólo *describe* el tiempo, o *toma el tiempo como su marco*; sino más bien inserta el tiempo en su estructura narrativa».

tras relacionaban las descripciones y las percepciones resultantes con el mundo social más amplio y, por lo tanto, con el mundo de los asuntos públicos.¹³⁴

Esta forma de entender la infancia, como «un mapa de analogía y significado para el yo», que introducía simultáneamente a los niños reales en el paisaje simbólico del mundo social, no sólo ofrecía un tipo de plantilla para reflexionar sobre lo pasado donde los presentes individuales estaban incrustados («historia» en los significados racionales y cotidianos) sino que también identificaba de forma más general las ideas que se desarrollaron en el siglo XIX sobre los orígenes del yo.¹³⁵ De principio a fin, como sugiere su tropo recurrente de la «pequeña que recogía puerros»,* Steedman está menos interesada en los mundos reales de los niños que en el lugar exigido para el niño en el pensamiento social, la filosofía moral y la teoría política del capitalismo occidental.¹³⁶ De Rousseau a Freud, la figura del niño resulta emblemática por sus implicaciones en el esfuerzo por imaginar la buena sociedad, una metáfora organizadora central sobre cómo pensamos acerca de las posibilidades de dar forma o transformar el mundo social y, por tanto, sobre los movimientos de la historia. Nadie ha escrito con mayor brillantez que Steedman –analógica, hermenéutica o epistemológicamente– sobre este complejo campo de significados cristalizado en la idea de infancia.

Cuando se considera con otro de sus temas principales –la relación de las formas modernas de escritura con la formación del yo y con el concepto relacionado de interioridad– este enfoque ayuda a encarar precisamente esas cuestiones de subjetividad política que resultan tan problemáticas para el optimismo anterior de la historia social. De hecho, a lo largo

¹³⁴ Steedman, introducción a *Past Tenses*, p. 11. En otra parte, Steedman describe «un cambio cultural a gran escala en la interpretación del yo, que tenía que ver con las ideas y teorías del desarrollo y crecimiento en el sujeto humano y una nueva relación con el tiempo». Según Steedman, «“El Niño” (es decir, niños reales y figuras infantiles) personificaba esta interpretación que fue conceptualizada a través de una amplia variedad de formas públicas a finales del siglo [XX]». Steedman asimismo mantiene que «el estado de infancia viene a ser entendido como una extensión del yo: una extensión en el tiempo, hacia el futuro, y una extensión de profundidad y espacio, de interioridad individual; una forma de describir el espacio que se encuentra ubicado en lo profundo del alma del individuo; siempre un lugar perdido pero, al mismo tiempo, *siempre ahí*». Véase Carolyn Steedman, «*La Théorie qui n'en est pas une*; or, Why Clio Doesn't Care», en Ann-Louise Shapiro (ed.), *Feminists Revision History*, Nueva Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1994, pp. 86, 88.

¹³⁵ Steedman, *Childhood, Culture, and Class*, p. 259.

* (Nota del traductor: La «Little watercress girl» es la representación de una niña que aparece en unos escritos sociales de Henry Mayhew en 1861, y que C. Steedman retoma como imagen a lo largo de su obra.)

¹³⁶ Véase Carolyn Steedman, «The Watercress Seller», en *Past Tenses*, pp. 193-202.

de las tres últimas décadas, Steedman ha vuelto sistemáticamente a las historias de la subjetividad moderna, centrándose, en concreto, en las posibilidades de autopresentación permitida por varios tipos de escritura y actuación pública.¹³⁷ Este último incluye no sólo géneros concretos —novelas, diarios, forma epistolar, cuadernos de escritura privados, libros de conducta, tratados políticos, reportaje social, oratoria desde plataformas públicas, narración de historias, la *Bildungsroman*, biografías, guías para profesores— sino también textos extraordinarios con los que Steedman se encontró, desde la autobiografía de John Pearman y la historia de *The Tidy House* a la versión cantada por una niña inglesa punjabí de nueve años de un libro de cuentos.¹³⁸ Algunas de las narrativas resultantes se mostraron productivas a la hora de trazar guiones públicos más amplios, introduciéndose (para bien o para mal) en los programas políticos progresistas de la izquierda durante el siglo xx.¹³⁹ Otras, como el «cuento del soldado radical» o la «canción de Amarjit», pasaron desapercibidas, fueron directamente desatendidas o silenciosamente cooptadas —expropiadas, de hecho— por los guiones de dominación trazados por otros.

Como observa Steedman, este proceso incierto de absorción narrativa se aplica también a trabajos de historia, incluyendo incluso —o quizás especialmente— las grandes epopeyas inspiradoras de la historia social como *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson, en tor-

¹³⁷ El comienzo de su breve ensayo «Women's Biography and Autobiography: Forms of History, Histories of Form» (en Helen Carr (ed.), *From My Guy to Sci-Fi: Genre and Women's Writing in the Postmodern World*, Londres, Pandora, 1989, p. 99) proporciona un prospecto útil para este aspecto de su trabajo: «Este ensayo supone, entonces, un debate sobre la forma literaria, de lo que las formas literarias permiten y de lo que impiden en contextos históricos concretos».

¹³⁸ La niña punjabí, llamada Amarjit, era una niña inglesa de nacimiento de nueve años, cuya familia provenía del Punjab rural. Steedman le dio clases durante un tiempo a finales de los años setenta, en un grupo que necesitaba ayuda extra con la lectura y la escritura. Después de haberse llevado a casa un libro concreto el día anterior, Amarjit se inventó una canción de una parte considerable del texto. Steedman grabó la canción. Para las reflexiones de Steedman sobre la reacción de la escuela y los significados culturales, históricos y teóricos más amplios de la historia, véase el extraordinario ensayo «“Listen, How the Caged Bird Sings”, Amarjit's Song», en Steedman, Urwin y Walkerdine, *Language, Gender, and Childhood*, pp. 137-163, reimpresso, en una versión abreviada, en Steedman, *Past Tenses*, pp. 90-108. Véase también el comentario de Steedman sobre la *Memoir* de John Pearman, en *The Radical Soldier's Tale*, pp. 1-106. *The Tidy House* era un relato de Steedman de una historia escrita por tres niñas de ocho años de clase obrera en 1976 sobre las vidas que esperaban llevar. Aparte de la agudeza de su lectura del imaginario emergente de los niños pequeños, en todas sus complejidades de género y clasistas, este libro contiene una brillante reflexión sostenida en la relación entre cognición y escritura.

¹³⁹ Éste es uno de los temas importantes de la obra de Steedman, *Childhood, Culture, and Class*. Para una reconsideración, véase Carolyn Steedman, «Fictions of Engagement: Eleanor Marx, Biographical Space», en John Stokes (ed.), *Eleanor Marx (1855-1898): Life-Work-Contacts*, Aldershot, Ashgate, 2000, especialmente pp. 35-39.

no a las que Steedman desarrolla un lectura típicamente original y disidente. La parcialidad datada por su tiempo del relato de Thompson no era sólo un asunto de la ausencia de las mujeres o de su concepción masculina de la clase. La omisión más seria de Thompson, indica Steedman, concernía a la importancia constitutiva que una historia de la sensibilidad específicamente feminizada, las relaciones sexuales y el sufrimiento mantenía para las relaciones sociales y la teoría política del proceso mismo de formación de la clase que él quería describir. Ésta es precisamente la historia –arquetípica, escrita, difuminada en una sensibilidad, discursivamente elaborada como ideología– que la agencia colectiva imaginada para el trabajador-como-ciudadano presuponía básicamente. Para responder a ello, Steedman no sólo hace uso de sus propias argumentaciones sobre la historia de la subjetividad, con sus asociaciones de interioridad cultivada que crecieron en el siglo XVIII, sino también de una historiografía más extensa ocupada en el poder de una «visión melodramática» popular y su empatía por el «yo que sufre».

Como Thompson quiso contar la historia de *La formación*, aseguró Steedman, «los hombres llegaron a nuevas subjetividades políticas en comunidad y colectividad a través de la comprensión del significado del sufrimiento y la explotación que habían experimentado».¹⁴⁰ Su narración adoptó una forma declaradamente heroica que intentaba inspirar y lo hizo. Pero ¿cómo nos ocupamos de esos trabajadores –tanto hombres como mujeres– que nunca se habrían encontrado a sí mismos en su versión de la historia, o cómo tratamos esas partes de la vida que se olvida de describir? Mientras *La formación* «es de hecho un cuento épico», es también uno «en el que la mayor parte de la experiencia de los hombres que actúan como sus héroes no pueden haber encajado en realidad (o no pueden haber encajado todo el tiempo)».¹⁴¹ En el centro del relato de Thompson queda una laguna inesperada: en este periodo, «las estructuras de sentimiento que Thompson traza, el mecanismo melodramático por el que el conocimiento social y del yo promueve la revelación política, estaba estrechamente ligado a lo femenino y fue casi exclusivamente imaginado por una mujer y su historia».¹⁴² A cierto nivel, Thompson lo sabía. Pero dentro de las coordenadas del momento –la sensibilidad materialista,

¹⁴⁰ Véase Carolyn Steedman, «A Weekend with Elektra», en *Literature and History*, 3.^a serie, n.º 6 (1997), p. 25.

¹⁴¹ Steedman, «A Weekend with Elektra», p. 18.

¹⁴² Steedman, «A Weekend with Elektra», p. 26. Véanse los debates relacionados de Steedman en «Culture, Cultural Studies, and the Historians» y «The Price of Experience: Women and the Making of the English Working Class», en *Radical History Review*, n.º 59 (primavera 1994), pp. 109-119.

los registros de significación y de reconocimiento, los modismos de la política aprendidos, los lenguajes disponibles de la historia social— no pudo contar esa historia.¹⁴³

Hace algunos años, como Steedman sugería en el Congreso de Estudios Culturales de 1990 en Urbana-Champaign, el libro de Thompson ya había entrado en esa «fase de transición» de la vida de una obra de historia escrita en la que deja de ser usada fundamentalmente por «el tema manifiesto» de que se ocupa y empieza a adquirir un estatus documental por sí mismo. Cada vez más se transformaba en el depósito de la compleja secuencia de historias intelectuales, sociales y políticas contemporáneas que, en parte, él mismo había posibilitado, llegando a ser una especie de palimpsesto de todas las esperanzas y desilusiones en juego, «una narración épica de una historia que observamos con asombro y lástima, y que trata también ahora, en nuestra lectura, de *nosotros* y de nuestro pasado perdido». Desde luego, el libro conserva gran parte de su valor fundamental inicial, como «una cantera de información sobre la formación de clase, el encuentro real de hombres reales al amparo de la oscuridad en los páramos a seis millas de Huddersfield y el lenguaje que utilizaron al ser conscientes de estar forjando un mundo político nuevo». Pero, al mismo tiempo, la imposible permanencia de *La formación* sobreviene ahora ineludiblemente.

Han sucedido demasiadas cosas para que esto funcione como una simple fuente histórica; hay demasiados elementos de información nuevos; sobre lo que estaban haciendo las mujeres, en ese momento, en Huddersfield, sobre todos los hombres que no estaban presentes en su propia formación de clase, todos aquellos que no «querían especialmente que eso pasara...»; sobre acontecimientos recientes ocurridos en Europa oriental; sobre todos nuestros socialismos perdidos.¹⁴⁴

¹⁴³ Como apunta Steedman, esta narración «tuvo lugar en otra parte, en un texto que Thompson publicó dos años después de que saliera *La formación*...». En un relato breve llamado «The Rising Cost of Righteousness», publicado en 1965 en la efímera revista de la nueva izquierda *Views* (1963-1966), «Thompson parece usar el yo doliente personificado en una mujer para hablar de las relaciones sociales y políticas». Ambientada en el Yorkshire contemporáneo, la historia se centra en el intento de una mujer joven por conseguir su independencia, su fracasado retorno a un matrimonio de baja clase media sin amor y al acto de violación conyugal que resulta. La lectura que Steedman hace de este texto le permite «situar a Thompson mejor de lo que pudiera cualquier otra cosa, dentro de la tradición radical que se inauguró a principios del siglo XVIII, de contar la historia del poder político y las relaciones políticas, como dominación y explotación sexual». Véase Steedman, «Weekend with Elektra», pp. 26, 28.

¹⁴⁴ Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», pp. 613-614. La cita dentro de la cita es de un poema de W.H. Auden, «Musée Des Beaux Arts», el cual, dio la casualidad, fue elegido por Stuart Hall para ser leído en el funeral de Raphael Samuel. Véase W.H. Auden, *Collected Shorter Poems, 1927-1957*, Londres, Faber and Faber, 1966, p. 123 (hay traducción española, «Musée Des Beaux Arts», en W.H. Auden, *Otro tiempo*, Valencia, Pre-Textos, 2002); «Raphael Samuel, 1938-1996», en *History Workshop Journal*, n.º 43 (primavera 1997), pp. VI-VII.

El corpus de Steedman –desde *The Tidy House* y *Landscape*, a través de sus escritos sobre John Pearman y Margaret McMillan, hasta *Strange Dislocations* y *Dust*– se debate continuamente con este legado de Thompson y contra el conjunto más amplio del pensamiento progresista asociado.¹⁴⁵

Su trabajo pone en duda aquellas interpretaciones aceptadas a través de un intento de recuperación de todas las subjetividades que han descuidado o negado; ella utiliza estas otras historias –por ejemplo, la de su madre o la de John Pearman (y, por supuesto, la propia)– para socavar las bases de las narrativas más antiguas. Aún es más, reconstruye las «estructuras de sentimiento» globales (para usar el término de Raymond Williams) a través de las cuales un cierto ideal de interioridad, ideas relacionadas de feminidad e infancia y un conjunto de suposiciones concernientes a la familia, la sexualidad y la vida personal podían establecer las formas de pensamiento predominantes sobre la cultura y la política desde mediados del siglo XVIII. Al mismo tiempo, permanece constantemente atenta a los procesos que pueden llevar a los individuos a un cambio en su autoentendimiento, en particular hasta el punto en el que pueden ver a través del poder del «guión ya prefigurado» para ser capaces de escribir por sí mismas las narrativas de sus vidas.¹⁴⁶ Y se pregunta: ¿cómo nos encontramos a nosotros mismos en el paisaje? ¿Cómo nos ubicamos históricamente dentro de nuestra propia narración?

¿Convierte esto a Carolyn Steedman en una «nueva historiadora cultural»? Si esa denominación se gana por el interés en cuestiones de significado, lenguaje y subjetividad, la respuesta es, claramente, sí. Pero ninguno de los libros de Steedman abandona en realidad el terreno de la historia y la mayoría se preocupa por reafirmarlo. La mayoría de ellos combina específicamente los enfoques interpretativos con los análisis contextualizadores y el archivo del historiador social. ¿Los ensayos de Steedman «Englishness, Clothes, and Little Things» o «What a Rag Rug Means» hacen historia cultural, historia social, historia literaria, historia intelectual o algo completamente diferente?¹⁴⁷ La pregunta se antoja irre-

¹⁴⁵ Steedman reconoce: «Veo ahora que he pasado toda mi vida resistiendo a la explicación de la formación de la clase que me enseñaron, *no* porque excluye a las mujeres, sino porque es un relato heroico, en el que la mayoría de las experiencias no encajan (en el que, incluso, casi todas las experiencias de los hombres nombrados en la epopeya no encajan)» («Price of Experience», p. 108).

¹⁴⁶ Joseph Bristow, «Life Stories: Carolyn Steedman's History Writing», en *New Formations*, n.º 13 (1991), p. 114.

¹⁴⁷ Carolyn Steedman, «Englishness, Clothes, and Little Things», en Christopher Breward, Becky Conekin y Carolyn Cox (eds.), *The Englishness of English Dress*, Oxford, Berg, 2002, pp. 29-44; «What a Rag Rug Means», en *Dust*, pp. 112-141.

levante. Además, en respuesta a su propia crítica de Thompson, Steedman está trabajando ahora sobre el problema del servicio, la servidumbre y los sirvientes en el periodo. En los términos histórico-sociales más básicos –bajo cualquier criterio, los sirvientes domésticos formaron una de las categorías laborales clave de finales del siglo XVIII– este objeto de estudio es claramente esencial tanto para la historia de la formación de la clase obrera como para el nuevo discurso de la economía política.¹⁴⁸ ¿Significa eso «historia cultural» o la «historia de la sociedad»? ¿Cuál es la fuerza que cobra la distinción?

Es mejor describir a Steedman como una historiadora que entiende las implicaciones teóricas y filosóficas de hacer trabajo histórico. Ella empuja hacia los límites los límites de lo que los historiadores piensan que hacen, pero consigue combinar la historia social y cultural sin convertir los resultados en una vía intermedia libre de riesgo y tranquilizadora. Afronta las insuficiencias y las exclusiones de un enfoque centrado en la clase de la historia social, pero no abandona del todo el punto de vista de «clase». Toma el «giro cultural» sin despedirse de «lo social». Resiste la tiranía de las grandes narrativas sin sucumbir a una identidad excesivamente deconstruida. Por último, reconociendo la auténtica historicidad de todas las subjetividades, deja al descubierto en primer lugar la falsedad de la dicotomía entre lo «social» y lo «cultural». Esto es lo que deberíamos sacar para nosotros mismos de la lectura del trabajo de Steedman: entre la historia social y la historia cultural, en realidad, no hay necesidad de elegir.

¹⁴⁸ Véase Carolyn Steedman, «Lord Mansfield's Women», en *Past and Present*, n.º 176 (agosto 2002), pp. 105-143; «The Servant's Labour: The Business of Life, England, 1760-1820», en *Social History*, n.º 29 (2004), pp. 1-29.

dubitativa, por nacer. Sólo quiero señalar el espacio, ahora vacío, del que solían disponer tanto las formas políticas de la tradición socialista como las tradiciones analíticas de una ambiciosa historia social. Desde hace más de una década, las formas de resistencia emergentes contra las consecuencias de la globalización han estado aprendiendo cómo incorporarse. Desde finales de los años ochenta, han estado a mano nuevos análisis estructurales de esta coyuntura emergente: del post-fordismo, de la pos-modernidad y de la reestructuración transnacional de la economía capitalista global. Sin embargo, estos registros de análisis diferentes, el «local» y el «global», casi nunca se consideran hoy en día a la vez de forma tan eficaz como lo fueron bajo la exención analítica de clase anterior. Uno de los pocos esfuerzos recientes en hacerlo, *Imperio* de Michael Hardt y Toni Negri, rechaza explícitamente cualquier cosa cercana a una historia social específica aunque sea de un tipo reorientado.⁷

Pero hacer volver nuestra interpretación (en un acto de fe materialista) a una concepción anterior de lo social —y, de ese modo, convertir en inofensivas las complejas y difíciles cuestiones que este libro ha estado tratando de plantear— sería perverso.⁸ La «historia social» sencillamente ya no está disponible, ya sea en sus versiones materialistas más coherentes y autoconscientes (marxista, *annalista*, científico-social), ya en las formas más inclasificables, pero aún a gran escala, de los años setenta. En la forma del proyecto original, la «historia social» ha dejado de existir. Su coherencia derivaba de la soberanía de las determinaciones sociales dentro de un paradigma materialista de la totalidad social seguro de sí mismo, basado en la primacía de la clase. Pero desde principios de los años ochenta, cada parte de este esquema ha sucumbido a una crítica implacable y persuasiva. En el proceso, se desvaneció su prestigio como hábitat natural de los espíritus más radicales, innovadores y experimentales, en especial de la gente más joven que entraba en la profesión. La «nueva historia cultural» ocupaba su lugar.

⁷ Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2001 (hay traducción española, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002). Para respuestas críticas, véase también Gopal Balakrishnan (ed.), *Debating Empire*, Londres, Verso, 2003. Entre las florecientes literaturas autoanalíticas generadas por el movimiento antiglobalización, uno de los más sugerentes es el volumen editado por Joel Schalit, *The Anti-Capitalism Reader: Imagining a Geography of Opposition*, Nueva York, Akashic Books, 2002.

⁸ Para el propio reconocimiento posterior de Bryan Palmer sobre esto, véase su *Culture of Darkness: Night Travels in the Histories of Transgression*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000, un elocuente e imaginativo *tour de force* de síntesis historiográfica, que hace uso de las nuevas percepciones y descubrimientos de las nuevas historias culturales a través de una deslumbrante variedad de escenarios entre la Edad Media y el presente.

¿QUÉ TIPO DE HISTORIA?

Cuando me hice historiador, pensaba realmente que el mundo podía convertirse en un lugar mejor. Nunca imaginé que esto pudiera significar socialismo aunque, de vez en cuando, los acontecimientos del mundo (la elección de Salvador Allende, por ejemplo, y la revolución portuguesa y la liberación de las colonias portuguesas) podían acelerarnos el pulso. A veces, lo hicieron los acontecimientos más cercanos como la ocupación de los astilleros de Clydeside en 1971, la derrota del gobierno Heath en 1974 y la promesa de la estrategia eurocomunista del Partido Comunista Italiano. Pero mis propias esperanzas políticas eran, en realidad, mucho más modestas: la creencia en una coyuntura favorable, la confianza en los logros asentados de la democracia, la convicción de que los límites se podrían superar cada vez más. Mi propia infancia y aquello que sabía de la generación de mis padres y mis abuelos ponía en conexión mi perspectiva con una ética de mejora en ese sentido, una creencia en futuros alcanzables que se basaban en la expansión del reparto colectivo y el fortalecimiento de los bienes públicos; futuros modestos, pero futuros que se podían alcanzar a la vista. En ese sentido, la política iba de imaginar una modesta estructura de posibilidad en expansión; encontrar las oportunidades, construir las coaliciones, volver a trazar los horizontes. Y, por supuesto, el «sesenta y ocho» era también una parte fundamental de esto, inventando la posibilidad de saber que la historia, después de todo, se mueve, que se mueve hacia delante, de hecho, a través de saltos repentinos, inesperados, peligrosos y estimulantes. Mi educación política contenía una sinergia de esperanzas prosaicas y utópicas, que convergían en la imagen de la mejora de la sociedad. Ahora, no espero ver nunca construir Jerusalén.

Considerar mi primera perspectiva como el optimismo y la ingenuidad de una persona mucho más joven, y encomendarla al archivo del idealismo perdido, podría ser un acto interesado de condescendencia. Esta mirada hacia atrás, cómplice y displicente, ignoraría alegremente la inmensidad de todos los cambios que, en realidad, tienen lugar en el mundo desde los años setenta, especialmente desde 1989-1991, cambios cuyos efectos hacen que el optimismo de un tipo anterior resulte nimio. Utilizando mi propia historia como contraste, he intentado en este libro explorar algunas de las reciprocidades desiguales entre la «historia» y la «política», que jugaron su papel al traernos «aquí» desde «allí»; «desiguales» porque, mientras los historiadores podían intentar estudiar detenidamente y procesar los significados de los acontecimientos en el mun-

do político y, esperanzadamente, intentar trasladarlas a mejores bases para la acción, esas reflexiones casi nunca tuvieron mucho efecto político directo. Pero para aclarar nuestras cuestiones políticas, al menos, la historia proporciona el terreno donde tenemos que pensar.

Me convertí en historiador porque pensaba que la historia podía cambiar las cosas. Esto nunca fue una creencia ingenua en que hacer historia por sí misma podía convertirse en un acto de transformación. Pero la forma en que el pasado se recupera tiene consecuencias sobre cómo puede percibirse el presente. En este libro he hablado de historiadores que practicaban una versión activa de pedagogía de la historia en este sentido: Edward Thompson y Eric Hobsbawm, Sheila Rowbotham y Tim Mason, Joan Scott y Carolyn Steedman, e historiadores sociales como Hans-Ulrich Wehler y Charles Tilly. Su trabajo inspiró los momentos posteriores de la historia social y de la historia cultural. En una formulación más contundente, se puede argumentar que el conocimiento de las luchas del pasado, colectivas o individuales, puede dar forma por sí mismo a la resistencia del tiempo presente. Dependiendo de cómo se cuenta la historia, el pasado proporciona espacios potenciales de oposición. Esto nos permite decir: no tenía por qué pasar así. Y en el futuro podría ser diferente.

Mi primera respuesta a la pregunta «¿qué tipo de historia?» es a favor de una historia comprometida. En segundo lugar, para mí, escribir una historia comprometida siempre suponía algo más que sólo historia. Para un historiador de finales de los años sesenta comprometido social y políticamente, esto significaba por lo general girar hacia la ciencia social, en lo que he llamado la primera fase de la interdisciplinariedad de la historia. Esto, en su momento, significaba marxismo. Aquí no me caben dudas: tener acceso al marxismo –a la generosa y ecléctica florecencia de pensamiento producido por el resurgimiento marxista, en todos sus variados lenguajes y estímulos– me convirtió en mucho mejor historiador. Más allá del materialismo asumido por defecto y de la creencia fundamental en la determinación social, que se demostró incapaz de resistir la crítica posterior, el marxismo de finales de los años sesenta y principios de los setenta posibilitó compromisos más duraderos. Se trataba de la interrelación de las cosas. Esto me dio confianza para abordar grandes problemas. Es más, prometía estrategias para teorizar las grandes dimensiones. Ofrecía formas de unir pequeñas cuestiones a otras más extensas e importantes. Se trataba, fundamentalmente, de la interdisciplinariedad. El marxismo halagaba e incitaba a la mejor ambición interdisciplinaria, a la creencia de que todos los conocimientos eran útiles, que todos podían ponerse en funcionamiento. Su utilidad no tenía límites.

Como he indicado para el periodo bajo consideración en este libro, la energía renovadora de la historia –sus nuevas influencias, sus nuevos enfoques y la mayoría de obras sugerentes– siempre vino de fuera. Esa energía nacía de cambios intelectuales más amplios (fermentos teóricos, intervenciones filosóficas, cambios de moda, cambios discursivos), que eran eficaces a través de los límites de la disciplina y que viajaban promiscuamente a través de la esfera pública. En parte venía de otras disciplinas: de las ciencias sociales en los años sesenta y setenta; de la teoría de la literatura, la antropología y los estudios culturales en los años siguientes. También venía de fuera de la profesión. En Gran Bretaña, los historiadores más creativos trabajaban a menudo fuera de las universidades, ya fuera en la educación para adultos y, más tarde, en los institutos de educación superior, o más allá de la educación superior y formas similares (excepto en las menos sólidas de las formas extraoficiales y a tiempo parcial). Si acaso, sólo después de muchos años los promotores feministas de la historia de las mujeres encontraron puntos de apoyo en los departamentos de historia de la universidad. Aunque fueran historiadores de formación, los nuevos historiadores culturales podían encontrarse con mucha facilidad en otro sitio: en los campos de los estudios culturales, de la sociología y de la literatura, y en diversos intersticios y enclaves.

Si escribimos la historia intelectual de la disciplina con sinceridad –no sólo para las últimas cuatro décadas, sino de forma más general– encontraremos los nuevos impulsos viniendo de fuera. Aunque se trata de una disciplina con una infraestructura institucional, con credenciales profesionalizadas y con un consenso de métodos y epistemologías, la historia sólo se definió de manera irregular y gradualmente entre finales del siglo XIX y finales del siglo XX. Los límites que la separaban de otras disciplinas académicas, de los intereses profanos de los «amateurs» y de influencias más amplias en la esfera pública, han sido mucho más porosos de lo que los cascarrabias defensores de la integridad de la historia nunca se permitirían ver. En cualquier caso, este rechazo ignorante nunca conseguirá, en realidad, mantener a raya las intrusiones de «teoría», ya sea del «marxismo» o de la «sociología» de los años sesenta, o del «posmodernismo» y «postcolonialismo» de los noventa. Tal como he indicado a través de este libro, si realmente queremos mantener la historia viva y activa, debemos alegrarnos de este tráfico fronterizo más que intentar cerrarlo definitivamente. En lugar de vigilar las zonas fronterizas «en defensa de la historia», deberíamos derribar las defensas de la historia.⁹

⁹ Mi alusión implícita aquí es a Richard J. Evans, *In Defence of History*, Nueva York, Norton, 2000.

¿Por qué, entonces, uno debería seguir siendo historiador? ¿Qué me hace historiador más que cualquier otra cosa? Por un lado, la cuestión es académica (en ambos sentidos de la palabra). En la práctica, las disciplinas y los departamentos continúan existiendo y no desaparecerán, especialmente por razones de contratación y permanencia; incluso en una universidad como la mía, donde los programas interdisciplinarios y los encuentros interdepartamentales se han difundido tanto. Apostar institucionalmente por los estudios interdisciplinarios pronto plantea dudas sobre el «núcleo» de la disciplina pero, en gran medida, éstas pueden ser cuestiones de pragmática. Además, sabemos mejor que somos historiadores precisamente cuando conversamos con otros: con antropólogos y críticos literarios, con sociólogos y científicos políticos y, sin duda alguna, con filósofos y economistas. El lugar donde construimos nuestro pensamiento característico es el pasado, y la marca distintiva del historiador tiene todo que ver con el tiempo y la temporalidad, con los modos relacionados de cognición y narratividad, con la «historicidad básica» de Carolyn Steedman. Esto incluye lo que Steedman denomina «impermanencia» de la historia, su apertura y variabilidad. Puede añadirse la epistemología del archivo, incluyendo la experiencia práctica de ensuciarse las manos con todos esos documentos. Luego vienen los placeres del descubrimiento y la búsqueda, de la recopilación y la maestría al usarlos. Al final, hay una densificación exponencial de la interpretación contextual, lo que Thompson denominó «la disciplina del contexto histórico».¹⁰ De todas estas formas, sería yo un historiador más que otra cosa. Pero, al final, permanece una ambivalencia; entre saber que soy un historiador y saber que no es suficiente, entre la seguridad y los riesgos, entre tener un hogar y aventurarse a salir.

Por último, ¿dónde nos dejan los objetivos en conflicto de los historiadores sociales y culturales, «posmodernistas» y «materialistas»? ¿Qué tipo de historia permiten? Las disputas más enconadas de principios de los años noventa parecían haberse aplacado, pero una división más importante tendía a durar más que ellas, entre la antigua priorización de los procesos a gran escala de desarrollo y cambio social —las «grandes estructuras, los grandes procesos, las enormes comparaciones» de Charles Tilly— y la nueva preferencia por escenarios más modestos e individualizados de la investigación social y cultural.¹¹ Como hemos visto, este último necesi-

¹⁰ Edward P. Thompson, «Anthropology and the Discipline of Historical Context», en *Midland History*, n.º 1 (1972), pp. 41-55.

¹¹ Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage, 1984. Para una buena comprensión de un campo del debate contemporáneo, véase Keith Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge, 1997.

ta un tipo de análisis muy diferente, obtenido culturalmente más que socialmente. Como he indicado, el cambio resultante provenía tanto de la lógica acumulativa de la práctica colectiva en la profesión como de la elección consciente; provenía de tendencias más complejas de la vida intelectual contemporánea en la universidad, en contraposición a la discriminación deliberada o al sistemático favoritismo de algunos tipos de investigación sobre otros; provenía de los desarrollos políticos y de los cambios discursivos más generales en la sociedad. Cualquiera que fuese el proceso, los años ochenta fueron testigo de una tendencia creciente entre muchos historiadores sociales y culturales —por ejemplo, ésa fue la circunscripción en que se movieron revistas como *Social History* y *History Workshop Journal* (en contraposición a *Journal of Interdisciplinary History* o *Social Science History*)— a hacer caso omiso del tipo de enfoque más científico-social.

Las evoluciones historiográficas de las dos últimas décadas han reforzado ese cambio lejos de la historia social a la ambiciosa manera de los años sesenta y setenta; como la «historia de la sociedad», en la segunda parte del famoso pareado de Eric Hobsbawm.¹² Hemos sido testigos de la disolución de la aspiración totalizadora de la historia social: de la insistencia en que todos los aspectos de la vida humana se sitúan en relación con las determinaciones sociales, sea política, pensamiento e intercambio de ideas, sexualidad y relaciones íntimas, significados culturales, la dinámica interior de las instituciones, procesos económicos, las relaciones internacionales entre Estados, o lo que sea. Sin embargo, curiosamente, a las nuevas formas de historia cultural no les han faltado sus propias lógicas de totalización, que pueden ser igualmente exageradas. Éstas son sumamente claras, quizá, en el campo general de los estudios postcoloniales, donde algunas de las polémicas más inflamadas y desaforadas entre historiadores sociales y culturales continuaron teniendo lugar a lo largo de los años noventa.

¿DE LA HISTORIA CULTURAL A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD?

El nuevo deseo totalizador adopta diversas formas. En primer lugar, al tratar de relativizar o historizar el punto de vista de «Occidente» en la época de la colonización —destronando sus superioridades autoasumidas,

¹² Eric J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», en *Daedalus*, n.º 100 (1971), pp. 20-45.

repensando las bases para la comparación mundial, desmantelando el euro-centrismo, «provincializando Europa»— los historiadores post-saidianos insinúan, a veces, una concepción demasiado condensada y homogeneizada de Occidente y de sus historias internas.¹³ De este modo, podemos estar de acuerdo sin ninguna duda con Dipesh Chakrabarty en que, en el discurso académico predominante de la historia, «“Europa” sigue siendo el tema teórico soberano de todas las historias, incluyendo aquella que denominamos “india”, “china”, “keniana”, etc.». También podemos ver el funcionamiento de lo que Chakrabarty denomina la «Europa mítica» o «hiper-real» dentro de un conjunto de imaginarios sociales y políticos dominantes, como un origen idealizado de pensamiento y práctica sobre el Estado, la ciudadanía y la gubernamentalidad, ya sea para las colonias como para las metrópolis mismas.¹⁴ Sin embargo, al mismo tiempo, esta percepción apenas contempla las historias enormemente complicadas que dentro de la sociedad europea todavía necesitan ser escritas. Esta particular abstracción («Europa») funciona de manera no tan diferente para el razonamiento sobre modernidades que deben ser comparadas como lo hizo la primera abstracción de «sociedad» para los historiadores sociales hace dos décadas. En cada caso, ciertas grandes cuestiones son posibles al coste potencial de dejar a otras inexpressadas. Someter esta «Europa» a la crítica necesaria deja todavía sin tratar otros muchos significados de Europa, incluyendo las relaciones interiores de sociedades europeas muy concretas.¹⁵

En segundo lugar, la «cultura» misma adquiere sin problemas una importancia explicativa demasiado totalizadora. Bajo la influencia de Thomp-

¹³ Magníficos estudios como los de Chakrabarty, Prakash y otros historiadores de los Estudios Subalternos no quedan al margen de esta tendencia. Asimismo, en las sofisticadas reflexiones de Harootunian sobre las interpretaciones de la historia que conforman las concepciones europeas y japonesas de modernidad, se hace uso de algunas alusiones a Occidente sorprendentemente simplificadas. Pero mi intención no es disminuir la importancia de estos trabajos o cuestionar la necesidad de una teorización abstracta de Occidente. Véase Gyan Prakash, *Another Reason: Science and the Imagination of Modern India*, Princeton, Princeton University Press, 1999; Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000; Harry Harootunian, *History's Disquiet: Modernity, Cultural Practice, and the Question of Everyday Life*, Nueva York, Columbia University Press, 2000. Para reflexiones esmeradas y sensatas sobre estos temas, véase Nicholas B. Dirks, *Cases of Mind: Colonialism and the Making of the Modern India*, Princeton, Princeton University Press, 2001, pp. 303-315; «Postcolonialism and Its Discontents: History, Anthropology, and Postcolonial Critique», en Joan W. Scott y Debra Keates (eds.), *Schools of Thought: Twenty-Five Years of Interpretive Social Science*, Princeton, Princeton University Press, 2001, pp. 227-251.

¹⁴ Dipesh Chakrabarty, «Postcoloniality and the Artifice of History», en *Provincializing Europe*, p. 27.

¹⁵ Entre los más útiles de los debates sobre los significados de Europa que proliferan, véase Anthony Pagden (ed.), *The Idea of Europe from Antiquity to the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

son, los historiadores sociales se mostraron inclinados durante mucho tiempo hacia el sentido antropológico clásico de cultura como el campo de significado ritual y simbólico en la escala de valores global y las formas de cohesión de una sociedad, o su «completo estilo de vida», según la notación de Raymond Williams. Este sentido fue extendido más tarde por los estudios culturales con respecto a «todo el complejo de prácticas significativas y procesos simbólicos en una sociedad concreta», o lo que Williams denominó «lo corriente» de la cultura, en contraposición al ámbito de alta cultura de la estética y las bellas artes.¹⁶ Cierta tipo de consenso minimalista ha cristalizado alrededor de la «producción y construcción de significado» como la mejor forma de pensar la relación de la cultura con la vida social. Sin embargo, la práctica de la nueva historia cultural puede dejar a uno preguntándose con inquietud lo que la cultura no es. Como comenta Carolyn Steedman, muchos historiadores han llegado a depender «de la noción de “cultura” como lo fundamental, la auténtica realidad histórica».¹⁷ Mientras siga aceptándose como una respuesta al materialismo superdeshumanizado del historiador científicosocial, la «cultura» puede mantener su propia lógica de holismo. Como dice Steedman (citando a Dominick LaCapra), esto supone

una dependencia como en estado de trance del concepto de cultura [...], donde todo conecta con todo lo demás y la «cultura» es la realidad primordial en la que todos los actores históricos son, actúan, comparten discursos, visiones del mundo, «lenguajes», donde cada uno (repito la broma porque me encanta) «es un caso de *mentalité*»; y donde no es posible escribir la excepción: escribir sobre el tema, el acontecimiento, la relación, la entidad, que no conecta con ninguna otra cosa.¹⁸

¹⁶ La cita proviene de Terry Eagleton, *Ideology: An Introduction*, Londres, Verso, 1991, p. 28 (hay traducción española, *Ideología: una introducción*, Barcelona, Paidós, 1997). Véase también Raymond Williams, «Culture is Ordinary», en *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*, Londres, Verso, 1989, pp. 3-18. Esto sólo rasca en la superficie de todo el amplio ámbito de definiciones y usos del término «cultura». De este modo, los historiadores de la ciencia social tienden a tratar la cultura como un campo de estudio separable (como en formas de teoría de sistemas, incluyendo las concepciones habermasianas del «mundo de la vida») o bien a abordarlo específicamente como «valores» a través de las preferencias de los consumidores, modelos del actor racional, enfoques neoinstitucionales, etc. Véase, por ejemplo, Joseph Melling y Jonathan Barry (eds.), *Culture in History: Production, Consumption, and Values in Historical Perspective*, Exeter, Exeter University Press, 1992.

¹⁷ Carolyn Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1992, p. 617.

¹⁸ Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», pp. 616-617. Para la fuente de la broma (a cuenta de Robert Darnton), véase Dominick LaCapra, «Is Everyone a *Mentalité*

En tercer lugar, el concepto de «Imperio» está adquiriendo también una equivalencia analítica —o quizá epistemológica— con la antigua categoría de «sociedad». La popularidad actual del concepto implica varios referentes historiográficos. Uno podría ser el impulso post-orientalista y postcolonial ejemplificado por el proyecto de los Estudios Subalternos (analizado en el capítulo IV); otro podrían ser los nuevos reconocimientos conferidos a la «raza» en el pensamiento de los historiadores de Europa occidental y Norteamérica; un tercero podría ser el impacto de la globalización contemporánea, que invadió continuamente la conciencia de los historiadores a lo largo de los años noventa; hasta que la designación de la administración Bush en 2001 señaló la llegada de una forma de relaciones internacionales más dirigista y unilateralista, conducida por los Estados Unidos. De este modo, desde, al menos, principios de los años noventa, un conjunto de polémicas profundamente enraizadas sobre la importancia del imperialismo —que significaban tanto la adquisición de las colonias como la dinámica informal del impacto coercitivo y explotador de Occidente sobre el resto del mundo— ha ido transformando poco a poco las cuestiones que los historiadores británicos traían a la historia nacional; y desafíos comparables se están desarrollando más recientemente en Francia, Alemania y otras historiografías nacionales.¹⁹ Esto es

Case? Transference and the 'Culture' Concept», en *History and Criticism*, Ítaca, Cornell University Press, 1985, pp. 71-94. Véase también LaCapra, «Chartier, Darnton, and the great Symbol Massacre», en *Soundings in Critical Theory*, Ítaca, Cornell University Press, 1989, pp. 67-89. Un importante ensayo que trata el malestar expresado aquí es «Method and Metaphor after the New Cultural History» de Richard Biernacki, en Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 62-92.

¹⁹ Los primeros textos influyentes fueron de Vron Ware, *Beyond the Pale: White Women, Racism, and History*, Londres, Verso, 1992, y los ensayos recopilados en Anna Laura Stoler, *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*, Berkeley, University of California Press, 2002. Para una antología clave reciente, véase Antoinette Burton (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking with and through the Nation*, Durham, Duke University Press, 2003. Para la historia británica, los ensayos pioneros fueron los de Catherine Hall, en *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History*, Nueva York, Routledge, 1992, pp. 205-295. Véase también Susan Thorne, *Congregational Missions and the Making of an Imperial Culture in Nineteenth-Century England*, Stanford, Stanford University Press, 1999; Clare Midgley (ed.), *Gender and Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1998; Bill Schwarz, *Memories of Empire in Twentieth-Century England* (de próxima aparición); Antoinette Burton, «Who Needs the Nation? Interrogating 'British' History», en Catherine Hall (ed.), *Cultures of Empire: Colonizers in Britain and the Empire in the Nineteenth and Twentieth Centuries. A Reader*, Nueva York, Routledge, 2000, pp. 138-139, y «Thinking Beyond the Boundaries: Empire, Feminism, and the Domains of History», *Social History*, n° 26 (2001), pp. 6-71; Simon Gikandi, *Maps of Englishness: Writing Identity in the Culture of Colonialism*, Nueva York, Columbia University Press, 1996; Raphael Samuel, «Empire Stories: The Imperial and the Domestic», en *Theatres of Memory*, vol. 2, *Island Stories: Unravelling Britain*, Londres, Verso, 1998; Kathleen Wilson, *The Sense of the People: Politics, Culture, and Imperialism*

especialmente cierto en el caso de Estados Unidos. Desde mediados de los años noventa, los programas de los estudios americanos y de cultura americana han sido completamente impregnados con el reconocimiento de la importancia del Imperio.²⁰

Esta revisión de las historias nacionales a través de la lente del imperio ha provocado, como era de esperar, mucha hostilidad desde varios puntos de vista políticos, tanto si se trataba de historiadores del imperio al viejo estilo o de aquellos que trabajan aspectos de la sociedad, la cultura y la política en sus respectivos países.²¹ Pero no hace falta que compartamos la respuesta negativa para temer que algunas versiones del debate sobre el Imperio corren el riesgo de subsumir demasiadas complejidades

in England, 1715-1785, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; Catherine Hall, «The Nation Within and Without», en Catherine Hall, Keith McClelland y Jane Rendall, *Defining the Victorian Nation: Class, Race, Gender, and the Reform Act of 1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 179-233; Catherine Hall, *Civilizing Subjects: Colony and Metropole in the English Imagination, 1830-1867*, Chicago, University of Chicago Press, 2002. Para Francia, véase Gary Wilder, «Unthinking French History: Colonial Studies beyond National Identity», en Burton, *After the Imperial Turn*, pp. 125-143; Sue Peabody y Tyler Stovall (eds.), *The Color of Liberty: Histories of Race in France*, Durham, Duke University Press, 2003. Para Alemania, véase Lora Wildenthal, «Notes on a History of 'Imperial Turns' in Modern Germany», en Burton, *After the Imperial Turn*, pp. 144-156; H. Glenn Penny y Matti Bunzl (eds.), *Wordly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003; H. Glenn Penny, *Objects of Culture: Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.

²⁰ El estudio fundacional es el volumen dirigido por Amy Kaplan y Donald Pease, *Culture of United States Imperialism*, Durham, Duke University Press, 1993. Las genealogías clave incluyen la nueva historiografía de Occidente y del colonialismo interno: por ejemplo, Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West*, Nueva York, Norton, 1988; Tomas Almaguer, *Racial Fault Lines: The Historical Origins of White Supremacy in California*, Berkeley, University of California, 1994. Véase también Robert R. Rydell, *All the World's a Fair: Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*, Chicago, University of Chicago Press, 1984. Para monografías clave recientes, véase Louise Michelle Newman, *White Women's Rights: The Racial Origins of Feminism in the United States*, Nueva York, Oxford University Press, 1999; Laura Wexler, *Tender Violence: Domestic Visions in an Age of U.S. Imperialism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000; Mary A. Renda, *Taking Haiti: Military Occupation and the Culture of U.S. Imperialism, 1915-1940*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001; Laura Briggs, *Reproducing Empire: Race, Sex, Science, and U.S. Imperialism in Puerto Rico*, Berkeley, University of Carolina Press, 2002; Maria E. Montoya, *Translating Property: The Maxwell Land Grant and the Conflict over Land in the American West, 1840-1900*, Berkeley, University of Carolina Press, 2002; Susan Bernadín et al., *Trading Gazes: Euro-American Women Photographers and Native North Americans, 1880-1940*, Nueva Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 2003.

²¹ Gran parte de esta revisión intenta reformular el impacto del imperio, contener y desactivar su importancia. Esto es cierto, en diferentes sentidos, en el caso tanto del estudio ingenuo de David Cannadine, *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire*, Londres, Macmillan, 2001, como del trabajo más sofisticado de Linda Colley, *Captives: Britain, Empire, and the World, 1600-1850*, Nueva York, Random House, 2002. Véase también Peter Mandler, «The Problem with Cultural History», *Cultural and Social History*, n° 1 (2004), pp. 94-117; el estudio de Mandler pretende reconocer la importancia del giro cultural en este sentido, mientras pasa a desestimar cualquier contribución real.

dentro de su marco teórico excesivamente resumido y abstracto. Esto es importante, precisamente, para delimitar el alcance explicativo del «Imperio»; de otra forma, podemos reproducir con facilidad el síndrome creado anteriormente por la categoría 'materialista sobreexplotada de «lo social», de la que el giro cultural fue en origen una huida. El reconocimiento adecuado de la imbricación general del imperialismo con las relaciones sociales, la cultura popular y las formas de pensamiento socialmente correcto de la metrópolis se ha convertido, sin duda alguna, en uno de los retos clave para la historiografía actual, especialmente en lo que respecta a las historias de la raza. Pero no hace falta reunir todo bajo este mismo marco unitario antes de que podamos aceptar que las consecuencias del imperio llegaron a ser constitutivas de formas decisivas para los lenguajes principales de la afiliación nacional en las metrópolis occidentales.²²

Estas nuevas lógicas totalizadoras merecen algunas consideraciones. El problema con las ambiciosas historias sociales de la década de los sesenta y setenta fue su tendencia a ocluir ciertos tipos de dificultad. Mientras eran extremadamente complejas y sofisticadas para algunos propósitos, tendían a ser demasiado simplificadas para otros. Totalmente al margen de las críticas más profundas de la forma de análisis materialista y de su modelo de determinación social, las formas disponibles de análisis de clase carecían, como era patente, de lo necesario para ocuparse de la reestructuración de clase a finales del siglo XX, tanto en las economías post-fordistas desindustrializadas de las metrópolis como en las arenas globales del capitalismo transnacionalizado, donde se encuentra cada vez más la clase trabajadora productiva. De la misma manera, el deseo del historiador social de integrar la historia de la política y el Estado se llevaba a cabo de manera muy irregular. Como he expuesto, la historia social encontraba especialmente difícil el hecho de hacer frente a cuestiones de ideología, conciencia y subjetividad.

La «historia cultural» (en los diversos sentidos examinados en el capítulo IV) proporcionó caminos para salir fuera de este impasse de diversos

²² Entre la enorme y abigarrada literatura reciente sobre el imperio, véase Stephen Howe, *Empire: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2002, y *Ireland and Empire: Colonial Legacies in Irish History and Culture*, Oxford, Oxford University, 2000, cada uno ejemplar a su manera. Véase también Anthony Pagden, *Peoples and Empires: A Short History of European Exploration, Migration, and Conquest from Greece to the Present*, Nueva York, Modern Library, 2001 (hay traducción española, *Pueblos e imperios*, Barcelona, Mondadori, 2002); Jürgen Osterhammel, *Colonialism: A Theoretical Overview*, Princeton, M. Wiener, 1997; Anthony G. Hopkins, *Globalization in World History*, Nueva York, Norton, 2002; Robert J.C. Young, *Postcolonialism: An Historical Introduction*, Oxford, Blackwell, 2001.

rostros. En este sentido fundamental y en los muchos sentidos concretos que he intentado explorar, el giro cultural ofrecía enormes posibilidades. Los debates iniciales y los desafíos eran muy desestabilizantes; pensarse a uno mismo fuera de los puntos de vista conocidos y valorados era, algunas veces, terriblemente duro; traducir las nuevas críticas en proyectos factibles no siempre era fácil. Pero por las razones que he intentado describir, el movimiento hacia fuera de la «historia social» era tan necesario como productivo. Con el relajamiento, a lo largo de los años ochenta, de la influencia de la «sociedad» y «lo social» sobre la imaginación analítica –y del poder determinante de la estructura social y sus demandas causales– podía crecer el espacio imaginativo y epistemológico para otros tipos de análisis. La rica multiplicación de nuevas historias culturales se produjo a continuación.

Pero también había costes. Los debates a gran escala que alcanzaron su clímax hace tres décadas –sobre la formación del Estado y el desarrollo político comparativo, la base social del absolutismo, la transición del feudalismo al capitalismo, los orígenes del capitalismo y la revolución industrial, el estudio comparativo de revoluciones, las lógicas de la acción colectiva, etc.– ya no preocupan a los historiadores de la misma forma. Así, el primer impulso transmitido en los años setenta, por ejemplo, con el debate Brenner o los grandes proyectos de Perry Anderson e Immanuel Wallerstein.²³ También las combinaciones de teoría de la modernización y de visión neobraudeliana inspiraron otros intentos de captar la transición estructural al mundo moderno, en autores como Charles Tilly y Keith Thomas.²⁴ Además, un gran corpus de sociología histórica sigue estando organizada alrededor de estas problemáticas y, de hecho, parece haber reivindicado este terreno como su territorio característico. Tales trabajos ela-

²³ Véase Trevor H. Aston y C.H.E. Philpin (eds.), *The Brenner Debates: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, NLB, 1974 (hay traducción española, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México, Siglo XXI, 1979), y *Lineages of the Absolutist State*, Londres, NLB, 1974 (hay traducción española, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1979); Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 3 vols., Nueva York, Academic Press, 1974-1989 (hay traducción española, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI, 1979-1999).

²⁴ Véase Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*, Oxford, Blackwell, 1990 (hay traducción española, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza Editorial, 1992), y *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford, Blackwell, 1993 (hay traducción española, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995); Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth-Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971, y *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England, 1500-1800*, Londres, Allen Lane, 1983.

boran sus ambiciones teóricas alrededor de grandes narrativas de tipo clásico sin complejos, en algunos casos incluso intentando reconstruir la teoría social escribiendo la historia del mundo.²⁵

Algunos historiadores siguen estando completamente comprometidos con ese nivel de generalidad, tratando las grandes cuestiones de comparación intersocial a la mayor escala posible. El estudio de Ken Pomeranz sobre las trayectorias divergentes de desarrollo de las economías china y europea desde finales del siglo XVIII es un ejemplo extraordinariamente rico; los análisis comparativos del comercio y la formación del Estado en el sureste de Asia de Victor Lieberman son otro; el relato sintético de los orígenes globales del mundo moderno de Chris Bayley podría ser un tercero.²⁶ Pero no es casualidad que cada uno de estos trabajos tenga una perspectiva extraeuropea. Con pocas excepciones, como Eric Hobsbawm, los historiadores europeos rara vez participan ya en estos debates. En sus núcleos europeos, el estudio a gran escala o comparativo de sociedades completas que se mueven a través del tiempo («historia de la sociedad», en ese sentido) —que proporciona la inspiración inicial para gran parte de la historia social de los años sesenta— ha perdido su influencia sobre la imaginación.

No queda muy claro por qué «adoptar el giro cultural» requiere ignorar este tipo diferente de cuestiones. Hacerlo supone serios efectos. No sólo son las ciencias sociales las que siguen generando grandes cuerpos

²⁵ Véase, en particular, Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1, *A History of Power from the Beginning to A.D. 1760* (hay traducción española, *Las fuentes del poder social 1. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.*, Madrid, Alianza Editorial, 1991), y vol. 2, *The Rise of Classes and Nation States, 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986-1993 (hay traducción española, *Las fuentes del poder social 2. El desarrollo de las clases y los estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza Editorial, 1997); *States, Wars, and Capitalism: Studies in Political Sociology*, Oxford, Blackwell, 1988. Véase también Anthony Giddens, *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 2, *The Nation-State and Violence*, Cambridge, Polity Press, 1985; John A. Hall, *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*, Oxford, Blackwell, 1985 (hay traducción española, *Poderes y libertades: las causas y consecuencias del auge de occidente*, Barcelona, Península, 1988); Evelyn Huber Stephens, John D. Stephens y Dietrich Rueschemeyer, *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992; Theda Skocpol (ed.), *Democracy, Revolution, and History*, Ítaca, Cornell University Press, 1998. Para sugestivos comentarios, véase Perry Anderson, *English Questions*, Londres, Verso, 1992, pp. 205-238.

²⁶ Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y «Beyond the East-West Binary: Resituating Development Paths in the Eighteenth-Century World», *Journal of Asian Studies*, n° 61 (2002), pp. 539-590; Victor B. Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830*, vol. 1, *Integration on the Mainland*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Lieberman (ed.), *Beyond Binary Histories: Reimagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999; Christopher A. Bayley, *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Oxford, Blackwell, 2004.

de trabajo histórico basados exactamente en estos asuntos —formación del Estado, construcción de la nación, revoluciones, el desarrollo de las sociedades completas, la relación entre mercados y democracia, todos los aspectos sin excepción de la «modernización» y el «desarrollo»— sino que en la época postcomunista de la globalización, este corpus de trabajo sigue estando tan intrincadamente encastado en la elaboración de la toma de decisiones políticas como siempre.²⁷ Además, a menos que los historiadores críticos puedan encontrar los modos de unirse a este combate —ofreciendo marcos convincentes para la comprensión de la dinámica contemporánea del conflicto internacional y del cambio de la sociedad— el último paquete disponible de imprudentes y enormemente ambiciosas narrativas maestras continuarán captando las imaginaciones populares, determinando el sentido común político y, en general, extendiéndose por el globo.

En sus mismas simplicidades, esas narrativas maestras reforzadas están siendo descaradamente instrumentalizadas para objetivos políticos y empujadas hasta cumplir un servicio exageradamente más legitimador. Pero también consisten en pautas menos deliberadamente aseguradoras de creencias y consentimiento. Con las ventajas de nuestra nueva sofisticación «postculturalista», estamos infinitamente mejor preparados para someter esta arquitectura discursiva a una crítica efectiva. Pero la adquisición continuada de acuciante primacía por parte del neoliberalismo en la cultura pública se sostiene en simplificaciones poderosas y en grandes reducciones que combinan de manera agresiva «política» y «sociedad», «valores» e «intereses», «democracia» y «mercados»; acabando con la distancia entre la legitimidad fundamental de un orden de mercado capitalista y cualquier espacio restante para el desacuerdo pluralista. A menos que las ideas dominantes puedan también ser desafiadas y rebatidas a este nivel de su eficacia, los historiadores de izquierdas quedarán desamparados sin

²⁷ Para ejemplos especialmente convincentes de la articulación de la ciencia social con la política y la elaboración de la política —una reaccionaria, la otra liberal— véase Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon and Schuster, 1996 (hay traducción española, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997), *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon and Schuster, 2004 (hay traducción española, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004), y *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press, 1991 (hay traducción española, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994); Robert D. Putnam (ed.), *Democracies in Flux: The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*, Oxford, Oxford University Press, 2002 (hay traducción española, *El declive del capital social: un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003).

voz pública, ya sea observando con impotencia desde los márgenes o aferrados, a sabiendas pero temerosos, a las alas del ángel de Benjamin. No hay razón por la que refutar estas nuevas narrativas maestras tenga que suponer dejar el terreno del giro cultural o volver a una idea ahora no viable de «lo social». ¿Por qué no es posible pensar y hablar de formas diferentes para los propósitos de conducir los diferentes diálogos intelectuales, pedagógicos y políticos?

De vez en cuando, por ejemplo, incluso los más fervientes defensores del giro lingüístico, mientras discuten alrededor de la mesa sobre los extremos de la desigualdad social en ampliación, podrían encontrarse a sí mismos ocupándose del análisis de disparidades de ingresos, la reestructuración de los mercados de trabajo, e incluso las formas características del proceso de trabajo producidas por la nueva información y el sector de servicios. Podrían encontrarse, incluso, generalizando sobre los efectos en los términos de toda la sociedad. Desarrollando un caso similar en el aula, podrían ver incluso las ventajas, «estratégicas» o de otro tipo, de hacer razonamientos sospechosamente estructurales sobre la trayectoria total «de la sociedad» a lo largo de largos periodos de tiempo, por ejemplo, desde los años cincuenta o desde principios del siglo XX e incluso desde finales del siglo XIX. Nuestra comprensión de estos razonamientos es tanto mejor —más sutil, más sofisticada, más eficaz— por todo lo que hemos aprendido a través de y desde el giro cultural. Por supuesto, en estos debates hipotéticos, nos gustaría hablar sobre las estrategias discursivas implicadas y deconstruir los significados que contienen, en especial, para las dimensiones de género y de raza. En ese sentido, estamos tremendamente mejor preparados. Pero aún podemos querer hablar de la clase, del capitalismo, de la distribución estructural de las desigualdades, de las diversas capacidades políticas disponibles para las diferentes categorías sociales de gente que depende de su acceso a los recursos, etc.

En otras palabras, otra respuesta a mi pregunta «¿qué tipo de historia?» es que todo ello depende de los tipos de debates, de los tipos de intenciones que ocurra que estén en juego. Según mi propia experiencia de las exigencias del momento, los tipos de política relacionados con el giro lingüístico —aquellos que lo interpellaron, aquellos que lo acosaron y aquellos que ayudaron a hacerlo posible y a mantenerlo— fueron al mismo tiempo algo inevitable y un bien decisivo. Siempre estuvieron estrechamente entrelazados con las nuevas formas concomitantes de la historia cultural. Las prioridades de la historia fueron reorientadas al descentrarse las materias de interés establecidas de la disciplina; al reivindicar los contextos desatendidos de lo personal, lo local y lo cotidiano; y al permitir a los historiadores hacer frente de mejor forma a los problemas de la subje-

tividad política. Pero ¿por qué deberían olvidarse los intereses anteriores de los historiadores sociales, en vez de reasumirlos provechosamente? ¿Por qué aceptar las posibilidades de la microhistoria requiere el abandono completo de la macrohistoria? Fuera del campo académico inmediato, esas otras formas y niveles de análisis son completamente ineludibles: se encuentran en discusiones alrededor de la mesa, en obligaciones del aula, en polémicas públicas (desde la página de tribuna de prensa al estudio de televisión y más allá), en el encuadre de la política pública y en la escritura de las historias más populares. Otros estarán activos en estos frentes, tanto si a los nuevos historiadores culturales les preocupa como si no.

Desde luego, algunos historiadores están intentando combinar la historia social y la cultural con formas de abstracción generalizadora sobre la «sociedad» en el sentido contextual global. Entre los estudios que muestran que esto puede hacerse se encuentran el actual trabajo de Carolyn Steedman sobre los sirvientes y el servicio durante la época de *La formación* de Thompson. Los estudios de Catherine Hall sobre las consecuencias de la dialéctica de la nación y el Imperio en las historias de la ciudadanía del siglo XIX, y la combinación de Leora Auslander de las historias de la formación del Estado y la vida cotidiana a través de un estudio del mobiliario y la decoración franceses.²⁸ En la práctica, además, la «nueva historia cultural» ha generado muchos más aspectos pragmáticos y un eclecticismo considerablemente más rico de lo que sus enemigos más salvajes o que los comentarios maledicentes más generalizados de la profesión nunca habrían deseado permitir. Mucho más que incurriendo en una defensa extrema temida por tales oponentes —por no hablar del hecho irresponsable de dejar a un lado las reglas y prácticas probatorias del historiador o la derrota moral de la profesión del historiador y el derrumbe del «núcleo» de la disciplina (como las peores jeremiadas anticulturalistas quisieron reivindicar)—, muchos están buscando formas creativas de combinar las nuevas incitaciones de la historia cultural y los triunfos, ganados con esfuerzo, pero ahora establecidos y reconocidos, de la historia social. De forma especial en el trabajo de las generaciones más jóvenes —aquellos que están publicando ahora sus libros y trabajando en sus tesis— las diferencias entre la historia social y la historia cultural implican menos una oposición que una oportunidad.

²⁸ Carolyn Steedman, «Lord Mansfield's Women», *Past and Present*, n° 176 (agosto 2002), pp. 105-143, y «The Servant's Labour: The Business of Life, England, 1760-1820», *Social History*, n° 29 (2004), pp. 1-29; Catherine Hall, *Civilizing Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination, 1830-1867*, Chicago, University of Chicago Press, 2002; Hall, McClelland y Rendall, *Defining the Victorian Nation*; Leora Auslander, *Taste and Power: Furnishing Modern France*, Berkeley, University of California Press, 1996.

CONCLUSIÓN

El primer aspecto que quiero señalar al concluir este libro se refiere a la urgente necesidad de un pluralismo básico. He evitado de forma deliberada cualquier explicación detallada de los diversos debates que rodean el gran cambio de la historia social a la cultural que es el tema de este libro. Esas batallas duraron aproximadamente una década, desde mediados de los ochenta, adoptando a menudo formas tremenda y excesivamente polemizadas. A través de ellas, el posmodernismo se convirtió en un comodín para una miscelánea de influencias culturalistas, desde Foucault, el post-estructuralismo y la deconstrucción literaria a los estudios culturales, el postcolonialismo y las formas de la teoría feminista. Muchos historiadores sociales acusaron a los posmodernistas de apostasía, de abandonar la profesión de la historia social y su política implícita. Devolviéndoles la insolencia, los que se autodefinían posmodernistas acusaron a sus críticos de estar aferrados a conceptos y enfoques obsoletos, en especial a las concepciones materialistas de clase.²⁹ Por un tiempo, la disciplina amenazó con separarse en bandos hostiles entre sí, con los materialistas y estructuralistas convencidos enfrentándose a los culturalistas y a los «seguidores del giro lingüístico» a través de una consolidada fractura binaria. Polaridades teóricas y epistemológicas parecidas se repitieron en otras disciplinas, relacionadas con debates políticos más amplios de varias maneras.

Hacia finales de los años noventa, las pasiones se habían enfriado. Los deseos de pureza teórica o de algún carácter resolutivo –afirmando las virtudes rivales de las influencias postestructuralistas *versus* los modelos establecidos de historia estructuralista, o de la teoría de la modernización frente a la crítica posmodernista de las grandes narrativas, o de Weber frente a Foucault– no nos estaban llevando muy lejos. El deseo,

²⁹ Gran parte de las primeras polémicas fue alimentada por las específicas trayectorias identitarias que representaban Gareth Stedman Jones y Joan Wallach Scott. Cada uno de ellos había estado fuertemente relacionado, política e historiográficamente, con el temprano avance hacia la historia social, incluyendo un fuerte acento sobre la prioridad axiomática de la explicación social, que había sido conscientemente marxista para Stedman Jones. Al defender las formas del análisis lingüístico y la primacía del discurso desde principios hasta mediados de los años ochenta, parecían estar negando su antiguo materialismo y todo lo que implicara. A principios de los años noventa, quien se autodefinía como el más acusado «posmodernista» fue el historiador británico Patrick Joyce, que siguió una trayectoria similar fuera de la historia social. Véase Joyce, «The End of Social History?», *Social History*, n° 20 (1995), pp. 73-91 (hay traducción española, «¿El fin de la historia social?», *Historia Social*, n° 50, 2004); «The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain», *Past and Present*, n° 158 (febrero 1998), pp. 207-235.

excesivamente exagerado, de primacía en la disciplina por parte de la historia social, tan acusado en la década de los setenta, estaba siendo en realidad reemplazado por un repertorio más ecléctico de enfoques y temas, para los que la nueva historia cultural había llegado a ser, a grandes rasgos, la descripción aceptada. Es más, los límites entre los diferentes tipos de historia se volvieron muchísimo más borrosos. Muchos historiadores sociales continuaron como antes, reproduciendo las autonomías características de su trabajo, en la metodología y en los temas de que se ocupaban. Pero muchos otros en esos momentos se movieron libremente por las viejas distinciones entre lo social, lo cultural, lo político, lo intelectual, etc., permitiendo que se formaran las nuevas hibridaciones.

En gran medida (en mi opinión), el primer y acalorado debate reflejaba las angustias intestinas de una amalgama concreta de generaciones, que estaba compuesta por aquellos de nosotros que fuimos educados e instruidos en los años sesenta y principios de los setenta y que fuimos formados políticamente bajo el símbolo que representa 1968. Por el contrario, aparte de unos pocos estudiantes de los años ochenta, que se relacionaron directamente con algunos de los protagonistas, la gente más joven parecía claramente menos interesada en unirse a estas contiendas. Los estudiantes formados en los años noventa estaban menos interesados en la defensa programática de una forma de teoría frente a otra que en encontrar modos de combinar la historia social y cultural, de forma concreta e imaginativa. Como he mencionado, sin duda alguna, había figuras importantes entre autores ya consagrados que estaban considerando detenidamente la forma de llegar al mismo punto, Carolyn Steedman y Catherine Hall, por ejemplo. Pero los ejemplos de primeras publicaciones, los primeros libros que demuestran tal hibridación se han convertido en legión. Estos nuevos estudios rechazan explícitamente la división polarizada entre lo «social» y lo «cultural», invistiendo de manera muy evidente los temas sociales y políticos de una analítica cultural, que respondiera a las incitaciones de la teoría cultural, y los fundamentara en un rango de fuentes y contextos interpretativos tan densa e imaginativa como fuera posible.³⁰ Sobre la base de esta prueba práctica, la división entre «social» y «cultural» siempre fue una separación categórica falsa. Como expuse al final del capítulo IV, no hay por qué elegir.

³⁰ Para una selección bastante aleatoria de ejemplos de primer orden, véase Becky E. Conklin, *«The Autobiography of a Nation»: The 1951 Festival of Britain*, Manchester, Manchester University Press, 2003; Matthew Hilton, *Smoking in British Popular Culture, 1800-2000*, Manchester, Manchester University Press, 2000; Jennifer Jenkins, *Provincial Modernity: Local Culture and Liberal Politics in Fin-de-Siècle Hamburg*, Ítaca, Cornell University Press, 2003; H. Glenn Penny, *Objects of Culture: Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.

Mi segundo punto en esta conclusión es que se necesita recobrar cierta confianza en la posibilidad de captar la sociedad en su conjunto, de teorizar sus fundamentos de cohesión y estabilidad y de analizar sus formas de movimiento. Las incertidumbres que rodearon a los términos disponibles de la teoría social y política hacia finales de los años setenta —sobre todo, para teorizar las relaciones que unen el Estado, la política y la ideología a la economía y la formación social— pueden haber conducido tal pensamiento entre historiadores a un espacio *underground*. Pero no han impedido que los sociólogos y los científicos sociales siguieran haciendo este trabajo, a menudo con fuertes reivindicaciones históricas. Además, ni el escepticismo sobre la persuasión de las grandes narrativas ni las críticas al pensamiento de la Ilustración requieren en general el abandono del proyecto del análisis de toda la sociedad o de la historia social. Por mi parte, he seguido pensando en términos de capitalismo, clase, la nación, formación social y demás. Pero soy mucho más prudente y estoy menos seguro de lo que estos conceptos de la gran teoría me permiten analizar y explicar exactamente. Tengo una interpretación mucho más clara del grado hasta el que todos estos términos —nación, clase, sociedad y social— vienen en gran medida cargados de contextos e historias de significados, que los historiadores necesitan descubrir, especificar y ubicar. Por encima de todo, quizá, el giro lingüístico ha permitido que estas categorías de moderna interpretación social sean historizadas, por eso, términos como «clase» y «sociedad» han llegado a ser históricamente localizables y contingentes.

Mi tercer punto es que las cosas cambian. En mi vida, he visto dos enormes cambios de orientación de los estudios históricos, que he intentado describir aquí. Ambos fueron comandados por la interdisciplinariedad. La popularidad de la historia social estuvo marcada al principio por la hegemonía intelectual de las ciencias sociales o de la conducta, enmarcada normalmente por alguna versión de la teoría de la modernización, aunque fue cada vez más modulada por un radicalismo marxista o por un marxismo independiente en los años setenta. Después, en los ochenta, la «nueva historia cultural» y los estudios culturales se convirtieron en el espacio natural de innovación. No veo ninguna razón por la que el «giro cultural» tenga que ser el final de la historia o el capítulo final en una novela *whiggish* sobre una sofisticación historiográfica cada vez mayor. Alguna cosa más, estoy seguro, está al acecho. Además, justo cuando hay formas en las que puede recuperarse el primer compromiso con la «historia de la sociedad», ciertos rasgos de la nueva historia cultural dan un giro, volviendo atrás a mediados de los años noventa, hacia las influencias iniciales de la historia social. Éste es el caso, en gran parte, respecto de Edward Thompson (en especial, en sus ensayos más «culturalistas» del siglo XVIII), pero ello se aplicaba, sobre todo, a la obra de Raymond

Williams. Ya fuera por medio de la influencia de Said, de los historiadores de los Estudios Subalternos y de otros pensadores postcoloniales o a través de las críticas y reflexiones continuas de Steedman, los temas fundamentales de Williams conservan su activa importancia.³¹

Mi cuarto punto es que la política importa en un doble sentido. Por una parte, el impulso para ambos impactos de innovación en mi vida, la oleada de la historia social y la nueva historia cultural, provenían de acontecimientos políticos más generales que se extendían más allá de la academia en sí. De nuevo, no veo el motivo por el cual este impulso no vuelva a repetirse, en especial dadas la extraordinaria trascendencia y peligrosidad del momento político en el que acabamos de entrar. Por otra parte, cada uno de los magníficos historiadores de los que he hablado al final de los capítulos II, III y IV –Edward Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman– pasó gran parte de sus trayectorias profesionales fuera de la universidad, involucrados en un tipo de actividad pública u otro. Esa sinergia de compromiso político e intelectual, generada en las zonas fronterizas, incita invariablemente al mejor trabajo histórico.

Si el optimismo, la desilusión y la reflexión eran los registros principales de la sensibilidad del historiador radical entre los años sesenta y los noventa, quizás el desafío sea la respuesta apropiada para nuestro momento actual. Desde hace más de una década, hemos sido alentados para vernos al «final de la historia», en un mundo sólo describable a través de los reorganizados lenguajes de «modernidad» del neoliberalismo, a través de la presión despiadadamente totalizadora de los principios del mercado, y a través de un nuevo conjunto, brutalmente demonizador, de retóricas sobre el bien y el mal en el mundo. Pero la eficacia de las grandes narrativas no puede ser refutada sólo por el escepticismo y la incredulidad, y menos aún cuando las nuevas o renovadas grandes narrativas son tan poderosas como para reorganizar el globo. Las grandes narrativas no pueden ser refutadas pretendiendo que no existen. Esto es por lo que necesitamos nuevas «historias de la sociedad». En sus momentos respectivos, tanto la historia social como la nueva historia cultural fueron formas insurgentes de conocimiento, y la importancia de los estudios históricos para el futuro requerirá de nuevo, sin duda alguna, la renovación de un espíritu insurgente.

³¹ Véase especialmente Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», pp. 613-622.

Mi segundo punto en esta conclusión es que se necesita recobrar cierta confianza en la posibilidad de captar la sociedad en su conjunto, de teorizar sus fundamentos de cohesión y estabilidad y de analizar sus formas de movimiento. Las incertidumbres que rodearon a los términos disponibles de la teoría social y política hacia finales de los años setenta —sobre todo, para teorizar las relaciones que unen el Estado, la política y la ideología a la economía y la formación social— pueden haber conducido tal pensamiento entre historiadores a un espacio *underground*. Pero no han impedido que los sociólogos y los científicos sociales siguieran haciendo este trabajo, a menudo con fuertes reivindicaciones históricas. Además, ni el escepticismo sobre la persuasión de las grandes narrativas ni las críticas al pensamiento de la Ilustración requieren en general el abandono del proyecto del análisis de toda la sociedad o de la historia social. Por mi parte, he seguido pensando en términos de capitalismo, clase, la nación, formación social y demás. Pero soy mucho más prudente y estoy menos seguro de lo que estos conceptos de la gran teoría me permiten analizar y explicar exactamente. Tengo una interpretación mucho más clara del grado hasta el que todos estos términos —nación, clase, sociedad y social— vienen en gran medida cargados de contextos e historias de significados, que los historiadores necesitan descubrir, especificar y ubicar. Por encima de todo, quizá, el giro lingüístico ha permitido que estas categorías de moderna interpretación social sean historizadas, por eso, términos como «clase» y «sociedad» han llegado a ser históricamente localizables y contingentes.

Mi tercer punto es que las cosas cambian. En mi vida, he visto dos enormes cambios de orientación de los estudios históricos, que he intentado describir aquí. Ambos fueron comandados por la interdisciplinariedad. La popularidad de la historia social estuvo marcada al principio por la hegemonía intelectual de las ciencias sociales o de la conducta, enmarcada normalmente por alguna versión de la teoría de la modernización, aunque fue cada vez más modulada por un radicalismo marxista o por un marxismo independiente en los años setenta. Después, en los ochenta, la «nueva historia cultural» y los estudios culturales se convirtieron en el espacio natural de innovación. No veo ninguna razón por la que el «giro cultural» tenga que ser el final de la historia o el capítulo final en una novela *whiggish* sobre una sofisticación historiográfica cada vez mayor. Alguna cosa más, estoy seguro, está al acecho. Además, justo cuando hay formas en las que puede recuperarse el primer compromiso con la «historia de la sociedad», ciertos rasgos de la nueva historia cultural dan un giro, volviendo atrás a mediados de los años noventa, hacia las influencias iniciales de la historia social. Éste es el caso, en gran parte, respecto de Edward Thompson (en especial, en sus ensayos más «culturalistas» del siglo XVIII), pero ello se aplicaba, sobre todo, a la obra de Raymond

Williams. Ya fuera por medio de la influencia de Said, de los historiadores de los Estudios Subalternos y de otros pensadores postcoloniales o a través de las críticas y reflexiones continuas de Steedman, los temas fundamentales de Williams conservan su activa importancia.³¹

Mi cuarto punto es que la política importa en un doble sentido. Por una parte, el impulso para ambos impactos de innovación en mi vida, la oleada de la historia social y la nueva historia cultural, provenían de acontecimientos políticos más generales que se extendían más allá de la academia en sí. De nuevo, no veo el motivo por el cual este impulso no vuelva a repetirse, en especial dadas la extraordinaria trascendencia y peligrosidad del momento político en el que acabamos de entrar. Por otra parte, cada uno de los magníficos historiadores de los que he hablado al final de los capítulos II, III y IV –Edward Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman– pasó gran parte de sus trayectorias profesionales fuera de la universidad, involucrados en un tipo de actividad pública u otro. Esa sinergia de compromiso político e intelectual, generada en las zonas fronterizas, incita invariablemente al mejor trabajo histórico.

Si el optimismo, la desilusión y la reflexión eran los registros principales de la sensibilidad del historiador radical entre los años sesenta y los noventa, quizás el desafío sea la respuesta apropiada para nuestro momento actual. Desde hace más de una década, hemos sido alentados para vernos al «final de la historia», en un mundo sólo describable a través de los reorganizados lenguajes de «modernidad» del neoliberalismo, a través de la presión despiadadamente totalizadora de los principios del mercado, y a través de un nuevo conjunto, brutalmente demonizador, de retóricas sobre el bien y el mal en el mundo. Pero la eficacia de las grandes narrativas no puede ser refutada sólo por el escepticismo y la incredulidad, y menos aún cuando las nuevas o renovadas grandes narrativas son tan poderosas como para reorganizar el globo. Las grandes narrativas no pueden ser refutadas pretendiendo que no existen. Esto es por lo que necesitamos nuevas «historias de la sociedad». En sus momentos respectivos, tanto la historia social como la nueva historia cultural fueron formas insurgentes de conocimiento, y la importancia de los estudios históricos para el futuro requerirá de nuevo, sin duda alguna, la renovación de un espíritu insurgente.

³¹ Véase especialmente Steedman, «Culture, Cultural Studies, and the Historians», pp. 613-622.